
Noah Evans
El Fantasma de Venecia

Índice

Preámbulo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26

27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54

55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
EPÍLOGO

Preámbulo

—Mi madre solía decirme que los ángeles eran más fuertes que los demonios. Pero tras su muerte los demonios vencieron y lo inundaron todo de oscuridad. Un tiempo después nació mi leyenda.

Unos pensaban que era un hombre, otros estaban convencidos de que era un monstruo. Me llamaban… El Fantasma de Venecia.

***

Se escuchaba la tormenta a través de los cristales. Se levantó, dejándola en la cama aún jadeante.

—¿Te vas? —preguntó Sophie.

Ni siquiera la miró. Buscaba sus pantalones, que habían caído a un lado del dosel de la cama. Si siempre prefirió a las mujeres de pago era porque ellas nunca preguntaban ni reclamaban atención ni compañía. Se limitaban a hacer su trabajo y dejarlo desaparecer. Fuera de aquel mundo de burdeles las mujeres preguntaban demasiado y buscaban más de lo que alguien como él podría darles.

—¿Volverás esta semana? —Al no obtener respuesta se recostó de nuevo y se tapó con la sábana.

Sophie estaba despeinada y con el maquillaje ya emborronado en su cara. Al mirarla fue consciente de que volvía a ser el momento en el que una nueva mujer dejaba de despertar su interés.

—No. —Fue rotundo. Solía serlo. Ellas se ilusionaban demasiado rápido y siempre acababan trayendo problemas. Sobre todo, cuando eran hijas de hombres poderosos. Esas eran las peores. Una vez despechadas solían arremeter contra él con lo que tuviesen a mano.

Acabó de vestirse y salió de la habitación. Oyó gemidos en el pasillo procedentes de otra de las habitaciones. Una casa de la alta sociedad no solía ser diferente a un burdel, con la única diferencia de que en el burdel nadie solía aparentar.

—Me advirtieron sobre ti. Lo que harías conmigo. —Se giró al oírla.

La joven se había puesto una fina bata, aún se podía entrever su cuerpo desnudo bajo ella.

—Lo que haces con todas —añadió.

No podía rebatirle, llevaba razón. Su fama en la República era certera.

—¿Y por qué no te has guardado de mí? —Fue su respuesta mientras bajaba unos escalones más.

La chica no le respondió. Quizás era demasiado joven, la falta de experiencia con hombres las llevaba a caer la primera vez aún más fuerte. Su juventud y su inocencia no fueron suficientes para ablandarlo un ápice. Tenía que irse. Era de noche, su noche. No podía demorarse, tenía que acabar antes del alba.

Salió de la casa. La lluvia había cesado, olía a mojado. Oyó el crujir de sus propias botas pisando el suelo de la calle. Anduvo apresurado hasta la laguna y allí se entremetió en unas estrechas calles.

Se colocó la capa, el sombrero sobre el velo y la máscara. Llevaba semanas acechando a su víctima. Aún más tiempo le costó investigar y llegar hasta él. Esta vez era sencillo, solo era un hombre. Una sola alma oscura y solitaria que pensaba que una máscara invisible sería suficiente para librarlo de la verdadera justicia, de su justicia.

Podía oír su propio respirar bajo la máscara, el calor que producía su aliento. Respiraba tranquilo, profundo. La caza comenzaba.

***

El cuerpo basculaba ya muerto, colgado de la viga. Llovía de nuevo, las gotas caían sobre su frente, frías, constantes. Buscó su sombrero, que había caído no muy lejos del cadáver, y se lo colocó antes de salir de aquella mugrienta casa sin tejado.

—Durante meses aterroricé las calles de Venecia, llevando una máscara durante el día, mi propio rostro e identidad. Y otra muy diferente por la noche.

Yo mismo te contaré lo que pasó durante aquellos meses en los que fui El fantasma de Venecia, aunque no lo haré solo.

Ella, empezaremos por ella, claro está. Así que, en primer lugar, has de conocerla.

1

La mujer de su hermano entraba por la puerta con el menor de sus hijos, que apenas tenía treinta días, en brazos.

Jianna levantó la cabeza para mirarla y se estremeció ante la corriente de viento helado que traspasaba el umbral de la puerta. Llevó las rodillas hacia su cuerpo y apretó la espalda contra la pared.

—Tampoco ha vuelto en este barco —anunció la joven madre entre sollozos—. No sé qué vamos a hacer.

Delia, su hermana mayor, se acercó a la escuálida chica para abrazarla. La siguieron algunos de sus sobrinos. Delia tenía siete hijos, el más pequeño de tan solo dos años. Sumando al recién nacido y a los gemelos de año y medio que tenía su hermano, eran diez pequeños que alimentar.

Aquella era la única familia que a Jianna le quedaba con vida: Marcelo, su hermano; Gina, la mujer de este; Delia y su infame marido; y diez sobrinos. Jianna, a sus dieciséis años, había sido la más joven de los supervivientes de las enfermedades y el hambre de todos los miembros de la familia D'Angelo.

Hacía cuatro años que sus padres habían muerto, también dos de sus hermanos mayores, salvo Marcelo y Delia, y todos sus hermanos menores.

Cuando quedó huérfana Delia la acogió en su casa, pensando que pronto se casaría con algún muchacho. Pero el resultado no fue así. Cuatro años viviendo en un infierno en los suburbios de Venecia no le habían dado oportunidad para ninguna otra cosa que no fuera sobrevivir.

Cuando sus padres vivían nunca faltaba la comida en la mesa, ni leña en la chimenea. Pero tras su muerte todo se transformó en frío, hambre y enfermedad. Marcelo siempre viajaba en barcos con mercaderes y tardaba meses en regresar.

Savino, su cuñado, había probado suerte de comerciante, pero una nula inteligencia y su afición al juego y a la bebida lo habían hecho fracasar en varias ocasiones. Hasta que se hizo cargo del

pequeño puesto que los padres de Jianna habían ocupado durante años en el mercado. Demasiado vago para trabajar todos los días, para cargar cajas de hortalizas y demasiadas deudas que afrontar en los casinos. Estaban sumidos en la más profunda miseria. Perdieron su casa y la de sus padres y ahora vivían en una ruina en la que escaseaban las sillas, las mantas y la comida.

Jianna salía cada mañana a trabajar con Delia, iban al mercado en el que todos los antiguos compañeros de sus padres podían darles trabajo a cambio de algo de comida, pero la carga era demasiado pesada. Los siete hijos de su hermana eran pequeños; la mayor, Isabella, de tan solo diez años, ya comenzaba a acompañarlas, pero la mayoría de los días no había trabajo para tres personas. Ahora la cosa pintaba aún peor: Gina y sus tres hijos, una carga más para la ya pesada familia. Marcelo llevaba meses sin regresar y Gina, huérfana y sin hermanos vivos, no tenía ningún otro lugar donde acudir.

Jianna suspiró porque había veces que la situación la superaba. Apoyó la frente sobre sus rodillas huesudas y exhaló el aire en un intento de calmarse. Tenían la esperanza de que su hermano llegara en aquel gran barco. Era extraño que Marcelo no hubiese enviado a nadie a llevarles dinero, como alguna otra vez había hecho. Marcelo era la única esperanza para sobrevivir la semana siguiente. Era época de lluvia y no había mercado. Llevaban diez días sin trabajar y, por tanto, sin comida.

Gina lloraba sin consuelo, sabía tan bien como Jianna lo que significaba la ausencia de Marcelo. Su cuñada era poco mayor que ella, sin embargo, su salud no era tan fuerte como la de Jianna. Gina siempre estaba enferma, ni siquiera sabían cómo podía haber sobrevivido a su último parto cuando el barrio entero presagiaba que moriría. La miró, la joven estaba pálida y ojerosa, era un esqueleto con piel que a duras penas se movía. Una inútil boca más que alimentar. Pero a Jianna no le pesaba mantenerla, sabía que su hermano la amaba con gran devoción y se prometió cuidar de ella y de los pequeños en su ausencia.

Sin embargo, lo de Savino era otra cosa. No sabía dónde estaba, no aparecía desde el día anterior. Andaría metido en un lío y no

querría aparecer por casa. Aunque era raro, esta vez no había venido ninguno de sus acreedores a buscarlo. Solían hacerlo con frecuencia y llevarlo fuera, junto al árbol, para darle una buena paliza, algo que, sin ninguna duda, merecía. Jianna rezaba a menudo porque en alguna de esas palizas lo acabaran matando. Savino era un ser miserable, tanto con su hermana, como con sus hijos y con la propia Jianna. Los insultaba y los golpeaba con frecuencia. Su ausencia era una bendición y una calma en aquella ruidosa casa.

Cada noche que no aparecía, Jianna solía darlo por muerto y una gran tranquilidad la inundaba. En realidad, el verdadero milagro era que Savino aún estuviese vivo. Siempre iba borracho, podría caer al mar y ahogarse, o congelarse de frío en las noches que dormía en la calle. Podrían matarlo sus acreedores o podría hacerlo El Fantasma de Venecia, un ser monstruoso que había sembrado el terror en las calles de Venecia.

El Fantasma de Venecia. Nadie lo había visto actuar, porque decían que no dejaba con vida a aquel que lo hacía. La leyenda del Fantasma decía que era un hombre que podía agrandar su cuerpo hasta los tres metros y que sus manos se convertían en garras que cortaban como cuchillas.

Cerró los ojos al culparse por desear aquello a Savino. Dios nunca le perdonaría desearle tan gran mal a ninguna persona, un pecado imperdonable.

Se levantó decidida hacia la ventana. La calle estaba sumida en la más profunda oscuridad, ya era tarde. Si al día siguiente continuaba lloviendo, estarían otro día más sin comer y la enfermedad se los llevaría uno por uno. Así que agarró una bolsa de tela y se dirigió hacia la puerta.

Gina y Delia, que hablaban en susurros, detuvieron su conversación y la miraron de repente.

—¿Dónde vas? —le preguntó Delia.

—A buscar comida —respondió Jianna abriendo la puerta, la corriente de viento helado hizo temblar una de las inestables sillas.

—Es muy tarde, no puedes salir a estas horas.

—Los niños tienen que comer hoy —suspiró— y nosotras también.

—No encontrarás nada a estas horas y con este tiempo, solo borrachos, ladrones o…

—Hace noche de Fantasma veneciano —añadió Gina mirando hacia la oscuridad de la calle—. No debes salir.

Al oír aquel nombre, a Jianna se le erizó la piel. Observó a Gina, las cuencas de sus ojos hundidas y violáceas hacían presagiar que enfermaría otra vez.

—Jianna, no —le dijo la joven agarrando su delgado brazo.

Pero Gina no era un fuerte obstáculo entre la calle y ella, así que la apartó y echó a correr.

***

Delia tenía razón, no encontraba nada ni a nadie y el tiempo pasaba. Lo había intentado en algunas casas de conocidos de sus padres, pero no la habían ayudado. Era una época difícil para todos, los barcos se retrasaban con las tormentas y el mercado no funcionaba los días de lluvia.

Buscaba al tendero, un antiguo buen amigo de su padre que había tenido cierta suerte y consiguió un negocio local cerca del mercado. Una tienda en un antiguo establo, que reformó y convirtió en una casa de dos plantas, y en cuya parte trasera montó una enorme tienda en la que vendía embutidos, hortalizas, trigo, pan y otros alimentos. De tan solo pensarlo le salivaban los labios.

Un negocio que no se veía afectado por el temporal y al que, al contrario que al resto, la ausencia de mercado beneficiaba, ya que aumentaba sus ventas.

Cruzó la calle esquivando los charcos mientras se sujetaba el empapado chal sobre los hombros. Esperaba al menos que la pulmonía que podía acarrearle aquella locura le permitiera llevar comida a su familia.

***

«Noches del Fantasma de Venecia» llamaban a aquellos anocheceres lluviosos y fríos. El viento azotaba las lascas rotas de madera de las casas más viejas y ni los perros transitaban por la calle. Desde que su leyenda se había hecho famosa, las personas intentaban salir lo menos posible en la oscuridad. Ni siquiera los pobres buscaban comida entre la basura a aquellas horas.

El agua rebotaba sobre su sombrero y la capa de gruesa lana se había calado haciéndola pesada, como cada noche que salía a hacerlo otra vez.

Se detuvo acechando en la oscuridad.

***

Fabrizio tenía ya cerrada la tienda a aquellas horas. Jianna rodeó la casa hasta la entrada de la vivienda del comerciante. Llamó y el hombre no se demoró en atenderla.

—Jianna, ¿qué haces a estas horas aquí? —preguntó el hombre preocupado—. Pasa, deprisa.

Jianna accedió a la casa y enseguida notó el calor del fuego, lo que le hizo sentir todavía más la humedad de su ropa. La casa de Fabrizio tenía todas las comodidades, aun sin ser lujosa: una chimenea con una gran llama, sillones, y abundante comida.

—Vas a enfermar, niña —le dijo el hombre—. Acércate al fuego. ¿Cómo se te ocurre venir?

Jianna lo miró y, sin necesidad de dar una explicación, el hombre la entendió enseguida.

—Sécate —le dijo ofreciéndole un paño—. Veré qué puedo hacer.

Fabrizio salió por la puerta que comunicaba su salón con la tienda. Jianna echó un vistazo a su alrededor y comprobó las verdaderas circunstancias que tenían que soportar los D'Angelo. Muchas familias habían caído en la ruina con las epidemias, muchos padres de familia habían muerto dejando a sus descendientes en la

miseria, pero poco a poco se habían ido recuperando. Los D'Angelo no tuvieron esa suerte, llevaban mucho tiempo sumidos en la desgracia y la cosa pintaba cada vez peor. En parte, Jianna culpaba a Savino, al propio Marcelo, que en vez de viajar debió haberse quedado junto a ellos e intentar sacar adelante el negocio. Negocio que Savino nunca le habría dejado levantar. No, Marcelo no tenía la culpa.

—Jianna —la voz de Fabrizio la sacó de sus pensamientos—, ven.

La joven acudió a la llamada del hombre y accedió a la tienda, haciendo un gran esfuerzo por no lanzarse hacia tan abundante mercancía. Sin darse cuenta se había acercado tanto al fuego mientras esperaba, que su cara ahora ardía ruborizada. Sintió aún más frío que cuando llegó.

Sus ojos se dirigieron hacia una mesa de madera en la que Fabrizio había colocado varias piezas de pan, queso, embutido, legumbres y algunas hortalizas. El fluido de su boca aumentó considerablemente al pensar en lo que podían hacer con todo eso. Sin ninguna duda, dos o tres días de comida si sabían administrarla. Dos días que dormirían con el estómago lleno, como hacía ya semanas que no lo hacían.

Se llevó la mano a la sien, a punto de llorar de la alegría. Ni el trabajo de su hermana y ella de una semana podía pagar aquello.

—Pero… —Jianna no podía creer lo que estaba viendo.

—Es suficiente para tres días, ¿verdad? —le dijo Fabrizio—. La lluvia no va a cesar.

Fabrizio tenía razón, pero le debían demasiado dinero, no era posible que le ofreciera todo aquello sin ninguna garantía de pago y no tenía nada que ofrecerle, ni muebles, ni casa, ni animales. Ya no les quedaba nada.

—No puedo pagarte todo esto —le respondió la joven.

Fabrizio se acercó a ella. Jianna cerró los ojos, estaba a punto de llorar. Había perdido la cuenta de todo lo que le debía a Fabrizio; ni trabajando durante toda la primavera podría pagarle los adelantos que le había dado, si Marcelo no la liberaba de la deuda antes. Eso contando con que Marcelo trajera el suficiente dinero para pagar y dejarles ahorros hasta el próximo viaje.

La ausencia de Marcelo aumentaba aún más su angustia. Se sentía completamente sola, con diez pequeños, un cuñado inútil, una cuñada enferma y una hermana que, por mucho que hiciese, cuatro manos no eran suficientes para llevar tal carga.

Fabrizio la observaba, conocía la vida de Jianna desde su niñez. No entendía por qué no se había casado ya y había abandonado a su familia. Con ellos nunca saldría de la miseria, a pesar de ser una joven que luchaba cada día.

La miró con interés, muchos jóvenes la habían pretendido en el mercado. Detrás de aquellos harapos y de la suciedad de su piel podría estar la mujer más hermosa de Venecia. Jianna tenía la cara dulce, una nariz pequeña y mejillas prominentes, aunque en los últimos años se habían hundido a causa del hambre. Su pelo, siempre enredado, caía por su espalda, ahora de un tono castaño claro, pero con algunas hebras del color dorado que tuvo de niña. Sus ojos, que tenían casi el mismo color castaño que su pelo, eran enormes y observadores. Y sus labios eran el anhelo de todos los jóvenes del mercado que ella había rechazado. ¿Qué hacía que Jianna no abandonara a su desgraciada familia? Quizá se había echado sobre la espalda una responsabilidad que no le correspondía. Quizás fuera eso.

Fabrizio se acercó aún más hacia la joven, hasta que el farol que portaba le dejó ver las prominentes ojeras azuladas de sus ojos, que la hacían parecer varios años más vieja.

La joven, dudosa, abrió la bolsa de tela sobre la mesa, dispuesta a guardar los alimentos. Sin embargo, Fabrizio la detuvo. Jianna lo miró contrariada.

—Tendrás que pagar por esto y por todas las deudas que tienes conmigo —dijo.

Jianna no entendía nada, se sentía confundida, avergonzada.

—Pero yo no tengo…

El hombre la cogió por la barbilla para que lo mirara.

—Lo pagarás —le dijo y su expresión de buen hombre cambió—. Y lo harás ahora o no te llevarás nada.

Jianna abrió la boca para gritar cuando Fabrizio colocó una mano sobre uno de sus senos, pero ningún grito salió de su garganta.

Quedó inmovilizada, aunque sus rodillas comenzaron a temblar. Acababa de comprender lo que aquel hombre, aparentemente gentil y bondadoso, trataba de proponerle o imponerle. Quiso salir corriendo de allí, gritarle, insultarlo, pero continuaba paralizada. Cerró los ojos y recordó a toda su familia. ¿Tenía elección? Quizás sí, podría ir a mendigar a la otra parte del barrio, todavía más lejos. Quizás allí la atendiera alguien.

Apartó la mano de Fabrizio, mientras las lágrimas caían por su cara. Dios no la perdonaría si lo hacía, ni sus padres, ni sus hermanos tampoco. Se dirigió hacia la puerta de la tienda, deslizó el cerrojo, la abrió y salió a la calle. Llovía con intensidad, pero echó a correr al sentir la puerta cerrarse tras ella.

Corría para alejarse de aquella situación, de aquel hombre ruin. «No puedo hacerlo», decía su interior, mientras sus ojos buscaban algún lugar al que acudir. «No puedo hacerlo», aun a sabiendas de que quizás alguno de sus pequeños moriría.

Tras una hora deambulando sin que nadie la ayudara, decidió volver a casa, completamente aterrorizada, completamente entumecida, y sin comida.

Su hermana no pareció sorprenderse cuando la vio con las manos vacías.

—Ahora enfermarás y no servirás para nada. —Fueron las palabras de bienvenida de Savino.

«Está vivo aún». Jianna notó la decepción que acostumbraba a sentir cada vez que reaparecía. Savino estaba tumbado en el suelo, ocupando todo el fuego de la chimenea con su cuerpo. Al menos aquella noche el inútil había conseguido leña para hacerlo. Aunque la diminuta chimenea no era suficiente para calentar la casa.

Jianna se acercó hacia el rincón donde solía dormir, entre trozos de mantas y harapos, bajo la mirada contrariada de su hermana. Quizá Delia en el fondo había albergado la esperanza de que Jianna trajese algo para cenar. El interior de Jianna se convirtió en una tempestad de contradicciones.

Sintió los harapos moverse. Era Lucca, el hijo varón mayor de Delia, de nueve años. Se sentó a su lado. Lucca la miró y le hizo una mueca, mientras de su bolsillo sacó un pequeño trozo de pan.

—Toma —le susurró el niño.

—¿De dónde has sacado esto? —le preguntó Jianna.

El niño sonrió, mientras de su otro bolsillo sacaba un pañuelo, con el que había envuelto unas pequeñas porciones de queso y chorizo.

—Guárdalo para cuando se duerma —le dijo Lucca mirando de reojo a su padre.

Jianna negó con la cabeza.

—Dáselo a tus hermanos —le pidió ella.

Pero el chico movió la cabeza hacia los lados.

—A ellos les di algo ayer —respondió—, pero ya no recuerdo la última vez que te vi comer a ti.

Y tenía razón, Jianna era la que menos comía de toda la familia. Ni siquiera en aquel momento podía hacerlo, con algunos de los más pequeños llorando de hambre.

—Pero ¿de dónde has sacado esto? —le volvió a preguntar escondiendo la comida tras su espalda.

—Lo robé —le respondió el chico.

—No puedes hacer eso, si te cogen…

—O eso o moriremos todos. Es muy difícil que me pillen.

Jianna llamó a sus sobrinos con un siseo, mientras Lucca se apartaba y se acurrucaba a unos metros de ella.

Los pequeños enseguida se agolparon a su alrededor.

—No arméis alboroto —les advirtió, mientras vigilaba que los ojos de Savino estuvieran cerrados.

Pero repartir el pan, el queso y el chorizo entre siete, fue más que complicado. Los pequeños se abalanzaron sobre las migajas antes de que hiciera el reparto y comenzaron las voces y los golpes entre ellos.

Se oyó un grito de hombre.

—¿Qué tenéis ahí? —preguntó levantándose del suelo con rapidez.

—Nada —respondió Jianna escondiendo la comida.

—Lo he visto —gritó Savino—. Dijiste que no traías nada. Me has mentido.

La agarró del brazo y la hizo levantarse. Enseguida vio en el suelo los trozos de pan y de queso y chorizo.

—¡Me has mentido! —gritó aún más fuerte y la golpeó con fuerza en la cara.

Los siete niños se arrojaron sobre la comida, pero su padre enseguida los echó a patadas de allí. Los ojos de Savino llameaban de ira.

—No vuelvas a mentirme —la amenazó mientras la lanzaba contra la pared entre los llantos de los niños. Jianna cayó al suelo y desde allí observó cómo Savino se metió toda la comida en la boca de una vez. Aun masticando, seguía gritando.

—La próxima vez que me mientas, la próxima vez que me escondas comida, te daré una paliza.

Y Jianna no dudaba de que lo haría, ya la había apaleado fuera junto al árbol alguna vez.

—¿Hay más comida? —Sus ojos se dirigieron hacia Delia.

—No tenemos nada —respondió atemorizada.

Pero Savino no la creyó, y se dirigió hacia la alacena pateándola. El mueble viejo y carcomido se inclinó hacia un lado, dejando caer algunos platos que se rompieron en el suelo.

—Si veo que me escondéis la comida, si encuentro comida en esta casa —gritaba—, la haré arder con todos vosotros dentro, inútiles.

Agarró a Delia por el recogido del pelo, y acercó su cara a la de ella.

—¡Os mataré a todos!

Salió a la calle hecho una furia y ni siquiera cerró la puerta. Los llantos de los niños comenzaron en cuanto su silueta se desvaneció entre la oscuridad.

Jianna observaba a Delia, que recogía los trozos de barro de los platos rotos del suelo y volvía a colocar la alacena usando un trozo de madera podrida que situó bajo sus patas. Delia nunca decía nada, nunca hacía nada contra Savino, ni cuando la golpeaba a ella ni a sus hijos. No podía entender cómo no lo había abandonado. No tenía dudas de que entre las dos podrían echarlo a palos de allí. Savino no era ni alto ni fuerte y siempre estaba borracho. Pero Delia se negaba a hacerlo.

Jianna miró su rincón, sus sobrinos se habían encargado de lamer todas las migas que se habían caído al suelo. Se levantó y se envolvió en su chal aún mojado. Podía iniciar una discusión con su hermana sobre cómo echar a Savino para siempre, pero sabía que era algo inútil. Se dirigió hacia la pared decidida, hacia la única posesión que conservaban de sus padres, un crucifijo de madera que había pertenecido a su madre.

«Padre, perdóname por lo que voy a hacer o envíame a los infiernos. No tengo elección».

2

Fabrizio abrió la puerta enseguida, parecía satisfecho con el regreso de Jianna.

—Después de esto no te deberemos nada —dijo la joven y entró en la casa sin apenas mirarlo.

El hombre asintió.

***

A pesar de que no había sido día de mercado, el olor a pescado podrido parecía estar adherido a aquel suelo. Pronto pasaría la época de lluvia y no podría cazar en lugares tan transitados, se tendría que conformar con las estrechas y oscuras calles venecianas.

Salió a una calle más abierta. La urbe se acababa antes de dar paso a los suburbios del barrio Caravaggio. Pobreza, enfermedad, miseria por cada rincón. Prefería girar y dirigirse hacia el otro lado, donde vivía la otra sociedad veneciana, entre lujos y poder. Una sociedad que él conocía bien. Porque cazar entre prostitutas de calle y borrachos, que no solían poner apenas impedimento a su muerte, tampoco era lo que buscaba aquella noche. Había tantos por sentenciar que podría volverse loco tan solo de pensar en aquella ciudad plagada de corrupción y maldad. Oyó un ruido y se escondió en un callejón. Alguien se acercaba.

***

La lluvia había cesado y volvía apresurada a casa.

La bolsa pesaba más de lo que esperaba, pero el peso de su precio cargaba aún más sobre su espalda. El hambre se había

transformado en fatiga. Los genitales le escocían hasta el dolor más repugnante, y por el interior de sus muslos helados resbalaba un fluido espeso de desagradable textura. Se encorvó para vomitar, pero su estómago estaba completamente vacío y solo logró escupir una especie de saliva amarga.

No podía cuestionarse más si su acción había sido correcta, era cuestión de vida o enfermedad de los suyos, o al menos pensar en ello era lo único que le permitía respirar.

Siguió andando un poco más y giró hacia su izquierda para atajar a través de una estrecha calle que la llevaría hasta los suburbios.

***

Se oyó el sonido inconfundible de un borracho cuyo estómago no puede tragar más vino. Se escondió en un hueco de la pared envolviéndose con la capa. No debía de ser visto por nadie.

***

Jianna se detuvo frente a la estrecha calle. Un ruido la hizo dudar si debía adentrarse o no en ella, mientras una sensación extraña le erizó el vello. Dio un paso atrás y luego otro. Podría haber sido tan solo un gato callejero, pero no quiso aventurarse. Salió corriendo calle abajo espantada. No se podía arriesgar a que ningún indeseable le quitara la bolsa que tanto dolor y culpa le estaba costando.

***

—Y en medio de la oscuridad vi a Jianna. Aquella joven harapienta y sucia hizo que se desvaneciera el infierno bajo mis pies y, por un instante, dejé de sentirme ese monstruo al que llamaban El Fantasma de Venecia.

Ella huyó aun sin haberme visto y yo me quedé inmóvil, eclipsado por la pureza que desprendía su imagen. Mis víctimas, aquellos que yo solía perseguir por las noches, eran almas putrefactas: violadores, estafadores, ladrones, asesinos a los que yo solía hacer rendir. Pero no había arma que pudiera protegerme de ella. Y recordé las palabras de mi madre: «Los ángeles son más fuertes que los demonios».

Una noche cualquiera salí a imponer mi justicia a los miserables y, sin embargo, me topé con un ángel.

Fue la primera vez que sentí la luz en mi oscuridad y comprendí que nunca jamás, en toda mi vida, podría alejarme de ella.

3

Estaban todos dormidos cuando llegó a casa. Por suerte, Savino no había regresado. Hizo el menor ruido posible, aún había algo de fuego, el suficiente para poder poner la olla con agua. Colocó en ella algunas verduras, alubias y alguna porción de embutido. Mientras esperaba a que hirviera, se dispuso a poner la mesa, aunque dudaba de que tuvieran platos suficientes para todos. No recordaba la última vez que comieron un guiso.

Su estómago rugió de hambre en cuanto de la olla de barro comenzó a salir vapor, el aroma era exquisito. Dio un pequeño bocado a una de las barras de pan, pero su estómago no tuvo suficiente y repitió varias veces.

El agua empezó a hervir y el dulce olor inundó la casa. Delia se despertó.

—¿De dónde has sacado todo esto? —dijo sorprendida mientras contemplaba todo lo que Jianna guardaba en la alacena.

—Me lo ha dado Fabrizio —respondió Jianna sin mirarla.

—Pero ya le debemos demasiado dinero —añadió Delia angustiada—. Ni siquiera Marcelo podrá liberarnos de la deuda.

Jianna bajó la cabeza.

—No hay ninguna deuda. —Y su tono de voz mostró vergüenza.

Delia la miró con tanto asombro como desconfianza.

—Pero…

—Conoce nuestra situación —intentó explicar Jianna.

—La conoce desde hace meses y nunca nos ha ayudado… de esta manera.

Uno de los niños despertó y con un gran grito de alegría hizo que el resto de niños fueran incorporándose. Miraban la olla que hervía en el fuego de la chimenea restregándose los ojos.

Lucca fue el primero en lanzarse sobre las barras de pan. Jianna rio y sus ojos brillaron de la alegría. La carga de la vergüenza se disipó por unos instantes.

Delia apartó la olla del fuego y llenó los platos. Los niños devoraron las alubias ayudándose con el pan.

—Comed despacio —les advirtió Jianna—. O al final vomitaréis.

Gina fue la última en poder incorporarse y llegar a la mesa. Jianna le tenía ya el plato preparado. La joven ni siquiera preguntó, le tendió al pequeño bebé para que Jianna lo sujetara, mientras ella engullía las alubias.

Jianna los contempló por un momento. La imagen le transmitió una satisfacción que nunca había experimentado. Bajó la cabeza, no había sido un regalo de Fabrizio. Abrió la boca al recordar y cerró los ojos. Durante los breves instantes que duró el pago, ella solo había visto la mesa de madera de la tienda.

«Fueron unos instantes», por suerte solo unos instantes.

***

Ella

Delia me mira con desconfianza. Intuye que no he hecho algo bueno, quizás está segura de ello. Lo sabe, aunque no creo que sea capaz de preguntármelo directamente. Si Savino se enterara de la verdad, me mataría de una paliza, o quizás lo hiciera Marcelo. En realidad, me da igual lo que piensen o vayan a hacerme. Cuando veo la mesa llena de comida, el dolor y la vergüenza se alejan y el precio no me parece tan alto. Unos instantes, por tres días de comida, no es un precio caro. Y ya Dios me habrá condenado al infierno. Si las lluvias continúan, volveré a hacerlo.

4

Habían pasado ya dos semanas desde que Jianna había traído la comida, que ya no solía faltar en la casa. La joven, un día sí y otro no, volvía al anochecer con una bolsa llena de alimentos que Fabrizio le preparaba generosamente. Aquel día no llovía y Delia había ido a trabajar al mercado con Jianna, un día como cualquier otro, en el que ganaron algo de dinero. Un día completo de trabajo por la cantidad justa para comer aquella noche. Jianna sabía que no hacía falta comida en casa.

—Lucca necesita zapatos —le sugirió a su hermana.

Zapatos. No recordaba la última vez que fue al zapatero. Ambas se dirigieron hacia una caseta. En su interior, tres jóvenes aprendices ayudaban a un hombre a coser tela y piel.

—Debéis tener mucho cuidado en este punto, de él depende que la suela no se doble, ¿veis?

El hombre alzó la vista en cuanto se dio cuenta de la presencia de las dos mujeres. Los jóvenes se miraron entre ellos cuando vieron a Jianna. Delia frunció el ceño ante el descaro de los chicos. Pero ya estaba acostumbrada a la extraña reacción que su despeinada y harapienta hermana producía en los hombres.

Jianna oía la conversación de Delia con el zapatero. Ella se separó de ellos para observar los zapatos expuestos por la caseta, desde los más elegantes y caros hasta los más humildes, incluso zapatos para el Carnaval.

«Carnaval», una palabra vetada para los habitantes de los suburbios. Recordaba de niña cómo su madre la llevaba con su máscara a las plazuelas de Venecia, en las que todo el mundo cantaba y bailaba. Guardaba muchos borrosos recuerdos del Carnaval, una torre humana altísima, un gigante, animales. Y disfraces, disfraces verdaderamente sorprendentes, máscaras de cristal y flores, trajes que brillaban en la noche. *La ciudad de las máscaras* no era la ciudad que ella conocía ahora. Todo aquello parecía muy lejano, a pesar de tenerlo solo a unos pasos.

Se detuvo en los zapatos más pequeños. Pensó en sus sobrinos, Lucca era el más necesitado, ya que estaba todo el día en la calle con los pies en el húmedo suelo, con el consiguiente peligro de enfermar o de herirse, y ambas cosas podían significar la muerte. El resto de sus sobrinos tenían zapatos viejos y agujereados, pero pasaban la mayor parte del tiempo en casa o en los alrededores. Se miró los pies, sus zapatos también estaban rotos, como los de Delia y los de Gina. Estaban sumidas en una desgracia tan grande y tenían tantas necesidades, que por mucho que intentaran salir adelante, solo conseguirían menos miseria.

Delia había acabado de comprar. Jianna se colocó a su lado para marcharse. Tenía prisa, aquella noche tocaba ir a casa de Fabrizio y no quería hacerlo muy tarde, desde la noche del callejón temía salir en la oscuridad. Ambas se dirigieron a casa.

5

Ambas víctimas colgaban de los barrotes de la verja, casi como parte de la ornamentación de la fachada. No era su costumbre asesinar en un barrio acomodado, pero al fin se había decidido a hacerlo cerca de la vivienda de uno de los tres inquisidores del Consejo de los Diez, uno de los máximos poderes de Venecia. Había sido un atrevimiento por su parte, una provocación que le había llevado al éxtasis, que se sumaba al placer que le proporcionaba el matar a miserables. Se lamentó por no haberlo hecho antes, puesto que los actos de maldad debían de ser juzgados sin tener en cuenta el poder ni la posición social del que los cometa. Y aquel matrimonio merecía morir.

No siempre colgaba a sus víctimas, era un riesgo que a veces añadía a sus hazañas, puesto que al colgarlos perdía unos instantes en los que se arriesgaba a ser descubierto. Pero esta vez necesitaba hacerlo así. Ya de antemano había trazado un macabro cuadro en su mente que necesitaba recrear. Un cuadro que quería que vieran las personas que acostumbraban a pasar por aquella transitada calle. Personas influyentes de Venecia se estremecerían al contemplarlo, esos que se creían libres de la sentencia del Fantasma de Venecia. Las autoridades solían mostrarlo como un asesino sin escrúpulos que mataba a todo el que encontraba. Sin embargo, el Fantasma tenía una razón para matar.

Miró por última vez a sus víctimas. Un matrimonio aparentemente modélico y ejemplar. Un disfraz de esos que tanto gustaban en Venecia para ocultar los demonios que realmente eran. Pues él tenía por costumbre abusar de sus criadas y cuando la consecuencia de sus abusos era un pequeño ser vivo su esposa lo envolvía en un saco y lo lanzaba al Gran Canal.

***

—Di unos cuantos pasos atrás, porque no solía tener mucho tiempo para deleitarme con las imágenes de mis asesinatos. Los contemplé allí colgados, a él y a ella, con sus trajes caros y elegantes. A pesar de llevar una vida muy diferente a los que había matado con anterioridad, la imagen final no era muy distinta. Entonces comprendí que no importaba todo lo que uno poseyera en este mundo, la marcha al infierno se hacía de la misma forma. La humildad o la prepotencia en los ojos de mis víctimas se desvanecía en el momento en el que expiraban el último aliento. Sin embargo, yo sentía algo que no había sentido con otras muertes: poder, el poder de hacer desaparecer a esos que se creían intocables.

Los inquisidores, el Consejo de los Diez, pensaban que yo no era peligroso, que tan solo era un asesino de mendigos, de personas que no aportaban nada a la sociedad de Venecia. Pero ellos no conocían al auténtico monstruo que empezaba a despertarse en mi interior: el verdadero Fantasma que estaba dispuesto a limpiar de escoria a toda la sociedad veneciana.

No tenía dudas de que a la mañana siguiente comenzaría el auténtico terror en la ciudad y eso me hacía impacientarme por volverlo a hacer. Y entre los poderosos la lista del Fantasma era larga.

Vosotros, hombres y mujeres ricos y poderosos, tampoco estaréis libres de mi infierno.

Me acerqué a la pareja y coloqué la nota en el paladar del miserable caballero. La humedad de su lengua, amoratada por el ahogamiento, humedeció el papel, lo que me aseguraba que no caería al suelo y se perdería entre la basura. Necesitaba que *I signore della notte* y los inquisidores, lo leyeran. Porque a partir de aquel momento nadie, absolutamente nadie, estaría libre del infierno.

6

No acostumbraba a ir tan tarde a casa de Fabrizio, pero, al haber sido un día de mercado, por mucho que había querido apresurarse no había podido llegar antes.

La puerta estaba tan solo a unos metros de ella cuando se detuvo.

Solía ir cada dos noches. Había comprobado antes de partir que su alacena estaba completamente llena de comida. No estaba segura de cuánto tiempo tardarían en acabarla, porque cada vez sus estómagos asimilaban mejor el alimento y comían más cantidad. Pero no era comida lo que necesitaban ahora.

Observaba la puerta de Fabrizio con la mirada perdida. La caseta del zapatero le había hecho ver realmente todas aquellas cosas de las que carecía su familia. Subió los dos peldaños que llevaban hacia la puerta y Fabrizio abrió antes de que ella llamara.

—Jianna, pensé que hoy ya no vendrías —le dijo.

La joven lo miró, pero no lograba ver su cara, su mente divagaba hacia otros pensamientos.

—Jianna, ¿ocurre algo? —Fabrizio se extrañó de su comportamiento.

Jianna dio un paso al frente y pudo ver la mesa de madera con los nuevos alimentos que el tendero le había preparado. Ya no le provocaban el ansia de las semanas anteriores, quizás se había acostumbrado a ellos.

Fabrizio le hizo un gesto para que entrara y ella lo siguió, pero al llegar al umbral se detuvo y puso una mano en el marco de la puerta, sin perder de vista la mesa. Entonces miró a Fabrizio.

—No necesito comida —dijo casi respondiéndose a sí misma, mientras daba un paso atrás—. No la necesito.

—Pero ¿qué te pasa hoy? —Fabrizio no daba crédito a la reacción de la joven e intentó sujetarla por el hombro.

Jianna le apartó la mano.

—No necesito nada que pueda encontrar aquí —le respondió con firmeza.

Se colocó una mano en la sien.

«¡Qué imbécil he sido! ¿Cómo no lo había pensado antes?». Miró al hombre de nuevo.

—¿Tu familia ya no tiene hambre? Era comida lo que pedías.

Jianna se dio la vuelta.

—Esto no nos sacará de la miseria —le contestó.

—¡Jianna! —la llamó Fabrizio furioso—. ¡Vuelve!

Ella se giró hacia él.

—No necesito comida —dijo al fin con su actitud de siempre, como si al fin hubiese vuelto en sí—. Necesito dinero, mucho más del que tú puedas pagarme.

Fabrizio frunció el ceño. Era evidente que el quedarse sin su parte del trato lo había enfurecido de una manera repentina y soberbia.

—Si te vas, no volveré a darte nada más —gritó.

Jianna no le respondió y se alejó de la casa y del repulsivo tendero, en dirección a una calle central. Una calle más transitada, con peculiares negocios nocturnos en los que solía encontrarse Savino. Casas de juego para gente pobre, prostitutas enfermas, y borrachos en los callejones.

No iba tan decidida como parecía, realmente estaba muerta de miedo. Por un lado, temía cruzarse con Savino y que le diera una paliza, por el otro, temía a los indeseables que solían frecuentar aquellos lugares.

***

Ella

Voy a ir al infierno de todas formas. Soy puta, el precio no importa.

Esta calle está más iluminada, pero huele extraño: demasiado humo, olor a vómito, orina y licores. El callejón de las prostitutas no anda lejos de aquí.

Hay muchas personas en la calle y me miran extrañadas. Pensarán que soy una mendiga, y no están muy lejos de la verdad.

Me acaban de decir algo vergonzoso y he tenido que esquivar lo que me han lanzado desde la puerta de uno de los casinos. Esto es peor de lo que suponía, pero ya estoy cerca del callejón, ahora no puedo volverme atrás. En realidad, he llegado más lejos de lo que esperaba, pensaba que en cuanto fuera consciente de lo que iba a hacer, correría aterrorizada hacia casa, pero no ha sido así. Estoy decidida, aunque me tiemblan las piernas de miedo.

Con Fabrizio era fácil. Era secreto, a escondidas. Ahora estoy en la calle, a la vista de todo el mundo. Quizás mañana alguien se lo cuente a Delia, pero me da igual. Mi hermana ya imagina por qué nuestra alacena está llena. No hace preguntas ni lanza acusaciones, no le importa de dónde viene el alimento de sus hijos. Seré yo quien vaya al infierno, yo he avergonzado a los D'Angelo, no ella.

Creo que este es el lugar. Me acabo de detener en la esquina, frente a un grupo de mujeres que me miran con curiosidad y desconfianza. Tengo que entrar en esa calle oscura antes de que me echen a patadas. No es desconocido para el resto la rivalidad en esta profesión. Con esto no contaba: soy mujer hostil en este lugar.

Me cruzo con una mujer que lleva un pecho descubierto y me quedo petrificada. Yo no sería capaz de pasear de ese modo. Si esa es la forma de atraer a clientes, lo tengo muy difícil.

Encuentro un hueco vacío. Se tiene que notar mucho que soy nueva, no paro de mirar a un lado, a otro, al suelo. Se ve a la legua que estoy completamente avergonzada y aterrorizada. El suelo está húmedo, pero no llueve, son solo las inapreciables gotas que caen de la bruma.

Bajo la vista en cuanto oigo voces acercarse, aunque intento mantenerme altiva, no puedo evitarlo. Siento miedo, vergüenza, estoy aterrada. Tengo una sombra a unos metros de mí. Permanece inmóvil, me observa. Por la silueta deduzco que es un hombre. Creo que acabo de encontrar a mi primer cliente.

7

El inquisidor Comminetti se había llevado las manos a la cabeza cuando fue informado de los nombres de las últimas víctimas del Fantasma. El matrimonio Caccini era muy conocido en la ciudad. Él era mercader, un burgués con gran habilidad para hacer negocios. Ella, descendiente de una de las familias nobles con más trascendencia de la República. Al parecer El Fantasma de Venecia estaba ampliando sus horizontes y eso no era bueno. El Consejo tendría que reunirse aquella misma tarde para decidir qué hacer.

Bruno, su sobrino y hombre de confianza, se acercó a él. Era el encargado de revisar las *bocca di leone,* los numerosos buzones en los que alguien podía denunciar de forma anónima.

—En las *bocca di leone* no hay nada —anunció—, pero se ha encontrado esto en la boca de Caccini.

El joven le tendió un pequeño papel. El inquisidor lo tomó y leyó en voz alta.

—«Vosotros, hombres y mujeres ricos y poderosos, tampoco estaréis libres de mi infierno». —Las palabras provocaron un gran revuelo entre los presentes. Comminetti miró a su sobrino—. Hay que reunir al Consejo.

8

Habían pasado dos meses desde que Jianna fuera por primera vez al callejón. Ya no era época de frío, con la primavera llegaban los días de sol, que alternaban con algunos de tormenta. Pero los días de lluvia ya no eran una amenaza para los D'Angelo.

La situación de Jianna y los suyos había cambiado y era menos trágica. Ahora los niños tenían zapatos y ropa con la que vestirse, en casa había algún colchón en el que dormir y Gina podía tomar medicinas, con lo cual su delicada salud había mejorado y, aunque aún recaía de cuando en cuando, ya no temían por su vida.

Marcelo continuaba sin dar señales de vida, pero ya la única preocupación que tenían por él era el temor de desconocer si estaba vivo o muerto. Por lo demás, la alacena estaba llena de alimentos y no tenían más deudas que las contraídas por Savino, que ahora, por supuesto, podía jugar y emborracharse más que antes.

Nunca le dio una sola moneda a su cuñado, pero sabía que él las robaba del lugar en el que Delia guardaba el dinero. Su hermana nunca le había dicho nada de que su marido se llevaba el dinero, solía mentirle y le contaba que se lo había gastado en esto o lo otro. Pero Jianna sabía la verdad y en realidad no le importaba que Savino se gastara parte de su dinero, pues pensaba que aumentar sus excesos era una forma de acortar sus días de vida. Y no había nada que Jianna deseara más que la muerte de Savino.

Tanto Savino, como Gina y Delia, conocían de dónde procedía el dinero que Jianna traía cada amanecer. Pero ninguno de ellos hacía preguntas sobre las noches que Jianna pasaba fuera.

***

Ella

Acabo de llegar al callejón, mucho más temprano que de costumbre. Es jueves, hay un señor que suele venir los jueves a primera hora.

Es extraño que hoy esté la calle vacía. Las putas suelen andar por aquí desde la tarde, yo soy la única que no llego hasta que no anochece, quizás también porque soy la única que tiene que esconderse de la mirada de vecinos decentes. Aunque nadie diría que soy puta cuando voy por la calle, porque acostumbro a llevar camisas abotonadas hasta el cuello. Las putas de aquí suelen llevar escote y en muchas ocasiones un pecho fuera. También el color de sus ropas suele ser llamativo, nada que ver con los marrones y grises que yo visto, envuelta en mi chal negro. Chal que utilizo para regresar a casa cuando me acompaña la luz del amanecer de Venecia.

Es realmente extraña la soledad de la calle hoy, no me gusta estar aquí sola. No es que el resto de mujeres me den compañía, en absoluto, ni siquiera me dirigen la palabra, tan solo cuando quieren echarme hacia otro lado. Pero en los últimos dos días el número de mujeres ha aumentado. Ya no son días de Carnaval y al parecer el negocio se vuelve a centrar en la zona. Al principio, al ver más prostitutas pensé que tendría que compartir los clientes y ganaría menos, pero a día de hoy mis clientes me buscan solo a mí.

Oigo voces. Han llegado al fin y eso me tranquiliza, no consigo acostumbrarme a la soledad y a la oscuridad de este sitio. Me repugna el olor a orina de gato y ratas muertas, como también me repugnan los hombres que suelen venir a buscarme. Todos me recuerdan a Savino, y tener que hacer esto es una pesadilla continua.

Las prostitutas se acercan a mí, parece que quieren decirme algo. Las conozco de verlas a diario. Una de ellas lleva una larga falda amarilla y sombrero de copa de hombre. Pero esta vez vienen acompañadas de unos hombres.

—¡Eh! —me grita levantando un bastón. Doy un paso hacia atrás y apoyo mi espalda en la pared.

Los cinco me rodean y empiezo a entender qué quieren de mí. Tengo que salir corriendo de aquí, pero me impiden el paso.

—Ya te hemos dejado el suficiente tiempo en esta calle, pero nos estamos hartando de ti —me dice la del sombrero. Está demasiado

cerca de mi cara, apenas le quedan dientes enteros y el hedor de su boca es repugnante.

—No queremos que sigas por aquí —añade otra y me empuja.

Una de ellas me sujeta para que no huya.

—Tú tienes muchos clientes a diario y a veces ellas ninguno —me dice uno de los hombres, me escupe y me pisa el pie.

—Eso no pasaba antes. —Creo que eso lo ha dicho la del bastón, porque acabo de recibir un golpe. Iba dirigido hacia mi cara, pero he logrado poner el brazo.

La empujo e intento escapar, pero son cinco y yo no tengo nada que hacer contra ellos. Dejo caer el chal al suelo o quizás me lo han quitado, no lo sé. Mis piernas apenas me responden, pesan muchísimo y parecen inestables. Tengo miedo y el miedo me impide actuar.

Sé que en la pared que está a mi espalda hay un hueco por el que suelen entrar y salir gatos. Acostumbro a usar ese hueco para esconder el dinero antes del siguiente cliente, soy delgada, puedo esconderme en él. Es profundo, no sé hacia donde lleva, pero al parecer es algún tipo de comercio abandonado.

Doy un paso a mi izquierda para aproximarme al agujero, me empujan de nuevo, lo que me permite acercarme aún más.

—Se acabó —me grita un hombre con voz ronca y en la penumbra puedo ver la silueta de un cuchillo.

Al fin llego hasta el agujero. Puedo sentirlo tras mis rodillas, pero no me permitirán escaparme. Y para hacerlo tengo que tirarme al suelo, allí me patearán y golpearán hasta morir. Pero es lo que piensan hacer de todas formas, matarme.

El segundo golpe de bastón llega, esta vez en la cabeza, el dolor es insoportable. Me vuelven a golpear en la cabeza desde el otro lado y caigo al suelo. Recibo multitud de golpes y patadas, apenas me dejan levantar la cabeza para poder comprobar si estoy muy lejos del agujero de la pared, pero parece que no. El suelo está lleno de barro y con cada patada me salpica en los ojos, casi no puedo ver. Me cubro la cara como puedo, tengo la manga llena de sangre, no sé si es sangre de mi nariz o de mi boca, quizás del golpe de la cabeza.

Recibo una gran patada en un costado y aprovecho el momento para arrastrarme hacia el interior del agujero. Tengo que ser rápida, me aferro a una madera en el interior, pero vuelven a tirar de mis piernas para sacarme, pataleo todo lo deprisa que puedo para que me suelten, pero no puedo contra la fuerza de cinco y vuelven a sacarme fuera.

Recibo nuevos golpes entre insultos, cada vez son más fuertes. Me mareo, voy a perder el conocimiento por completo.

Se ha oído un golpe y a continuación otro, pero no los siento en mi cuerpo. Gritan y me sueltan, ellos huyen despavoridos. Apenas puedo moverme, ni siquiera girar la cabeza para ver qué ocurre, me arrastro de nuevo hacia el agujero, estoy completamente dentro y gateo lo más rápido que puedo en la oscuridad. Algo pasa fuera, piden auxilio. Siento cómo algunos gritos se ahogan y otros se alejan hasta que puedo oír claramente a lo lejos a una de las mujeres chillar.

—¡El Fantasma está aquí! —Todo mi vello se acaba de erizar y mi miedo se multiplica. Nadie escapa de El Fantasma de Venecia y yo estaba fuera cuando él llegó. Me ha visto escabullirme y vendrá a por mí. Intento recordar qué fue lo último que he visto antes de entrar aquí. Vi mi zapato en el suelo, nada más que sombras y el sonido de fuertes golpes. Ya no escucho nada. Sigo adentrándome en la oscuridad de aquel lugar. Hay muchos gatos, el olor es insoportable. Debo de andar con cuidado, en la oscuridad pueden atacarme. Veo al fondo una salida en otra pared, pero dudo si debo salir. El Fantasma está aquí. Tanteo con una mano en busca de algún punto de apoyo. No sé si es un mueble o una pared, pero apoyo mi espalda. Estoy completamente dolorida. La nariz no deja de sangrarme. Me duele mucho la cabeza, la espalda… me estaban dando una paliza de muerte.

Comienzo a ser consciente de lo que acaba de ocurrir y el pánico invade mi cuerpo. Si ellos no hubiesen estado allí y el Fantasma hubiese llegado unos minutos antes, yo ya estaría muerta. Si no hubiese logrado entrar en el agujero, posiblemente estaría muerta. Y, sin embargo, si el Fantasma no hubiese aparecido, yo no habría podido huir de ellos y también estaría muerta. Madre mía. No sé por

qué Dios ha decidido favorecerme con los pecados que cometo día tras día. Cierro los ojos mientras busco entre mi ropa una pequeña cruz de madera que perteneció a mi madre. Siento que no debo de salir de aquí. Si el Fantasma es tan grande como dicen, no podrá entrar sin romper la pared. Desconozco si hay alguna puerta, quizás sí, el hueco que está frente a mí parece una puerta. De todos modos, es una construcción de madera fácil de derrumbar.

Mi mano temblorosa al fin ha encontrado la cruz. Cierro los ojos. Jamás he tenido tanto miedo como hoy.

—Padre nuestro que estás en los cielos —rezo—, aléjalo de mí.

Nunca he dejado de rezar, a pesar de saber que ya estoy vetada en el reino de Dios por ser lo que soy, nunca he dejado de rezar.

—Padre nuestro por favor, aléjalo de mí.

Se hace el silencio, solo interrumpido por los sonidos felinos de los habitantes de esta maloliente ruina. Hay muchos trozos de madera en el suelo. Quizás es algún comercio que ha ardido. Son muy comunes los incendios en Venecia.

El tiempo pasa despacio, miro el hueco en la puerta con ganas de salir corriendo, pero sé que debo permanecer aquí. Vuelvo a rezar.

***

—No era la primera vez que sucedía, eran numerosas las prostitutas encontradas flotando en la laguna, cuerpos sin vida de mujeres jóvenes, sanas y con una belleza singular que se habían visto en la desgracia de hacer de aquel trabajo un modo se sobrevivir a la miseria, de salvar a una familia. No, no era la primera vez que lo hacían, ya lo habían hecho con otras antes, apalearlas hasta la muerte. Mi mente enseguida imaginó a Jianna muerta, flotando en la laguna, y enloquecí por completo.

Ellos se habían reunido para hacer desaparecer a la mujer que más clientes hacía en los suburbios. Estaban dispuestos a matar a un ángel como solían hacer cuando la nueva competencia hacía mella en el negocio. La única vez en mi vida que he matado a

personas justo en el momento en el que iban a cometer un crimen sin haberlo planeado de antemano.

Decidí colgarlos, aunque no dispusiera de mucho tiempo. Tenía que dejar mi firma de alguna manera. No tenía cuerda suficiente para los cinco y los colgué a todos juntos.

¿Mi mayor dolor en ese momento? Pensar en cierta joven al otro lado de la pared, entre ratas y excrementos, muerta de miedo. El miedo que le produjo comprobar que la apalearían y golpearían hasta la muerte. Y el miedo que me tenía a mí. Ten en cuenta que para el pueblo veneciano yo era un monstruo, un demonio, un diablo que no dejaba a nadie con vida. Mi leyenda decía que todo el que me viese debía de morir. Y ella había estado demasiado cerca del Fantasma de Venecia.

Hubiese entregado mi alma, si es que la tengo, por borrar la pesadilla que le tocó vivir aquella noche a Jianna.

9

La calle estaba llena de curiosos. Bruno había sido nombrado por el Consejo de los Diez como jefe de un grupo especial dentro de *I signore della notte*, los que guardaban la seguridad de Venecia. Principalmente estaba destinado a velar por la seguridad de la nobleza, pero el grupo de Bruno se dedicaba exclusivamente a perseguir al Fantasma de Venecia. No eran muchos hombres, ya había advertido al Consejo que necesitaría más, porque al dividirlos entre el norte y el sur de Venecia a ambos lados del Canal, quedaban apenas un par de hombres para cada barrio, a veces solo uno. Y el Fantasma se movía bien entre las sombras. Ya no se limitaba a una zona, ya daba igual que fuera San Marco, Castello o Santa Croca. En cualquier barrio de Venecia podía aparecer una víctima.

Aquella última noche, como tantas otras, tampoco parecía haber testigos, y le extrañaba, ya que esta vez una de las víctimas había tratado de huir gritando hasta que él la atrapó.

Los contempló balanceándose. Eran tres mujeres, al parecer prostitutas, y dos hombres, colgados con una única soga que atrapaba los cinco cuellos. ¿Qué fuerza descomunal tenía aquel demonio para lograr levantar el peso de cinco cuerpos?

Alguien tocó su hombro y se giró. Le agradaba ver una cara conocida entre aquella plebe de harapientos.

—¡Francesco! —lo saludó—. ¿Qué haces por aquí?

—Estoy pensando qué puedo hacer con este edificio en ruinas, no hace mucho que lo adquirí y tengo algunas ideas de negocio.

Bruno miró hacia el edificio a la derecha del callejón. Había ardido hacía algún tiempo y ya solo quedaba en pie la planta baja. El joven asintió con la cabeza.

—¿El Fantasma? —preguntó Francesco elevando sus talones, ya que su baja estatura no le permitía ver mucho entre la multitud. Ya descolgaban a las mujeres. Tan solo pudo ver la parte superior de algunas cabezas de mujer.

—Cinco —le explicó Bruno—, de una vez.

Francesco arqueó las cejas.

—Parece que El Fantasma de Venecia se supera en cada hazaña —bromeó Francesco—. Daréis con él o con ellos. Es cuestión de tiempo. ¿Quieres tomar algo para desayunar?

—No, gracias —rechazó Bruno—, tengo que reunirme con mi tío en unas horas.

Francesco bajó la cabeza en señal de cortés despido y continuó su camino. Rodeó a la multitud hasta llegar al otro lado del edificio, por el cual se accedía a su interior.

Sacó la oxidada llave y la introdujo en la cerradura de la vieja puerta. Se fijó en el mal estado en general de la fachada.

«¿Quién me mandaría hacer negocios borracho?».

En realidad no sabía qué hacer con aquel montón de madera podrida y bisagras oxidadas, en un barrio en el que el negocio no daba demasiado beneficio. La puerta estaba atrancada y tuvo que patearla para que se abriera.

Se oyó el maullar de los gatos y pudo ver a algunos huir despavoridos. El interior era aún peor de lo que esperaba, el olor era insoportable y llegaba hasta a marear. Dio un paso hacia dentro, la luz entraba a través de la puerta y de los boquetes del techo. Pero no era suficiente para ver el interior, aunque intuía que no había mucho que ver. Tendría que echar el edificio abajo y volver a erigirlo. Dinero mal invertido, sin ninguna duda. Quien se lo vendió se quitó un gran peso de encima.

Dio un paso atrás para salir de aquel lugar inmundo y entonces vio algo moverse junto a una de las paredes, demasiado grande para ser un animal.

Abrió la puerta en su totalidad para dejar entrar la luz. La joven se tapó la cara con las manos.

—¿Señorita? —la llamó—. ¿Está bien?

La joven no respondió. Francesco se acercó lentamente en silencio, no estaba lejos de la puerta y enseguida estuvo frente a ella. Se apartó de la línea de la luz, para que el sol la alumbrase a ella.

Su ropa estaba manchada de barro, su pelo despeinado y las mangas de su camisa salpicadas de sangre. Notó cómo el cuerpo de la chica temblaba.

—¿Se encuentra bien? —volvió a preguntar.

La joven levantó la cabeza y lo miró con ojos llenos de terror. Entonces Francesco pudo ver su cara. La habían golpeado con dureza, tenía arañazos, una pequeña brecha cerca de la frente y restos de sangre seca en los orificios de su nariz.

—No ha sido una noche fácil, ¿verdad? —le dijo al inclinarse junto a ella.

La joven continuaba sin decir una palabra. Francesco sonrió. Era muy joven, no era raro ver prostitutas jóvenes en zonas humildes. Las propias familias solían prostituir a sus hijas de doce o trece años en esos barrios. Era hermosa, había algo en el rostro de la joven que hacía difícil imaginarla como una ramera cualquiera de la calle. La sonrisa de Francesco se amplió.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó.

La joven al fin habló.

—Jianna —respondió y al oír su nombre y su voz, Francesco estuvo seguro de que la idea que se le acababa de pasar por la mente era más que viable.

—Mi nombre es Francesco —se presentó él—. Acompáñame, quiero que conozcas a alguien.

***

Ella

Me pongo en pie y tengo que bajar la cabeza para mirarlo. No es frecuente ver a un hombre tan pequeño fuera de las atracciones del Carnaval. Va vestido de forma demasiado elegante como para ser un feriante, es un señor, sin ninguna duda. Sin embargo, no me habla con el desprecio con el que acostumbran a hacerlo las personas adineradas a los que son como yo.

Se adelanta a mí y lo sigo. No sé a dónde me lleva, pero estoy demasiado cansada para pensar, para preguntar. Me duelen las

rodillas, he permanecido toda la noche acurrucada con la espalda en la pared, apenas puedo andar. Aún me dura el miedo, el pánico parece estar en el interior de mis venas, porque a cada paso mi cuerpo tiembla de forma más evidente.

Salgo a la calle y la luz me molesta en los ojos. Veo que el hombre pequeño le hace una señal a alguien y oigo el sonido de cascos de caballo. Necesito huir de este lugar, mi mente no deja de oír una y otra vez los sonidos que escuché por la noche, desde la voz de las putas que me golpearon, hasta los sonidos del propio Fantasma. Los gritos, la agonía, la cuerda y, al rato, los alaridos de quienes les habían descubierto.

Francesco me abre la puerta del carruaje y al levantar la pierna para subir me doy cuenta de que no tengo zapatos. Se debieron perder en el callejón, cuando los cinco tiraron de mis piernas y de mis pies para impedir que escapara. Me giro, pero veo que el callejón está lleno de gente. Los zapatos no importan, solo importa salir de allí. Subo al fin y me siento.

Oigo la voz del hombre pequeño decir «a La Serenissima». Apenas puedo reconocer el nombre. Sí, Venecia era La Serenissima, pero ya estábamos en ella. Intento recordar dónde había escuchado ese nombre, pero casi no puedo pensar. El carruaje se mueve, coge velocidad. Miro por la ventana, pero no veo nada. Mi mente divaga recordando y yo intento que se detenga y vuelva al presente, pero se vuelve a ir.

10

Bruno esperó mientras envolvían los cuerpos. No los habían separado, simplemente los descolgaron y los cubrieron. Querían quitar aquella escena de la vista de la multitud cuanto antes.

Cada asesinato del Fantasma dejaba una imagen macabra. Esta vez cinco cadáveres de piel azulada y bocas abiertas, con las cuencas de los ojos hundidas y los iris rojos.

Entre seis hombres levantaron el bulto que contenía los cinco cuerpos y lo llevaron hacia el carruaje. Bruno les dejó paso, pisó algo con el pie derecho y bajó la vista. Era un zapato de mujer de tela y suela de esparto casi deshecho.

—Mario —llamó a uno de sus compañeros alzando el zapato—. No quiero que quede nada de ellos aquí.

El hombre lo cogió y se dirigió hacia el carruaje en el que ya se encontraban las cinco víctimas. Destapó la parte de la tela que cubría sus pies.

—¡Bruno! —gritó—. No es de ninguna de ellas.

Bruno asintió desde donde se encontraba. Mario se dispuso a lanzar el zapato al mismo lugar donde lo había recogido.

—Espera. —Lo detuvo Bruno, que llevaba consigo un segundo zapato a juego, igual de agujereado y descolorido que el anterior—. Aquí tengo el otro.

—Puede ser de cualquiera —le respondió Mario.

Bruno levantó la vista y lo miró a los ojos.

—¿Crees que alguien que usa estos zapatos tiene algún otro par que ponerse? —preguntó Bruno, pero no obtuvo respuesta—. Nadie va a dejar tirados sus únicos zapatos.

El joven no dejaba de mirar el pequeño y humilde zapato entre sus manos.

—Había una sexta persona aquí —afirmó con rotundidad—, alguien que pudo huir.

—Es imposible escapar del Fantasma de Venecia —añadió Mario incrédulo.

Bruno puso el par de zapatos sobre la tela que cubría a las víctimas.

—La dueña de estos zapatos puede ser la única testigo que ha visto al Fantasma de Venecia y sigue con vida.

—¿Y cómo piensas encontrarla? —preguntó Mario—. Si fueran los zapatos de una dama sería muy fácil localizarla, pero la mayor parte de las muchachas pobres de Venecia tienen unos iguales, solo tienes que mirar los pies de la gente que hay a nuestro alrededor.

—No, no la encontraré, pero tengo que llevar ante el Consejo de los Diez que alguien escapó con vida de las garras del Fantasma de Venecia.

Ambos se subieron a la parte delantera del carruaje.

11

El carruaje se detuvo en la puerta de una gran casa, aunque más bien parecía un pequeño palacio junto al Gran Canal. Francesco bajó e invitó a Jianna a bajar como si de una dama se tratase.

Jianna miró a su alrededor. No recordaba aquel lugar de Venecia. Era como si en unos instantes, que fue lo que pareció durar el viaje, la hubiesen transportado a un lugar muy lejano, a una ciudad hermosa, llena de edificios emblemáticos, de indescriptible belleza. Una Venecia que desconocía.

Frente a ellos un gran palacete, con una lujosa entrada adornada con flores. A la derecha estaba el Gran Canal y hacia él se dirigió Francesco. Jianna lo siguió.

Rodearon la fachada por un pequeño camino que bordeaba el Canal. A la derecha pudo ver un pequeño puerto con una gran góndola blanca, lujosamente ornamentada y en cuyo lateral había un nombre escrito con letras doradas, pero Jianna no sabía leer. Francesco se detuvo ante una puerta marrón y subió los dos peldaños para acceder a ella. Llamó.

Jianna no dejaba de observar a su alrededor, maravillosas góndolas navegaban por el Gran Canal. A lo lejos, podían verse las cúpulas y los más altos edificios de Venecia, muy diferente de cómo solían verse desde los suburbios.

La puerta se abrió y una mujer los recibió.

—Vengo a ver a Lucrezia —anunció el pequeño hombre.

La mujer pareció contrariada y miró a Jianna con el rabillo del ojo. Sin embargo, asintió con la cabeza, entró y los dejó solos de nuevo.

«Lucrezia». Jianna se preguntó quién podría ser. Apenas empezaba a tomar consciencia de lo que ocurría a su alrededor, desde que la pesadilla que había vivido por la noche la dejara en un extraño limbo.

No los hizo esperar. Una mujer madura apareció en el umbral.

Jianna abrió la boca, acababa de despertar o eso le pareció, y un nerviosismo extraño le recorrió las piernas.

La mujer llevaba un elegante y ornamentado vestido verde, que contrastaba con el color rojo de su pelo, que brillaba con el reflejo del sol en un recogido de bucles. Sus ojos eran grandes e intimidantes, de un color azul turquesa que podía apreciarse desde el lugar en el que se encontraba Jianna. Su piel era muy pálida, fina, hermosa, y el elegante maquillaje resaltaba aún más su belleza. La chica nunca, en toda su vida, había visto una señora mayor tan impresionante.

Lucrezia fijó la vista en la joven. No lo hizo durante mucho tiempo, bajó enseguida su mirada para mirar al hombre pequeño.

—Querido Francesco —dijo con cierta ironía alzando su mano hacia él—, desde que te hiciste cliente de La Odissea no te vemos el pelo por aquí.

—Querida Lucrezia —respondió él con la misma cordialidad exagerada e irónica—, me alegra que aun así me recibas.

La mujer los invitó a entrar y Jianna siguió silenciosamente a ambos, accediendo a un ancho pasillo. La mujer entró por la primera puerta a la izquierda y llegaron a una grandísima cocina. El estómago de Jianna rugió con intensidad ante el maravilloso olor.

—Déjanos solos —pidió a la mujer que les había abierto la puerta y esta se marchó enseguida.

Lucrezia miró a Jianna aún con más interés ahora.

—No tengo mucho tiempo —dijo a Francesco sin dejar de observar a Jianna—. Las niñas y yo vamos a salir. ¿Qué quieres?

—Te he traído algo que marcará la diferencia entre La Odissea y tú.

Lucrezia frunció el ceño y dirigió sus ojos hacia Francesco.

—¿Y por qué me la traes a mí y no a ellos? —preguntó y Jianna pudo deducir en su tono de voz que estaba resentida con el pequeño hombre.

—Tengo mis razones por las cuales me fui y te las explicaré en otro momento —contestó Francesco con amabilidad.

La dama se acercó a Jianna, que la miró con timidez. Lucrezia olía a flores, un aroma embriagador que la hacía aún más espectacular de cerca. La joven bajó los ojos de inmediato.

La mujer la cogió por la barbilla y la obligó a alzar su rostro.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó con firmeza.

—Ji… —Estaba muy nerviosa—. Jianna, señora.

—Completo —ordenó la mujer con voz firme.

—Jianna D'Angelo —consiguió decir la muchacha y Lucrezia sonrió.

—¿Vienes de los suburbios? —preguntó y ella asintió.

La mujer agarró la tela de la falda de la joven y la estiró hasta dejar ver sus rodillas.

—Está demasiado delgada —protestó—. ¿Sabes leer?

La joven negó.

Lucrezia le inspeccionó el pelo con las manos. Era áspero, estaba enredado, sucio y tenía restos de parásitos.

—Me costará meses prepararla, ni siquiera sabe leer —dijo la mujer y soltó el cabello de inmediato.

Francesco sonrió.

—¿Qué vale tu tiempo? —preguntó él.

—No voy a quedarme con ella, Francesco —respondió la mujer mientras examinaba las ennegrecidas manos y las uñas sucias de Jianna. Por último, desabrochó los primeros botones de la camisa de la joven y se asomó por el escote.

—¿Cuánto tiempo llevas en la calle? —La pregunta no era directa, pero Jianna sabía a lo que se refería aquella mujer.

—Unas siete semanas, quizás ocho, desde las lluvias —se excusó la joven avergonzada.

—¿Sangras? —Las preguntas la incomodaban y la avergonzaban cada vez más.

—Sí —respondió.

—¿Cuándo fue la última vez? —continuó.

—Hace… no sé, unos diez días. —Jianna sintió un terrible impulso de salir corriendo de allí. Miró a Francesco con desesperación, este le hizo un gesto indicándole que se calmara.

A Lucrezia parecía darle igual la humillación que sentía la joven, continuaba inspeccionando su cara.

—Al menos no parece estar enferma, que ya es algo —dijo mirando de cerca la nariz de Jianna y su evidente hinchazón. Esto la puso en alerta y enseguida vio una pequeña brecha cerca del

nacimiento del pelo. La mujer sonrió—. Eras una competencia seria para el resto, ¿verdad? Putas demasiado viejas o demasiado enfermas, niñas llorando porque sus familias las obligan cada noche, o borrachas que después ni siquiera encuentran su dinero. No es fácil la calle. ¿Siete semanas? Has tenido suerte de que tardaran tanto en hacerte esto. ¿Te obligó tu familia a hacerlo?

Jianna negó enseguida.

—Mi familia jamás…

—Fue tu voluntad —la cortó Lucrezia—, joven valiente. Ladrones, borrachos, prostitutas, delincuencia, y un Fantasma.

Francesco pareció sonreír satisfecho al escucharla, aunque Jianna estaba contrariada.

—¿Viven tus padres? —preguntó, y ella negó con la cabeza—. ¿Por quién fue entonces? ¿Hijos, hermanos?

Jianna suspiró, ni siquiera sabía qué era lo que estaba haciendo allí y nadie le explicaba nada, tan solo preguntas. Recordó a su familia. Sí, había sido por voluntad, por falta de oportunidades. No tenía otra salida. Sus ojos se llenaron de lágrimas y una leve ira inundó su pecho.

—Contesta, ¿tienes familia? —insistió la mujer.

—Mis padres murieron hace años —respondió—. Tengo una hermana casada con un inútil y tienen siete hijos. También tengo un hermano, pero partió hace meses y no regresa. Su mujer siempre está enferma, ni siquiera es capaz de cuidar a sus tres hijos, aún menos de alimentarlos.

A Lucrezia le brillaron los ojos y su sonrisa se amplió. Se giró hacia Francesco.

—No —le dijo.

Francesco, ignorando la negativa de la mujer, sacaba una pequeña bolsa de tela y la lanzaba sobre la mesa. Lucrezia miró la bolsa de reojo.

—Ni siquiera sé si estaría lista para el próximo Carnaval. Nunca he formado a ninguna joven de los suburbios, es demasiado tiempo, demasiado trabajo y sin garantías. No sabe leer ni escribir, tendría que dedicarle muchas horas diarias y ni aun así. Demasiado delgada,

demasiado sucia. Llevará meses quitarle el aspecto de… —negaba con la cabeza.

Francesco frunció el ceño.

—No soy una casa de caridad —continuó la mujer dirigiéndose directamente a Francesco—. Llévala a La Odissea, yo ofrezco otras cosas.

—Sé lo que ofreces y por eso la he traído aquí —le dijo él y tendió su mano hacia la pequeña bolsa de tela.

Jianna miraba a uno y a otro, sin entender absolutamente nada.

La mujer al fin se acercó a la mesa e inspeccionó el interior de la bolsa. Abrió la boca para decir algo, pero la volvió a cerrar.

—Acéptalo como reserva de la primera noche, la mitad de su precio.

La mujer abrió la boca de nuevo, pero esta vez para tomar aire.

—Y reservaré una noche cada semana durante los primeros seis meses —continuó el hombre.

Lucrezia lo miró casi con desconfianza, sin entender por qué hacía aquello. No era la forma de actuar de Francesco. Un pequeño gran hombre con una historia detrás que bien podría llenar la nueva literatura o los teatros. Casi estuvo a punto de preguntárselo. Tiempo atrás habían tenido gran confianza, pero hacía unos meses que Francesco había dejado de visitar La Serenissima y se había hecho cliente de la competencia, otro palacete mucho más pequeño, al otro lado del Canal. Aquello había desgastado su amistad hasta lo que parecía el abismo.

Tenía que decidirse. Quedarse con la harapienta muchacha y convertirla en una de las de Lucrezia, con todo lo que ello conllevaba, o dejarla ir. La Serenissima, un prostíbulo con fama en toda Europa desde hacía años, había sufrido la fuerte competencia de La Odissea. Grandes nobles y los hombres más poderosos de Venecia y países cercanos y no tan cercanos, habían dejado allí una parte de ellos y su fortuna. Lucrezia hacía años había encontrado la forma exacta de conseguir el éxito y había decidido inculcarlo en sus pupilas. Pero su forma era costosa y limitaba el número de muchachas a tan solo unas pocas. No fue un impedimento para hacer fortuna. Ella tenía a las jóvenes más deseadas de Venecia, sin

embargo, la crisis y el empobrecimiento de muchos nobles hizo que descendiera el número de clientes. No muchos tenían la posibilidad de pasar un día o una noche en La Serenissima. La Odissea, sin embargo, estaba planteada de otro modo: muchas más chicas a un precio más asequible. Como Lucrezia solía decir, una imitación barata de su burdel. Francesco había depositado gran cantidad de dinero en la bolsa, una cantidad desorbitada. No tardaría en correr la voz de que había una ocupante más en La Serenissima y ella se encargaría de hacer correr la voz de la fortuna que pagaba uno de sus clientes por su reserva. El negocio no estaba en su mejor momento, no tenía mucha elección. Lo había sabido desde que vio en su puerta a Francesco con aquella sucia joven. Necesitaba a Francesco, no podía dejar escapar aquella oportunidad.

—Hecho —aceptó al fin, y cerró el trato sin mirar al pequeño hombre.

Francesco sonrió y se dirigió hacia la puerta. Lucrezia ni siquiera le dijo adiós, miró a Jianna con un interés sorprendente.

Se oyeron risas y voces en el pasillo. Una decena de jóvenes entraron en la cocina. Jianna dio unos pasos atrás aún más avergonzada que antes. Las jóvenes ni siquiera repararon en ella. La chica las miró asombrada, jamás había visto unos vestidos similares, pensaba que solo se usarían trajes así en Carnaval. Olían tan bien como Lucrezia y eran hermosas, muy hermosas. Jianna sintió de nuevo las ganas de salir corriendo de allí, avergonzada de su apariencia, de su suciedad y su mal olor.

—Lucrezia, ¿qué hacía aquí Murano? —preguntó una de ellas y enseguida dirigió la mirada hacia Jianna haciendo una mueca de sorpresa.

Lucrezia sonrió sin responder, esperando a que todas se dieran al fin cuenta de la presencia de Jianna. Una chica rubia, con un vaporoso vestido blanco, se apartó de la harapienta con expresión de asco. Jianna no levantaba la cabeza, miraba fijamente hacia el suelo, sin saber si debía salir de allí o no.

—¿Murano ha vuelto? —preguntó otra joven que acababa de entrar en la cocina. Jianna llegó a ver el borde del vestido, de una preciosa tela celeste con encaje blanco debajo. La chica se giró hacia

Jianna y comenzó a alejarse de ella dando pasos hacia atrás, hasta colocarse junto a las otras, tras Lucrezia.

—Jianna —la llamó Lucrezia—. Levanta la cabeza.

La voz de Lucrezia era firme, Jianna obedeció a la orden sin réplica, aunque no lo hizo de manera muy decidida.

—Chicas —dijo Lucrezia—. Volvéis a ser doce.

Se oyeron murmullos.

—Os presento a Jianna D'Angelo. —Alzó la bolsa de tela de Francesco—. La cortesana más cara de Venecia.

***

Ella

Solo quiero huir de aquí. Me miran con la boca abierta, mientras inspeccionan cada parte de mi cara, de mi cuerpo, de mi ropa. Estoy sucia, aún más que de costumbre. Huelo a barro, a orina de gato, a excrementos, a ratas muertas. Toda una noche da para eso y para mucho más.

—La cortesana más cara de Venecia. —Oigo decir a Lucrezia, no sé si se están riendo de mí. Algunas me miran embobadas, otras con asco. Comienzo a entender por qué el hombre pequeño me ha traído a este palacio. Pero me parece tan poco creíble, que no sé si todo esto es un sueño o una broma para humillarme todavía más.

—Venga, se nos hace tarde —continúa Lucrezia—. Esperadme en la góndola.

Supongo que se refiere a la gran góndola blanca que hay fuera. Las veo salir con sus perfectos peinados, sus espectaculares vestidos y siento envidia de la gran diferencia que supone un modo de vivir que desconozco.

Es un prostíbulo, son jóvenes que hacen lo mismo que yo, pero a cambio de una vida llena de comodidades. No con las comodidades que yo he conseguido hasta ahora, que se reducen a agua y comida,

y a algún colchón lleno de pulgas, sino a la vida de un noble, de una gran dama, de un rico mercader.

Se marchan y las oigo murmurar. Me miran de reojo antes de salir y se ríen. Vuelvo a bajar la cabeza avergonzada y solo logro ver los bordes bajos de sus vestidos.

Lucrezia se acerca a mí. No la veo, pero su olor vuelve a ser intenso.

—Jianna —me llama—. ¿Quieres levantar la cabeza? No voy a poder hacer nada contigo si todo el tiempo miras al suelo.

Sus palabras suenan a reprimenda, algo parecido a cuando suelo regañar a mis sobrinos. La miro a los ojos, que son realmente bonitos de cerca. Apenas tiene arrugas, me pregunto qué edad tendrá, seguro que la de mi madre si aún viviera.

—Ahora vas a comer —ordena, y el estómago me ruge. Me pone la mano en el hombro—. Le diré a Dita que solo media ración. No quiero que vomites. Ahora bien, quiero que salgas y lleves esto a tu familia. No seas imbécil, no se lo des todo. Si tu cuñado es lo que intuyo lo robará y no sé cuánto tiempo tardarás en estar lista para ganar dinero.

La miro sorprendida al comprobar que me da una bolsa de tela parecida a la de Francesco.

—¿Qué es? —pregunto.

Lucrezia frunce el ceño.

—Sabes por qué estás aquí, ¿verdad? —me pregunta y asiento sin mucha convicción.

Pone su mano en mi hombro.

—Esta es tu parte del dinero que ha adelantado Francesco —me dice.

Niego con la cabeza.

—Pero yo… —Esto no puede ser verdad.

Me empuja con suavidad en el hombro para que salga al pasillo hasta la puerta. Me indica que mire la góndola. Entorno los ojos. Las chicas ocupan los sillones, salvo uno en el centro que queda libre. Esperan a Lucrezia.

—¿Las ves? —me pregunta, pero yo no respondo. Creo que aún no he salido del limbo, o quizás el Fantasma realmente me asesinó y

estoy muerta, porque desde anoche nada parece tener sentido—. Tú serás una de ellas.

Aunque no pueda creerlo, me brillan los ojos.

—Dita le dirá al cochero que te lleve a casa —me dice—. Luego quiero que vuelvas y comas otra vez otra media ración, y que duermas toda la tarde. Esta noche hablaremos. Tenemos mucho trabajo y necesito que pongas todo de tu parte.

Vuelve a levantarme la cara.

—Acostúmbrate a no bajar la vista —me regaña—. Dile a tu familia dónde estás si quieres, pero no permitimos visitas aquí. Tú podrás visitarlos tantas veces como quieras cuando estés lista. Pero eso sí, solo cuando estés lista y no sé cuándo será eso.

Entiendo lo que intenta decirme y no me apeno en absoluto. Con el dinero de la bolsa mi familia tiene para sobrevivir durante meses, si Savino no se lo gasta en una noche.

Lucrezia ya no está a mi lado. Ha entrado y la oigo hablar con otra mujer. Le pide que prepare la habitación de Oda.

Lucrezia vuelve a salir y me sonríe. Su expresión ha cambiado por completo desde que Francesco se ha marchado. No es la mujer distante y fría que parecía en un primer momento. Algo dentro de mí me dice que mi suerte está a punto de cambiar y tornarse en otro color: el color dorado de La Serenissima. Apenas sé lo que es, pero comienzo a adorar ese nombre y a la señora de aquel palacete. La veo subir a la góndola y colocarse en el centro del mar de colorines de los trajes de las jóvenes.

La góndola comienza a navegar y Lucrezia dirige su mirada al frente, altiva, orgullosa. Observo ensimismada cómo la góndola se aleja, es una imagen atrayente, hermosa. ¿Algún día estaré ahí? No puedo creerlo.

Me empiezo a poner nerviosa, un nerviosismo parecido al que me causó el Fantasma, pero sin el terror. Soy afortunada, no solo me he salvado de él, sino que me he salvado de mi propia desdichada vida.

Miro la bolsa, ni siquiera tengo ganas de volver a casa a entregarla, pero tengo que hacerlo o morirán de hambre. Un joven entra y me observa.

—Jianna —me llama la mujer desde la cocina.

Entro tras el joven.

—Siéntate, cielo —me dice con mucha amabilidad—. Soy Dita.

Dita no posee la elegancia de Lucrezia, pero es de su misma edad.

—Soy algo así como la madre de La Serenissima, o eso me dicen las niñas. —Me siento—. Él es Paolo.

Miro al joven, que se acerca a mirar qué hay en la olla sin prestarme atención.

—A veces te llevará en góndola y otras en coche de caballos —me explica y el joven me mira extrañado. Tanta amabilidad me empieza a abrumar.

—Paolo. —Dita se dirige al chico—. Ella es Jianna, la nueva chica de Lucrezia.

El joven se sorprende y vuelve a mirarme. Debe de ser algo mayor que yo, su pelo y sus ojos son castaños, y hace unos días que no se afeita. Pero, aun así, es un joven pulcro y bastante atractivo.

No deja de observarme de la misma manera que hacían las jóvenes de Lucrezia. Tengo un plato delante que huele delicioso y una cuchara. Me da vergüenza comer, seguro que pensarán que no tengo educación. Sé que están haciendo un gran esfuerzo por no apartarse de mí. Apesto, hasta yo misma me doy cuenta del olor que desprendo. Cojo la cuchara y como. Noto como la baba se me cae. Nunca he probado una comida con tanto sabor y si lo he hecho no lo recuerdo.

Apenas mastico, simplemente trago una y otra vez. No puedo reconocer qué lleva, está demasiado sabroso. El plato se me acaba enseguida.

—Lo siento, hija —me dice Dita con afecto—. Lucrezia no me permite darte más hasta que vuelvas. Su temor es que vomites la comida. No sueles comer estas cosas, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Quizás notes molestias en el estómago al principio —continúa —, pero poco a poco.

El joven se acerca a la puerta.

—Ahora indica a Paolo donde están tu casa y tu familia. Él te llevará y te traerá de vuelta. Mientras yo voy a preparar tu

dormitorio. Te encantará, porque desde la ventana se ve el Canal.

Sonrío, me fascina la idea.

—Voy a buscar ropa —continúa escudriñándome—, y zapatos.

Me mira los pies y entonces me doy cuenta de que estoy descalza. Me sonrojo, mis pies están ennegrecidos por completo.

—Vamos, ve —me dice—. Y volved rápido. Hay que bañarla.

Dita me inspecciona de arriba abajo.

—Hay que bañarla —repite.

—Jianna. —Paolo me llama. Me gusta su voz, es suave. Los hombres que conozco no suelen tener la voz suave.

Salgo fuera de nuevo y en el paisaje echo en falta la gran góndola blanca. Sigo a Paolo hasta la parte de atrás. Un coche de caballos blanco con letras doradas nos espera.

Paolo me abre la puerta y tiende su mano para ayudarme a subir. Y como hice en el coche de Francesco, subo uno de mis pies descalzos y luego el otro. El joven cierra la puerta del carruaje tras de mí. Me siento e intento que no se me vea a través de la ventana. No quiero despertar la curiosidad de nadie. Una joven vestida de harapos en un lujoso carruaje. Tengo extrañas cosquillas en el estómago y por primera vez tengo ganas de conocer qué ocurrirá con mi vida a partir de ahora.

12

El carruaje volvió a detenerse en La Serenissima. Lo primero que Jianna hizo al bajar fue dirigir la vista hacia el lugar en el que tendría que estar la góndola. Pero no estaba. Algo que por un lado le alivió, puesto que no quería volver a ver a las jóvenes, y, por otro, le produjo inseguridad por no tener a Lucrezia cerca.

La visita a su familia había sido más que breve. En casa solo estaban Gina y algunos de sus sobrinos. Delia no estaba. Según Gina, en cuanto se supo lo del Fantasma y sus cinco víctimas, como Jianna no había vuelto su hermana echó a correr para averiguar si era una de ellas.

La Serenissima, le repitió hasta tres veces a Gina, y dudaba si sería capaz de recordarlo cuando volviera Delia. Entregó tan solo una parte del dinero, tal y como le sugirió Lucrezia, y el resto lo llevaba consigo. No se llevó nada más de su casa, tampoco tenía nada que llevarse, solo la cruz de madera que siempre llevaba en algún lugar en contacto con su piel.

Durante el camino había tenido tiempo de pensar, de ser consciente de todo lo que había sucedido desde la noche anterior, y aunque el temor al Fantasma aún permanecía en su cuerpo, notaba cómo se marchaba poco a poco.

Dita le tenía otro plato preparado, que Jianna devoró enseguida. No había sentido ningún malestar en el estómago, así que parecía que Lucrezia esta vez se equivocaba. El estómago de Jianna, aunque maltratado, era duro.

Dita la llevó entre pasillos lujosos hasta los baños. El agua soltaba un cálido vapor, los espejos, abundantes en todo el cuarto, comenzaban a empañarse.

La joven se puso delante de uno de ellos y se miró. No solía mirarse en espejos. No había espejos donde ella vivía ni en sus alrededores. Tan solo cristales en los que, de cuando en cuando, podía ver su reflejo, ni siquiera recordaba cómo era su cara. Al fin se

vio y bajó la vista al momento. Su aspecto era aún peor de lo que esperaba. La puerta se abrió, Lucrezia entraba.

Rodeó a la joven sin dejar de mirarla mientras ella volvía a bajar la cabeza, avergonzada. Ahora que se había mirado al espejo su bochorno era aún mayor.

—Levanta la cabeza. Mírate —le dijo colocándose tras su hombro.

Jianna obedeció. El contraste de la miseria que desprendía su suciedad y su vestimenta, con la colorida y elegante presencia de Lucrezia, la avergonzaban aún más.

—Quiero que te mires y recuerdes siempre esta imagen —le dijo —. Porque del recuerdo de esta imagen y de lo que sientas al mirarla, va a depender tu futuro a partir de ahora.

La mujer sonrió mientras se apartaba de ella.

—Vete a dormir tras el baño —le dijo desde la puerta—. Esta noche comenzamos.

Se fue y Jianna quedó sola con su imagen, cada vez más borrosa y empañada por el vapor del agua. Se desprendió de sus ropas, junto a las que dejó la cruz, y se introdujo en la bañera.

Dita entró.

—No saldrá toda la mugre la primera vez —dijo con una pastilla de jabón en una mano—, ni la segunda, y, seguramente, tampoco la tercera.

13

Bruno se estaba retrasando demasiado. El inquisidor Luigi Comminetti se impacientaba, necesitaba saber cuáles habían sido las últimas víctimas del Fantasma. Esta vez aquel ser había vuelto a actuar en los suburbios.

Al fin, Bruno atravesó la puerta del despacho.

—Cinco —anunció—, de una sola vez.

—¿Cinco? —se sorprendió Luigi Comminetti llevándose la mano a la sien—. La fama de ese demonio ha llegado a Florencia, a Francia e incluso a España. Si no lo atrapamos antes del próximo Carnaval, no habrá visitantes extranjeros y sabes lo que eso significa para Venecia.

Ambos lo sabían. La economía de la República estaba atravesando dificultades y su mayor negocio en los últimos años habían sido las fiestas, los casinos, y la prostitución durante los seis meses de Carnaval.

—¿Qué sabes de los *barnabotti*? ¿Están ellos detrás del Fantasma?

Los *barnabotti*, nobles que habían perdido su fortuna y conspiraban en secreto contra la República veneciana. Ya hacía tiempo que Luigi lo había sugerido en el Consejo de los Diez. El fantasma de Venecia no era un delincuente común, era un verdadero demonio que había sembrado el terror en las calles, atentaba contra cualquier ciudadano, sin importarle la posición, y ahora estaba haciendo tambalear la economía de la República, puesto que toda Europa sabía que un Fantasma rondaba por las calles de venecianas.

—Mis espías no tienen constancia de que los *barnabotti* estén detrás de él —respondió Bruno.

El joven se sentó frente a su tío.

—Esta vez ha sido diferente —confesó.

Luigi inclinó su espalda hacia delante y puso toda su atención en las palabras de su sobrino.

—He visto cada víctima del Fantasma desde aquel primer desdichado borracho que mató en los suburbios y esta vez ha sido distinto.

—¿Por el número de víctimas?

Bruno negó con la cabeza.

—Ese ser sigue una especie de modelo. No es el único asesino de Venecia, pero sé distinguir un asesinato suyo en cuanto lo veo.

—¿Crees que no ha sido él? —preguntó Luigi con interés.

—Una de las víctimas gritó pidiendo auxilio, varios testigos lograron escuchar la palabra Fantasma. Y es cierto que las colgó como suele hacer con el resto de personas a las que mata. Sin embargo, no lo ha hecho con la pulcritud que lo hizo las veces anteriores.

Guardó silencio un instante.

—Esta vez ha descargado furia sobre ellos —concluyó el joven.

—Cinco son demasiadas víctimas, lo sorprendente es que ninguna de ellas lograra escapar.

Bruno arqueó las cejas y puso una bolsa de tela sobre la mesa. Abrió la bolsa ante la mirada atenta de su tío.

—Cerca de los cadáveres encontré esto.

Bruno colocó los humildes y rotos zapatos sobre la mesa del inquisidor.

—No es de ninguna de las víctimas —dijo a su tío.

Luigi cogió uno de ellos. Estaba gastado y agujereado.

—¿Piensas que alguna logró escapar? —preguntó.

—Existe la posibilidad —respondió el joven.

—El Fantasma de Venecia no suele dejar a nadie con vida, sería el primer testigo… ¿Has revisado las *bocca di leone*?

—Sí, pero alguien que lleva esos zapatos seguramente ni siquiera sepa escribir.

Luigi expulsó aire por la nariz. Si era cierto que al fin alguien había escapado de las garras del Fantasma era más que interesante, porque aquel ser jamás solía perdonar la vida a nadie que se cruzara en su camino.

Bruno se levantó para marcharse. Cogió con cuidado el zapato de las manos de su tío y lo volvió a guardar.

—¿Piensas buscar a la dueña de los zapatos? —preguntó el inquisidor.

—Estos zapatos pueden ser de cualquiera —respondió Bruno—. La mayoría de las mujeres de los suburbios llevan unos iguales.

—¿Dónde los llevas entonces? —se extrañó Luigi.

—Son la prueba de que alguien ha sobrevivido al Fantasma. —Bruno se alejó hasta la puerta.

—¿Qué harás? ¿Volver a vigilar los suburbios? —La situación era desesperante, aquel ser podría volver a matar en cualquier lugar.

Bruno negó con la cabeza.

—No volverá por allí en un tiempo —respondió el joven—. Ha matado a cinco desdichados, ahora irá a por alguien con poder.

14

Dita le abrió la habitación y dejó caer la llave sobre la palma de su mano.

—Ahora descansa —le dijo—. Cierra las ventanas y cubre los cristales con las cortinas. Parecerá de noche.

***

Ella

Acabo de entrar en el que será mi dormitorio a partir de ahora. Es amplio y está limpio. Es silencioso, un silencio al que no estoy acostumbrada.

Me dirijo hacia la ventana entornada. Una leve brisa entra y me anima a que salga a mirar. No es una ventana como a las que estoy habituada, sino dos puertas de cristal que llevan a una estrecha terraza. Puedo salir y ver el Gran Canal. Dita tenía razón, la vista es preciosa.

Cierro las puertas, pero no quiero cubrir los cristales. Las cortinas son gruesas, suaves, de un color rosa claro. La tela es tan hermosa que podría utilizarse para hacer un vestido. Frente al balcón hay un armario. Me acerco a él y lo abro, pero aún está vacío. A mi izquierda, próximo a la puerta, hay un mueble con muchos cajones pequeños y una silla, supongo que debe ser un escritorio. No puedo evitar abrirlos y cerrarlos todos, uno por uno, aunque aún estén vacíos. Siempre me han llamado la atención estos muebles con tantos pequeños cajones. En uno de ellos encuentro una llave dorada. De niña me encantaba jugar con las llaves de los cofres o puertas que había en casa.

Intento levantar la pequeña mesa de escritorio y esta se eleva. El mueble puede cerrarse, y sí, aquí tiene una cerradura. No puedo

evitarlo, introduzco la llave y la giro. Lo dejo cerrado.

Junto a la cama hay una pequeña mesa, todo en este cuarto es de madera pintada de marfil y tiene una fina decoración del color rosa claro de las cortinas. Allí, en la pequeña mesa junto a la cama, hay un cajón. Guardo la llave.

A mi izquierda hay un gran espejo ovalado, un tocador y otra silla. Me doy cuenta de que la silla está tapizada con la misma tela de las cortinas. El tocador también tiene cajones pequeños, uno a cada lado. Los abro también. Todo está vacío en esta habitación.

Doy un paso atrás, pero está la cama. Es tan grande que hasta en una habitación enorme ocupa gran espacio. Tiene cuatro barrotes, uno en cada esquina, y de ellos cuelgan otras cortinas, mucho más finas que las de la ventana.

Lucrezia me ha pedido que duerma hasta la noche y Dita me ha preparado agua caliente y le ha echado unas hierbas. Me ha obligado a beberla, dice que es para que duerma mejor. Estoy cansada, pero demasiado nerviosa para dormir.

Voy a sentarme en la cama, pero alcanzo a ver algo sobre ella y me incorporo de momento. No sé cómo no la había visto antes. Su color rojo contrasta en este mar de marfil y rosa. El único elemento que no hace juego con la habitación.

Es un capullo de rosa roja del tamaño de un puño. La cojo, parece hecha de tela de terciopelo, pero su olor me dice que es de verdad. Su tallo está suave, alguien le ha quitado todas las púas, una por una. Nunca había visto una rosa tan grande como esta.

Aspiro su olor. No sé si habrá sido un detalle de Dita o de la propia Lucrezia. Destapo la cama y me tumbo. El colchón es tan blando que no sé si voy a ser capaz de dormir sobre él. Coloco la rosa junto a mí. No puedo dejar de mirarla mientras mis párpados se cierran.

***

—Estaba completamente seguro de que, mientras Jianna estuviera en La Serenissima, Lucrezia la sabría proteger de un mundo lleno de arpías, de ladrones, de hombres aprovechados, de la envidia de las altas damas, de la corrupción de los poderosos, y también de mí. Aunque no, de mí no fue capaz de protegerla.

15

Lucrezia entró en la habitación para despertarla. Jianna se incorporó sobresaltada.

—Debes de ir acostumbrándote a tus nuevos horarios —dijo Lucrezia, que ahora vestía aún más elegante que aquella mañana—. Es hora de trabajar. ¡Vamos!

Jianna se levantó todo lo rápido que pudo, mientras la mujer le tendía un vestido simple de color marfil.

—Tengo que pedirle a Dita que te suba más ropa —añadió mirando el armario vacío y sonrió—. Dentro de unos meses no tendrás donde colgar tus vestidos. Los clientes suelen ser muy atentos con las niñas.

Jianna la miró asombrada.

—Pero tú no entiendes nada ahora mismo, ¿verdad? —Lucrezia no obtuvo respuesta, salvo la mirada incrédula de la joven.

La mujer se acercó a la chica.

—Olvida todo lo que hiciste en las calles, ser prostituta en La Serenissima es diferente. Si consigues poner a tus pies a los hombres más poderosos, tendrás a Venecia en tus manos. —Lucrezia sonrió—. Conozco esa expresión, tú no ansías el poder de Venecia, ni quiera sabes qué haces aquí. Las chicas que vienen aquí lo suelen hacer porque saben lo que pueden conseguir conmigo, todos los días vienen varias jóvenes a mi puerta pidiendo ser una de las doce. Pero tú no has venido, a ti te trajeron. Hace tiempo conocí a alguien como tú. No deseaba poder, ni dinero, ni trajes, ni joyas. Solo huir de lo que había conocido hasta entonces.

La joven la miró, perdida en sus pensamientos. Huir de lo que había conocido, una vida de miseria y pobreza, enfermedad y muerte. Aquellas palabras hicieron reaccionar a Jianna.

—¿Y qué ocurrió con ella? —preguntó.

Lucrezia sonrió.

—Alguien que no desea ningún privilegio no se puede comprar, pero eso lo entenderás más adelante. Vamos abajo.

Jianna la siguió por las escaleras que llevaban hasta la cocina. Jianna abrió los ojos como platos. Algunas jóvenes entraban a coger algún alimento mientras corrían pasillo abajo. Llevaban los vestidos más lujosos que su cabeza pudiera imaginar, joyas grandes que brillaban con la luz de la lámpara. Estaban muy maquilladas, mucho más que durante la mañana, y sus peinados eran también muy diferentes, ondas que caían por sus espaldas y plumas u otros adornos que centelleaban con tanta intensidad como sus largos pendientes.

Los trajes eran bastante más descubiertos y con escotes más generosos que durante el día, y sus talles parecían más estrechos. Eran las mismas jóvenes, sin ninguna duda. Pero había algo diferente a lo que había visto aquella mañana.

—En La Serenissima —le explicó Lucrezia—, el día comienza cuando se va el sol.

La llevó hasta una sala, donde tres mujeres peinaban a las últimas muchachas que quedaban. Lucrezia las miraba orgullosa.

—Quien viene a La Serenissima sabe qué va a encontrar —añadió la mujer—: exquisitez, elegancia y belleza. Hay competencia, La Odissea últimamente se está llevando a la mayoría de nuestros clientes. Ofrecen precios más bajos, casas de juegos y más de treinta mujeres. Pero la mayoría de ellas no tienen nivel. Manteneros es caro, instruiros mucho más. No acepto mediocridad. Quien no esté a la altura, se marcha de La Serenissima. No me es tan fácil encontrar jóvenes para mí. No he podido encontrar a la que me faltaba en más de un año.

—¿Tendré que irme? —respondió Jianna angustiada. Lucrezia rio.

—Tranquila, niña. —Le puso la mano en el hombro—. Han pagado la mitad de tu debut y es mucho más de lo que nadie pagará hoy por ninguna de ellas. En una semana, aun sin haberte visto nadie, recibiré más ofertas. Ya he hecho correr la noticia de tu precio, por eso nadie debe verte en estos meses.

—¿Sin verme? —Se asombró la joven y Lucrezia rio a carcajadas

—Aún no sabes nada de cómo pueden llegar a ser los poderosos en Venecia. Solo unos pocos pueden pagarte, eso sumado a la curiosidad que sienten sabiendo lo que saben…

¿Qué tendrían que saber? Jianna no entendía nada.

—Te protege Francesco Murano —aclaró Lucrezia, pero aquello no despejó las dudas de Jianna.

—¿El hombre pequeño?

—No te dejes llevar por las apariencias. ¿No sabes quién es?

Jianna negó con la cabeza, mientras dejaba pasar a una de las bellas jóvenes con un espectacular traje amarillo con plumas.

—Su verdadero apellido no es Murano, pero todo el mundo lo conoce por ese nombre. Es un viejo amigo, aunque lleva unos meses apartado. —Miró a Jianna—. Le llaman así porque la mayor parte de las fábricas de cristal de la isla Murano son suyas. Ni el dux de Venecia, ni ningún noble ni comerciante que puedas conocer, tienen tanta riqueza como él. Pero debes estar atenta, Jianna, no es un cliente común. Si aprendes a conocerlo y sabes cómo tratarlo, te pondrá todo lo que tiene a tu disposición. Si no, no lo volverás a ver más que cuando le apetezca pasar por aquí y eso no te mantendrá. Hasta ahora ninguna de ellas lo ha conseguido y dicen que en La Odissea tampoco. Sin embargo, tienes ventaja, he visto cómo te mira y no sé qué es lo que ve en ti, pero te aseguro que augura algo bueno. Y eso me despierta también cierta curiosidad por ti. Murano rara vez se equivoca.

Lucrezia sonrió. Jianna volvió a seguirla hasta otro de los salones, donde algunas chicas esperaban en sillones.

—Ahora no puedo dejarte entrar en la sala de fiestas ni en el salón de juego porque ya han llegado algunos clientes, y como te he dicho antes, no quiero que nadie te vea aún.

Subieron por unas estrechas y altas escaleras.

—Quiero que cada noche subas aquí —le dijo.

Llegaron hasta un pequeño habitáculo. En él había sillones, uno de ellos junto a una pared cubierta con cortinas.

Lucrezia apartó la cortina, tras ella había una pequeña ventana tapada con un fino velo negro, a través del cual se podía ver el salón.

—Al otro lado del pasillo hay más, en total son cinco, suelen estar ocupados por trabajadores míos que vigilan que no haya altercados entre los hombres. A veces, sobre todo a última hora, suelen discutir.

Puedes ir al que quieras. A veces yo misma observaré contigo y te explicaré. ¡Acércate!

Jianna se colocó junto a Lucrezia.

—Quiero que todas las noches observes y memorices —le explicó —. Quiero que los conozcas uno a uno, que los mires, que elijas quién quieres que sea para ti. Puedes elegir tantos como quieras o seas capaz de atender, yo me ocupo del resto.

—¿Elegirlos yo?

—No seas imbécil, Jianna, claro que los elegirás tú, y yo te ayudaré con el resto. Olvídate de las calles. No estás en la calle, estás en mi casa, ahora tu casa. Eres una de *mis hijas* y *mis hijas* en su casa eligen a sus clientes.

Jianna miró y vio a varios hombres. Conversaban, se saludaban unos a otros. No podía oírlos desde la ventana, solo se escuchaba la elegante y alegre música. Algunas chicas ya estaban en el salón. Desde allí arriba las muchachas con sus trajes vaporosos parecían flores de colores.

—Tienes tiempo —le dijo Lucrezia mientras Jianna observaba—. Yo a ratos subiré aquí contigo y te iré diciendo nombres y todo lo que necesitas saber sobre ellos. No te dejes llevar por las apariencias, quizás quien menos esperes puede ser tu cliente más especial, el que pague tu nivel de vida el resto de tus días.

Jianna entornó los ojos, desde allí podía ver a cada persona del salón con total claridad. Veía a un joven apuesto acercarse a una de las jóvenes, era rubia, de las más bellas de las *hijas* de Lucrezia. Jianna no podía dejar de mirarla. Llevaba un generoso escote, que dejaba ver la parte superior de su pecho, con una hermosa forma redondeada. Largos pendientes brillantes colgaban a cada lado de la ovalada cara de la chica. Y las dudas y el temor la inundaron, jamás podría estar a la altura del resto.

Lucrezia tenía ya demasiados años y experiencia en su trabajo, como para poder leer cada pensamiento de la silenciosa Jianna.

—Esta tarde te dije que memorizaras tu imagen. —La cogió por la barbilla para que la mirara—. No volverás a verla. A partir de ahora, tú serás como ellas.

Jianna asintió, aunque sin poder creerla. Lucrezia le infundía seguridad, algo que necesitaba desesperadamente en aquellos momentos. Sus piernas no dejaban de temblar, ella no solía ser así de miedosa. Siempre había sido más fuerte y segura, no había tenido más remedio siendo huérfana y viviendo en la miseria. De una cosa estaba segura: no quería volver a su vida anterior, fuera lo que fuera que pudiera esperar de La Serenissima, era mucho mejor que volver a casa. Cerró los ojos un instante al recordar la noche anterior. Jamás volvería a las calles después de lo que le pasó. El terror la estremeció.

—Observa y aprende. —Lucrezia se dirigió hacia las escaleras dispuesta a bajar—. Me darás una lista de tus elegidos y comenzaremos a preparar tu presentación.

La dejó a solas. Jianna volvió a mirar el salón. Las jóvenes parecían divertirse. ¿Cómo podían reír? Jianna odiaba prostituirse. Recordó las palabras de Lucrezia: «Ser prostituta en La Serenissima es diferente».

***

—Estaba seguro de que Jianna nos observaba y sentía curiosidad por saber si había reparado en mí. De prostituta callejera a ser la cortesana más cara de Venecia, un precio al que solo podían acceder unos pocos. Pero mayor era la riqueza que hubiese dado en aquel momento tan solo por averiguar si yo estaba en aquella lista, si ella llegó a elegirme alguna vez o simplemente qué fue lo que pasó por su cabeza la primera vez que me vio, antes de que comenzara el juego que hizo que ella nos mirase a todos de otro modo.

16

Lucrezia entró en el salón sonriendo, mientras recorría con la mirada todos los rincones. Se acercó a unos sillones, donde dos de sus muchachas estaban rodeadas de varios hombres y parecían escuchar el relato de uno de ellos. Algo malo había ocurrido, porque Flavia se había cubierto la boca con la mano en señal de asombro.

—Buenas noches —saludó al llegar.

—Ha matado a cinco esta vez —le dijo Flavia.

Lucrezia enseguida dirigió su mirada hacia uno de los hombres que acompañaban a las dos prostitutas. Era joven, de pelo castaño y ojos oscuros.

—Bruno. —Se acercó a él tendiendo su mano—. Os lo está poniendo difícil El Fantasma de Venecia.

Los hombres rieron. Bruno sonrió también.

—Hace tiempo que no veo a tu tío, ¿se encuentra bien? —preguntó, aunque sabía las razones por las que no visitaba La Serenissima.

Bruno asintió.

—Precisamente hoy me ha acompañado —respondió el joven y Lucrezia sonrió—. Está en la sala de juego. Tiene ganas de verte, desde luego.

Lucrezia lo siguió hasta la sala de juego. El inquisidor estaba dispuesto a sentarse en una de las mesas con varios hombres, pero enseguida los vio y se aproximó hacia ellos. Lucrezia dirigió su mirada hacia una de las mesas de juego, en la que se encontraba Francesco Murano. Le alegró en gran medida que su gran fortuna volviera a frecuentar el negocio.

—Lucrezia, querida. —Oyó la voz de Luigi Comminetti, el inquisidor, que con cordialidad la besó en la mejilla.

—Querido Luigi, me alegra verte por aquí de nuevo —respondió ella, a sabiendas del lugar que solía frecuentar el inquisidor los meses que no había aparecido por La Serenissima.

—Tienes que disculparme por no haberte visitado en este tiempo, pero…

—No tienes que excusarte, sé que no soy la única casa de diversión de Venecia. —Lucrezia aparentaba ser amable, a pesar de lo que le afectaba que sus clientes estuvieran disminuyendo cada día. Aunque había multitud de prostíbulos en Venecia, era La Odissea la única que podía hacer competencia a La Serenissima, hasta el punto de colocar el negocio de Lucrezia en una situación inestable y complicada. Los ingresos no cubrían los gastos de un lugar lleno de lujos.

—Me alegro de que me recibas con la misma cordialidad de siempre, aun así.

Lucrezia recordó las palabras de Flavia.

—Acaba de contarme una de las chicas que El Fantasma ha matado a cinco esta vez —dijo y el inquisidor asintió.

—En los suburbios, dos prostitutas y tres hombres, al parecer también relacionados con el negocio —añadió Bruno.

Lucrezia arqueó las cejas.

—Entonces, las putas tampoco estamos libres de ese demonio, ¿no? —bromeó y ambos hombres rieron.

—Nadie está libre del Fantasma. —Luigi Comminetti parecía estar preocupado—. Tenemos que atraparlo antes del próximo Carnaval o todos perderemos. Nadie vendrá a Venecia con un asesino suelto.

Lucrezia asintió. Los meses de Carnaval eran el sustento del año entero de su negocio. Clientes de otras partes del mundo se dejaban verdaderas fortunas en Venecia. El Fantasma comenzaba no solo a sembrar el terror en la calle, sino en la economía de la República.

—Espero que lo atrapéis pronto —suspiró.

Bruno sonrió.

—Lo haré, no tengas dudas —concluyó el joven.

Lucrezia sonrió al decidido joven sin estar completamente segura. Aquel ser no parecía tener límites y dudaba si era tan solo un hombre o un verdadero demonio enviado desde el infierno.

—Cinco —pensó Lucrezia en voz alta—. ¿Cómo puede un solo hombre matar a cinco?

Los Comminetti se miraron, el inquisidor se dirigió hacia Lucrezia y le susurró:

—Esta vez sí parece que hay alguien que ha escapado de él —explicó y Lucrezia se acercó aún más a ellos.

—O simplemente el Fantasma la dejó escapar —añadió Bruno—. Hemos encontrado un par de zapatos de mujer junto a los cadáveres. Una sexta persona salió con vida de allí.

—¿Y sabéis quién es? —se interesó Lucrezia pensativa.

Ambos negaron.

—Hemos preguntado a otras prostitutas y hombres que las frecuentaban, pero tras los Carnavales llegaron numerosas muchachas nuevas. Además, con el invierno la mayoría de las familias pasan hambre y ya sabes lo que suele ocurrir, que las más jóvenes suelen echarse a la calle.

Lucrezia asintió.

—Al menos ya sabemos que no es imposible escapar con vida de él —respondió Lucrezia mirándolos de reojo—. Es curioso, hay en Venecia alguien que lo ha visto…

—Alguien que perdió sus zapatos, si es que se le pueden llamar así —añadió el inquisidor—. De todos modos, haremos todo lo posible por atraparlo.

Lucrezia parecía estar sumida en sus pensamientos. Miró a ambos hombres y se disculpó.

—Espero que disfrutéis esta noche, ahora voy a seguir atendiendo a mis invitados.

Se dirigió con rapidez hacia la cocina. Dita acababa de recogerlo todo y se disponía a acostarse.

—Dita —la llamó.

—¿Señora? —respondió la mujer.

—¿Dónde está la ropa que traía Jianna? —preguntó Lucrezia.

—La tiré en cuanto se la quitó. Eran harapos y tenían un olor espantoso.

—¿Los zapatos también? —preguntó con avidez.

Dita negó con la cabeza.

—La pobre muchacha venía descalza. —La mujer guardó un trapo en uno de los armarios—. Tiene las plantas de los pies tan oscuras

que me llevará semanas lograr aclarárselas.

Pero Lucrezia no la escuchaba.

«Maldito hijo de puta».

Andaba todo lo rápido que le permitían sus zapatos y enaguas. Salió a la sala de juego, pero Francesco ya no estaba. Lo buscó en el salón, pero tampoco lo vio, así que con rapidez dirigió sus pasos al jardín y allí lo divisó por fin, con su corta estatura y su elegante pequeña ropa.

Lucrezia lo agarró por el hombro, lo giró hacia ella y tiró de su chaqueta.

—¿Me tomas por imbécil? —le dijo.

Francesco la miró alzando las cejas.

—Por muchas cosas, pero por imbécil… —negó con la cabeza con ironía. Lucrezia enfureció. No podían hablar allí en medio, así que tiró de él hasta un lado del jardín, mucho más oscuro, que estaba vacío.

—¿Qué te pasa? —preguntó Murano con curiosidad y hasta divertido—. ¿No te ha gustado el precio de la joven? Podemos volver a negociarlo.

—Déjate de bromas —le respondió ella con ira—. ¿A quién has metido en mi casa?

Francesco ya sabía a lo que se refería Lucrezia. No contestó.

—No me tomes por imbécil —repitió Lucrezia—. El Fantasma mató anoche a gente del negocio en los suburbios, y Comminetti tiene los zapatos de una sexta puta que escapó con vida. Y esta mañana tú me traes a una joven puta, de los suburbios, descalza a mi casa. —Se echó las manos a la cabeza.

Francesco rio.

—Y aún hay gente que se pregunta cómo lograste montar este imperio —dijo, pero sus bromas solo conseguían enfurecer más a Lucrezia.

—Maldito estúpido, ¿por qué no me lo contaste?

—¿Hubieses aceptado? —preguntó Murano.

—Por el doble —afirmó ella.

Él se encogió de hombros aguantando la sonrisa.

—Te daré el doble —respondió y Lucrezia lo miró sorprendida—. Si es lo que quieres, te lo daré.

La mujer frunció el ceño.

—¿Y si él la vio escapar y viene a matarla? —respondió—. Es lo último que necesito, un asesino en La Serenissima, sería mi ruina, contando que me dejara con vida.

—¿Y si la vio escapar y decidió dejarla con vida? —preguntó él entornando los ojos hacia ella—. Es una posibilidad.

Lucrezia le lanzó una mirada de reproche. Luego negó con la cabeza aún enfurecida.

—¿Pagarías el doble? —preguntó a Murano y este asintió. No podía creerlo—. ¿Qué has visto en ella?

Lucrezia no daba crédito a lo que le proponía Francesco. Bien era cierto que su fortuna era grande y la cantidad desorbitada que estaba dispuesto a pagar por la joven no significaría mucho para él. Pero Francesco no era así, él no era ambicioso, no era un hombre de caprichos, no era su forma de actuar, y aunque para su casi arruinado negocio era algo bueno, no dejaba de buscar qué había detrás de todo aquello. Y luego estaba El Fantasma de Venecia: dejase a Jianna con vida o no, era un vínculo con un asesino implacable. Pero necesitaba desesperadamente el dinero de Francesco, no solo el que pagaría por Jianna, sino el volver a recuperarlo como cliente. Él no había respondido y ella no insistió.

—¿Cómo está? —preguntó él.

—Empezaba a pensar que la chica era idiota —respondió Lucrezia —. Apenas habla, solo tiembla. Ahora lo entiendo.

Suspiró.

—¿Puedo verla? —preguntó Murano de nuevo.

—No. —La respuesta fue rotunda.

—¿Me vas a pedir también que te pague por verla? —se burló él e introdujo la mano en uno de sus bolsillos. Lucrezia le agarró la mano para que no sacara las monedas.

—Está arriba —dijo ella y lo empujó para que la siguiera—, pero como El Fantasma venga a por ella te juro…

Francesco rio tras Lucrezia y entraron en el salón. Lo atravesaron hasta llegar a la decorada puerta doble por la que salían las

prostitutas cada noche. Entonces un hombre se acercó a ellos. Lucrezia lo reconoció. Era un mercader que solía visitarlas cuando su barco llegaba a la República. No solía vestir de manera elegante, parecía más bien un trabajador del puerto, con su camisa arremangada hasta los codos. Tenía el pelo largo, liso y rubio, recogido en una cola. Era un cliente muy codiciado por las chicas, tenía fortuna y era generoso, pues siempre solía traer regalos a las niñas de todos sus viajes, y, por otro lado, tenía buen porte y gran atractivo.

Él miró a ambos sonriendo. Lucrezia ya sabía lo que iba a decirles. Al contrario que Francesco, Gianlucca sí era caprichoso y soberbio. A Lucrezia no le gustaba, trataba a sus hijas como lo que eran, simples putas. Sin embargo, era el único cliente que no había puesto un pie jamás en La Odissea y eso Lucrezia también sabía agradecerlo.

—No sé si fiarme de los gustos de Murano. —Miró al pequeño hombre—. Pero estaré encantado de verla.

—No es posible aún —respondió Lucrezia. No estaba preparada todavía para negociar sobre Jianna, no tenía trazado ningún plan y Jianna ni siquiera lo había visto, aunque dudaba que la joven pusiera impedimento. Había unos cuantos de sus clientes que ninguna chica rechazaba nunca. Si Jianna no era muy distinta, con toda seguridad aceptaría. Pero no era momento de negociar.

—El precio se ha duplicado —añadió Murano.

Gianlucca arqueó las cejas hacia la dueña del prostíbulo.

—¿Cuándo nos la presentarás? —preguntó con curiosidad a Lucrezia—. Hay rumores en el salón.

Alguna de las suyas se había ido de la lengua y ya buscaría la forma de reprenderla.

—¿Rumores? —Quiso saber Lucrezia.

—Que es muda —respondió él.

Lucrezia rio con falsedad. Cuando supiera cuál de las suyas lo había dicho, le echaría una buena reprimenda. Ninguna niña dominada por la enviada iba a destruirle la esperanza de salir de su mala situación. Jianna tenía un precio muy alto, un precio peligroso, no sabía aún nada de ella y quizás tendría vigilándola de cerca a un

asesino del infierno. Arriesgaba demasiado con ella como para que encima le saliese mal.

—Después hablaré contigo, pero, como ves, es cara —respondió Lucrezia.

—No me importa —contestó él riendo—. Ahora he empezado a hacer negocios con Murano.

Los hombres se sonrieron.

—Así que ahora puedo pagarla —se dirigió a Lucrezia de nuevo—. ¿Cuándo?

—Meses y ya estoy recibiendo ofertas —sonrió altiva.

Lucrezia observó gran curiosidad en Gianlucca. Parecía que la idea de Francesco había sido buena: ofrecer dinero por ella aún antes de estar preparada. No lo había meditado, recibiría muchas ofertas. Necesitaba tiempo para pensar cómo hacerlo para sacar el máximo provecho al asunto hasta que se desvaneciera el capricho, hasta que Jianna dejase de ser una novedad, un lujo reservado a los poderosos.

—La primera noche no es negociable, el trato está cerrado —añadió Lucrezia—, pero podemos hablar.

Gianlucca asintió y se retiró.

—Te estoy salvando el negocio —Francesco le susurró con ironía.

—Aún no sé qué es lo que estás haciendo. —Ya estaban al pie de las escaleras que accedían hasta Jianna—. Ni sé cuál es el interés que tienes en ella, ni el cómo pudo escapar del Fantasma. Pero está despertando mi curiosidad. Aun así, no sé qué es lo que va a salir de ella y si estará a la altura.

Y estaba en lo cierto. Manipular a sus clientes era muy fácil, al menos a la mayoría, que eran simples hombres como Gianlucca, que estaban acostumbrados a tenerlo todo y lo querían todo. Jianna era una joya muy cara y aún sin haberla visto pagarían por ella. Una buena idea.

Sin embargo, no sabía por qué Francesco había pagado una cantidad tan desorbitada. Jianna era guapa, pero tenía a otras en La Serenissima mucho más hermosas. Aunque era cierto que la chica estaba desnutrida y despeinada, sin embargo, dudaba que alcanzara la belleza de Flavia o de Daniela. Aprovecharía la situación mientras

pudiera, Jianna rápido dejaría de ser una novedad y quizás tendría que bajar el precio. Con que el precio durara todo el próximo Carnaval se sentiría satisfecha. Salvaría La Serenissima. No pedía más. Francesco pagaría lo que se le pidiera o esa era la disposición que le veía, porque estaba dispuesto hasta a pagar por verla aquella noche. Gianlucca no se iría de Venecia sin adelantar la mitad, de eso estaba también segura. Y el dux no tardaría en regalársela a su joven hijo. Comenzó a ponerse nerviosa de las posibilidades que tendría ahora.

—Sube las escaleras —dijo a Francesco—. Está arriba.

***

—En el salón se comenzó a hablar más de Jianna que de mis propios asesinatos. Pasé del entusiasmo y la euforia que me producía ver en los ojos de otros el terror de mis actos, a la ira que me invadía al oír la curiosidad que ella despertaba en todos. Podía ver la envidia en las que iban a ser sus *hermanas* y temía lo que esto podría acarrearle. Pero Lucrezia era inteligente y nunca dejaría que nada afectara a Jianna. Y si alguien intentaba lastimarla, para eso estaba yo.

Ahora llegaba lo peor. Era consciente de que tenía que empezar a acostumbrarme a que hombres que apreciaba, y también hombres a los que despreciaba, pudieran tocarla a cambio de una suma muy alta. Me preocupaba poder contener mi ira y no introducir mi debilidad en La Serenissima. Temía que mi mitad oscura dejara de actuar por justicia y comenzara a matar por otras razones, razones que se me pudiesen ir de las manos. Cuando se juega en el límite, este puede ser muy peligroso.

Era fácil cuando sus clientes eran borrachos e inútiles. Aunque no lo creas, con ellos no sentía nada. Pero este era mi mundo y ella acababa de entrar en él.

.

17

Ella

Me llama la atención que jóvenes apuestos vengan a un lugar como este. Lucrezia dice que no me deje llevar por las apariencias, pero no puedo evitarlo. Ya soy capaz de reconocer a algunos de ellos, aunque dudo que mañana, si los volviese a ver con otros trajes, supiera quiénes son. Lucrezia aún no me ha dado sus nombres, tengo mucho que aprender todavía.

Me encanta el vestido que lleva la chica rubia y me encanta su pelo. Es la más hermosa de todas. Lleva un traje gris que desde aquí parece de plata. El pensar que algún día yo podré ponerme uno igual me pone muy nerviosa. Tengo miedo de que cuando me toque hacerlo a mí no esté a la altura y Lucrezia me eche de aquí.

No me gusta este trabajo, pero ellas ríen al hacerlo. Ningún parecido con lo que viví en la calle, nunca había visto a ninguna puta reír hasta hoy.

La joven morena del traje rojo parece tener gran éxito, es la que más hombres tiene a su alrededor. Ella y la rubia del traje gris son las más hermosas, sin ninguna duda mucho más que yo. Por mucho que Lucrezia lo intente, yo no tengo la elegancia ni la desenvoltura que aprecio en ellas.

Lucrezia acaba de pasar con Francesco. Si tuviera que elegir a mis clientes entre todos los hombres de la sala, él no estaría entre ellos. A simple vista elegiría al joven que estaba hablando con Lucrezia antes, o al hombre de pelo largo dorado que habla con ella ahora. Cerca de la rubia del vestido gris también hay varios con los que me quedaría. Pero ya me advirtió la dama de esta casa que no debo dejarme llevar por las apariencias. Y hay algo que tengo claro: no

quiero volver a casa de ninguna de las maneras. Así que no me queda más remedio que seguir los consejos de Lucrezia y aprender sus enseñanzas, porque mi vida depende de ello.

Ha entrado alguien importante, o eso parece, porque algunas personas se han levantado de sus sillones para acercarse a saludarlo. No puedo verlo bien. Tiene demasiada gente alrededor… Sí, ahora lo veo, es un hombre acompañado de un joven.

—Jianna —me llaman y reconozco su voz.

Francesco está junto a la entrada de esta pequeña habitación, con su pequeño traje de hombre, pero con el tamaño del de un niño. Se acerca a mí, estoy sentada en la silla y aun así nuestras cabezas están a la misma altura. Tiene el pelo largo y ondulado, sus ojos son de un azul grisáceo, y su cabeza resulta demasiado grande en comparación con su corto cuerpo. El balanceo de sus andares hace que parezca que va a caerse a un lado de un momento a otro. Sin embargo, su voz es cálida y me transmite tranquilidad. Le sonrío y lo hago con sinceridad. Me alegra verlo.

Se asoma y me aparto para que pueda ver a través de la ventana ovalada.

—Lucrezia no pierde el tiempo —me dice mientras observa el salón—. Ese es el dux con su hijo.

No puedo evitar mirar a través de la ventana. Los veo, un hombre de pelo cano y barba puntiaguda. Y el joven que está a su lado, de pelo peinado a ondas y con espléndida sonrisa, cuyos dientes blancos puedo ver desde donde me encuentro. Es guapo, uno de los hombres más guapos que he visto. Aunque fuera feo, tan solo por ser hijo del dux tiene que estar muy solicitado por las jóvenes de Venecia, y por lo que observo no es diferente con las prostitutas de Lucrezia, porque cuento hasta seis a su alrededor.

—No tardarán en preguntar por ti —dijo Francesco—. Y su padre pagará lo que vales. Le da todo lo que pide.

Siento algo extraño en el estómago, algo parecido a lo que sentí con el cochero de Lucrezia. Una sensación que me recuerda al hambre, que me lleva a darme cuenta de que no me han dado de comer desde antes de dormir, aunque tampoco tengo hambre, esta sensación también es nueva para mí.

Francesco arrastra un sillón y se sienta a mi lado. No parece importarle lo que ocurre en el salón. Me coge una mano.

—¿Estás bien? —me pregunta y asiento con la cabeza.

—Quiero que sepas que estás en un buen lugar. Confía en Lucrezia por encima de todo. No hay una mujer igual a ella en toda Venecia. Ella te querrá y te cuidará como a una hija. No importa lo fría que parezca a veces, no la juzgues si te grita o se enfada. Sigue sus consejos, aprende y vivirás sin necesidades el resto de tu vida.

Vuelvo a asentir y me alegra que todos mis pensamientos coincidan con las palabras de Francesco. Será porque él y Lucrezia son lo primero que he conocido de mi nueva vida, pero comienzo a sentir algo muy especial por ellos.

Francesco me coge la cara.

—Lucrezia sabe que escapaste del Fantasma —dice y me sobresalto.

Me levanto del sillón y se me saltan las lágrimas. En el sueño que comienzo a vivir lo único que me angustia es lo que padecí anoche.

—¿Llegaste a verlo? —me pregunta y lo miro extrañada. No quiero hablar de lo que pasó allí, pero al parecer él quiere saberlo—. ¿Te vio? ¿Cómo escapaste?

Miro al techo y luego lo miro a él. Suspiro. No tengo más remedio que responderle. Dejo caer los brazos, me pesan demasiado como las piernas y como la espalda. He dormido, pero sigo demasiado cansada, estos temblores, la angustia y el miedo que no soy capaz de dejar de sentir me dejan sin fuerzas.

—Ellos llegaron a la calle y comenzaron a golpearme. —Cerré los ojos, «ellos» eran mis verdaderos demonios y no el que llegó después—. Me tiraron al suelo y me siguieron pegando.

Me siento en el sillón de nuevo.

—Entonces vi el hueco de la pared del edificio. Se oyeron ruidos y gritos, solo vi sombras. Ni siquiera miré, simplemente me escondí lo más profundo que pude, hasta que llegaste tú.

—Tus zapatos aparecieron junto a los cadáveres —dice—. Los tiene el inquisidor. Solo Lucrezia y yo lo sabemos.

Se asoma al salón.

—Pronto conocerás a los inquisidores y al resto del Consejo de los Diez, al dux, a los *signorias* de Venecia y a todo el poder de la República.

Se gira hacia mí y sonríe.

—Así que no me digas que después de haber estado cerca del Fantasma de Venecia vas a temerles a todos ellos. —Ríe y yo me sonrojo, o al menos las mejillas me arden—. Vas a encantarles, no tengo dudas, ni Lucrezia tampoco. Ya están haciendo ofertas por ti.

Se sienta y toca la tela de mi vestido.

—Le enviaré a Lucrezia telas para que te prepare ropa —añade—. Hacer negocios con Lucrezia es caro.

—¿Y por qué lo haces? —me intereso, tengo que preguntarlo—. ¿Por qué pagas tanto dinero por mí? ¿Por qué no lo haces por ellas?

Señalo hacia la ventana. Si yo fuese hombre y tuviese su dinero, sin ninguna duda pagaría por la del vestido gris.

—Porque ellas no me interesan en absoluto. —Hace una pausa—. No te voy a mentir, pretendí a Lucrezia hace años.

Sonrío y casi me imagino la historia y el final.

—Tú eres diferente, igual que lo era Lucrezia entonces. —Se queda pensativo un instante. Luego se levanta para marcharse. Puedo apreciarle un extraño cambio de talante—. Vendré a verte otro día.

No entiendo la razón, pero me apena que se vaya. Me agrada su compañía. Besa mi mano como si yo fuera una dama y se marcha con su particular andar por la escalera.

. .

18

Francesco buscaba a Lucrezia y al fin la encontró en la sala de juego. Él se colocó en una esquina y le hizo una señal con la mano para que se acercara.

Lucrezia sonreía y Francesco intuía la razón.

—Gianlucca y el dux quieren subir tu oferta por la primera noche de Jianna. —Fue lo primero que dijo al llegar a él—. Pero no te preocupes, que soy mujer de palabra.

Francesco ni siquiera prestó atención a su discurso.

—He hablado con la chica —comenzó—. No era lo que yo pensaba al principio.

Lucrezia se inclinó hasta la altura de él para escuchar con claridad. Francesco la miró.

—Ella no escapó de él —dijo Francesco con seriedad—. El Fantasma no le perdonó la vida, ese demonio la salvó.

—¿Cómo dices? —Lucrezia acercó aún más su cara a él.

—Esa gente que apareció muerta —continuó— iba a matarla.

Ella se llevó la mano hasta la sien. Francesco rompió a carcajadas y Lucrezia se sintió ofendida. A ella cada vez le desagradaba más la situación como para que encima Francesco lo tomara a broma.

—No le veo la gracia, esto cada vez me gusta menos.

Francesco detuvo su risa y la miró.

—No seas imbécil, Lucrezia. Una de las mayores fortunas de Venecia y un Fantasma. No tendrás competencia.

Ella lo fulminó con la mirada mientras él seguía riendo.

Escucharon risas tras ellos. Mujer y enano se giraron a la vez. No era raro verlos juntos, lo que le extrañaba a Lucrezia era que no los acompañasen ninguna de sus muchachas, ya que ellos solían ser los protagonistas de las disputas más agresivas en el corazón de La Serenissima.

Gianlucca Falcone, el guapo mercader que en los últimos meses había hecho gran fortuna, Marco Grimani, hijo del dux, Giacomo Casanova, «el follador» de Venecia y un auténtico sinvergüenza, el

joven conde, Lucio Cavalli, el mejor amigo del hijo del dux, y Bruno, el jefe de investigación de la República.

Los hombres miraban a Francesco y Lucrezia intuyó qué querían de él.

—Dinos, Murano, ¿de verdad vale lo que pagas? —bromeó Marco y varios clientes más se acercaron al grupo.

—Como ninguno llegamos a un acuerdo con Lucrezia —explicó Gianlucca a los caballeros que se habían arrimado—, podemos negociar entre hombres. Juguemos y decidamos quién paga la primera noche.

El salón de juego pareció quedar en silencio por un instante, no era muy grande y se pudieron escuchar murmullos de mujeres y hombres, algunos de ellos se levantaron de sus asientos y se acercaron, otros llegaron a aplaudir la proposición del mercader.

Lucrezia se colocó entre el pequeño hombre y los prepotentes jóvenes.

—¿Os vais a jugar a la chica? —gritó otro de los hombres—. Contad conmigo.

—Creo que ha quedado claro antes —dijo la mujer—. El trato está cerrado.

Lucrezia se lamentó de haber iniciado una puja guiada tan solo por la curiosidad varonil sin tener un plan previo. Ella quería causar el mayor interés por su pupila y lo había logrado, pero no esperaba este resultado. Nadie parecía escucharla, ni siquiera miraron a la dueña de La Serenissima cuando habló, tan solo observaban a Francesco.

—Si no podemos competir con dinero, podemos echarlo a suertes —lo retó el inquisidor, que se acercaba con andares orgullosos—. Permítenos, Francesco.

A Lucrezia le daba igual el resto, ella necesitaba alejar al grupo de jóvenes de Francesco con rapidez o comenzaría una disputa. Ella conocía a Francesco y todo lo que le rodeaba. Desconocía si el resto de competidores sabían que uno de ellos tenía algo personal con el enano. Así que apoyó su mano en el hombro de Casanova y lo empujó levemente hacia atrás.

—No se hable más —dijo—. Acompañadme y os ofreceré una alternativa.

Francesco la detuvo.

—No, Lucrezia, llevan razón —respondió él con cortesía y se oyeron vítores—. Preparad la mesa.

Los hombres rieron.

—Avisaré a mi padre —dijo Marco—. Seguro que al dux le interesará participar. ¿Cómo dice que se llama la chica?

—Jianna —dijo Lucrezia mirando hacia un lado.

Enseguida los hombres se dispersaron y Lucrezia quedó sola junto a Francesco.

—No tienes que hacerlo —le advirtió.

—No tengo suerte en nada más que en los negocios y en el juego —respondió el hombre. Lucrezia se inclinó y lo agarró del brazo.

—Lo echaré si me lo pides —le propuso.

—¿Echarlo? No —respondió él y la dejó sola.

Lucrezia dio la espalda a la mesa de juego en la que se estaban colocando los hombres, contó hasta quince. Las muchachas se dispusieron a su alrededor.

No, como dueña de La Serenissima no le gustaba ese comportamiento por parte de sus clientes. Y menos estando Murano en el centro del conflicto. Murano no era un cliente más, ella lo apreciaba de verdad. Suspiró. Tenía tantas cosas que advertir a Jianna. Ni siquiera quería saber quién ganaría la partida. Se marchó al jardín tras echar un último vistazo a la mesa. No le gustó lo que vio en sus muchachas, sabía que aquello no era bueno para la familia de La Serenissima, Jianna tendría que acostumbrarse también a ser el centro de las disputas internas, entre *hermanas*.

Se sentó en un banco completamente sola. Salvar La Serenissima tenía un alto precio, que auguraba que Jianna podría pagar si conseguía hacerlo bien, pero iba a costarle innumerables disgustos. Estaba acostumbrada: cada vez que entraba una nueva chica provocaba cierta atención extra entre sus clientes y creaba conflictos, pero jamás nadie causó tanta expectación como ahora lo hacía tan solo un nombre, o más bien la bolsa de dinero que Murano

pagaba por ella. Y luego estaba ese demonio que, según Murano, había salvado a la muchacha.

Miró a su alrededor, quizás ese demonio no anduviera lejos de allí, quizás Jianna también lo atrajo a él. Quizás fuera algún criminal de poca monta que vivía en los suburbios y la suerte quiso que no lo encontraran, además, ahora se le había puesto un nombre al asesino y eso lo hacía más temido.

Las dudas eran tan numerosas que no era capaz de disfrutar del golpe de suerte de que Murano llamase a su puerta con una nueva joven que apuntaba a ser la nueva joya del prostíbulo.

19

Ella

Tengo que seguir observando, pero estoy muy cansada. A Lucrezia no le importará que descanse un rato, de todos modos, en el salón de baile ya no queda casi nadie. Todo el mundo se ha marchado con rapidez, algo tiene que estar pasando en el salón de al lado, pero desde aquí no puedo verlo.

Me duele mucho la cabeza, los golpes de anoche fueron demasiado intensos, como solía dármelos Savino.

Bajo las escaleras, pero Lucrezia no está, no hay nadie. Reviso todas las habitaciones de la planta baja, pero no hay un alma por ninguna parte, solo silencio. Siento a alguien tras de mí y me giro con rapidez.

Veo a Paolo y expulso aire de mis pulmones. Siento de nuevo algo en mi estómago, esta vez con mayor intensidad. Bajo la cabeza enseguida.

—¿Te he asustado? —me pregunta.

—Busco a Lucrezia —evado su pregunta, es evidente que me he asustado. Pero ya no importa, el precio que he pagado por el sobresalto es más que grato.

—Está en la sala de juego —responde—. Como todos.

Guardo silencio porque parece que quiere decir algo más, pero finalmente calla.

—¿Puedes decirle que estoy en mi dormitorio? —le pido—. Dile que aún no estoy bien, me duele la cabeza.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que avise a Dita? —se ofrece.

—No, solo necesito descansar —digo y me sonríe.

—Cualquier cosa que necesites —añade—, mi habitación está al final del pasillo.

No soy capaz de devolverle la sonrisa.

—Gracias.

Huyo de allí. Paolo es amable, muchos muchachos habían sido amables conmigo, incluso Francesco lo era, pero su amabilidad me gusta y no entiendo el porqué.

Llego a mi dormitorio al fin. La ventana está abierta y entra una leve brisa. Me dirijo a cerrarla.

Me encuentro mal por la sensación que me produce Paolo o la sonrisa de algunos clientes. Tengo que hacerme a la idea de que a partir de ahora mi vida y mis sentimientos van a ser diferentes. No puedo sentir aprecio ni lealtad por cada persona que me ofrezca su apoyo, ni tampoco enamorarme de ningún joven apuesto que me sonría. Confío en que Lucrezia sepa guiarme.

Aparto la cortina de la cama, parece que la cabeza me va a reventar de dolor. Veo una rosa enorme y roja sobre la cama. Pero yo vi cómo Lucrezia cogía la otra y la colocaba en un florero sobre el escritorio.

Miro hacia el escritorio y ahí está, el tallo sin espinas y el capullo algo caído. Vuelvo a mirar la nueva rosa, erguida, fresca. No hace mucho que la han colocado aquí. Pero Dita ya hace rato que se ha acostado y Lucrezia está en el salón. No he visto a nadie más por la casa. ¿Paolo? Él sí andaba por aquí, despierto.

Miro la ventana, no la he cerrado bien y suena. La abro al completo y la leve brisa me enfría las mejillas.

Venecia es realmente hermosa de noche, la gran laguna, las góndolas y sus luces, las farolas. Hasta hace unos días odiaba la noche y todo lo que traía consigo, pero ahora mismo me parece que no he visto nunca nada más hermoso.

Llevo la rosa en la mano, su tallo está frío, como la noche fuera de aquí. No debe hacer mucho que la trajeron. Su aroma es fuerte, toda la habitación huele a ella. Posiblemente a partir de hoy la rosa roja será mi flor preferida.

Cierro la puerta del balcón y me tumbo en la cama. Realmente la cabeza me duele demasiado. Cierro los ojos de nuevo inundada por el olor floral.

20

Se oyeron risas en la sala de juego. Francesco salió al jardín y sonrió a Lucrezia.

—Todo queda tal y como estaba —le anunció.

Lucrezia espiró aliviada.

—Te dije que en los negocios y en los juegos suelo tener suerte. —Se colocó frente a ella.

La mujer entendió el sentido amplio de sus palabras. No quería indagar, pero Francesco le preocupaba.

—¿Cómo va todo? —preguntó al fin y él supo a qué se refería.

—Como siempre. —Trató de sonreír, pero no pudo.

Ella le puso la mano en el hombro y se lo apretó.

—Te dije hace tiempo… —añadió ella.

—Y vuelvo a responderte lo mismo —la cortó él.

Lucrezia no entendía por qué un hombre que lo tenía todo insistía en vivir en el calvario. Francesco Murano era hijo de uno de los maestros cristaleros de más prestigio de la isla. No heredó de su padre el arte del vidrio, pero sí una inteligencia superlativa para hacer negocios. Nacido en la isla, conocía todos los entresijos de aquel gremio y desde la nada levantó un gran imperio, haciéndose con la mayor parte de las fábricas de cristal que importaban al extranjero.

Cuando su fortuna se hizo famosa y presumía de ser una de las más grandes de Venecia, le permitieron u ofrecieron numerosos matrimonios de conveniencia con patricias, hijas de nobles empobrecidos o de otros mercaderes. Y él se decidió por una, Bianca Bermuchi, hija de unos *barnabotti*, nobles arruinados. La chica se negaba casarse con él, pero su familia la obligó.

Lucrezia conocía de antemano la fama de mujer promiscua de Bianca y advirtió a Francesco de que jamás sería feliz con una mujer así. «Una puta sería mejor mujer que ella, porque una puta lo hace únicamente para ganarse la vida, pero ella lo hace porque no sabe

ser de otra manera», fueron las palabras de Lucrezia. Pero Francesco no siguió sus consejos y finalmente se casó con ella.

Las infidelidades por parte de Bianca no tardaron en aparecer. Jóvenes apuestos que buscaban el dinero de Murano y sus cristales, tal y como Lucrezia le vaticinó. Discutieron porque la dueña de La Serenissima, que lo consideraba su amigo, le dijo cómo serían las cosas: «Los amantes de tu esposa buscan tu dinero y algún día ella planeará tu muerte».

Tras estas palabras de Lucrezia, Francesco no volvió a frecuentar La Serenissima hasta que Jianna apareció. Algo que de verdad sorprendió a Lucrezia, y aún más que pagara tal cantidad de dinero por una chica, ya que desde que Francesco se prometió con Bianca, no había vuelto a pagar por ninguna. Solo bebía y jugaba.

Lucrezia sentía en gran medida que aquella noche Francesco tuviera que verse cara a cara con uno de los amantes de su mujer. Un hombre que había sido amante de demasiadas mujeres y ella misma no entendía qué hacía Casanova visitando de cuando en cuando La Serenissima. Aunque un día en una conversación con él, el joven viajero le aclaró todo: «He estado con más mujeres de las que recuerdo, pero las tuyas me enseñan lo que luego empleo con las otras». Tenía sentido, el joven en parte no era muy diferente a sus prostitutas, puesto que también se ganaba la vida entre mujeres.

Pero que Francesco tuviera que verse cara a cara con el joven que dormía con su esposa, no era algo que pudiera agradarle. Se apenaba por Francesco, porque de todos los clientes que visitaban La Serenissima, Murano era el único que amaba a su esposa de verdad.

—Aún estoy vivo —dijo él con una sonrisa irónica—. Fue lo único en lo que fallaste. Al menos hasta ahora.

Lucrezia sonrió y sintió ganas de abrazarlo, pero la dama de La Serenissima, aparentando ser más fría de lo que realmente era, se mantuvo en su lugar.

—Vendré esta misma semana. —Murano se alejó.

—Francesco —lo llamó ella y él se detuvo—. Puedes venir cuando quieras a verla.

Él asintió y siguió su camino entre balanceos. Lucrezia no culpaba a Bianca por no amarlo, ella misma lo había rechazado una vez. No muchas jóvenes hermosas lo querrían si no fuera por su fortuna. Pero si Francesco no se hubiese enamorado de aquella infeliz, no tenía dudas de que hubiese podido encontrar a otra mujer que al menos lo respetara como se merecía. Quien conocía el interior de Francesco corría el riesgo de enamorarse de su persona, a pesar de su apariencia.

Aquel hombre necesitaba ayuda, sabía que al final no saldría bien parado. Cuando dejó de frecuentarla oyó que se emborrachaba cada noche en La Odissea, que a veces había aparecido en la calle por la mañana, desnudo y sin dinero, porque camino a casa le habían robado. Le apenaba. Sabía por qué Francesco actuaba así, él se lo había contado muchas veces. Cuando volvía a su casa encontraba a su mujer con otros hombres. Por esa razón volvía a casa tan borracho que era incapaz de ver nada.

Lucrezia había estado a punto de ir a buscarlo en muchas ocasiones. Pero no se atrevió por temor a su reacción cuando la viera, ya que cuando insinuó que algún día Bianca y sus amantes lo asesinarían, la respuesta de Francesco fue inesperada. Gritó, la insultó, lanzó un jarrón contra la pared, y se marchó para no volver.

Ahora parecía volver a ser el mismo Murano de antes y se alegraba de recuperar a su amigo.

«Jianna lo ayudará, no tengo dudas. Lo ayudará a salir de esto».

21

—«Meses», había oído decir a Lucrezia. Los mismos que yo tenía para prepararme para ver a Jianna moviéndose en mi mundo, entre hombres, sedas y joyas, y no entre harapos y moribundos.

En tan solo unos pocos meses iban a presentar a Jianna ante la multitud y yo tenía que actuar ante ella con mi verdadera identidad.

Mi mente comenzó a maginar a Jianna en el salón de La Serenissima…

Quedaban meses y ya temblaba al pensarlo.

22

La calle era tan estrecha que el cadáver ni siquiera había quedado estirado. Era un hombre delgado de largas piernas.

El Fantasma de Venecia lo colgó aprovechando un saliente de una de las ventanas. Los miembros de la familia que vivían en la casa decían que oyeron un grito, pero ninguno de ellos se atrevió a salir por temor a que fuera el demonio de Venecia.

Sin embargo, reconocieron a la víctima, vivía en la misma calle, tan solo unas casas más abajo.

—Otro más —dijo Bruno a uno de sus hombres.

—Al menos esta vez ha sido solo uno.

Entre los dos envolvieron al cadáver y levantaron el peso hasta sus hombros para llevárselo de allí.

—Necesitamos más vigilancia —dijo el hombre a Bruno.

—Mi tío lo está arreglando con el Consejo, nos duplicarán los hombres —respondió Bruno.

Mientras transportaban al hombre muerto, la multitud se santiguaba. «No es un hombre, Dios lo ha enviado», se oía murmurar.

Bruno y su compañero dejaron el cadáver en el carro.

—Llévatelo —le ordenó—. Voy al despacho del inquisidor.

23

Lucrezia la despertó al abrir las puertas del balcón. Jianna se incorporó un poco mareada.

—No me encontraba bien —se excusó.

—Buenos días —la corrigió Lucrezia y Jianna le respondió con cordialidad.

La mujer enseguida divisó la rosa en la cama.

—¿De dónde sacas las flores? —preguntó.

Jianna miró la rosa sobre la cama y una más marchita en el jarrón.

—Las encuentro cuando llego.

Lucrezia frunció el ceño y se asomó al balcón. Dita entró en la habitación con sobres en las manos. Colocó varios de ellos sobre el escritorio de Jianna.

—Tus cartas —dijo y se marchó.

Jianna alzó las cejas hacia los sobres que Dita había dejado en el escritorio.

—Recibirás muchos —le explicó Lucrezia—. Cuantos más recibas, mejor.

—¿Pero qué son? —preguntó y Lucrezia se echó a reír.

—Cartas, jovencita —respondió—. Cartas de los que aspiran a ser tus clientes. No solo hace falta dinero para acceder a ti. Es una de las claves de La Serenissima.

Jianna abrió la boca sorprendida.

—Ven conmigo, que quiero enseñarte la casa completa.

Jianna siguió a Lucrezia. Ya conocía la parte de la cocina, los baños y las salas donde peinaban a las muchachas. Lucrezia le mostró las habitaciones de las que según Lucrezia serían sus *hermanas*, pero a juzgar por las miradas que recibía, Jianna intuyó que mucha hermandad no podía esperar de ellas.

Lucrezia se las presentó una a una. Flavia se llamaba la belleza rubia. Era algo más alta que Jianna y era muy delgada en

comparación con el resto de jóvenes. Pero era, sin duda, una de las más bellas, aun a aquellas horas de la mañana y despeinada.

La chica hermosa de pelo negro se llamaba Erika, no era natural de Venecia, le dijeron el nombre del país y dónde se encontraba, pero Jianna no entendía de nada de eso, así que desistieron. Erika era alta también y resaltaba entre el resto porque sus pechos eran con diferencia los más grandes. A Jianna le llamó la atención su pelo, que a la luz del sol parecía tener reflejos azules, nunca había visto un pelo de aquel color, salvo en un perro o en un caballo.

Daniela parecía la más simpática de todas, al menos fue la única que le sonrió con sinceridad, una jovencísima muchacha, no muy alta pero de hechuras bien proporcionadas, con la barbilla muy prominente y el pelo castaño. Elvira, de cuerpo más voluptuoso que el resto y con unos grandes ojos verdes.

Carla y Giovanna, dos *hermanas* al parecer muy risueñas. Diana, una muchacha cuyo pelo llegaba hasta sus rodillas y a la que Lucrezia encontró en un circo durante el Carnaval, según le contó. Úrsula, Elisandra y Marianna, las últimas en levantarse y al parecer las más desobedientes según la dueña de la casa. Y, por último, Aurora, una chica algo callada y solitaria.

Lucrezia le dio algunos consejos sobre las muchachas, sobre su carácter e incluso le advirtió sobre Úrsula, Elvira, Erika y Flavia.

—No permito disputas dentro —le había dicho—. Pero no puedo estar en todas partes.

Lucrezia la llevó a la parte trasera del palacete. Había un jardín enorme y otro edificio. Mucha gente trabajando e incluso niños corriendo. Parecía una segunda casa construida a la espalda de La Serenissima.

—Aquí viven algunas que un día fueron parte de La Serenissima —le explicó—. Pero no siguieron mis consejos. Ahora siguen trabajando para mí, pero de otro modo.

Pasaron por las habitaciones y Jianna pudo ver a mujeres cosiendo lujosas telas.

—Todo lo que ves correteando por aquí son errores —añadió—. Escúchame, Jianna, aléjate de los sentimientos verdaderos. Las putas no pueden enamorarse. Si lo haces, volverás a la miseria.

Jianna asintió.

—Nadie te sacará de La Serenissima, salvo tú misma cuando reúnas el dinero suficiente —continuó—. Te propongan lo que te propongan, no lo aceptes jamás. Es elegir entre ser puta durante un tiempo o que te obliguen a hacerlo mientras dure tu juventud, y luego estarás tal y como empezaste, pero con demasiados años. ¿Lo entiendes?

Señaló a una mujer mayor que cargaba con unos niños pequeños hacia una de las habitaciones.

—No permitas que los hombres te utilicen, tú los utilizarás a ellos hasta que ya no los necesites y puedas seguir adelante lejos de todo esto.

Jianna se detuvo frente a Lucrezia. Su pecho se movía, reflejando su respirar acelerado.

—Necesito pedirte una cosa —le dijo y Lucrezia frunció el ceño.

—¿Qué necesitas?

—Si… pasan los meses y no soy capaz —sollozó—, ¿me permitirás quedarme aquí? Puedo hacer cualquier otra cosa.

Lucrezia negó con la cabeza.

—No necesito más sirvientas —respondió—. Lucha por tu sitio allí, este está completo.

Lucrezia le habló con dureza y la adelantó en el paso, dejándola sola. Jianna suspiró y a punto estuvo de no seguirla, pero se volvió a colocar a su lado.

—¿Cuánto tiempo tardarás en enseñármelo todo? —preguntó.

—Todo depende de lo estúpida que seas —respondió con severidad la mujer, que había perdido todo el tono cordial que había tenido aquella mañana con ella.

Jianna asintió.

—¿Cómo leeré las cartas? —preguntó de nuevo.

—No lo harás, aún. Tendrás que aprender a leer primero. La primera regla aquí es que tu correspondencia es privada. Solo la compartirás conmigo cuando elijas a quién quieres aceptar y yo lo negociaré.

—¿Quién me aconsejas?

Lucrezia arqueó las cejas.

—Murano, por supuesto, necesitas su dinero para mantenerte aquí, y yo también lo necesito. Por otro lado, alguien del Consejo de los Diez y personas cercanas al dux. Así tendrás fortuna y poder.

Jianna asintió.

—Entonces necesito que me los elijas tú.

—Pero… yo no puedo, tú no harás bien tu trabajo si te los impongo.

—Lo haré bien, porque tú me dirás cómo se hace —respondió la joven. Miró a la dueña de la casa—. No voy a volver a la miseria. No volveré jamás con mi familia. Nunca. Puedes pedirme que ame a un enano, a un inquisidor, al dux o al mismo diablo, porque sea lo que sea voy a hacerlo.

Lucrezia sonrió satisfecha. En ningún momento pensó en echar a Jianna de allí, aunque no sirviera como prostituta. Nunca dejaría a nadie volver a la miseria de la que procedía Jianna. Pero era mejor que la joven no lo supiese.

24

Lucrezia desataba las correas de las caderas de Jianna.

—Te dolerá durante días —le dijo.

—No puedo ponerme en pie —respondió la joven jadeando.

—Las primeras veces es así. —La mujer la ayudó a incorporarse —. Lo siento.

La joven logró levantarse, los dolores eran insoportables, el aparato ideado por Lucrezia parecía más de tortura que para practicar ciertas artes de cortesana. Jamás había oído hablar de aquello.

—Todas tus *hermanas* lo hacen y tú lograrás hacerlo tan bien como ellas —la animó—. Solo necesitas tiempo, estás más débil de lo que imaginaba.

Jianna la miró con incredulidad. En aquel momento le pareció imposible poder hacer todo lo que le pedía Lucrezia.

—Vamos —la llamó la mujer desde una columna del jardín—. Hay que continuar.

Jianna dio un par de pasos y se agarró a otra de las columnas. Lucrezia se situó a su lado para ayudarla en el camino a la próxima lección.

—¿Has acabado las cartas que te mandé hacer? —preguntó la mujer.

—Sí, las terminé anoche.

—Muy bien, avanzas rápido en la escritura —sonrió.

Unas ancianas pasaron por su lado y saludaron a Lucrezia.

—Ellas fueron mis primeras compañeras —le contó y Jianna se vio obligada a girar su cabeza para contemplarlas con atención. Eran ancianas, ¿qué edad podría tener entonces Lucrezia?

—Son algo mayores que yo. —La mujer parecía poder leer sus pensamientos—. Comencé demasiado joven.

Jianna la observó con atención mientras continuaban el camino. Sentía curiosidad por el pasado de aquella mujer tan intrigante, pero no quería ser indiscreta haciendo preguntas. Lucrezia en ocasiones le había transmitido que le recordaba mucho a ella misma y por lo

tanto podía adivinar una parte de su vida. Pero quería saber más. Más aún de lo que le enseñaba, aprender a través de sus experiencias, a través de su inteligencia, de su intuición. Lucrezia era la mujer más sorprendente que había conocido nunca.

—¿Qué edad tenías? —le preguntó al fin.

Lucrezia sonrió.

—Once años —respondió y Jianna arqueó las cejas—. Quedé huérfana de niña y alguien se hizo cargo de mí. No era la única huérfana de aquella casa, éramos doce, todas niñas, hijas de mendigos o putas, huérfanas sin familia, sin nadie que pudiese hacer nada por nosotras, salvo un matrimonio que nos acogió en su casa y nos daba de comer.

Jianna se detuvo a descansar junto a un banco, Lucrezia le dio permiso para sentarse. Doce, la cabeza de Jianna enlazó la cifra enseguida.

—Siempre éramos doce, si alguna moría era reemplazada por otra niña y así —continuó la mujer mientras levantaba el vestido de la joven—. Al principio no parecía ser un lugar desagradable, la calle era mucho peor, o los orfanatos. Pero al cumplir los diez u once años la vida nos cambiaba.

Lucrezia metió las manos bajo el vestido de Jianna, entre sus piernas, y extrajo un pequeño artilugio de acero de la vagina de la chica. Jianna, sin embrago, la atendía sin distracción.

—No fue fácil —continuó—. La primera noche que me sacaron de casa yo casi no entendía qué sucedía. Entonces llegó el primer hombre y habló con la familia, me llevaron a un lugar oscuro y… el resto lo imaginas.

Jianna no sabía qué responder.

—Los primeros meses fueron los peores de mi vida, veía cómo mis *hermanas* enfermaban o morían a causa de aquel trabajo desagradable que nos obligaban a hacer, mientras que el matrimonio que nos acogió una vez ganaba dinero del que no veíamos nada. Al poco tiempo me escapé de aquel lugar, prometiéndoles a mis *hermanas* que regresaría a por ellas.

Jianna abrió la boca, sus ojos brillaban, no esperaba que la historia de Lucrezia fuera tan sumamente triste.

—Mendigué por las calles, me alimentaba de comida podrida y todo eso que hacen los sin casa, hasta que comprendí que lo único que pasaría si continuaba de aquel modo sería que moriría. Y entonces hice lo único que me habían enseñado a hacer: con once años me prostituía en la misma calle en la que lo hacías tú.

La mujer le sonrió.

—Por eso Francesco cuando te encontró te trajo a mí, sabía que no iba a negarme. Tú eras algo mayor que yo, pero la similitud de nuestra desgracia era evidente. Todas las que frecuentábamos el lugar teníamos una vida similar, parecida a la tuya: los padres muertos, los cuñados borrachos, los hermanos enfermos, me son más que conocidos. Así que escogí a once compañeras, las más jóvenes y sanas, y las organicé. Enseguida acabamos con el negocio del resto de muchachas y mujeres que frecuentaban aquello, y temí que cualquier día nos ocurriese una desgracia, así que les propuse un trato.

Aceptaron sin dudar: las doce hacíamos el trabajo con los hombres y el resto se dedicaba a buscar comida, aprender el arte de coser ropa, maquillar o peinar mientras nosotras descansábamos. Pronto tuvimos dinero para comprar la primera casa en ruinas — Lucrezia rio.

—Se nos inundaba con cada lluvia, la fuimos reparando hasta que quedó bien, pero pronto se nos hizo pequeña. Al ser las únicas putas de los suburbios tuvimos la oportunidad de adaptar los precios a nuestras necesidades y pronto descubrimos el Carnaval. Meses de experiencia fueron suficientes para comprobar cómo doce jovencitas bien vestidas podían sacar una gran fortuna a forasteros, y reunir dinero suficiente para instalarnos en el centro de la ciudad, cerca de los canales.

Jianna no daba crédito a las palabras de Lucrezia. Siempre había pensado que había sido una cortesana de un burdel que supo invertir su dinero, jamás imaginó que ella hubiese levantado un imperio desde abajo. Ahora entendía el amor de Lucrezia por el prostíbulo.

—Ya tenía catorce años cuando nos fuimos de Caravaggio, pero aún no era el momento de recoger a mis *hermanas*. Tenía que

preparar mi nueva casa, tenía algo en la mente, pero era muy difícil llevarlo a cabo, así que tenía que cambiar de plan. En Carnaval era fácil hacer dinero, el problema venía cuando los extranjeros se marchaban y solo quedaba la sociedad veneciana y demasiados burdeles.

»Comprendí que la única forma de hacer dinero era apuntando alto, pero no sabíamos ni siquiera leer, iba a ser difícil llegar hasta los ricos mercaderes. Un día me armé de valor, me puse mi mejor traje y me dirigí hacia el puerto.

»Allí conocí a Francesco, que por aquel entonces comenzaba a hacer fortuna. Fue fácil conquistarlo, sin embargo, Francesco es demasiado inteligente para saber lo que alguien quiere de él, así que le conté directamente lo que quería conseguir. Le sorprendió que yo no buscara su dinero. Yo necesitaba a alguien que me educara y educara a mis *hermanas*, necesitaba terciopelo y cristal para decorar las paredes de mi casa y necesitaba atraer a clientes con dinero.

»Aquel día Francesco me llevó hasta casa en góndola y prometió ayudarme. Fue cuando nació una de las amistades más profundas que he tenido en mi intensa vida. Francesco fue mi primer cliente rico y gracias a él atraje a muchos otros.

»Poco a poco las doce de Lucrezia adquirieron fama. Yo trabajaba a diario y mientras el resto descansaba visitaba los muelles, descubría nuevos clientes, atraía a mercaderes, a nobles y a todo el que pudiera aportar algo a mi ambicioso sueño.

»Un mercader que venía de la India me transmitió ciertos conocimientos sexuales que se practicaban en países lejanos, un gran regalo que podía hacer que mi burdel marcara la diferencia si lograba mantenerlo en secreto. Un mercader que logré acaparar los escasos días que estuvo en Venecia, a sabiendas de que jamás volvería por aquí y eso me garantizaba custodiar un valioso secreto. En cuanto puse sus conocimientos en práctica, mi burdel se llenó como nunca y tuve que buscar una casa aún mayor.

—¿Este palacio? —preguntó Jianna.

Lucrezia negó.

—Mi segundo prostíbulo no era más grande que el jardín de La Serenissima. En aquella pequeña Serenissima me gané muchos

enemigos de prostíbulos cercanos e incluso de burdeles de aquí de San Marco. En cuanto las doce estuvimos preparadas con aquellos secretos, nuestra fama se acrecentó y toda Venecia quiso visitarnos. Mi oportunidad para duplicar los precios de mis *hermanas* y triplicar el mío. Entonces, al fin, pude volver a por mis primeras *hermanas.* Algunas habían muerto y otras desconocidas ocupaban su lugar. Me las llevé a las doce y el matrimonio miserable que las acogía me insultó e incluso trataron de golpearme. Entonces les dije que mis clientes eran personas muy poderosas en Venecia y que podía hacer arder su casa y sus vidas si volvían a explotar a niñas indefensas. No era cierto del todo, yo no tenía poder alguno por aquel entonces para llevarlo a cabo, pero aquella acción me recordó que el dinero no era suficiente para montar mi imperio. Así que comencé a frecuentar el Consejo de los Diez.

Rio.

—Un día en el puerto conocí a un trabajador de acento extranjero y gran atractivo, con vestimenta humilde, pero de gran inteligencia y conocimiento, y me llamó especialmente la atención. Lo invité al burdel y apareció una noche. En un principio no buscaba mujeres, sino compañía. Mis *hermanas* comenzaron a recriminarme que cómo podía desatender a distinguidos clientes y dedicar toda mi atención a un portuario sin dinero que ni siquiera podía pagarse una puta. Pero aquel portuario me atraía más que ningún otro cliente y mi intuición me decía que había algo más en él que no mostraba.

»Un tiempo después, y ya siendo cliente habitual mío, me confesó la verdad. Volvía a su país, Rusia. Llevaba meses recorriendo varios países, aprendiendo el arte naval trabajando como portuario. Quería aprender a construir barcos fuertes para su imperio. Y me confesó su verdadero nombre, Pedro, zar de Rusia, apodado Pedro el Grande con posterioridad.

»Pedro me enviaba tanto dinero, telas, joyas y todo lo que te puedas imaginar, que enseguida pude comprar este palacio, para envidia de mis enemigos, y al fin no escatimar para construir lo que había soñado durante años.

»Esta es la historia de La Serenissima.

Jianna arqueó las cejas sorprendida.

—¿Y Francesco? —Lucrezia rio a carcajadas con la pregunta.

—Francesco me pretendió durante años, y no solo como cliente, desde el primer momento supe que lo haría en otro ámbito. Murano es una de las personas que yo más quiero en este mundo, pero le dejé claro cuál era mi vida y qué era lo que esperaba de ella. En mis planes nunca entró una familia.

Lucrezia miró hacia un lado, un joven acababa de llegar al jardín. Jianna lo contempló, era la primera vez que lo veía por allí.

—Sube —le ordenó Lucrezia—. Ahora vamos nosotras.

El joven entró nervioso en la casa.

—Hay que seguir —dijo la mujer y ayudó a Jianna a levantarse—. Lo siento mucho, pero debes de pasar por todo esto. A veces utilizamos a Paolo, pero teniendo en cuenta cómo te mira, no lo he considerado apropiado. Suele ser más fácil cuando el joven conoce la técnica, al menos nos dura el tiempo suficiente para que aprendas.

Jianna se sonrojó.

Llegaron hasta la habitación. El joven ya estaba tumbado en la cama y completamente desnudo. Lucrezia cerró la puerta.

25

Menos de cuatro meses habían pasado desde que Jianna había llegado a La Serenissima. Angelina, una de las antiguas prostitutas, acababa el recogido de Jianna. La joven miraba de reojo el vestido gris que llevaría aquella noche y que Dita ya había preparado para su estreno. Francesco había enviado preciosas telas para ella.

Pero aún no era ni mediodía, Lucrezia quería dar un paseo en góndola y deseaba que Jianna la acompañara junto con las once chicas.

Lucrezia estaba nerviosa. Había pasado demasiado tiempo junto a ella como para conocerla en profundidad. Aquella noche iban a dar una gran fiesta en La Serenissima para su presentación. Sin embargo, Lucrezia no quería que todo se limitara a lo más selecto y ansiaba que toda Venecia pudiera verla.

Jianna había elegido para su primer paseo en góndola un traje de encaje blanco con bordados en rosa. Angelina le decoraba el pelo con pequeñas rosas a juego con el vestido.

—Se nos hace tarde —decía empujando a las chicas para que salieran.

Jianna se incorporó de su silla, Angelina había acabado. Se miró lo que pudo ver de su peinado. Dita había logrado arreglar su pelo sin necesidad de cortarlo, aunque durante semanas tuvo que dormir con la cabeza empapada de aceites. Pero había merecido la pena toda aquella incomodidad. Ya se había visto maquillada en otras ocasiones, Lucrezia le había enseñado a hacerlo, aunque esta vez lo hiciera Angelina.

Ya no reconocía ni su propia imagen en el espejo, había rellenado la fina piel y eso le había cambiado por completo la cara y el cuerpo. En las últimas semanas, cuando Dita le probó los trajes y Angelina comenzó a ensayar los diferentes peinados y maquillajes, ya no se veía tan distinta a sus *hermanas.*

Salió al pasillo, Paolo estaba junto a la puerta. Llegó a la calle al fin y tomó aire. Pasó junto al joven sin mirarlo y se colocó al lado de

Lucrezia. Las últimas muchachas subían a la góndola.

—¿Les gustaré? —preguntó y Lucrezia sonrió con orgullo.

—Mañana todo el mundo hablará de mi nueva obra —le dijo echándole algunos mechones de pelo hacia atrás. Luego le contempló el rostro—. La mejor de mis obras.

Lucrezia subió a la góndola y Jianna lo hizo tras ella, no se sentó a un lado como las demás, sino en el centro junto a Lucrezia.

—Colócate bien, levanta la cabeza —le ordenó la mujer—, y abre la sombrilla.

Jianna obedeció. A ella no le molestaba el sol en absoluto, sino todo lo contrario. Le encantaba. Pero Lucrezia estaba obsesionada por las pecas que provocaba exponerse al sol sin sombrilla. La sombrilla de encaje no cumplía mucho su función y tuvo que inclinarla para que no le quitara la visión de tan maravillosa imagen. La góndola comenzó a desplazarse con lentitud a través de la laguna. La sensación del leve mareo desapareció pasados unos minutos.

Lucrezia le mostraba los edificios y las casas y le indicaba los nombres de quienes vivían en cada lugar, nombres que Jianna memorizaba.

Ahora sabía leer y escribir, tenía nociones de historia, geografía y conocía los secretos de la política de la República.

La góndola pasaba bajo los puentes, donde algunos curiosos detenían el paso para mirarlas. En aquella góndola iban las prostitutas más caras y famosas de Venecia, diosas de la belleza y el placer, solo accesibles para unos pocos. Pero Jianna estaba instruida para no reparar en nada más que en las palabras de Lucrezia, que a medida que avanzaban le enseñaba lo que parecía una ciudad ahora desconocida para ella.

—No es la Venecia que conozco —dijo Jianna.

—Tú tampoco eres la Jianna que conocía Venecia. —Rio Lucrezia.

Jianna sonrió.

—¿Estás nerviosa? —preguntó la mujer.

Jianna miró hacia un lado de la laguna. La góndola de La Serenissima solía causar mucha expectación a su paso.

—Claro que lo estoy —suspiró—. Ha llegado el momento, y tengo miedo.

—No voy a mentirte, yo también estoy nerviosa. ¡Mira!

Lucrezia señaló a un grupo de jóvenes agolpados en uno de los puentes.

—Tu nombre se está haciendo conocido. —Rio—. Hemos despertado algo que suele funcionar bien en una ciudad llena de vanidad como esta. Curiosidad, señorita D'Angelo.

Jianna sonrió, mientras modificó la inclinación de su sombrilla para que los jóvenes no pudieran ver su rostro al pasar bajo el puente.

—Tú y El fantasma de Venecia sois el tema preferido en los salones de juego.

—Anoche mató otra vez —dijo Jianna pensativa.

—Lleva cinco asesinatos esta semana —respondió Lucrezia—. Anoche el inquisidor Comminetti me dijo que comienzan a pensar que no sea solo uno, sino que nuevos asesinos hayan salido a buscar la gloria y llevarse sus méritos.

—¿Méritos? Matar no es…

—No para ti, pero hay quien necesita buscar el poder de alguna forma. Y, sin ninguna duda, ese Fantasma se está haciendo un hueco en el poder de la República.

Jianna bajó la vista. Ella había estado cerca de él, y como ya hacía tiempo de aquella pesadilla, podía verlo de otro modo.

Durante un tiempo podía recordar el pánico vivido, pero semanas después fue capaz de dividir el miedo. No fue el Fantasma, sino aquellos cinco indeseables los que la golpearon, y ellos eran los demonios con los que a veces soñaba.

El paseo se le hizo corto. Llevaba meses encerrada en La Serenissima y aunque era un palacete amplio se sentía enjaulada. Al fin había recuperado la libertad.

Bajó de la góndola antes que Lucrezia y volver a poner pie en tierra le provocó un leve mareo, una rara sensación de seguir el vaivén del agua, aunque caminaba hacia la puerta de la casa. Entró y miró en la cocina, tenía hambre, pero la comida no estaba lista. Pidió a Dita que se la subiera a la habitación antes de salir.

En su escritorio había numerosas cartas y se dispuso a leerlas mientras esperaba la comida.

Iba más o menos por la mitad cuando Dita entró con un plato de sopa y una taza que colocó junto a Jianna y se marchó sin interrumpirla.

***

Ella

Al principio me gustaba recibir cartas, pero ya me empieza a aburrir y eso que Lucrezia siempre dice que son pocas. Hoy no me apetece leerlas, estoy demasiado nerviosa por lo de esta noche. Dita ha hecho bien en traerme este brebaje de hierbas, su sabor es horrible, pero me hace dormir durante horas, y hoy lo necesito.

He aprendido con Lucrezia a pasos acelerados. Estaba deseando que llegara este día y al fin liberarme de la presión que me ahoga. No quiero volver a casa, ni hoy ni nunca. Preferiría morir que hacerlo.

Otra carta más que parece escrita por la misma persona. Los hombres que me escriben son poco originales, todos dicen lo mismo y de la misma manera. Lucrezia me ha enseñado a intuir el carácter de un hombre por su forma de escribir o de decir las cosas. Y según intuyo, ninguno de estos va a gustarme lo más mínimo.

Esta noche voy a conocer a todos los clientes de La Serenissima. Lucrezia ha preparado una gran fiesta y ha invitado a todos los hombres de Venecia que puedan pagarme. Aunque ella y yo ya sabemos los clientes en los que vamos a trabajar. Durante estos meses ha habido pujas respecto a mí y algunos como Gianlucca, que no podrá estar hoy, ya tienen su día reservado.

Me ha apenado que no esté, tenía ganas de conocerlo de cerca, es uno de mis clientes más atractivos, por no decir el que más. Lucrezia no ha elegido clientes que puedan gustarme, sino que puedan convenirme.

De todos modos, esta noche conoceré a todos, tanto a los elegidos como a los que no. A los que me atraen por su fortuna y poder, como a los que lo hacen por su simple sonrisa. Lucrezia me ha advertido que jamás me enamore de ninguno de ellos ni me ilusione con sus palabras. Dudo que si el amor llega haya alguna forma de evadirlo, pero ella dice que solo piense en la imagen que recuerdo del día en que llegué y todo lo demás se convertirá en humo.

Con Paolo ha funcionado, ha sido demasiado fácil echarlo a un lado. Lucrezia sabe que él me mira diferente a como lo hace con las demás y en un principio temió que yo le correspondiera. Y quizás lo hubiese hecho en otro lugar, en otra situación. Pero yo soy lo que soy, no tengo otra opción que pasar de largo, porque a partir de esta noche cada fragmento de mí puede comprarse y él no puede pagarlo.

Lucrezia ha acabado la primera parte de su trabajo conmigo y creo que tengo claro lo principal. Ahora sé cómo tratar a cada hombre que ponga un pie en La Serenissima. Llevaba razón cuando me dijo que ser prostituta aquí es diferente.

Estoy tan acostumbrada a observarlos en la distancia que me va a parecer extraño verlos cara a cara. Algo que me produce gran interés, así como sus reacciones respecto a mí y las de mis propias compañeras. Esta noche tendrán una competidora más.

De esto último sí que me ha advertido Lucrezia, ya que los motivos de disputa no suelen ser las grandes fortunas, sino los escasos jóvenes apuestos que visitan La Serenissima. Ninguno de ellos está en mi lista de momento, salvo Gianlucca. Así que no espero grandes enfados por parte de mis *hermanas*. Lucrezia me ha dicho que trate con ellos lo menos posible de momento, no son nuestro objetivo y pueden ahuyentar a los que de verdad queremos atraer y enfadar al resto de chicas, algo que no conviene ni al negocio ni a mí. Así que a pesar de lo que me agradará conocer de cerca a Marco, a Bruno, a Casanova o al conde Cavalli, no podré recrearme en ellos más de lo necesario y quedará en mí la curiosidad de averiguar si todo lo que se dice sobre ellos es cierto.

Miro mi vestido de esta noche, ya está preparado. Es una preciosidad. Ayudé a Angelina a diseñarlo. Es una de las mejores costureras de Lucrezia. He elegido una tela que tiene el color gris de las perlas oscuras de Lucrezia, y creo que no hace mucho recibí un collar de perlas de ese mismo color. Los pendientes me los va a prestar la dueña de esta casa.

Me pongo junto al traje y me contemplo en el espejo. Realmente no parezco la misma joven que llegó sucia y harapienta a La Serenissima. Ni siquiera mi propia hermana me reconocería. En estos meses he enviado a Paolo a visitar a mi familia, saber que están bien y llevarles dinero es lo único que quiero. Aún no estoy preparada para volver por allí, ni siquiera de visita.

El vestido tiene un gran escote, Lucrezia dice que a los hombres les gustan los escotes amplios y los talles estrechos. Es muy incómodo llevar estos vestidos, tanto como hermosos pueden parecerle al que los mira. Me costó acostumbrarme, casi no podía respirar y el estómago se me hinchaba dentro de él, hasta el punto de que parecía que iba a romper las costuras. Pero poco a poco mi cuerpo se ha adaptado a ellos y a todo lo que me ponen debajo.

Destapo la cama y me tumbo. Hace semanas que quien quiera que fuera que me enviara rosas ha dejado de hacerlo. Solo recibo cartas y ramos de flores. Pero ninguna de esas flores tiene el aroma de las enormes rosas rojas.

Miro las cartas, aún me quedan muchas sin abrir, pero ya lo haré mañana. Las hierbas hacen su función y cada momento que pasa me siento más mareada. Estoy entrando en ese punto entre el sueño y la vigilia que tanto me gusta, donde nada duele y nada temo. No tardaré en dormir.

***

—La espera había sido larga, pero al fin la noche se acercaba. Estaba nervioso, me sudaban las manos, temblaba.

Jianna en la góndola junto a Lucrezia, con su rostro resguardado bajo la sombrilla. Inteligente siempre la dueña de La Serenissima, preservando el misterio del rostro más anhelado de Venecia, solo mostrando parte de él. Hasta yo, que conocía la imagen de Jianna de memoria, sentía deseos de ver más.

Faltaban horas para tenerla frente a frente.

26

La dejaron sola en su habitación. Ya estaba vestida, peinada y maquillada. Acababa de colocarse unos pesados pendientes largos de Lucrezia. Se miró en el espejo y se reconoció hermosa, más de lo que se esperaba ver algún día. El vestido era realmente precioso, el gris le encantaba, lo eligió así por lo que le gustó el vestido de Flavia la primera vez que la vio en el salón de La Serenissima.

Llamaron a la puerta y se dirigió hacia ella para abrirla. Era Francesco Murano, Jianna bajó la cabeza para mirarlo. Traía una caja de terciopelo negra en las manos.

—Bellísima Jianna —le dijo en cuanto la vio y sin demorarse le entregó la caja.

Jianna la abrió con curiosidad.

—Sé lo importante que es esta noche para ti —continuó él—. Quiero que tengas algo que no tiene ninguna cortesana en Venecia.

Hundidos en el terciopelo negro había cinco corazones de cristal, cuatro pequeños, uno en cada esquina, y uno mucho más grande en el centro. En un principio la joven pensó que eran colgantes o algún tipo de joya. Pero no, eran solo corazones de redondeadas formas, de un cristal que desprendía destellos plateados.

—Son preciosos —dijo la joven—. ¿Qué son?

—Son fragmentos del corazón de Jianna —le explicó Francesco—. Sé que Lucrezia os pide que hagáis una lista de nombres. Tú tendrás otra muy distinta. Los regalarás a quien tú desees y te apuesto que el que lo reciba lo mostrará con orgullo. A partir de esta noche pasas a ser una posesión que muchos querrán. Pocos pueden pagarte y aún con dinero no se aseguran un acuerdo con Lucrezia.

Jianna sonrió. La idea de Francesco había sido más que buena y dudaba si Lucrezia estaría de acuerdo, pero sin ninguna duda ella los utilizaría. Se apresuró a coger el corazón más grande y a entregárselo a Francesco dándole las gracias por el regalo, pero él le apartó la mano.

—No, por favor —se excusó—. No quiero que te obligues a hacerlo tan solo por gratitud. No los mandé a hacer para eso. Los usarás con sinceridad, prométemelo.

Jianna asintió y volvió a colocar el corazón en la caja. Francesco sonrió.

—Mañana todo el mundo hablará de ellos, Lucrezia se encargará de eso —dijo el hombre menudo y la chica rio.

—¿Me acompañas hasta abajo? —pidió ella.

—Solo puedo hacerlo hasta que entres en el salón, si con eso te conformas.

Tendió su brazo para que Jianna se agarrase, pero era algo difícil ir erguida si se agarraba a él por la diferencia de estatura, así que desistió.

—Quiero que estés tranquila —le iba diciendo—. No tengo dudas de que si Lucrezia ha pensado que estás preparada es que efectivamente lo estás. Por mucho que necesite el dinero, no se arriesgaría a apresurarse, se juega demasiado. Confía en ti y recuerda todos sus consejos. No fallarás.

Jianna suspiró.

—¿Ya están todos abajo? —preguntó.

—Sí, hace poco ha llegado el dux y los hermanos Leonelli, suelen ser los últimos siempre.

Ambos rieron, pero Jianna enseguida se tornó seria otra vez.

—Tranquila, aunque el mismísimo Fantasma de Venecia te esperase abajo, no será peor de lo que te esperará en el interior de La Serenissima a partir de ahora.

Francesco miró al resto de las muchachas, que estaban colocadas seis a un lado de la puerta y otras cinco al otro. Jianna se situó tras la quinta chica del lado derecho.

—Te espero al otro lado —le dijo Murano e hizo una reverencia al grupo.

Jianna tomó aire. Ahora, en cuanto se abriera la puerta, tendría que bajar quince escalones enmoquetados de rojo, sin caerse, a la par de sus *hermanas* de profesión y hogar.

Su respiración se aceleró y, bajo el apretado vestido, algo en su estómago se removió. Le temblaban las piernas, podía notarlas

ligeras a punto de echar a correr, por un momento creyó que iba a desmayarse entre nervios y miedo.

***

—Estaban a punto de bajar. Casi podía imaginar a Jianna al otro lado mientras todos en el salón hablaban de ella expectantes, esperando ver a la última obra de Lucrezia. Mis latidos se aceleraban cada vez que oía su nombre a mi alrededor.

Quería verla, yo también sentía curiosidad por ver qué era lo que Lucrezia había hecho con ella.

***

Ella

Lucrezia no ha invertido su tiempo en mí para que yo ande con lloriqueos infantiles.

Murano ya se ha marchado y quedarme a solas con las que llamo con falsedad mis *hermanas* me incomoda. No son mis *hermanas* y están muy lejos de serlo. No soy querida en La Serenissima. Los celos y la envidia han inundado a cada una de estas prostitutas tal y como Lucrezia predijo. Ella se ha volcado en mí de un modo que según Dita nunca había hecho con ninguna otra en la historia de este prostíbulo. La razón: quizás mi origen y la similitud de mi vida con la suya propia tengan un gran peso; la otra, la fortuna que Francesco invierte en esta casa palacio desde que yo llegué.

Miro la nuca de Daniela que va delante de mí, mientras espero que la puerta se abra al fin. Tengo a la hermosa belleza morena Erika a mi lado, con un traje del color de las rosas que solía encontrar los primeros días en mi dormitorio. Apenas les dirijo la

palabra a mis compañeras, Lucrezia prefiere mantenerme apartada de ellas mientras que dure mi buena suerte.

Erika me mira con interés, sé que quiere decirme algo y está esperando a que gire mi cabeza hacia ella para hablar, pero yo continúo con mi mirada fija en la nuca de Daniela y en el broche de su ostentoso collar.

—Jianna. —Sabe que no pensaba mirarla y aun así me habla—. No sé quiénes estarán en tu lista, ni quiénes serán los imbéciles que estén dispuestos a pagar lo que no vales, pero aléjate de Marco y de Lucio.

Esos nombres me hacen comprender que habla en su nombre y en el de Úrsula. Noto cómo mira a Flavia, la más hermosa de las once, con su pelo rubio casi plata. Flavia conoce la consecuencia de no seguir las advertencias de Erika y Úrsula desde pretendió al atractivo hijo del dux y al embaucador conde Cavalli. Yo todavía no había llegado a La Serenissima cuando aquello ocurrió, pero Lucrezia me ha puesto al tanto. No es una amenaza para mí, ninguno de ellos está en mi lista, aunque me hubiese encantado, pero Lucrezia ha dispuesto a otros en primer plano como clientes principales, dejando al resto como esporádicos, simples personajes secundarios de la obra de teatro en que, en cuanto se abra la puerta, se convertirá mi vida. Pura falsedad, entusiasmo fingido y verdaderos sentimientos disimulados, casi desvanecidos.

Ninguno de los dos está en la lista, así que las palabras de Erika no me producen temor alguno. Sonrío y noto cómo se estremece, casi siento su mirada llena de ira clavarse en mí. El resto de chicas de delante se han dado cuenta y están expectantes por oír mi respuesta. No es algo nuevo que una de las once discuta con Erika o con Daniela por culpa de los clientes, ya sea por los más ricos o por los más atrayentes. Pero yo soy la nueva y eso despierta curiosidad. Agradezco que Lucrezia, quizás por su debilidad hacia su última obra, me haya enseñado muy bien las reglas del juego.

—No es un rumor que ambos están comprometidos con las hermanas Disabatto —le respondo sin dejar de mirar el broche del collar de Daniela, y tras este noto su cuello girarse—. Un

compromiso y una ceremonia significan muchas horas fuera de La Serenissima, no me interesan.

Sonrío mientras soporto sus miradas. Se oyen risas desde el principio de la fila. Van a responderme llenas de ira, pero la puerta se abre y tienen que colocarse. La función teatral comienza.

Las primeras bajan lentamente los primeros escalones. Coloco mi mano en la barandilla, un ancho pasamanos de madera que me ayudará a no caer aunque las piernas me tiemblen. Me detengo y levanto la vista. Todo el salón está lleno de hombres, noto sus miradas curiosas. Entre tanto traje oscuro diviso el traje tornasolado de Lucrezia, que sonríe orgullosa.

Erika se adelanta a mí y ni siquiera me espera. Tendríamos que bajar a la vez, pero ella no hace nada por ayudarme, así que decido aguardar a que todas estén abajo para bajar yo.

Miro a Lucrezia y sonrío, en este momento necesito su apoyo más que el de nadie. Sabe lo que siento ahora mismo y sabe lo que esto significa para mí.

Empiezo a ser consciente de lo que voy a vivir en los próximos instantes. Esos hombres que he observado durante meses, que he estudiado con Lucrezia, ahora se harán reales delante de mí.

Bajo las escaleras. Al fin consigo ver a Francesco y le sonrío. Él ha pagado una fortuna por esta noche. Lucrezia dice que es una suerte que sea él y no otro, y que pronto conoceré la parte más oscura y desagradable de este trabajo, aunque sea en un lujoso palacio. Pero no es momento de pensar en ello, tengo que parecer feliz.

Estoy a punto de llegar abajo, nadie se ha movido de su lugar salvo Lucrezia, que se ha colocado a los pies de la escalera.

***

—Podría estar horas describiendo la imagen de Jianna mientras bajaba aquellas escaleras y todo lo que yo sentí mientras la miraba. Ya no quedaba nada de la escuálida joven sucia que encontré en la penumbra. Cierto que el que otros hombres la mirasen, de la misma

forma que lo hacía yo, me hacía sentir cierto ardor en el pecho que nunca había experimentado. Pero Jianna tan solo con su presencia podía transmitirme cierta paz, es más, junto a ella podía notar cómo mi mitad oscura se desvanecía por completo y era capaz de sentirme un hombre normal.

Ella recorría con su mirada todo el salón y todos permanecíamos inmóviles como imbéciles, esperando a que reparara en alguno de nosotros y nos regalase una sonrisa. No reparó en mí, pero no me importó en aquel momento. No buscaba que se enamorara de mí, yo era un ser atormentado y ella un ángel. Me conformaba con tenerla cerca, lo único a lo que podía aspirar como hombre y como Fantasma. Y su belleza era más que suficiente como para que mereciese la pena. Sí, las otras once eran hermosas también, pero Jianna tenía algo que no tenía nadie más y que hizo que todos los hombres y un Fantasma, aquella noche, cayeran a sus pies.

27

Ella

Francesco se ha apartado, lo conozco lo suficiente como para saber lo poco que le gusta llamar la atención. Es Lucrezia la que se ha colocado a mi lado y yo espero que sea ella la que, uno por uno, me presente a cada uno de los clientes de La Serenissima.

Lucrezia me agarra la muñeca y me coloca frente a un hombre de mediana edad. Ofrece al dux el derecho de ser el primero, tal y como esperaba. Nunca he visto a Pietro Grimani fuera de La Serenissima, seguramente con su uniforme de gala impondrá más. Aquí dentro tan solo es un cliente más, con pelo cano, aunque para su edad se conserva físicamente bien. De joven quizás fuera tan atractivo como ahora lo es su hijo, Lucrezia dice que el carácter del padre es mucho mejor, un hombre de gran conocimiento y sensibilidad. Es escritor de poesía y Lucrezia me ha hecho leer todas sus obras, como las de algunos otros de mis futuros clientes que también escriben.

El dux me agarra por el hombro y me empuja con suavidad para que mire tras él. Su atractivo hijo está detrás y al parecer el dux tiene más interés en que yo me fije en el joven que en él mismo, algo que Lucrezia ya me advirtió.

Marco, con esa sonrisa que a corta distancia es aún más impresionante, se acerca a mí. Lleva un traje de brocado verde claro con brillo dorado. Me sonríe, me halaga y con seguridad piensa que acabo de quedarme prendada de él. Es un engreído, piensa que todas las mujeres de Venecia estarían dispuestas a casarse con él y lleva razón, es lo que muchas pretenden.

Lucrezia apenas me da tiempo para hacer comentarios y me lleva al siguiente grupo, el de los mercaderes. Gianlucca está a un lado y me sorprendo porque Lucrezia me dijo que estaba de viaje. Enseguida me besa en la mejilla, es la primera vez que me ve, pero

ya ha pagado por mí y Lucrezia lo aceptó, con lo cual quiere demostrar que tiene más derecho que el resto sobre mí. Pero ese derecho lo tendrá todo el que pague lo que valgo o lo que no, siempre y cuando Lucrezia esté de acuerdo. Junto a él están Giorgio y Vittorio Leonelli, mercaderes de tela. Todos los trajes que se cosen en casa son con tela que ellos proporcionan, bien como regalo, bien porque el resto de clientes les pagan para que nos sirvan. Hace tiempo que ellos ya no andan por aquí, sino en La Odissea, pero hoy han decidido venir. Sonrío lo mejor que puedo y sigo a Lucrezia hacia otro grupo.

Heraldo Toldi, *signoria* de Venecia, un hombre rico por herencia y de gran poder en la República, de baja estatura y prominente barriga, acompaña a Bruno y a Luigi Comminetti. Luigi es muy alto y delgado, con una afilada nariz. Me sonríe, pero aún más lo hace su sobrino, menos acostumbrado a andar con mujeres. Bruno es atractivo, tanto como Marco. Es tímido o eso parece, le cuesta mantenerme la mirada. Lucrezia apenas me da tiempo y vuelve a acercarme a otras personas.

El conde Antonio María Zanardi, conozco su historia, y de cerca no es tan atractivo como me lo parecía desde el mirador. Quizás mi idea errónea de su atractivo la ha creado mi propia imaginación. Hace solo un par de años que se casó con Anna Girò, la hermosa prima *donna* del viejo de Vivaldi, y según dicen también su amante, aunque Lucrezia discrepa. El conde y el matrimonio la hicieron retirarse de la música, una verdadera pena. Seguro que la prima *donna* tuvo pretendientes mejores, aunque quizás no tan ricos.

Lo acompaña el conde Carlo Gozzi, es escritor y me gusta lo que escribe, en cuanto tenga tiempo se lo diré. Es joven, apenas lo he visto por aquí, no es muy asiduo de La Serenissima.

Le sonrío y noto cómo Lucrezia me empuja con suavidad de nuevo. Carlo es enemigo de otros dos escritores clientes del negocio y no se me permite decantarme por ninguno de ellos. Intuyo que los artistas me van a traer de cabeza, al menos si son tan guapos como este.

Por último, junto a ellos, está el conde Lucio Cavalli, de quien Úrsula, mi *hermana* puta, y muchas otras más están perdidamente

enamoradas. Tenía interés en verlo de cerca, porque con sus largas ondas negras era difícil apreciar su cara desde el mirador.

Lucio no es tan guapo como Marco, como Carlo, como Bruno, y con seguridad tampoco lo será tanto como Casanova, pero su pelo despeinado, sus ojos oscuros y su rostro sin afeitar le dan un aspecto atractivo, una atracción que puedo sentir desde el interior de mi cuerpo, algo que debo detener y desechar de inmediato, y me temo que lo tendré que hacer demasiadas veces en esta nueva vida.

Paso al siguiente grupo. Casanova es inconfundible: con traje celeste y pelo recogido en una cola hacía honor a su impecable fama. No culpo a la esposa de Francesco por rendirse ante tal hombre, su imagen, sumado a lo que se cuenta de él, lo hacen atrayente sin ninguna duda. Aunque para mí es diferente, porque la mayoría de las cosas que se dicen de él las aprendió en La Serenissima, y yo de La Serenissima lo sé todo. Lo acompañan Carlo Goldoni y Pietro Chiari, escritores enfrentados al conde Gozzi. Goldoni debe de tener la edad del dux y de Lucrezia, unos cincuenta años, pero Chiari es más joven, solo algo mayor que su guapo enemigo el conde Gozzi. Creo que todo esto va a ser más divertido de lo que esperaba.

No he conocido a todos los clientes aún, queda mucha noche por delante, hasta que llegue la hora de subir con Francesco a las lujosas habitaciones de La Serenissima, las que están justo encima del gran salón. Tengo sed, mi madre adoptiva solo me permite beber agua, aunque después de haber probado los licores que se suelen servir en La Serenissima, la prefiero.

Me dirijo hacia una barra y tras ella veo a Paolo, ataviado de forma elegante con uniforme del personal de servicio. Le sonrío, pero él no me devuelve la sonrisa. Lucrezia no le permite ningún acercamiento hacia nosotras en público.

Le pido agua y me hace una reverencia, es la primera vez que lo hace y me entra la risa. Está serio y, como casi siempre, intenta no mirarme. Me pone una copa de agua manteniendo la vista baja. Le doy las gracias y me giro hacia el salón.

Suena música y algunos clientes han sacado a bailar a algunas de las muchachas. Aún no sé bailar tan bien como ellas, espero que

nadie me invite a bailar hoy. Busco a Francesco, pero no lo veo. Los hombres no dejan de observarme. Tengo que acostumbrarme a esta sensación. Lucrezia dice que cuando comience el Carnaval y nos inviten a las fiestas, toda Venecia me mirará y es algo muy incómodo.

Echo un vistazo al salón y entiendo cuál es el problema de La Serenissima: hay demasiados hombres y solo doce putas. Problema que solventa La Odissea con creces. Pero Lucrezia insiste en que no es tan fácil encontrar muchachas dignas de trabajar aquí y que es muy costoso mantenerlas al nivel que ella lo hace.

Ahora sé cómo funciona el negocio, si Lucrezia no hubiese decidido proteger aquí a todas las prostitutas que se retiran o que vuelven después de haber sido abandonadas por sus clientes, podría mantener más prostitutas. Pero Lucrezia es de hierro por fuera y de algodón por dentro. He entendido que no solo trabajo por mí, por salir de mi vida pasada, lo hago por todo el legado que esta mujer pone en manos de quien entra a trabajar aquí. Tengo una familia propia que cuidar y una nueva familia que contribuye en todo esto. Cocineras, costureras, nanas que cuidan de los numerosos niños que viven en la otra parte del palacio, y personas que están al servicio de Lucrezia, que alguna vez produjeron dinero para el negocio, pero que cayeron en la ruina. Buenas personas que no merecen mendigar por la calle, criaturas de la edad de mis sobrinos que no quisiera ver pasando necesidad.

Me vuelvo hacia Paolo, que por un momento había levantado la cabeza, sin embargo, la baja enseguida. Suelto la copa y vuelvo con Lucrezia.

***

—Una de mis desgracias en esta vida es ser poseedor de una curiosidad continua y Jianna la hacía crecer por momentos dentro de mí. Curiosidad por saber qué pasaba en aquel momento por su

cabeza, mientras conocía uno por uno a los que serían sus clientes. Y qué pensó cuando me miró frente a frente.

Cuando Jianna me sonrió hizo que por un instante un alma oscura como la mía pudiese pisar el cielo. Y aunque no quería hacerme ilusiones en absoluto con ella me había dado cuenta de que, en observarme a mí, se había detenido inapreciables segundos más que en el resto.

La nueva situación apenas acababa de comenzar y presentía que poco a poco terminaría volviéndome loco. Su forma de sonreír, su voz, sus movimientos. Todo el tiempo que perdí preparándome para aquel momento había sido en vano. Jianna a corta distancia era capaz de conquistarme con rapidez.

El tiempo pasó y yo conté las horas para salir de allí y evadirme de la única forma que conozco.

Tú ya imaginas lo que hice después de aquello. Lo necesitaba con desesperación aquella noche. Era la única forma de sentirme diferente, un ser superior a todos los imbéciles que la rodeaban. Ellos tan solo eran hombres. Yo era El Fantasma de Venecia.

Y mi juego estaba a punto de comenzar. En cuanto a ti, ahora que me has visto como hombre en aquel salón y que sabes quién soy en la oscuridad, formarás parte de él.

28

Abrió la puerta de su habitación. Francesco permanecía en los dormitorios donde pasaban la noche los clientes. Las prostitutas podían retirarse si lo deseaban una vez acabado el trabajo, aunque había clientes que exigían la compañía de las chicas hasta el amanecer. Por suerte, Francesco no era uno de ellos, algo que agradecía la joven, porque Murano era tan amable como repugnante en la intimidad. No por su conducta, sin duda encontraría pocos clientes como él en ese sentido, pero le iba a costar acostumbrarse a él.

Le resultaba extraño. Cuando lo hacía en la calle, solía tener clientes aún más repugnantes. Pero en la calle eran solo minutos, en los que ella apenas tenía el contacto necesario. Sin embargo, en La Serenissima era todo muy diferente. Allí no tenía que permanecer inmóvil mientras su cliente acababa, como solía hacerlo con el tendero o con los borrachos que la frecuentaban. Lucrezia había puesto bastante empeño en que aprendiera cada parte del papel que tenía que representar cada día y el baile de la fornicación era uno de ellos.

La hizo andar de rodillas durante horas por el jardín, mientras arrastraba un pesado carro atado a su cadera, la hizo llevar artilugios con peso dentro de sus partes, y la hizo practicar días, semanas, con algunos jovenzuelos que solían tener para la causa.

Aprendió partes del cuerpo humano que desconocía, hasta llegar a sorprenderse de los extraños gustos de los hombres. Gustos que ella ahora tenía que satisfacer tan bien como supiera, porque de ellos procedía el que mantuviera su alto precio.

Cerró la puerta a prisa, apenas iba a medio vestir. Llevaba el traje gris sobre el brazo, lo dejó caer al suelo y corrió a cerrar la ventana. Aún faltaban unas pocas horas para que amaneciera, todas las farolas estaban encendidas.

Miró hacia su cama y en la penumbra le pareció ver algo sobre ella, algo oscuro que hacía ya mucho que no recibía. Encendió las

velas de uno de sus candelabros, la tenue luz invadió la habitación formando sombras. Enseguida la vio. Una enorme rosa roja, pero a diferencia de las anteriores esta estaba ya florecida. Junto a ella había algo más.

Se acercó a la cama despacio, a medida que acortaba distancias el olor a rosa se hacía intenso. Casi no podía creerlo, junto a la rosa habían dejado un sobre y, sin saber por qué, algo dentro de ella se aceleró.

Estaba acostumbrada a recibir cartas y flores de futuros clientes que, aun sin verla, le declaraban su interés por ella. Sin embargo, nunca fue capaz de descubrir quién era la persona que le enviaba o le dejaba una única rosa en su habitación. Una solitaria flor que al lado de los grandes y ostentosos ramos de flores que recibía, podría parecer insignificante. Pero aquella rosa y su procedencia anónima estaban rodeadas por un halo de misterio y oscuridad que le encantaba.

Por desgracia, hacía ya bastantes semanas que el ser que la traía había dejado de hacerlo. En un primer momento sospechó de Paolo, él tenía acceso limitado a las habitaciones, era fácil para él entrar en ellas, o de cualquier otro empleado de La Serenissima. Intentó comentarlo alguna vez con Lucrezia, pero esta nunca quiso seguir la conversación. Decía que tanto los regalos como las misivas eran privados y que ella no debería hablarlo con nadie.

Pero esta vez la insignificante flor no venía sola. Cogió el sobre, se acercó al candelabro y lo abrió.

No reconocía la letra, no era de nadie que le hubiese escrito nunca. Estaba acostumbrada a la letra alargada de los hombres, pero esta era algo más redondeada.

Comenzó a leer:

Querida Jianna:

He tardado más de lo que debería en decidir escribirte. No ha sido fácil, sería capaz de hacer cosas inimaginables para cualquiera antes que decirte estas palabras.

Solo quiero pedirte disculpas por el horror que viviste un día por mi culpa. Mi intención jamás fue asustarte, solo liberarte de aquellos

miserables. Sin embargo, siento que no lo hice de la mejor manera, ya que tú huiste aterrorizada. También lamento el no haber llegado antes de que ellos te dieran el primer golpe, estaban dispuestos a matarte y si llegan a hacerlo no me lo hubiese perdonado nunca.

Como ya intuyes, aquella noche no fue la primera vez que te vi. Desde el silencio te contemplé en muchas ocasiones y no me avergüenza admitirlo, aunque es cierto que nunca me atreví a acercarme a ti lo suficiente.

No puedo remitirte esta carta con mi verdadero nombre, por eso es difícil que puedas contestarla como sueles hacer con el resto de cartas que recibes. Pero si la lees esta misma noche, deja caer la respuesta a través de tu balcón.

Ante todo quiero que sepas que, aunque el resto del mundo te cuente horrores sobre mí, tú no debes de temerme. Los demonios nunca matan a los ángeles.

El Fantasma de Venecia

***

—Lo sé. Fue una locura por mi parte hacer eso. Pero matar a un corrompido más no me trajo la paz que anhelaba aquella noche. Necesitaba acercarme a ella de algún modo. No pude hacerlo como hombre, así que lo hice con mi otra mitad.

Había demasiados hombres, pero solo existía un Fantasma veneciano, y ese era yo.

***

Ella

Casi no puedo respirar. Si esto no es una broma de esas que tanto gusta a la rica sociedad veneciana, el verdadero Fantasma de Venecia es el dueño de mis rosas. Y es imposible que sea una broma, nadie sabe lo que ocurrió aquella noche, salvo él y yo. Está también lo poco que le conté a Francesco, pero él no es de rumores, dudo que lo haya difundido.

Me tiemblan las manos, casi no voy a poder responderle. Me dice que no le tema, pero no puedo evitar tener miedo. Me ha vigilado en mis tiempos de miseria y dice que me ha visto hoy. Está cerca de mí y de este lugar. El terror de Venecia, el demonio que mata por las noches… Muchas veces he pensado por qué me dejó con vida, ahora sé la razón. No fue su intención matarme, sino liberarme. Y con ello me liberó no solo de la muerte, sino de la vida que llevaba hasta aquel momento y que era peor que morir.

Lleva razón, no debo tener miedo, él no es mi asesino. Es solo parte del sueño en el que se ha convertido mi vida ahora, quizás la única parte real de este sueño. Él me recuerda de dónde provengo y por qué estoy aquí.

Acabo de escribir la nota y vuelvo a mirar su carta. «El Fantasma de Venecia», no me atrevo a decirlo en voz alta, pero solo leerlo me produce un vértigo en mi interior que me recorre pecho y estómago, no sé si es miedo, dudo que lo sea, miedo es lo que sentí aquella noche y no se parece en nada a esto.

Huelo la rosa y su perfume inunda mi nariz. Tengo que dejar caer la nota por mi balcón, sin embargo, una parte de mí teme hacerlo. Responderle es lanzar la otra mitad del lazo que forma el vínculo y eso me ataría a él de alguna forma, algo que no sucedía con sus silenciosas rosas. Pero, por otro lado, siento curiosidad por él ahora, sabiendo que, de un modo u otro, no anda lejos de mí.

Hoy me ha visto, podría haber sido durante mi paseo en góndola, pero ¿y si es alguien que frecuenta La Serenissima? ¿Y si hoy he podido mirar a los ojos al demonio que aterroriza a Venecia, al ser que me salvó la vida? ¿Le habré sonreído? Debo estar condenada al infierno desde que me hice puta porque aquella noche le recé a Dios para que lo alejase de mí y, en cambio, su castigo ha sido atraer a

ese ser a donde yo vaya. Así que, si Dios lo puso y lo dejó en mi camino, que así sea.

***

Jianna salió al balcón, recorrió con su mirada lo que alcanzaba a ver de la acera, pero estaba demasiado oscuro. Dejó caer la nota que, por su poco peso, cayó lentamente. En la penumbra llegó a distinguir algo moverse. Un guante oscuro alcanzó el papel antes de que este llegase hasta el suelo. Fue fugaz, casi una sombra. El corazón de Jianna se aceleró, mientras comenzaba a arrepentirse de lo que acababa de hacer. Ella entró con rapidez en su dormitorio y cerró las puertas del balcón. Mantenía la boca abierta para respirar. Empezaba a ser consciente de que había vuelto a tener al Fantasma a tan solo unos metros de ella. «Aunque ahora sé que lo he tenido cerca alguna vez más». Sin embargo, el saberlo a ciencia cierta cambiaba las cosas.

Se sentó en la cama, sus piernas, cansadas de toda la noche e invadidas por el nerviosismo, no aguantaban más el peso de su cuerpo. Dejó caer la rosa sobre la cama, justo en el lugar donde él la dejaba. Él había accedido al dormitorio y, al parecer, podía hacerlo cada vez que quisiera. Podía sentir los latidos de su corazón tan fuertes que comenzaba a dolerle el pecho. Un asesino había entrado en La Serenissima y era su culpa.

Lamentaba haberle seguido el juego, lamentaba haberle respondido, eso lo invitaría a volver a enviarle más cartas. Levantó la almohada y cogió el crucifijo de su madre, que siempre la acompañaba.

—Padre nuestro que estás en los cielos —comenzó a rezar.

***

—Hui de allí, apretando con fuerza la nota de Jianna en mi mano. Crucé al otro lado de la laguna, hasta que encontré una farola solitaria.

Abrí la nota nervioso. No esperaba que Jianna se atreviera a responderme. Con ese gesto ya intuirás que no era ninguna cobarde. Nunca lo fue, hay que tener mucha fortaleza para soportar lo que ella sufrió en la calle y para aguantar las órdenes de Lucrezia.

Pero su valor conmigo iba aún más allá. Yo había creado verdadero terror en el pueblo veneciano en aquellos tiempos. Nadie conocía las verdaderas razones de mis asesinatos. Los cristianos, como lo era Jianna, pensaban que era un ser enviado desde el infierno cada noche, un verdadero demonio. Tan solo mi nombre provocaba pánico en quien lo escuchara.

¿Quieres saber lo que me respondió? Tendré grabadas aquellas palabras en mi mente lo que me reste de vida.

Gracias por liberarme de algo peor que la muerte.

Mientras las leía, casi podía oír su voz pronunciándolas. Sabía lo que significaban. La observé durante días en Caravaggio y fueron suficientes como para conocer su desgracia, y a aquel borracho inepto que había quedado a cargo de una familia demasiado numerosa. Sí, podía haberla liberado de Savino, no hubiese sido difícil. Era un miserable como los que yo solía matar. Pensé en matarlo muchas veces, pero era alguien demasiado cercano a Jianna y no tenía derecho a matarlo, a no ser que ella me lo pidiera. Por aquél entonces, yo no sabía si su muerte podría causarle dolor a Jianna y eso era lo último que yo sería capaz de hacer.

Las primeras notas de Jianna son las que recuerdo con mayor claridad. No porque tuvieran más significado que otras tantas que hubo después, sino porque fueron las primeras.

Jianna era luz, era bondad, humildad, nobleza y no te puedes hacer una idea de lo que todo eso puede hacer sentir a alguien

sumido en la completa oscuridad, como lo estaba yo. Y me hizo conocer un nuevo sentimiento que creí perdido; Esperanza.

29

No solían comer a la misma hora ni tampoco en la misma mesa. Pero había las suficientes personas en pasillos y jardines entre servicio, prostitutas, cocineras y costureras como para que la noticia llegara hasta sus oídos.

El Fantasma había vuelto a matar durante la noche, a dos personas, no muy lejos de La Serenissima. De hecho, a una de las víctimas la habían encontrado apenas a dos calles del palacete. La otra muerte se produjo al otro lado del Canal. La cercanía de los asesinatos había causado gran preocupación en el interior del prostíbulo, sin embargo, a Jianna no le sorprendió en absoluto. Él no se había alejado de allí.

Miraba a Lucrezia con culpabilidad. Varias veces pasó por su cabeza la idea de decirle lo que había pasado, pero temía más a la señora de la casa que al mismo Fantasma. Por un lado, pensó que merecía la pena la regañina de Lucrezia si luego le daba sus sabios consejos respecto a qué hacer con él si volvía a rondarla, pero, por otro, pensaba que era mejor guardar silencio. De todos modos, cabía la posibilidad de que El Fantasma no volviera a aparecer y todo quedara atrás. Lucrezia siempre decía que la discreción absoluta era lo que distinguía a una buena prostituta de una puta barata. «Todo lo que descubra de mis clientes tendrá que ir conmigo a la tumba. Me sobornarán, me amenazarán y yo tendré que callar a cambio incluso de la muerte. Eso es lo que dice la que manda, ordena y dispone en esta casa, y eso es lo que tengo que hacer. Qué más me da quién sea ese demonio, prefiero no saberlo».

Pero no lograba sacarlo de su cabeza. Memorizó cada paso que dio la noche anterior, buscando alguna señal de sospecha en algún hombre que se encontrara en el palacete. Incluso creyó recordar unos guantes negros en el salón, lo único que pudo ver del ser que al vuelo capturó la nota. Apenas había dormido y no tenía hambre. Lucrezia pensó que era por Francesco. Un hombre de corta estatura no le quitaba el apetito, lo hacía otra cosa a la que no sabía poner

nombre. Una mezcla de temor, nerviosismo y curiosidad, que unidos formaban un nudo en su garganta que le impedía tragar.

Se bebió las infusiones de Dita, más oscuras que de costumbre, pues a partir de ahora en ellas había una extraña mezcla que impedía que nada invadiera el interior de Jianna, los *errores* de los que hablaba Lucrezia cuando veía a los pequeños corretear de día por los jardines de la casa. El sabor era repugnante, aún más que el olor de la piel de Francesco. Sin embargo, se obligó a tragarlo.

Subió a su dormitorio de nuevo, pero oyó la voz de Lucrezia. Gritaba a algunas de las chicas, casi distinguió el nombre de Daniela. No sintió la necesidad de curiosear lo que sucedía, como tantas otras veces había hecho. Serían disputas por clientes, razones sin importancia bajo su punto de vista en aquel momento.

Entró en su dormitorio y miró de reojo la cama, de alguna forma buscaba la rosa. Pero allí no había nada. La rosa de la noche anterior estaba en un jarrón sobre el escritorio, el sol de verano calentaba con fuerza y el rojo de la rosa se había tornado oscuro por los bordes. Su olor tampoco era el mismo.

Una parte de ella temía volver a encontrar una nueva rosa y una nueva nota sobre la cama. La otra parte se sentía decepcionada por no haberla hallado. Los nervios aumentaron al volver a recordar la mano enguantada.

Las hierbas de Dita eran fuertes. Dormiría hasta la tarde por lo menos y eso la tranquilizaba. Durante unas horas su cabeza dejaría de pensar.

Se acercó al balcón para tapar los cristales con las gruesas cortinas. El sol del verano era brillante y molesto. Incluso con las cortinas la luz entraba, pero aun así dormiría. Volvió a mirar la rosa antes de sentarse en la cama e inconscientemente metió la mano bajo la almohada y agarró su crucifijo. A la vez que notaba la forma de la cruz entre sus dedos, divisó un sobre amarillento sobre su escritorio. Por un momento pensó que era el mismo de la noche anterior, que tantas veces había leído hasta que se hizo de día, y que lo había dejado olvidado sobre la mesa. Pero estaba segura de que lo había guardado en uno de los pequeños cajones bajo llave, única llave que llevaba consigo.

Se levantó ya mareada por la infusión de hierbas y llegó hasta el escritorio. Se restregó la cara con las manos, el sueño la invadía, pero no era momento de dormirse. Cogió el sobre y se tumbó en la cama ya mareada. Una mezcla de ilusión leve le recorrió las pocas partes de su cuerpo que sentía ya.

Veía las letras borrosas, apenas podía distinguir las palabras. No se detuvo en ninguna de ellas. Con rapidez dirigió su vaga mirada hacia la firma. No había dudas, de nuevo era él. Lo único claro que fue capaz de leer.

El Fantasma de Venecia.

30

Rosa era el color del vestido que había elegido para su segunda noche. Aguardaba sentada en su escritorio, esperando la campana que la llamara hacia la puerta de la escalera.

Había dormido profundamente a pesar de que se resistió con todas sus fuerzas. No recordaba lo soñado con claridad: soñó con Murano, con Lucrezia, con Daniela gritando. Todos gritaban. Soñó con muchas personas, salvo con él. En parte era normal, de él lo único que conocía era su nombre, su letra y una mano.

Tenía la carta de él frente a ella.

Querida Jianna:

Conocía tu angustia, pero por más que pensé no se me ocurría cómo librarte de ella. Lamento solo saber arreglar las cosas de un modo y esta vez no servía. Por alguna razón divina, tu familia y todo lo que te rodea, estáis lejos de mi justicia.

Con esto nunca pienses que me debes nada, no tienes que responder a mis cartas por temor o por agradarme. La tranquilidad de tu respuesta anoche liberó mi alma también de un gran peso.

Has sido valiente, no gozo de buena fama y la mayoría de cosas que se dicen de mí son ciertas, al fin y al cabo soy un asesino. Estoy convencido de que hasta tú tiemblas cuando dices mi nombre. Bien, pues no lo digas. Búscame otro nombre, olvida al ser que mata, no soy una amenaza para ti. Simplemente soy un hombre más de tantos que cuando te mira cree ver que Dios ha vuelto a poner a uno de los suyos entre nosotros. Y mucho me temo que mi condena en vida es tan solo admirarte como hombre y como demonio.

Si hoy o algún día me temes, no le reces a Dios para que me aleje de ti, solo dímelo y no volveré. Esperaré bajo tu balcón esta noche a la misma hora.

El Fantasma de Venecia.

31

Quedar sola en el salón de baile significaba comenzar a observar y a dudar de todo el mundo. Tan solo participar en conversaciones y discusiones sobre economía, política o rumores podía alejarla de sus pensamientos.

Estaba sentada junto a Francesco en un sofá, la acompañaba también Gianlucca. Hablaban sobre algún negocio que tenían entre manos. Ella trató de intervenir al principio, pero los hombres no parecían prestar atención a sus comentarios. Tenía sed y sentada el vestido le apretaba demasiado.

Se puso en pie, Francesco pareció notar algo en ella.

—¿Necesitas algo? —preguntó con cortesía.

—Regreso ahora —dijo ella y pasó por delante del mercader, que se puso en pie.

—Te acompaño —le contestó y ella negó con la cabeza.

—La hemos aburrido —bromeó Francesco, sin embargo, Jianna notó algo en su mirada—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —sonrió.

Respiró hondo alejándose de ellos. Francesco había notado su nerviosismo. Si Lucrezia lo apreciaba también, y lo haría, comenzaría a hacerle preguntas.

—Jianna, ¿qué haces sola? —La voz de Lucrezia sonó susurrante cerca de su oído.

—Tengo sed —se excusó ella.

—¡Paolo! —gritó Lucrezia.

Paolo solo tuvo que mirar para comprender lo que necesitaba Jianna.

—¿Qué te pasa?¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien, solo es agua.

Lucrezia se acercó mucho a ella, disimulaba arreglándole los tirabuzones del pelo.

—Las conversaciones son muy aburridas, lo sé —le susurró—. Los hombres solo hablan de dinero, de política y de sus acciones diarias

que no le interesan a nadie. Les gusta que les hagas preguntas personales, pero ten en cuenta que la mitad de lo que te van a responder es mentira. No permanezcas callada como un florero o en menos de una semana no valdrás ni la mitad de tu precio de hoy. No cobro por ti para que vean una cara bonita, para eso tengo a Flavia.

La presión que tenía Jianna dentro del pecho aumentaba con las palabras de Lucrezia. Podía hacer su trabajo, el día anterior lo hizo bien, pero con todo lo que tenía dentro de su cabeza lo iba a tener muy difícil.

Abrió la boca para expulsar el aire.

—Tranquila —le dijo Lucrezia besando su frente—. Lo harás muy bien.

Quedó sola de nuevo, pero por poco tiempo. Divisó a Paolo frente a ella con una bandeja de plata en las manos.

***

Ella

¿Y si fueras tú? No, tus ojos son demasiado humildes para ser un asesino. Cojo la copa sin dejar de mirarlo y me la bebo casi sin respirar. La suelto sobre la bandeja. Le doy las gracias y él se marcha.

Me giro, desde aquí veo las mesas de juego. Veo a los Leonelli en una de ellas, parecen estar teniendo suerte. Uno de ellos, Giorgio, es fuerte, lo suficiente como para matar. Vittorio, sin embargo, es demasiado grueso, no podría trepar hasta mi balcón y entrar en mi dormitorio.

Está el dux, pero jamás sospecharía de él. Es un anciano casi, el Fantasma no creo que lo sea. Lo acompañan dos *signorias* de Venecia, Toldi y Ferro. Los tres alcanzan la cincuentena. Lucrezia me dijo ayer que Toldi le ha comunicado que está interesado en mí. No

me agrada, es repulsivo físicamente, pero Lucrezia dice que es un buen cliente y me veré beneficiada por el cargo que ostenta. Mucho me temo que esta misma semana tendré que vérmelas en la intimidad con él. Pero después de lo que está pasando, eso no tiene importancia.

No veo al hijo del dux y es extraño, porque suele venir junto a su padre. Esta vez no ha sido así. No está con Erika ni con Flavia y dudo que se encuentre en el jardín, aunque voy a comprobarlo.

El inquisidor Comminetti acaba de llegar con Bruno. Lucrezia no me ha dicho nada de que se hayan interesado en mí, pero la mirada de Bruno lo dice todo. Me sonríe y le devuelvo la sonrisa, y no sé por qué le hago un gesto para indicarle que me espere un instante. Soy necia, no sé ni siquiera adónde me dirijo y le he dicho que volveré, cuando también le he dicho a Francesco y a Gianlucca que volvería con ellos, pero las piernas me tiemblan y no sé ni lo que hago.

Busco a los escritores, sin ninguna duda. He recibido tantas cartas estos meses que sé reconocer cómo escribe un hombre y el Fantasma escribe realmente bien. Podría ser uno de ellos. Casanova no anda por aquí. Estará con alguna de sus numerosas amantes, él es novelista y está acostumbrado a escribir a mujeres, podría ser él. O podría ser Gozzi, aparentemente serio, elegante, educado, es un conde y la nobleza a veces tiene costumbres extrañas. Si el Fantasma fuera un noble veneciano, el pobre dux moriría del disgusto. Pero el dux también tiene un hijo joven, quizás su carácter caprichoso le haya llevado a probar nuevas experiencias, a jugar a ser Dios, un ser justiciero que puede decidir quién vive y quién no. Le pegaría, sin ninguna duda. Pero, por mi bien, espero que no lo sea, lo único que le haría falta al Fantasma sería tener esa sonrisa junto a las palabras que me escribe, que con seguridad podrían hacerme más daño que las sogas que usa para matar. Me estoy empezando a acostumbrar al misterio que lo rodea, que sumado al peligro que supone estar cerca de él, hacen que mi nueva vida no sea la obra de teatro que esperaba. Nadie lo ha visto jamás, al menos nadie que esté con vida, y que me haya permitido ver aunque sea parte de su mano enguantada, ya me empuja a la necesidad de verlo al completo. Me insinúa que está cerca de mí,

pero ese juego es fácil para él, estoy rodeada de decenas de hombres. Estoy nerviosa, pero ya dudo que sea de miedo. Comienza a gustarme este juego, sin embargo, no quiero admitirlo y rezo a cada momento. No me separo de mi crucifijo, lo llevo en el pecho. Pido a Dios que me aleje de él, pero no lo hago con sinceridad, si él se marchara solo me quedaría esto que tengo a mi alrededor, y no es bastante.

Pues me equivocaba, Marco está en el jardín, rodeado de mis *hermanas*. Y cerca de él está Lucio, con la pesada de Úrsula. No hay cortesana más pegajosa en toda La Serenissima. Me rio del comportamiento bochornoso de *mi hermana* y Lucio se da cuenta de mi risa. Me giro enseguida y les doy la espalda, he tenido hasta que ruborizarme. No es cortes reírme de las mías. Mal empiezo. Como Lucrezia se entere me mata.

Bruno se ha tenido que cansar de esperarme dentro porque ha venido a buscarme. Me cae bien, casi no he hablado con él, pero desde hace tan solo un día tenemos algo en común, que al menos por mi parte me mantendrá unida a él de alguna forma. Ambos tenemos el mismo objetivo, descubrir quién es El Fantasma. Y mientras lo hago, no me alejaré de los Comminetti. Lucrezia les dio el visto bueno, el inquisidor tiene gran poder en Venecia y Bruno es el jefe de *I signore della notte*. Lucrezia siempre me dice que es bueno crear rivalidad entre los hombres, sobre todo si ellos tienen algo en común. Y el Fantasma y Bruno lo tienen, ambos pretenden a la misma cortesana. Le sonrío y él me devuelve la sonrisa, si supiera lo que pasa por mi cabeza en este momento, su sonrisa desaparecería de inmediato. Vuelvo a reír. Todo esto que está pasando quizás haga que a ratos lleve mejor este difícil y triste trabajo. Gianlucca tiene que estar hecho una furia, no he vuelto y no pienso volver de momento, aunque él ya ha pagado una parte de mí a Lucrezia.

Bruno inicia una conversación sobre un incendio en el barrio Castello. No sé de dónde, pero aparece el conde Zanardi. Él no es tan joven, rondará los cuarenta años, como Francesco. Hablan también de una obra en el Hotel Royal, muy cercano a La Serenissima, donde suelen hospedarse Gianlucca y otros clientes que

no viven en la República. Lo están ampliando para el próximo Carnaval, que empezará en otoño.

Hablar con Bruno es como leer el periódico, te enteras de todas las noticias de Venecia, algo comprensible por su trabajo, y los clientes lo saben y vienen a preguntarle con curiosidad. La conversación se ha tornado incómoda y desagradable, una pelea en Ca´Dandolo, la más famosa casa de juego de Venecia, con varias personas muertas. Temo que llegue pronto la palabra temida. Me giro de nuevo hacia Marco y Lucio. Este último al fin se ha podido quitar a Úrsula de encima, aunque Isabella ocupa su lugar. Lucio, a pesar de ser conde desde que muriera su padre, no tiene la apariencia de un noble veneciano. Lejos del cabello recogido y las blancas pelucas de ondas, que tan bien luce Giacomo Casanova sin serlo, suele llevar su ondulado pelo suelto y despeinado. Tampoco parece visitar a menudo la barbería. Sin embargo, la oscuridad de sus ojos y su imagen en conjunto, lo hacen diferente. Cuanto más lo observas, más te atrae, y eso es lo que creo que Úrsula y Daniela ven en él, aparte de las numerosas posesiones que heredó y que aún permanece soltero. Y una puta, por muy lujosa que sea su vida, siempre sueña con que algún hombre rico la saque de este lugar.

¿Y si fuera él? Es joven y fuerte, tanto él como Marco son grandes aficionados al deporte y a los juegos físicos.

—¿Ya has caído en las redes de esos dos? —La voz de Bruno me sobresalta.

No me había dado cuenta de que Zanardi ya se había marchado y Bruno me ha pillado observando la escena de las cortesanas seduciendo a los dos solteros más solicitados de Venecia, junto a Giacomo, claro. Pero este último es un caso aparte.

—Aún no —le respondo.

La relación de Bruno con Marco y Lucio no es buena, según tengo entendido, aunque en público se tratan con cordialidad y pueden mantener conversaciones sin llegar a la disputa. Marco me mira desde el banco del jardín y me dedica su amplia sonrisa, algo que molesta a mi *hermana* Giovanna. Sí, que Dios me libre de que el Fantasma tenga esa sonrisa o me lamentaré de haber respondido a su carta. Decido volver al salón y pido a Bruno que me acompañe.

Veo al fin a Gianlucca, en efecto, está molesto. Me disculpo con Bruno, que parece notar el enfado de Gianlucca y la razón. Veo chispas en los ojos del mercader hacia mi nuevo amigo, él ya ha pagado por mí y en este mundo eso parece dar derecho a algo más que a unas horas en el dormitorio. Soy puta, tengo que acostumbrarme a estas cosas. Me apetece seguir hablando con Bruno, pero la mirada de Lucrezia me indica que no debo. Así que me coloco junto al mercader. Ya han tenido que invitar a Francesco a la sala de juego. Acostumbra a dejar fortunas allí y es buen jugador, siempre alguien suele invitarlo. Me encantaría formar parte de las mesas, pero a las prostitutas no se nos permite jugar. Le hago un gesto a Lucrezia para que nos acompañe a Gianlucca y a mí. Ella sabrá cómo disipar su enfado, yo aún soy demasiado novata en esto para hacerlo.

Aprieto el crucifijo con fuerza sobre mi pecho. Si esta es la vida que me espera, no quiero que Dios aparte a ese demonio de mí.

***

—Aquella noche Jianna estaba hermosa como ninguna. Solo yo sabía que mientras nos observaba uno por uno, su cabeza no dejaba de preguntarse quién de nosotros le enviaba las cartas. Pero a pesar de todo el mal que mi egoísmo le estaba causando, no se apreciaba sufrimiento alguno en su conducta. Sonrió y atendió a todos como la mejor de las cortesanas. Yo, sin embargo, esperaba con ansias otro momento con ella, no en el interior del salón de La Serenissima, sino junto a la laguna.

Rondé los alrededores por segunda vez, a pesar de que me arriesgaba a ser descubierto. Me contuve para no matar aquella noche, porque la fuerza que me acercaba a Jianna pudo más que mis propias ansias por hacer justicia, a pesar de que antes de aquel día mi instinto había sido incontrolable.

Con esto no quiero que pienses que el estar cerca de Jianna me hacía un ser mejor. No importan las razones, yo era un asesino, que

mis víctimas no mereciesen la vida no es justificación.

Recuerdo que oí la puerta del balcón abrirse y anduve con mi cuerpo pegado a la pared hasta colocarme justo debajo. No podía verla desde donde me encontraba. El papel se demoró unos instantes, y al fin vi caer la hoja con lentitud.

Hui de allí con la respuesta de Jianna, pero la oscuridad no me dejaba leerla. La luz de la luna no era suficiente.

Al fin me detuve en una de las estrechas calles detrás de La Serenissima, en la que un farol alumbraba. Al principio, Jianna tan solo me escribía unas cuantas palabras con timidez, pero para mí eran pura magia que llenaba mi interior de una sensación que desconocía. «Te llamaré ÉL», fue su respuesta. Jianna no fue muy ingeniosa al ponerme otro nombre, sin embargo, aquella respuesta me encantó porque estaba convencido de que ella me pediría que no la volviera a rondar.

No la hubiese culpado por ello. En realidad era lo que Jianna habría debido hacer si hubiese actuado con cordura, pero no lo hizo. Yo la incité y ella me siguió el juego. Con seguridad Lucrezia no lo sabía, porque ella se lo hubiese impedido. Solo una loca lo haría. Otros le ofrecían palacios y joyas, y yo tan solo misterio, incógnitas y miedo. Entiende lo diferente que es Jianna al resto de mujeres, porque cualquier otra hubiese preferido las joyas, y ella no.

32

Se sentó en el borde de la cama, no podía dormir. Se giró para mirar a su acompañante. Gianlucca dormía desnudo a su lado. Entre la penumbra podía distinguir su ancha espalda y su largo pelo rubio claro.

Quería irse a su dormitorio. Sin embargo, Gianlucca últimamente le pedía que se quedara con él. Pero a ella le costaba coger el sueño en aquel colchón y odiaba dormir en compañía. Así que se pasaba la noche mirando el techo del dosel de la cama.

Ya faltaba poco para el amanecer, estaba deseando volver a su dormitorio, era el tercer día tras la última carta de ÉL y una nueva rosa y un nuevo sobre la esperarían sobre su cama. Cada tres días es lo que acordaron casi desde el principio y así lo habían hecho los tres últimos meses, sería más difícil que alguien los descubriera en los breves instantes en los que intercambiaban los sobres. Pero ese día ella no podía responder. Estaba con Gianlucca, así que tendría que esperar otros tres días más, con sus respectivas noches, para volver a ver el fugaz guante negro de ÉL atrapar la nota, siempre antes de que esta cayese al suelo. Aunque con la entrada del otoño y el viento que se levantaba en los alrededores de la laguna, cada vez resultaba más difícil.

Había llegado el otoño y con él se acercaba el Carnaval. Apenas cuatro días para que diera comienzo y la República se inundara de máscaras. Algo que ilusionaba en gran manera a Jianna. Tenía multitud de trajes preparados para los próximos seis meses de fiestas y bailes. Al fin fuera de aquel palacio, que se estaba convirtiendo en una jaula.

El Carnaval se disfrutaba en plazuelas, en otros palacios, en la calle, sin rostros, sin nombre. «Todos seremos como ÉL».

ÉL continuaba sembrando el pánico en las calles y la ira en el Consejo de los Diez. Seguía muy de cerca las investigaciones sobre el asesino, porque los Comminetti, el dux y otros del Consejo solían

hablar a menudo sobre El Fantasma de Venecia en los salones de La Serenissima. Pero El Fantasma de Venecia solo era el ser que mataba por las noches. Quien le escribía cada tres días era ÉL.

Se colocó las enaguas del vestido. Hacía frío a aquella hora para estar desnuda. Su traje estaba en el suelo, entre las ropas de Gianlucca, y al tirar de él escuchó algo caer. Era uno de los corazones de cristal de Murano. Hacía tiempo que le había regalado al mercader uno de los cuatro pequeños, el primero de todos. Jianna fue la primera cortesana en utilizar tal detalle, aunque poco después la siguieron otras tantas, con la diferencia de que las fábricas de Francesco se negaron a hacer copias en cristal y tuvieron que hacer imitaciones, en latón, plata y bronce. Los corazones de las cortesanas más solicitadas eran ahora una condecoración más en la alta sociedad veneciana.

Lo guardó de nuevo en el bolsillo de la chaqueta donde Gianlucca solía llevarlo. Hasta ese día solo había entregado tres: uno a su guapo y atento mercader; un segundo al pequeño hombre que pagaba la mayor parte de sus gastos; y un tercero al conde Gozzi, el joven novelista que, a pesar de no ser un cliente asiduo, se había ganado una parte importante de su alcoba con su elegante y delicada compañía.

Aún le quedaba un cuarto cristal pequeño y un quinto, el más grande de todos. Lucrezia le recomendó regalárselo al dux o a algún miembro del Consejo de los Diez y el otro a alguno de los Comminetti. Pero Jianna no estaba convencida. El dux no la buscaba como mujer en la intimidad, sino como compañía. Era un hombre de ciencias y conocimiento y le aportaba enseñanzas y alguna que otra cosa, pero por respeto a Marco nunca se acercó a ella de la manera que lo hacía al resto de prostitutas de La Serenissima.

Lucrezia le aseguraba, como vieja puta que era, que el hijo del dux estaba maravillado con ella, aunque Jianna lo dudaba. No la solicitaba como hacían otros, simplemente la observaba. No era un joven acostumbrado a rogar amores, más bien al contrario. Podía pagar por ella tantas veces como quisiera, pero él buscaba algo más de la joven que los servicios tras un pago. Quizás él esperaba una señal por su parte, una señal de cristal en forma de corazón, uno

que nadie había visto aún, mucho más grande que el resto, o quizás estaba esperando a que se comportara con él como hacían el resto de *sus hermanas*. Pero Jianna no estaba dispuesta a actuar más de lo que lo hacía. Así que continuaba siendo cliente de Erika y a veces de Flavia. Jianna suspiró. Si lo hacía, terminaría enemistándose aún más de lo que lo estaba ya con sus compañeras. Ya les quitó una vez a Gianlucca, puesto que este reservaba a Jianna todos los días que pasaba en La Serenissima, sin frecuentar a ninguna otra. Ese hecho había convertido la relación de Jianna con sus *hermanas* en un infierno. Gianlucca era un bien preciado, no solo por su atractivo físico, sino por sus numerosos regalos, y ahora todos ellos eran para una sola puta. Jianna se sentía bien con él, habían llegado a buen acuerdo: el engreído mercader la trataba como lo que era, un bien de pago, y para Jianna él tan solo era un mercader que la visitaba de manera esporádica, que le llevaba telas, joyas, flores y numerosos objetos de decoración, sumado al dinero que pagaba por ella las dos o tres noches que la visitaba. Un buen cliente cuyo físico le facilitaba el trabajo. Así que no dudó en regalarle el corazón de cristal.

A Francesco no tardó en regalarle el segundo cristal. Murano estaba allí casi a diario, pero lo consideraba más un silencioso y sabio vigilante que un cliente. Pasaba numerosas noches con él, pero él solo pedía sus servicios alguna de ellas, otras tan solo quería no estar solo. Aprendió a entenderlo y a tratarlo. Tenían un negocio de bases asentadas, ambos sabían lo que el otro necesitaba y así también llegaron a buen acuerdo. Jianna se había convertido en su amiga, en su amante las menos veces, en su consejera y a veces en su propia conciencia. Y, a cambio, el pequeño hombre había puesto su inmensa fortuna a sus pies. Jianna no solía pedir más que su propio pago, pero para Francesco eso no era suficiente. Quizás sería el más repugnante de sus clientes a simple vista, pero era al que más quería de todos. Le gustaba hablar con él, su voz y su forma de pensar. Podían hablar de cualquier cosa, Jianna no solía tener secretos con él, sin embargo, jamás le contó el hilo de contacto que mantenía con el Fantasma. En algunas ocasiones habían hablado de él, Francesco ya había intuido que Jianna no lo consideraba la

personificación del terror como lo hacía el resto, pero tampoco le sorprendía. Él sí conocía la hazaña del asesino para salvarla, o al menos para dejarla vivir. Fue el enano el que le dijo que sus antiguos zapatos no estaban lejos del despacho del inquisidor Comminetti y quien le aconsejó no ir a recogerlos. Nadie sabía que aquellos zapatos eran de Jianna. Y mejor así, no quería que nadie la vinculara con él.

Podría regalar el corazón a alguno de los Comminetti, tío y sobrino habían pagado alguna vez por ella, y era cierto que en la República el verdadero poder de decisión recaía en los Diez, y el dux a su lado era tan solo un sainete. Pero el inquisidor le repugnaba en la intimidad y si se lo entregaba a Bruno sucedería lo mismo que con Marco, el hijo del dux. Los más mayores consideraban a las cortesanas, y entre a ellas a Jianna, como simples objetos, pero los jóvenes aún no estaban inmunizados a las artes femeninas y seducirlos no era difícil. Regalarle a Bruno uno de los cristales podría llevarlo a confusión y eso no era beneficioso.

Nunca tuvo dudas de regalar el tercer corazón al conde Carlo Gozzi, aunque este sí era joven su comportamiento era diferente. Él la consideraba una amante, de pago o no, una más. La única pega era que iba a comprometerse con Rosaura Caccini, hija del fallecido matrimonio Caccini, asesinados por El Fantasma tan solo unos meses atrás. Ellos fueron las primeras víctimas adineradas del demonio de Venecia, de tantas otras que vinieron después.

Lucrezia le aconsejó que, entre sus preferencias, los jóvenes siempre fueran primero. La razón: los viejos se cansan o se mueren. Lo pensaba a menudo, el día en que muriera Murano se empezaría a tambalear su buena suerte. Lucrezia ya le había dicho que comenzara a invertir su dinero en casas o en negocios. Y así lo hizo, pero ella no entendía de negocios, así que delegó en la señora de la casa y en Murano sus ahorros y ellos se los gestionaban. Al parecer, una pequeña fábrica insignificante de la isla de los cristales ya era suya. Había ardido un tiempo atrás y no producía cristal alguno, pero Francesco le dijo que en unos años podría reconstruirla y hacerla volver a funcionar. Tenía a Gianlucca a sus pies, si podía conservarlo

hasta entonces él podría hacer llegar el cristal a lugares remotos, tal y como a veces hacía con el cristal de Francesco.

Pero todo aquello era muy lejano, apenas había cumplido diecisiete años, aún le quedaban unos cuantos años más de cortesana.

La luz del sol entró a través de la ventana y Gianlucca se removió. Jianna se estaba impacientando, quería marcharse y leer la carta de su secreto amigo, su compañero en la distancia.

Gianlucca al fin se despertó. Jianna lo ayudó a vestirse. No volvería en mucho tiempo. Prometió traerle nuevos regalos de su próximo viaje. Se despidió de él y se apresuró hacia su dormitorio.

Oía la voz de Dita llamarla desde la planta baja, pero la ignoró. Tenía que tomarse pronto las hierbas, esas que a veces la hacían sangrar a destiempo, pero las hierbas esperarían. Ella había llegado tarde a una de sus citas y no podía demorarse más.

Cerró la puerta sin perder de vista su cama. Desde allí, tras el fino velo, podía apreciarla. Su forma, su color, el olor que desprendía.

Se tumbó boca abajo y fue consciente de que ni siquiera había traído consigo el traje. Más tarde lo traería Dita. Abrió el sobre invadida por el nerviosismo al que no había sido capaz de acostumbrarse. Ya no hacía ni falta leer su firma, podía reconocer su letra entre miles, igual que su forma de contarle las cosas.

Querida Jianna:

Solo faltan cuatro días y tres noches para que comience el Carnaval. Sé la ilusión que te hace vivirlo por primera vez desde donde estás, muy diferente a otros que hayas vivido hasta ahora. Hoy he paseado por las calles, ya están montando los primeros casotto; *los charlatanes, la adivina, los astrólogos, el teatro de marionetas. La caseta del león, la del rinoceronte y la del gigante Magrat te encantarán.*

Debes de tener cuidado y alejarte lo menos posible de Lucrezia, eres ingenua y demasiado joven aún. Bailes, música, fiestas y máscaras no son lo único que encontrarás en Carnaval. Los robos y los asesinatos aumentan en estas fechas y las calles no son un lugar seguro. De todas formas, no temas, yo nunca ando lejos de ti.

Estás bella siempre, pero entre todos los colores el que mejor te sienta es el azul.

ÉL

***

Ella

Lo ha vuelto hacer. Me pide que me olvide de quién es, pero no deja de recordarme que está cerca de mí. Hace tan solo dos días llevé un traje azul y él tuvo que verme.

ÉL estaba en el salón esa noche, entre todos los hombres había un Fantasma. Trato de no pensar, pero a veces es imposible. La noche del traje azul yo subí hasta las habitaciones con Gianlucca y estuve con él toda la noche. Esa noche el salón y la casa de juego estaban llenos de clientes, recuerdo ver a los Leonelli, a Francesco, a Marco Grimani con Lucio, a Giacomo, a Chiari, a Gozzi, a Bruno, a Zanardi y a tantos otros que hacen que la incógnita sea tan ardua que me dé dolor de cabeza.

A ÉL le gusta este juego, a veces sus cartas son lejanas y otras tan cercanas que parece conocer hasta mi olor. Más de veinte hombres han ocupado mi cama desde que empecé a trabajar en La Serenissima, pero quizás ÉL no sea uno de ellos, quizás sea un trabajador. Hay docenas de hombres que trabajan aquí entre obreros, jardineros, el servicio del salón y la casa de juego, Paolo…

Mis sueños y mis pesadillas son invadidos con frecuencia por mis propias cábalas. A veces le pongo el rostro de Gozzi, de Giacomo, de Marco o del propio Gianlucca.

Quizás en el fondo quiero que sea uno de ellos y no otro cliente que me repugne, porque hay dentro de mí algo que me hace saber que comienzo a sentir algo extraño por ÉL. Algo como lo que sentí los primeros días con Paolo o con mis clientes más atractivos, sin embargo, aquello desapareció poco tiempo después. Con ÉL esta sensación no desaparece nunca, perdura aunque pasen los días y me acompaña en cada momento.

Ahora, después de tantas cartas, sé la realidad que lo rodea a ÉL, aparte de ese misterio al que me invita y que es más atractivo que este mundo frívolo en el que vivo.

Guardo todas sus cartas, desde la primera que me escribió. Algunas de ellas han sido más que emotivas. Solo en las dos, quizás tres, primeras se limitó a alabarme y a explicarme por qué decidió acercarse a mí. El resto han sido para acercarme a ÉL, para conocer quién es ese demonio al que todos temen y cómo llegó a ser quien es.

Aunque cuando recibí la primera carta no fuera consciente del todo, siempre supe que uno de los misterios que me atraía de él, dejando a un lado mi curiosidad por saber su identidad, fue el conocer la razón del porqué alguien puede terminar siendo El Fantasma de Venecia. Quizás por mi condición cristiana y mi creencia de que los demonios una vez fueron ángeles que, por un motivo u otro, descendieron a los infiernos. No me equivoqué con ÉL. En mi tercera carta mi curiosidad y mi querer saber pudo más que mi temor y le pregunté por qué lo hacía. En aquel momento no entendí su respuesta, pero lejos de rechazarlo ÉL supo aumentar de nuevo mi curiosidad hacia su persona.

Querida Jianna:

¿Crees que yo no me lo pregunto? Casi cada día busco una razón que me libere de la angustia y del por qué puedo liberarla haciendo lo que hago. No encuentro causas que justifiquen mi maldad, no las hay, nada justifica hacer lo que yo hago.

La idea de matar rondó durante años mi cabeza, pero no me invadió la verdadera locura hasta que no lo hice la primera vez. Desde aquel momento mi mitad oscura fue invadiendo lo que había sido hasta entonces y siento que ya no puedo pararlo. Cada noche me sumo en la más completa oscuridad, perdido, enloquecido, lleno de una ira que cada vez me es más difícil de contener.

Tan solo una noche, una sola, pude ver la luz en mitad del infierno. La primera noche que te vi mi Fantasma se desvaneció dando paso al ser que fui en otro tiempo. Quizás sea por esta causa por la que desde entonces decidí seguirte, albergando la esperanza de que aún me queda la oportunidad de hallar la paz de otro modo.

Es por esta razón por la que te digo que nunca debes de temerme, frente a las personas como tú yo no soy ningún demonio. Tú haces que mi Fantasma merme y hasta desaparezca, dejando solo esa otra alma que ya había dado por perdida ¿Sabes lo que significa eso? Tú has traído la luz a mi penumbra y ahora la necesito cada día. No quiero volver a la oscuridad de mis infiernos. A pesar de lo que soy, siempre he tenido miedo a la oscuridad.

ÉL

Aunque la primera vez que la leí no entendía muy bien sus palabras, causó un profundo sentimiento en mí y le pedí que me mostrara ese ser que había tras El Fantasma de Venecia y al que había dado por perdido. Quizás fui demasiado atrevida por ofrecerme a ayudarlo y con ello darle la esperanza de que algún día pudiera liberarse de sus temores. Ni siquiera yo estaba segura de si eso iba a ser posible o si ya era tarde y estaba demasiado consumido por el infierno. No hay redención para los ángeles caídos, todo el mundo lo sabe. Pero fui sincera en mi respuesta y se la escribí con el corazón y el sentimiento que aún sin entender me producían sus letras. «No sé si seré capaz de liberarte del infierno, pero no te dejaré solo en la oscuridad».

Tiempo después, en sucesivas cartas, me di cuenta del acierto de mis palabras y comprendí el alcance de lo que pudieron significar para él, pues hay muchas piezas que construyeron a ese Fantasma que mata por las noches y que ÉL me ha ido mostrando en cada nota.

«La oscuridad» se ha repetido en sus cartas continuamente, una oscuridad en la que su ser se sumerge y que lo hace enloquecer de ira o llorar como un niño. Una oscuridad en la que no quiere quedarse solo y en la que yo le prometí no abandonarlo, pero yo ni tan siquiera sabía qué oscuridad podría ser esa que le aterraba. Me juré encontrarla, la hallé en otra de sus cartas:

Querida Jianna:

Hace ya un año desde que soy un ser conocido por otro nombre, sin embargo, no soy el mismo que era cuando comencé. Temo lo que este Carnaval puede hacer conmigo. Las pesadillas aumentan y con ellas mi insomnio y mi mal humor, y eso conlleva ira, desesperación, tú conoces cómo acaba todo esto cada noche.

Hoy a la luz del día he pasado junto a un puesto ambulante de máscaras y he tenido que contenerme para no romperlas y causar alboroto con mi verdadera identidad. Hace años, casi veinte, compré una máscara y una rosa en un puesto similar. Me la coloqué feliz y corrí para regalarle la rosa a mi madre, roja, su preferida.

Era una de las últimas noches de Carnaval, recuerdo que hacía frío y nevaba. Mi madre temió que yo enfermara con la humedad de la noche y nos dirigíamos hacia casa. Alejados de las plazas abarrotadas por los festejos, nos adentramos en solitarias calles estrechas. Corría y me adelantaba, mientras cantaba con la máscara puesta.

Entonces algo llamó la atención de mi madre. Aún recuerdo su voz. «Sube a la fachada», me ordenó. A mi madre no le gustaba mi afición por trepar por las fachadas y me extrañó su petición, pero aun así la obedecí y trepé hasta alcanzar los barrotes de un balcón. Me apoyé en un farol ya apagado y subí al balcón como pude. La vi

mirarme de reojo, como si no quisiera que alguien se diera cuenta de que yo estaba allí.

De repente la oí gritar, alguien la había agarrado por el cuello y le amordazaba la boca con una cuerda. Se oyó la voz de un hombre mandándola callar, y yo me agazapé para que no pudieran verme. Mis piernas temblaban, mientras sentía sus pasos bajo el balcón buscándome a lo largo de la calle.

Cerré los ojos, pero podía seguir oyendo sus gemidos, cada vez más apagados, hasta que estos desaparecieron. Y solo quedaron la oscuridad y el silencio.

Mi madre solía decirme que los ángeles eran más fuertes que los demonios. Pero aquella noche, querida Jianna, los demonios vencieron.

Abrí los ojos y vi su cuerpo colgado de una cuerda. Bajé hasta el suelo y me acerqué a ella.

Dejé caer mi máscara al suelo para alargar mi mano hacia su cara, pero yo era demasiado pequeño para alcanzarla y tan solo pude llegar a la altura de su pecho, donde aún llevaba la rosa roja que yo le había regalado prendida en el traje de Carnaval. Agarré la rosa, pero temblaba tanto que se me escapó de las manos y cayó al suelo.

«Hay un niño», oí gritar, «Nos ha visto».

Bajé la vista, entre manchas oscuras de sangre estaba la rosa y junto a ella mi máscara.

Entonces eché a correr lejos de allí. Pudieron verme, claro que lo hicieron, pero solo pudieron ver a un niño con una máscara blanca cubriéndole la cara. Nunca me reconocerían fuera de aquel lugar. Al igual que nadie puede reconocerme ahora.

ÉL

Con esta carta comprendí cuál había sido el origen de su infierno. Pero había más.

Querida Jianna:

Pensaba que en cuanto hallaran el cuerpo de mi madre la justicia buscaría a los culpables y los llevarían hasta el infierno. Sin embargo, aquellos miserables la hicieron desaparecer, nadie sabía que la habían asesinado y yo no tuve el valor de decir que me escondía como un cobarde y no hice nada por salvarla. Sin embargo, con el tiempo he entendido que con seis años poco hubiese podido hacer por ella. Al principio me parecía un mal sueño, una pesadilla y que ella regresaría con vida a casa. Pero en mi habitación había una máscara y una rosa que se deshojaba cada día.

Ahora entiendes el por qué la rosa y la máscara han pasado a ser los símbolos del Fantasma de Venecia. Sin embargo, la rosa, que me iluminaba en la penumbra de mis pesadillas, se fue deshojando y desapareció por completo. Y tan solo quedó la máscara para enfrentarme a la oscuridad.

En cuanto a lo de mi madre todo quedó en el olvido al igual que tantas injusticias que se cometen en la República. Pero yo nunca olvidé y por eso hago lo que hago. Personas que golpean a otros más indefensos, mujeres que lanzan a sus hijos a la laguna, hombres que toman a mujeres por la fuerza, los que matan, los que hacen el mal y creen que pueden quedar impunes. Todos ellos forman mi oscuridad, ánimas putrefactas que bailan en mis pesadillas y de las que solo puedo escapar acabando con cada miserable que voy encontrando en el camino.

Ahora, al fin, he podido liberar parte de mi infierno, revelando aquello que juré no contar a ningún ser humano. Y, quiero que sepas, querida Jianna, que nunca más volvió a haber ninguna rosa desde aquel día hasta que apareciste tú.

ÉL

Queda tanto de ÉL que aún no conozco, descubrir su identidad no lo es todo. Cada carta, cada paso que doy hacia ÉL, cada parte de su ser que me revela no hace más que provocarme una mezcla de

sentimientos que no puedo controlar. Sea como sea, sabiendo todo lo que sé ahora, yo también quiero estar cerca de ÉL, y más cerca de lo que él me permite. Conozco su interior, su verdadero interior y la necesidad de liberarse de todo aquello que lo atormenta. No puedo dejarlo solo en la oscuridad.

***

—En aquellos días ya me había acostumbrado a verla de otro modo. Ahora Jianna era parte de la farsa en la que se sumía la diversión en Venecia y ambos teníamos que representar un papel frente a los demás. Pero una noche cada tres días yo podía mostrarle la verdad sobre mí con una carta y ella a mí la frágil pero dura joven que en realidad era.

Una vez, tiempo atrás, tuve miedo de que Jianna fuera diferente a como yo la imaginaba. Pues sí, lo fue. Jianna era mucho mejor.

Ya no me molestaba verla con hombres que detestaba, porque estos solo podían tener una pequeña parte insignificante de ella. Y, sin embargo, yo lo tenía todo.

33

Bruno esperaba al inquisidor en el despacho. Ante el inminente comienzo del Carnaval necesitaban dar algo de confianza al pueblo*. I signore della notte* habían encontrado la última noche a un asesino y ladrón de poca monta y lo tenían encerrado en las mazmorras de la cárcel. Si el Consejo daba su permiso lo ahogarían en la laguna antes de la primera noche de Carnaval y, si tenían la suerte de que en esas dos noches que quedaban El Fantasma no volviese a matar, lo ahogarían con su nombre.

Durante seis meses, y con los numerosos asesinatos que se cometían en Carnaval, el verdadero Fantasma pasaría desapercibido.

Ese era el plan que Luigi iba a presentar en el Consejo de los Diez y el que todos debían aprobar.

El inquisidor entró en su despacho.

—El Consejo ha aceptado —anunció y Bruno asintió—. Dos noches y mataremos a El Fantasma de Venecia.

Bruno se levantó.

—Mis hombres continuarán la vigilancia —dijo.

—En Venecia no hay secretos, ya hay rumores de que lo tenemos. Si vuelve a matar, quedaremos como unos imbéciles.

—Ya estamos quedando como unos imbéciles —respondió Bruno pensativo.

—¿Qué piensas?

—Que si llega a sus oídos que tenemos a un sospechoso… —meditó la respuesta—. Tratará de hacer todo lo posible por dejarnos en ridículo, por volver a reírse de nosotros. Y lo hará durante todo el Carnaval.

—Nadie prestará atención a sus asesinatos en Carnaval, menos aún si ya lo hemos sentenciado.

—¿Todavía no conoces cómo actúa? Nos dejará a sus víctimas en el salón del palacio del dux, delante de todos los nobles de Europa si hace falta, para hacerse notar. No es un asesino más, este es inteligente. Está convencido de que somos unos ineptos.

34

Se miró en el ovalado espejo. Rojo, como el color de las rosas de ÉL, era el traje que llevaba esa noche. La última rosa ya estaba marchita. Dos días eran demasiados para conservar su frescura, pero aun así era hermosa. La siguiente noche una nueva rosa ocuparía el florero, momento que esperaba con ansia.

Sonó la campana y se dirigió hacia la escalera con rapidez. Ya había otras jóvenes colocadas. Iba la tercera en la parte izquierda, tras Giovanna. Su traje no era el único rojo de la noche, Flavia y Elvira también habían escogido el mismo color. El de Elvira era más oscuro, para disimular su ancho talle no solía usar telas claras.

La puerta se abrió y bajaron casi al son de la música. Dos noches era lo que quedaba hasta el comienzo del Carnaval y podría salir de La Serenissima. Seis meses de media libertad, fuera de las paredes del que era su único mundo.

Lucrezia apenas las dejaba salir al Carnaval cada tres o cuatro días, tenían que seguir trabajando en La Serenissima y atender a los clientes forasteros. La forma de reclamarlos era asistir a las fiestas y a bailes en las plazuelas. Estaban invitadas a varias de ellas, la primera la inauguración de Carnaval en el palacio del Dux.

***

—Aunque Jianna nunca se quejaba, me imagino lo duro que tenía que ser para ella estar en el salón sabiendo con certeza que yo estaba allí y sin saber mi identidad. En nuestro juego yo jugaba con ventaja y de cuando en cuando se lo recordaba en una carta. Quizás torturarla de aquella manera fue la única parte de mi demonio que yo le mostré. Pero me encantaba ver su reacción a mis palabras, verla observarnos uno por uno y hacernos preguntas. Ella no había visto jamás a su ÉL, pero conocía mi interior y hay rasgos en mi

carácter muy peculiares que hubiesen sido fáciles de reconocer y, sobre todo, que de tantos hombres como la rodeábamos también era yo el que mejor la conocía ella. Así que, desde mi punto de vista, era muy fácil descubrirme.

Abre los ojos, tú también podrás saber quién soy. Por mucho que pusiera de mi parte a veces era imposible poder comportarme de manera distante y objetiva con Jianna.

***

Ella

Bruno está junto a mí. Está más callado que de costumbre y conozco la razón, El Fantasma y la cercanía del carnaval le están dando más trabajo que nunca. He recibido un regalo de Giorgio Leonelli, es una máscara para el Carnaval, dorada clásica. Lucrezia se la ha llevado enseguida, casi no he podido apreciarla. Lo tengo a mi otro lado, pero él habla con Francesco. Frente a mí está Gozzi, que escribe de forma apresurada con letra ilegible, suele hacerlo cuando le aburre la conversación.

Vuelvo a mirar a Bruno, que tiene la mirada perdida, solo reacciona al ver pasar hacia la sala de juego a Marco y a Lucio entre las risas de algunas cortesanas. Giacomo los sigue, pero nos ve y se dirige hacia nosotros. De todos los hombres de La Serenissima es el más elegante y hoy está impecable, con el traje esmeralda y una peluca de ondas blancas recogidas en una cola que decora con un lazo. Nadie lo invita, pero él se sienta y nos sonríe. Noto a Bruno moverse en el asiento, creo que está a punto de marcharse y Francesco lo nota. Veo como el hombre pequeño abre la boca para hablar, pero mira detrás de mí y me obliga a girarme. Marco y Lucio se han acercado. Este último se sienta sobre el brazo del sillón donde se encuentra Casanova. Marco está más cerca de mí y de

Bruno. Ahora sí que Bruno se levanta. Francesco me mira, pero no sé lo que quiere decirme con su mirada.

—Creo que ya es hora de pasar a la sala de juego —invita Francesco, pero nadie lo escucha.

—Si me disculpan voy a… —Bruno no acaba la frase al ver a Paolo llegar con una bandeja. Entonces comprendo que la excusa de la bebida no le servía para abandonar el grupo. Noto incomodidad y yo misma hago el intento de levantarme. No sé qué le ocurre a Francesco, pero intenta ayudarme a salir de aquí.

—Vamos al jardín —me dice casi en un susurro y eso que Giorgio Leonelli está entre nosotros.

Me dispongo a levantarme, pero escucho la voz de Casanova.

—¿Es cierto que tenéis al Fantasma? —pregunta.

Vuelvo a sentarme sobre el sofá, mis piernas se acaban de convertir en plomo y noto cómo mis latidos se detienen. Francesco no deja de observarme y yo lo miro, entendiendo el por qué quería que me marchase cuanto antes. Tengo a Paolo muy cerca de mí, reparte copas a los caballeros. Lo miro, se me acaba de quedar la boca seca, necesito agua, pero él rehúsa mi mirada y ni siquiera soy capaz de hablar para pedírsela.

Bruno no responde. El conde Zanardi se acerca al escuchar la palabra Fantasma. Con él viene Chiari, que tan solo un rato antes nos ha contado que durante el Carnaval se representará su nueva obra de teatro e insistía en que Lucrezia y yo fuéramos al estreno.

—Vamos —me repite Francesco, pero ahora no pienso irme, me tiemblan las piernas bajo la seda.

Miro al conde Gozzi, ha dejado de escribir y mira mis rodillas, no sé si se ha dado cuenta de mi tembleque. Tengo mucho calor, debo tener las mejillas ruborizadas, estoy sudando a pesar de llevar un vestido escotado, pero no traigo abanico, hace ya más de un mes que no es necesario. Necesito agua y aire. Pero no hay ninguna de las cosas a mi alrededor.

—Se rumorea que lo tenéis —añade Marco con su sonrisa, me extraña que siendo hijo del dux no lo supiese, a no ser que el dux tampoco estuviera informado. No era extraño, el Consejo de los Diez decidía al margen de todos.

—¿Estáis seguros de que es él? —pregunta Gozzi que vuelve a mirar sus papeles—. ¿O es una pantomima para acallar al pueblo antes del Carnaval?

Sonríe y algunos hombres ríen.

—¿Quién era? —pregunta Giorgio.

Noto la oreja de Bruno cada vez más encendida, pero sigue sin hablar. Aunque ahora comienza a mover los labios.

—Comprenderéis que no puedo hablar de esto —se excusa.

—Si lo sabe toda Venecia —añade Lucio, me encanta su voz—. Solo queremos saberlo de primera mano. ¿Desde cuándo lo tenéis?

—Desde anoche —responde Bruno.

Mis orejas deben de estar tan rojas como la de Bruno, me arde la cara. Ha dicho «anoche», pero la noche es larga. Tomo aire, o pregunto o exploto.

—¿Anoche temprano?

Los hombres ríen y me siento imbécil. Lucrezia siempre me advierte de que a los hombres les encanta que a veces nos hagamos las ingenuas, pero no soy Elvira, que tiene más de títere que de puta, para que se rían así de mí.

—Ya sabéis lo curiosas que son las mujeres, lo quieren todo al detalle —dice Francesco, pero yo no me río y no dejo de mirar a Bruno.

—En la madrugada —me responde.

No puedo volver a preguntar y me muerdo la lengua. La madrugada es larga, no me aclara nada. Yo solo quiero saber si lo prendieron antes o después de que me dejase la última nota para saber si es él al que tienen o no.

—¿Dónde lo atrapasteis? —pregunta Francesco.

—Aquí, en el barrio San Marco —contesta Bruno.

Hago el intento de levantarme y me choco contra Paolo, que traía una copa de agua en su bandeja. Por suerte es hábil y agarra la copa antes de que se caiga. No se ríe nadie y me alegro. Estoy haciendo el ridículo hoy.

—Gracias —le digo con sinceridad, y aunque me hubiese bebido la copa entera tan solo tomo un sorbo, que desaparece en mi seca boca antes de llegar a la garganta. Suelto la copa.

—¿Quién es? —pregunta Marco—. Su nombre, después de tantos meses matando, me llena de curiosidad. ¿Lo conocemos?

Miro a Bruno esperando la respuesta.

—No, ya llevábamos tiempo tras él, había cometido robos. No es de aquí… es…

—¿El Fantasma de Venecia es un ladrón insignificante? —El conde Zanardi está perplejo—. ¿Y no lo habíais atrapado antes?

—No sabíamos que era él.

—¿Estáis seguros de que es él? —pregunta Francesco.

—El Consejo cree que sí.

Intuyo que no soy la única que pienso que ni el propio Bruno se cree las palabras que acaba de decir. Eso me tranquiliza. Quiero más agua, pero no veo a Paolo. Lo busco con la mirada. Lucio se inclina hacia delante para dejarme ver que Paolo está tras él. Levanto la mano y Paolo se sitúa junto a mí tras el sofá de nuevo. Esta vez me siento con la copa de agua, no pienso soltarla. Mis piernas han dejado de temblar, pero el cuerpo me pesa muchísimo. Tengo que disimular un bostezo. Miro a Francesco, necesito que me saque de esta reunión y él lo sabe, lo miro con desesperación.

—Bueno, entonces todos volvemos a estar seguros, ¿no? —dice Marco con su sonrisa—. Ya no debemos temer que nos cuelguen de una soga.

«A ti nunca te colgarían aunque te lo merecieras, tienes una guardia esperándote en la puerta». Esta es una de las razones por las que no me decido a regalarle el cristal, a veces tiene una prepotencia que me hace cambiar de opinión. Opinión que no arregla una preciosa sonrisa.

Francesco sigue sin sacarme de aquí, tampoco lo entiendo. Antes de que se iniciara la conversación intentó hacerlo para que no escuchara los comentarios sobre el Fantasma y ahora me deja en medio.

Huele a mujeres, mis *hermanas* revolotean. Siento seda y encaje sobre mi nuca. No necesito a Francesco, me voy. No pienso soportarlas en este momento. Me levanto, rodeo la pequeña mesa que tenemos en medio, paso por delante de Francesco y le lanzo

una mirada llena de enfado. Pero le es indiferente y eso me enfada aún más.

El grupo queda callado, se oyen voces de mujeres y luego risas. Siempre hacen lo mismo, esperan la mínima oportunidad para dejarme en evidencia. Lucrezia les dará una charla e incluso alguna de ellas se quedará sin inauguración de Carnaval. Pero cuando es por atacarme, nada parece importarles. Que se vayan al infierno. No, al infierno no, que allí está mi Fantasma y lo quiero lejos de estas arpías.

Salgo al jardín y me acabo de beber el agua. No puede ser ÉL. Bruno ni siquiera ha dicho su nombre, pero ha dicho que no lo conocíamos. Eso es imposible, tendríamos que conocerlo, al menos yo.

¿Y si no es cliente? ¿Y si es un empleado de Lucrezia? Por eso ellos no lo conocen. Pero sus palabras no son de una persona de baja cultura. Aunque la mayoría de empleados de Lucrezia, al menos los que tratan con los clientes, llevan tanto tiempo entre ellos que han adquirido ciertos conocimientos, no puedo guiarme por eso. Estos son los pocos días en los que me arrepiento de haber accedido a seguir escribiéndome con ÉL. Voy a volverme loca.

***

—No sabía hasta qué punto Jianna podía creer que yo estaba preso. No podía hablar con ella sobre eso y no era noche de notas.

Así que intenté arreglarlo de otro modo, tenía que hacerme notar de otra forma, una forma que solo reconociese ella.

35

Era media mañana. No dejaba de pasear por la planta baja, esperando que alguien trajera la noticia de que el Fantasma había asesinado a algún miserable. Pero, al parecer, el Fantasma no había matado a nadie aquella noche ni la anterior.

Al contrario de la noticia que esperaba, había otra que inundó enseguida las calles de Venecia. Él estaba atrapado y al anochecer del primer día de Carnaval sería ahogado en la gran laguna, en presencia de todos los ciudadanos que quisieran ir a verlo.

Jianna esperaba con ansia que llegara la noche. Ella podría comprobar si el asesino preso era el verdadero o no. Si lo era, necesitaba estar presente. Necesitaba ver su cara, conocer su nombre, al menos eso. Mirarlo por primera y última vez. Lucrezia ya le dijo que no, que de ninguna manera le permitiría ir. Le importaba poco. Iría de todos modos.

El tiempo pasaba lento, ya no le importaba la fiesta de Carnaval del día siguiente. Su vestido ya estaba acabado y ni siquiera se lo había probado. Solo quería que las horas pasaran y llegara la madrugada. Necesitaba más que nunca una nueva rosa en su dormitorio que ocupara el lugar de la marchita. Porque a la vez que el tiempo marchitaba la rosa, la impaciencia la marchitaba a ella.

Lucrezia apreciaba el nerviosismo de la joven, pero ella lo achacaba a un suceso pasado, en el que el demonio de Venecia bien podría haberla matado.

—Descansa para esta noche —le aconsejó—. Sube a dormir.

Dormir, comer y trabajar, su vida no había cambiado tanto como en un principio pensó, salvo que ahora comía y antes no. Y ahora su familia estaba a salvo de miserias, aunque Savino seguía haciendo de las suyas. A pesar de sus excesos, ahora más que nunca con el dinero de Jianna, no enfermaba ni moría.

Se levantó de la silla de una de las mesas de la cocina, para seguir el consejo de Lucrezia. Dita entró con una gran caja.

—Jianna —la llamó—. Acaba de llegar esto para ti.

Siguió la voz de Dita hasta un salón con sillones y sofás que usaban para las reuniones a media tarde. Algunas de las cortesanas comían dulces, unas despeinadas y otras sin maquillar. Se había acostumbrado a verlas tan a menudo con tan distintas indumentarias, que ya no le parecían tan bellas.

—¿Qué es? ¿Un regalo? —preguntó Elvira con la boca llena de comida.

—¿De Gianlucca? —se interesó Daniela.

Con ojos llenos de envidia se dispusieron alrededor de la mesa donde Dita había colocado la caja, casi sin dejarle sitio a Jianna. Lucrezia se abrió paso entre el resto de prostitutas.

—Apartad, si es lo que pienso lo vais a manchar —les dijo la jefa a su espalda.

Jianna se colocó delante de la caja, deshizo las cintas que le impedían abrirla y la destapó. Se oyeron gritos. Jianna abrió la boca al verlo. Lucrezia sonrió.

Los ojos de Jianna se dirigieron enseguida a la nota que acompañaba al impresionante traje de Carnaval.

—Venga, comprueba a ver de quién es —le dijo Lucrezia enseguida.

—Quien sea tiene un gusto exquisito —respondió Giovanna al tocar la tela.

—No toques, lo mancharás —regañaba Lucrezia.

—Y mucho dinero. ¿Qué es esto que brilla? —preguntó Flavia—. Nunca he visto una tela así, son destellos de colores.

—Parece seda. —Dita inspeccionaba el traje, aún sin sacar de la caja.

Jianna no decía nada.

—¿De quién es el regalo? —insistía la señora de la casa.

Lucrezia pegó su cara a la de ella para leer la nota. No estaba firmada.

—«El color que mejor te sienta es el azul» —leyó en voz alta—. ¿Quién es? ¿Jianna?

Ella, que había quedado inmóvil, reaccionó.

—No lo sé —dijo y miró el vestido. No quería sacarlo allí delante del resto de las chicas, que quemaban el vestido con la mirada.

Tenía que llevárselo enseguida, las creía capaces de cualquier cosa y necesitaba estar sola para dejar explotar su pecho.

Volvió a tapar la caja, la cogió entre los brazos y miró a Lucrezia.

—Me voy a descansar —le dijo y ella asintió.

Jianna salió veloz al pasillo hasta las escaleras, casi le dio con la caja en la cara a Paolo, que permanecía inmóvil observando con curiosidad cuál era la razón para que todas las cortesanas estuvieran en el salón.

—Jianna, deja que me lleve el traje. —La seguía Dita—. Habrá que arreglarlo, se estropeará en esa caja, la tela es delicada.

—No, me lo llevo ahora. —respondió ella que subía las escaleras sin mirar atrás.

Lucrezia la miró extrañada, luego se dirigió a Dita.

—Fui puta demasiados años —dijo—. Siempre se sabe de quién es un regalo.

***

—El traje no fue la única sorpresa de aquel día. Ella también me tenía algo en su habitación. Sobre la cama, justo en el lugar en el que yo le dejaba el sobre y la rosa, había una nota para mí. Pensé que sería una nota de agradecimiento, pero no. Jianna me había escrito tan solo tres palabras: «Déjame verte hoy». Sabía que era cuestión de tiempo que me lo pidiese, pero eso era imposible, nadie podía verme y aún menos ella. En cuanto bajé de su balcón, lamenté mi respuesta. Todavía hoy no entiendo cómo no se volvió loca con mi juego.

36

Ella

Francesco no ha venido hoy, desconozco la razón, pero me alegra, volveré antes a la habitación. Por otro lado, aún tengo que hablar con él sobre la reacción del otro día. Me crea dudas sobre qué sabe o no de mí. Estoy empezando a pensar que él y Lucrezia me han descubierto y no me dicen nada. Aunque si Lucrezia lo supiera, ya hubiese hablado conmigo para impedir mi contacto con ÉL.

Hoy La Serenissima ha cerrado temprano. Todo el mundo se prepara para mañana. Pocos clientes y aburridas conversaciones: los Leonelli y sus ganancias gracias al Carnaval; Marco y las fiestas que va a organizar en el palacio; Bruno y el ahogamiento del Fantasma; Lucio y los recuerdos que le trae el Carnaval; Giacomo y sus fantasías, enumerando las muchas mujeres que seduce en estas fechas, de las cuales más de la mitad son mentira; el conde Gozzi y su obra no representada este año porque Goldoni y Chiari se la han jugado; y estos últimos repartiendo invitaciones a todo el mundo, hasta al propio despechado Gozzi. Con esto he presenciado mi primera pelea en La Serenissima, ya que estos tres meses han sido tranquilos, no es lo normal.

Gozzi le ha dado un puñetazo a Goldoni, y Chiari, con sus cincuenta años, le ha respondido con tal golpe al conde que llegué a pensar que él también podría ser el Fantasma. Bruno y Lucio han tenido que separar a los tres hombres. Dos contra uno, mala cosa, hubiesen matado a Gozzi, aunque ya he visto lo bien que sabe defenderse. Me ha sido extraño ver cómo un hombre correcto, elegante y serio como es el conde Gozzi, puede tener una reacción tan agresiva. Sé que es grande el enfado que tiene por el rechazo de su obra y, conociendo su forma de escribir, seguro que el rechazo no fue por mala calidad. Pero los carnavales dan prestigio y dinero, y los autores de teatro y novela matarían por ver sus obras representadas en uno de sus teatros, que creo que son quince en

esta época. Es llamativo que Goldoni y Chiari representen distintas obras en todos y Gozzi en ninguno.

Ya nos hemos retirado al fin, estoy a punto de entrar en mi habitación. Lo mejor de todo el día va a ocurrir ahora. Me encantaría que me permitiera verlo.

El prendimiento de ese otro delincuente al que le han endosado los crímenes me ha hecho pensar. Cualquier día lo detendrán también a él y yo me quedaré con la duda de saber quién es, de cómo es su voz, sus ojos. Quiero verlo al completo y no solo hasta su antebrazo. Quizás haya alguna razón por la que no quiere que lo vea. Quizás piensa que puede decepcionarme. Poco a poco le dejo entrever en mis cartas mi interés por él. Escribirle ya no es suficiente para mí.

***

Abrió la puerta de la habitación. La primera mirada la dirigió a su escritorio, las hojas inmaculadas estaban revueltas. Sonrió, ÉL las había tocado, y el pensarlo le producía un vértigo en el estómago como no le pasaba con ningún otro.

Corrió hacia la cama. Allí estaba su nueva rosa, un sobre y junto a él una nota. Cogió la nota con ansia para ver la respuesta a su petición.

Ya me has visto hoy.

Abrió la boca para coger aire. Quizás merecía una respuesta como aquella por atrevida. Pero hacer lo que él le hacía no era justo. La ventaja que tenía sobre ella era evidente y eso la hacía torturarse por momentos.

A veces le parecía divertido estar en el salón y pensar que él la observaba, otras le creaba confusión. No tenía esperanzas de que le dijera que sí, pero tenía que intentarlo.

Abrió el sobre tan enfadada como efusiva y rasgó el papel.

Querida Jianna:

Como ya sabes, el que mañana morirá no soy yo. No sufras por él, no es ningún inocente.

Espero que el regalo te haya gustado. Llévalo puesto mañana.

ÉL

Su nota encima era corta, su enfado crecía. Se acercó a su escritorio para responder. Se dirigió hacia el balcón que ya estaba abierto y lanzó la nota por él.

«Ahora alcánzala si puedes». La vio volar y luego caer. Su enfado le impedía asomarse, pero su curiosidad pudo más. La nota no habría caído bajo el balcón y oyó un ruido. Se asomó, pero ya no había nota ni ser. Cerró la puerta de cristales.

***

—No estoy seguro de si lanzó la nota con fuerza para que volara lejos del balcón y poder verme, o si lo hizo por enfado. Fuese como fuese, me respondió. «Lo llevaré». Fue suficiente para mí.

37

Ella

Me gusta la sensación de este traje, las enaguas no pican ni se me enredan en las piernas al andar. Es uno de los tantos cambios a los que me voy adaptando poco a poco en mi nueva vida. Pasar de los harapos al tul, el terciopelo y la seda no es tan fácil ni tan cómodo.

Es mi primer día de Carnaval como Jianna y no como la huérfana famélica que mendigaba comida, y qué diferente se ve todo tras esta máscara. El vestido no es del todo de mi talla, quizás ÉL pensó que era más delgada, lo fui mucho más hace tan solo unos meses, pero en La Serenissima no existe el ayuno. De todas formas, Lucrezia siempre me ata el corsé tan fuerte que a veces pienso que la espalda se desprenderá de las caderas o esa es la sensación que tengo ahora mismo. Veinte pulgadas es lo único que podía entrar en la cintura de este traje, lo cual no me permite disfrutar de la fiesta tanto como quisiera. He tenido que retirarme de mis compañeras y de nuestros clientes en varias ocasiones para expulsar por la boca eso que no cabe en el estómago. Por desgracia, la única máscara plateada que había en La Serenissima con el lujo a la altura de mi traje no cubría los labios.

Lucrezia ha enviado a engarzar el corazón de cristal, el más grande. Ahora lo llevo colgado en un collar en el cuello. Pesa más de lo que esperaba, no es cómodo, aunque queda realmente bonito. La dama de La Serenissima dice que hay cierta curiosidad por los cristales que la cortesana Jianna regala a los clientes especiales. Es extraño, en mi antiguo barrio, Caravaggio, los hombres se escondían al visitar a las fulanas. Pero al otro lado del Canal no es un hecho a ocultar ni resulta bochornoso, sobre todo, si se trata de ciertos palacetes. Ser cliente de prostíbulos como La Serenissima significa exclusividad, poder y muchísimo dinero. Ostentosidad que encanta exhibir a la sociedad veneciana. Aquí todo es vano, superfluo y

vacío. Pero ya comienzo a acostumbrarme a este baile de títeres carnavalesco del mundo de los ricos.

Muchos hombres me están mirando, pero aún más curiosidad noto en las mujeres que en ellos. Ellas no suelen verme nunca de cerca, no me ven más que en la góndola en la que nos pasea Lucrezia. Esperan sin ninguna duda el momento en me quite la máscara para comprobar si mi fama es merecida o no. Ni siquiera yo estoy segura de merecer mi fama. No creo ser la mujer más hermosa de Venecia, solo soy un producto diseñado entre mi maestra y Murano.

En este Carnaval Lucrezia está muy animada, espera visitas de grandes nobles europeos, al fin ha logrado volver a eclipsar a La Odissea veneciana, la gran competencia de La Serenissima. Las jóvenes de La Odissea no están muy lejos de mí. Sé que Lucrezia está más que orgullosa hoy. No solo porque haya podido llevarse a los más poderosos clientes, sino porque tras varios años de decadencia su prostíbulo vuelve a ser lo que fue en sus mejores años.

Mi traje es una obra de arte enviada desde alguna parte que desconozco, aunque estoy segura de quién lo envió. Digno del armario de las nobles más adineradas de toda Venecia, infinitamente mejor que el que Lucrezia había preparado para mí, y un trofeo para mi prostíbulo. Sin embargo, mucho me temo que si la madre de las pupilas supiera quién es el remitente de tan carísimo regalo, no hubiese permitido que el traje entrara en La Serenissima.

Miro a mi alrededor intentando ignorar a las curiosas damas y prostitutas que me rondan. Hay varios muchachos esperando el momento de abordarme, no es necesario tener mucha experiencia para intuir los actos inmediatos de los hombres, son demasiado previsibles. Hoy Lucrezia nos da carta blanca, podremos bailar con hombres aun a sabiendas de que no pueden pagarnos. Sin embargo, no creo que en el estado en el que me encuentro por culpa de este apretado traje esté en condiciones de bailar.

Estoy a punto de girarme para retirarme de la zona de baile, porque parece que estoy esperando con ansia a que alguien me invite y nada está más lejos de mis deseos. Unas jóvenes me abren

paso sin apartar la mirada de mi escote y cuchichean. No les presto atención, espero insultos y críticas a donde vaya. Algo que no sé explicar me hace girarme de nuevo hacia el baile. No es ninguna voz, tampoco veo nada que me llame especialmente la atención, solo personas que se abren paso para entrar o salir con sus parejas a bailar. Estoy a punto de girarme de nuevo, pero noto algo en la parte de debajo de mi traje. Son dos niños que me entregan un rosa y salen corriendo. Miro a mi alrededor.

Enseguida levanto la mirada y el corsé deja de apretarme, porque mi respiración se detiene de inmediato. Lleva la *maschera nobile* más elegante que he visto en mi corta noche de Carnaval. El sombrero y la capa negra hacen que la blanca *bauta* que cubre su rostro resalte. Ya imaginaba que no era cualquier mendigo a juzgar por el traje que llevo puesto pagado por ÉL.

Alza el brazo hacia mí. El puño de su camisa de seda blanca está decorado con un botón en el que brilla una piedra roja como sus rosas. Me ofrece su mano enguantada. Dentro de mi presionado estómago siento algo parecido al estar en el interior del carruaje cuando baja veloz alguna rampa. Acabo de alargar mi mano para que ÉL la tome, atraída de la misma forma que me atrae todo lo que le rodea. Siento su mano envolver la mía, no hay carruaje ni rampa que pueda emular lo que estoy sintiendo dentro de mi estómago. Los ojos me brillan, al fin puedo tocarlo.

Enseguida me lleva hacia la zona de baile. No esperaba encontrarlo aquí, a pesar de que anoche le pedí verlo, pero me refería a verlo en la oscuridad, a solas, en algún lugar apartado. No aquí, delante de toda Venecia, pero ahora mismo nada de eso me importa. No dejo de temblar.

Me agarra por la cintura y se dispone a bailar. En cuanto noto su mano cubierta por los guantes, que tantas veces he visto coger mis cartas, tocarme por encima de la tela, algo en mi pecho se abre sin remedio. Es cálido, no lo esperaba de otra manera si viene desde el mismo infierno.

Lo miro a los ojos con decisión y curiosidad, todo lo que los nervios me permiten, porque no soy capaz de pronunciar palabra y tengo la sensación de que ÉL tampoco quiere que lo haga. Silencio,

demasiadas palabras hemos cruzado en cartas como para ahora romper la magia del momento.

Sus ojos son oscuros, siempre me pregunté su color, aunque lo intuía, lo cual hace que apague la luz que ilumina varios nombres que tenía bajo sospecha. No hay otra parte de ÉL que pueda ver, lleva el velo bajo el sombrero, la capa, los guantes, no puedo ver nada más que sus ojos y prefiero que sea así mientras estemos rodeados. Sé que no puede exponerse mucho tiempo y no quiero perderlo intentando descubrirlo. ÉL tiene razón, es mejor así.

Cierro los ojos un momento sin acabar de creer que esto esté pasando y me envuelve un extraño sentimiento. Estoy bailando con el Fantasma, delante de toda Venecia. Siento el corsé a punto de estallar. La sensación de estar en peligro junto a ÉL, en medio de toda esta multitud, mezclada con la de tenerlo en mis brazos, hace que mi sentimiento aumente a límites inimaginables.

ÉL confía en mí, sabe que no gritaré su conocido nombre, jamás lo traicionaría. Necesito a este demonio cerca de mí. Aprieto su mano con fuerza y acerco mi cuerpo al suyo para comprobar la sensación. He intimado con más de una veintena de hombres, pero el calor que desprende este es totalmente distinto.

***

Lucrezia la había perdido de vista hacía rato. Pero desde las escaleras podía ver todo el salón y el traje de Jianna y su llamativo azul no pasaba desapercibido. Estaba bailando con un hombre, pero algo llamó su atención. No reparó en él, no tenía nada de extraordinario aunque llevara un atuendo impecable a la altura de su compañera de baile. Lo que más la sorprendió fue la forma en la que Jianna lo miraba.

Bajó dos peldaños y entornó los ojos. No podía reconocer quién era él, era imposible con semejante disfraz, pero Jianna sí que parecía conocerlo. Extraño comportamiento el de su más preciada pupila, que solía ser desconfiada con extraños. La imagen era

hermosa, casi perfecta, sin embargo, no le gustaba lo que veía. Había visto esa misma escena en demasiadas ocasiones, con otros protagonistas, y nunca traía nada bueno.

***

—Ordené un traje digno de una reina y quería que ella lo llevara aquel día.

Jianna era un ángel. Sin embargo, tocarla con mi otra mitad, fue una sensación diferente. Soy consciente de que ella era una prostituta enseñada por la mejor y, por lo tanto, tendría que ser una maravillosa actriz. Pero su comportamiento en aquel momento parecía sincero. No estaba actuando y por eso Lucrezia no dejaba de mirarnos. Esa vieja puta reconocía lo que estaba ocurriendo, aunque sus pensamientos estaban muy alejados del verdadero peligro que aquella situación tenía.

Notaba a Jianna temblar y no era una sensación que me sorprendiera. Lo extraño era que no parecía estar temerosa. Y si no era por miedo, aquella reacción solo la podía interpretar de una manera. A pesar de lo que significaba para mí, no hizo que me sintiera feliz, porque cualquier sentimiento verdadero que ella pudiese sentir por mí, la ponía en peligro.

No sé lo que buscaba acercándome a ella, no lo medité, solo actué por impulso, por egoísmo, nunca imaginé que aquello pudiera suceder. Y por inverosímil que parezca, Jianna, a pesar de tener a hombres de todo tipo a sus pies, eligió al demonio.

***

Ella

Acabo de apoyar mi mejilla sobre su hombro. No se esperaba mi acción, pero no me ha apartado de él. Por el contrario, la mano que tiene sobre mi cintura se ha movido en una caricia. Me resulta extraño después de todas esas cartas a través de las cuales he ido idealizándolo en mi mente, comprobar que actúe como cualquier otro hombre. Y sus reacciones hacen que mi cuerpo también responda como mujer.

Lucrezia siempre me dice que el día que me enamore dejaré de ser la mejor puta de Venecia y entonces volveré a la miseria. Sé que ella nos está mirando y sé que lo está viendo tan claro como es. Sin embargo, la realidad es mucho peor de lo que ella piensa.

Soy consciente de las consecuencias, lo he sido desde que ÉL empezó a escribirme. ÉL marca la diferencia entre tener una vida vacía en el interior de una jaula en la que se disipan los sentimientos y florece la hipocresía, o tener una ventana hacia la verdad, aunque esta no sea perfecta.

Según ÉL lo tengo cerca siempre, pero si sigo mi intuición y mis sentimientos, es imposible descubrir su identidad. No he sentido esto con ningún otro hombre que conozca. Me colgarán o me ahogarán en la laguna como al desdichado que han ahogado hoy. Pero después de una corta vida de miserias y tan solo unos meses de lujo a un precio que detesto, esto es lo mejor que me ha pasado nunca.

Lucrezia me ha pedido que durante el Carnaval permanezca cercana a Marco. Sé por qué lo hace, quiere demostrarle a La Odissea cuál vuelve a ser el principal prostíbulo de Venecia. Pero después de esto que está pasando ahora mismo me va a resultar difícil actuar ante ningún hombre. A esto es a lo que se refiere mi maestra cuando dice que una puta nunca debe enamorarse.

La música se detiene y sé que se tiene que marchar. Sigo agarrada a él, me resisto a soltarlo. Solo han sido unos instantes junto a él, no me conformo. Lo presionaré hasta que acceda a verme de nuevo, lo esperaré bajo mi balcón, lo seguiré si hace falta. Después de esto me niego a no volver a verlo más que en mi

imaginación. Las cartas no bastan. Noto cómo separa la mano de mi espalda y me invade la tristeza. No quiero que se vaya, pero no tengo forma de detenerlo.

Se separa, se aleja de mí. Reconozco en sus ojos que ÉL tampoco quiere marcharse. Sin embargo, continúa alejándose. El hueco que hay entre los dos ya es ocupado por otra pareja de baile. Se gira, tan solo veo su capa. Desaparece entre la multitud.

Suspiro entre empujones mientras aparto a las personas de mi camino. Trato de seguirlo, pero es imposible. Su sombrero negro se pierde entre tantos sombreros de carnaval. Miro a mi alrededor, no me he recuperado de la intensidad del momento y mis piernas apenas pueden sostenerme. No sé a dónde ir, Lucrezia me hará preguntas en cuanto me vea. Me comienza a invadir la tristeza, siento unas ganas inexplicables de llorar en cuanto se me pasa por la mente que existe la posibilidad de no volver a verlo más.

Busco mi rosa, es la única prueba de que todo esto no ha sido un sueño. La dejé caer al suelo en cuanto lo vi. Hay demasiadas personas, no la encuentro. Al fin la veo, pero sus pétalos están esparcidos por el suelo. La han pisado demasiadas veces. La recojo del suelo, pero se deshace entre mis manos. Suelto el tallo vacío. Sigo mirando a mi alrededor, no sé a quién busco, sé que ÉL ya no andará por aquí. La *maschera nobile* es un disfraz muy popular, hay decenas de hombres vestidos de manera similar a la suya a mi alrededor y eso hace que mi pecho se dé la vuelta en cuanto veo una *maschera* blanca.

Tropiezo con lo que parece un niño. Es Francesco y me abrazo a él.

—Jianna, ¿qué te pasa? —me pregunta, nota mi ansiedad—. ¿Te ha ocurrido algo?

Niego con la cabeza. Tengo ganas de contárselo, pero sé que no puedo hacerlo.

—No sé dónde está Lucrezia —miento.

—Lucrezia está ahí mismo —responde señalando—. Y ella sí que sabe dónde estás tú.

Sabe que miento, pero me da igual, no le temo a él, sino a las preguntas de Lucrezia.

Me invade un intenso olor floral, sé que tengo a la dueña de La Serenissima tras de mí. Pone su mano en mi hombro.

—Jianna —me dice y ni siquiera me atrevo a mirarla—. Busca a Marco, ahora.

Francesco la mira con extrañeza, el tono de voz de Lucrezia es firme.

—Lucrezia —le replica Francesco—. No creo que sea el momento.

Lucrezia se acerca él.

—¿Desde cuándo diriges un prostíbulo, Murano? —le responde ella.

—No entiendo de putas, pero tengo entendido que hoy Marco acompaña a las hijas de Eduardo Disabatto, una de ellas será su prometida. No quiero que expongas a Jianna en esa situación.

—Vete al infierno —lo insulta Lucrezia.

Se gira hacia mí.

—Ve ahora —me ordena—. Sabes lo que tienes que hacer.

—Pero si está…

—Me da igual con quién esté —me replica. Sus cambios de temperamento son ya conocidos por mí, pero hoy está tremendamente enfadada—. Tú eres la mejor puta de Venecia y quiero que todos lo vean hoy. De hecho, yo también quiero verlo.

Me da la espalda y se marcha. Suspiro. Francesco permanece a mi lado. Me mira con tristeza.

—Sea lo que sea lo que hayas hecho, no le ha sentado nada bien —me dice—. Escucha.

Me coge de la mano.

—Voy a acompañarte hasta Marco —continúa—. Todos saben quién eres. Las damas te insultarán para que te vayas. No hagas caso.

Me río. No estoy acostumbrada a estar fuera de La Serenissima desde que soy cortesana. Pero…

—Una vez fui puta callejera y te aseguro que intentaron echarme de peor forma que lo harán estas —le digo y ríe mientras caminamos.

—Me acaban de preguntar hace rato si vales lo que cobras —añade riendo.

—¿Y qué les has dicho? No hundas mi reputación —bromeo, él me inició en el sarcasmo y la ironía.

—Que si cobraras lo que vales, no habría nadie que pudiera pagarte en Venecia.

Ambos reímos.

—¿Sabes quién me lo ha preguntado? —Me acerco a él con curiosidad—. Antonella Disabatto, la joven que van a prometer a Marco Grimani. Creo que no solo tienes enemigas en La Serenissima. Por eso no me pareció buena idea que buscaras a Marco en este momento. Las *hermanas* Disabatto lo están buscando también.

—¿Lo has visto a él? —pregunto con interés, Marco sí puede permitirse pagar el traje que llevo puesto, sin duda.

—No —me responde—. Me he cruzado con Lucio ahora mismo, pero no andaba con él. Debe estar con el dux, tienen que atender a muchos nobles forasteros estos días.

Asiento con la cabeza.

—Ahí tienes a las arpías. La del vestido amarillo y la otra joven vestida de rosa, Antonella y Cecilia Disabatto. Allí está Lucio con el inquisidor. Y Marco no debe andar lejos. Haz lo que tengas que hacer que te haya dicho la bruja de La Serenissima. Pero cuídate. Yo no andaré lejos por si necesitas algo.

—¿Tú vienes solo?¿Dónde está tu máscara?

Me mira y me hace una mueca.

—Yo venía con mi esposa, pero andará flirteando con el primer joven de máscara elegante que haya encontrado. Y yo no suelo usar máscara. Me confunden con un niño.

Dudo si reírme, no le hubiese importado. Le acaricio la cara y me dirijo hacia el grupo. Están en las grandes escaleras del salón del palacio del dux. A los pies de la escalera diviso a Casanova. Lleva peluca blanca, pero hasta con peluca y máscara que le cubre hasta la nariz lo reconozco. Flirtea con un grupo de cuatro jóvenes, ellas no hablan, tan solo lo miran. Me río al verlas, ellas no están acostumbradas a los hombres ni a sus torpes armas de seducción. Giacomo es tan torpe como cualquier otro, sin embargo, su fama, inflada por las fantasías del novelista, hace el resto. Las muchachas suspiran en cuanto oyen su apellido, que no es ni siquiera bonito. Me

acerco a la baranda de la escalera en la que tiene apoyada la espalda Casanova. Me mira, le sonrío. Lleva una rosa roja y eso me trae recuerdos. No hace ningún gesto de entregármela, pero se la quito con descaro. Las muchachas ríen, pobres criaturas. Tres meses con Lucrezia les vendrían muy bien.

Subo hasta la mitad de las escaleras, me encantaría ver cómo se ve el vestido por detrás mientras subo. Parece flotar a mi alrededor, nunca había visto a un vestido hacer eso. Me giro para ver el salón, si en La Serenissima hay lujo, para esto no hay palabras. De las paredes cuelgan enormes cortinas y espejos decorados con gigantes ángeles dorados. En la planta de abajo hay tanta gente que ni siquiera logro ver el suelo. Muchos de ellos me observan. Sabía que era una cortesana conocida, pero encerrada en La Serenissima solo lo sabía por palabras, comprobarlo por mí misma es diferente.

Encuentro a Lucio y al inquisidor Comminetti que mantienen una conversación un poco más arriba. Están apartados de los demás y decido no entrometerme en conversaciones privadas. Están en la baranda, los rodeo, pero ellos me miran de la misma forma que todos me miran hoy. Comminetti me detiene.

—Jianna, ¿has visto a Bruno? —me pregunta y niego con la cabeza. Miro a Lucio que hace un gesto con la cabeza, nunca me lo ha hecho en La Serenissima, pero parece que fuera de ella piensa tratarme como a una dama. Le dejo claro que no lo soy y le doy la rosa de Casanova que llevo en la mano.

—Es de Casanova —le aclaro y ríe, no tiene la sonrisa de Marco, pero Lucio no la necesita, él tiene un atractivo diferente—. A él le da suerte.

Miro hacia Casanova que aún está a los pies de la escalera, ahora son seis las muchachas que escuchan sus mentiras. Los caballeros lo observan y ríen.

—¿Cuántas sumarán este año? —pregunta Comminetti.

—Seis meses dan para mucho —respondo.

—A seis por día… —añade Lucio sin dejar de mirarlo—, sumarían…

—Mil ochenta y cuatro —respondo y ambos hombres me miran—. Recordad que cambiará la cifra cada cierto tiempo, tiene mala

memoria.

Ríen, saben que es cierto, conocen a Casanova tan bien como yo. Es verdad que Casanova tiene numerosas amantes, pero no al nivel que él lo cuenta. Y el resto de Venecia solo hace aumentar la exageración, la República entera suele disfrutar con esta clase de chismes. Un fornicador puede ser tan sorprendente y misterioso como un asesino sin alma como es el Fantasma. Recordar su nombre me hace revivir los momentos junto a ÉL y la escalera me da más vértigo que el debido. Mi cuerpo bascula hacia delante, pierdo el equilibrio y si Lucio no llega a sujetarme hubiese caído escaleras abajo.

Lo miro con angustia.

—¿Estás bien? —me pregunta y asiento.

No me suelta hasta que comprueba que mi cuerpo ha recobrado el equilibrio. Aparta sus manos de mi cintura y vuelvo a recodarlo a ÉL. Agarro las manos de Lucio con las mías y él piensa que es porque vuelvo a perder el equilibrio y me sujeta de nuevo. Pero no es por eso por lo que lo agarro, quiero comprobar si su calor es el mismo que el de ÉL. Lucio no lleva guantes, no puedo comprobar si el calor de sus manos puede atravesar la tela. Está muy cerca de mí, lo miro y tengo que sonreír. Ni siquiera en Carnaval es capaz de aparecer peinado en el palacio del dux, sin embargo, sí parece haber pasado por la barbería y, a decir verdad, me gusta más su aspecto de siempre que el de hoy.

Comminetti coge la rosa que había caído dos escalones más abajo.

—Bruno —llama a su sobrino que ya venía escaleras arriba. Sigo sin ver a Marco, estoy a punto de preguntar por él, pero Bruno me ve y me recita elogios. Comminetti me devuelve la rosa.

—¿Tanto dinero produce el cristal? —Siento una voz femenina a mi espalda, levanto la cabeza sin mirarlas y se oyen cuchicheos. Miro a Lucio y a Bruno, sé lo que piensan, pero no voy a darles el placer a ninguno de verme enojada ni ofendida—. Tela azul con destellos de colores, ¿has visto alguna vez algo así?

Puedo oír sus comentarios, sigo sin mirarlas. Damas venecianas, que suelen hacer las mismas cosas que yo, pero sin cobrar, y, sin

embargo, creen tener el derecho a ofenderme.

Veo al fin a Marco aparecer. Nos ve, sonríe, dedica otra sonrisa al grupo de señoritas, pero se apresura a bajar las escaleras hacia nosotros.

—Al fin me ha dejado escaparme —se excusa.

—¿Ya ha llegado el rey de Francia? —pregunta Comminetti. Presto atención a la respuesta de Marco. Lucrezia ya me ha hablado de él.

—Aún no, mi padre prepara una fiesta para su recibimiento —responde.

Sonrío mientras sigo oyendo murmuraciones a mi espalda. Recuerdo a Lucrezia. Me quito la máscara al fin, ya me está resultando incómoda. Ellas saben que me la he quitado, pero rabian porque solo ven la impresionante parte de atrás de mi vestido y los tirabuzones que me ha hecho Angelina con los broches de cristales que sujetan mi pelo.

Los caballeros sonríen.

—El rey de Francia correrá el riesgo de no querer marcharse de Venecia —dice Marco, y lo miro con extrañeza. Él no suele elogiarme de ese modo. Siento la incomodidad del resto de caballeros.

—¿Tu padre está aún en el otro salón? —pregunta Comminetti y Marco asiente—. Voy para allá entonces.

Las muchachas esperan, con seguridad, a que Lucio y Marco las inviten a bajar, y Bruno espera a que ellos lo hagan para quedarse a solas conmigo. Sin embargo, ellos no parecen tener prisa. Oigo voces femeninas de nuevo, pero no logro escuchar sus palabras. No es algo bueno, Bruno desvía la mirada hacia el salón. Lucio baja la cabeza y Marco está a punto de decirles algo, pero decide callar.

Se vuelve a oír una voz femenina.

—Marco, Lucio, ¿nos acompañáis? —pregunta.

Marco levanta una mano hacia ellas, creo que quiere que se callen de una vez. Lucio ni siquiera las mira. Noto cómo Bruno baja dos escalones, observa algo. Se oyen voces desde el salón, pero con la música no se aprecian bien. Enseguida veo la razón, al parecer una de las pesadas cortinas de uno de los enormes arcos que lleva al jardín, se está descolgando. Hay gente que corre hacia fuera del salón. Parte de la cortina se ha descolgado, y deja ver la viga a la

que estaba sujeta. Se está rompiendo. Se detiene la música. Ya nadie baila, los que no deciden correr permanecen inmóviles. Desde esta altura de las escaleras puedo verlo todo con claridad.

La viga se está rompiendo y está a punto de caer, pero ya no hay nadie debajo gracias a Dios. La cortina de terciopelo rojo se desprende por completo. Grito, pero mi grito no es el único del salón. El cuerpo de un hombre cuelga ahorcado por una de las cuerdas que atan las cortinas. Tiene el rostro color violeta. Aparto la mirada enseguida. Bruno no está aquí, ha corrido escaleras abajo, él conoce muy bien esta escena, la ha visto demasiadas veces. Oigo a gritos su nombre desde diferentes gargantas. «El Fantasma de Venecia». Aumentan los gritos y el pánico inunda el salón.

La gente huye despavorida, caen, se pisan unos a otros y vuelven a caer. Veo máscaras rotas en el suelo, instrumentos destrozados. Trato de bajar yo también, pero me sujetan para impedírmelo. Busco con la mirada a mis *hermanas* entre la multitud, a Lucrezia, a Francesco. Hay mucha gente a mi alrededor, es la guardia del dux, reconozco los uniformes de los que esperan a Marco a las puertas de La Serenissima. Tengo a Marco a tan solo un escalón de mí, esa es la razón por la que estoy rodeada de guardias. El inquisidor baja con rapidez seguido de otros nueve de toga roja con banda negra. El Consejo quiere verlo con sus propios ojos. El Fantasma de Venecia no está muerto y estos inútiles se dan cuenta ahora.

Se ha formado bajo el arco una barrera de personas que a la vez no pueden salir hacia el jardín, el crujido de la madera los hace retroceder. El madero se rompe y el cuerpo de ese miserable, quién quiera que sea, cae sobre ellos. Grito de nuevo, buscando entre la multitud a alguien que conozca.

—Giovanna —grito, está atrapada entre la multitud y chilla despavorida. Un grito desgarrador, el vello se me eriza. Trato de ir en su ayuda, pero vuelven a sujetarme.

Miro atrás, es Marco quien me sujeta y trata de girarme para que no siga viendo aquello.

—Vamos, Jianna. —Tira de mí para que suba las escaleras con él. Ya tan solo quedamos él, Lucio y yo. Las muchachas habrán huido en algún momento.

—Ellas están ahí abajo —grito y lo obligo a soltarme.

Miro hacia la planta baja del salón de nuevo. *I signore della notte* están ya allí, veo a Bruno dando órdenes. Apartar la viga, recoger heridos.

—Son mis *hermanas* —añado, me brillan los ojos. Giovanna sigue gritando pidiendo ayuda y siento las piernas a punto de echar a correr.

Pero Lucio me sujeta impidiéndome bajar las escaleras.

—Ve con Marco —me dice—. Yo las buscaré.

Lo miro, pero mi vista se ha emborronado con las lágrimas, apenas puedo verle la cara, sin embargo, lo sigo con la mirada mientras baja con rapidez hasta la multitud. Se pierde entre empujones y gritos. Marco tira de mí, pero me resisto. No veo a ninguna más, tengo la esperanza de que hayan logrado salir de aquí. Vuelvo a mirar a Giovanna. Y entonces veo que no está sola. Erika está delante de ella. No veo a Lucrezia.

Marco me fuerza a girarme y dejo de oponer resistencia. Subo dos escalones tras él, descalzándome un zapato en cada uno de ellos. Le doy margen, espero a que él suba algún escalón más. Me giro y echo a correr escaleras abajo. Ni los dos guardias que estaban detrás de mí esperaban mi reacción.

Marco me llama, me grita, grita a sus guardias. Estos me siguen, pero yo ya estoy apretada entre la gente. El traje me dificulta avanzar, se me engancha, se mete entre mis piernas.

—Giovanna —grito, estoy cerca, Erika me escucha. Varios hombres de la guardia de Marco me siguen entre empujones, su fuerza superior a la mía y la comodidad de sus pantalones les permiten ser más veloces que yo. No sé cuáles serían las órdenes de Marco, pero uno de ellos me agarra el brazo y yo logro escapar de sus manos. La extraña tela de destellos de mi vestido se cubre de manchas.

—Jianna. —Erika grita despavorida—. ¡Flavia está bajo la viga!

Ahora conozco el porqué de los gritos de Giovanna y la razón por la que no veía a Erika, porque estaba bajo la multitud intentando levantar el madero. El corazón me da un vuelco recordando las palabras de Lucrezia: «Aunque seáis rivales, aunque os enemisten

las envidias, sois *hermanas* y cuando llegue el momento vas a comprobarlo».

No veo a ninguna de las dos, tienen que estar procurando levantar el madero, pero hay personas saltando sobre él para salir. Este maldito vestido no me deja avanzar.

***

Levantó el vestido y las enaguas tanto como pudo y sacó de entre su ropa íntima la daga que Lucrezia las obligaba a llevar durante el Carnaval. Sin dudarlo la hundió en la tela y cortó, en su empeño rasgó la chaqueta de la persona que tenía delante, que enseguida se giró para golpearla. Pero uno de los guardias de Marco logró detenerlo. Jianna se inclinó y avanzó ayudándose con sus manos, dejando gran parte de la falda de su traje atrás. Entre las piernas de los que empujaban y saltaban por encima del madero, divisó a Giovanna y Erika. Con la punta de la daga, fue punzando talones para hacerse hueco y avanzar, notaba cómo le pisaban la espalda para pasar por encima de ella, la hicieron caer a menudo y era muy difícil incorporarse. Pero logró llegar hasta *sus hermanas*.

—Flavia está debajo, no sé si está muerta —explicaba Erika acelerada—. Pero no podemos levantarlo.

Jianna fue consciente del problema, la viga no era pesada, podrían levantarla entre las tres, el problema era que la multitud que salía del salón no se lo permitía, pisaban el madero una y otra vez.

—Las tres a la vez, ¡vamos! —gritó.

Levantaron el madero todo lo que pudieron y Jianna metió la pierna debajo de él para que, aunque lo pisaran, no volviese a aplastar a Flavia. Al instante fue consciente de la gravedad de su necia idea. No tenía fuerza suficiente para aguantarlo, el peso de la multitud le rompería la pierna.

Divisó a Bruno, él trataba de levantar el madero por el otro lado, y su presión hacía que la pierna de Jianna sufriera aún más. Erika y

Giovanna intentaban levantar la viga y que esta no le presionara la pierna. Jianna gritó, pero el joven no la podía oír desde el otro lado.

—Bruno —gritó Erika—, suelta el madero.

—Sacad a Flavia ya —gritó Jianna a las prostitutas—. No aguanto más.

—¡Bruno! —seguía gritando Erika y él al fin pudo verla, pero no oía sus palabras—. Suelta la viga. ¡Jianna!

Aquel nombre sí pudo entenderlo y enseguida soltó la viga. Empujando a las personas que saltaban sobre otras, se dirigió a hacia ellas.

—Sacad a Flavia de una vez —volvía a gritar Jianna, el madero crujía, se rompería a trozos él o su pierna.

Giovanna tiró del cuerpo inconsciente de Flavia de debajo de la viga y, recibiendo golpes y pisadas, la intentó cubrir con su cuerpo todo lo que pudo. La madera volvió a crujir sobre el muslo de la joven. Bruno avanzaba hacia ellas mientras trataba de quitar el madero de la pierna de Jianna.

—Lucio. —Oyó gritar a Erika.

El conde no andaba más lejos que Bruno, pero en cuanto llegaron el uno hasta el otro, entre los dos pudieron abrir paso y llegar hasta las muchachas.

—Jianna —gritaba Erika—. Está atrapada.

Ambos levantaron la viga y liberaron su pierna. Apenas podía sentirla, el dolor era insoportable, y en el suelo seguía recibiendo golpes y pisotones. Lucio la agarró y la levantó para que se pusiese en pie, Jianna enseguida buscó con la mirada a Giovanna. Flavia seguía sin moverse.

—Flavia —gritó.

Jianna fue hasta ellas, estaban en la pared entre el arco y una columna. Giovanna intentaba aguantar la cabeza de Flavia contra el muro.

—Respira, pero no está bien. —Giovanna estaba muy nerviosa.

Jianna puso su mano sobre la frente de Flavia.

—Hay que sacarla de aquí y llevarla a casa —dijo y miró a Giovanna—. Lo has hecho muy bien, todo el tiempo.

Giovanna no tenía buen aspecto. Había recibido demasiados golpes por proteger la cabeza de Flavia. Ella y Erika estaban llenas de rasguños.

—Tenéis que salir de aquí —les dijo Bruno.

—Hay otra salida subiendo las escaleras —añadió Lucio.

—Llévatelas, yo tengo que quedarme.

Jianna se apartó para dejar a Lucio coger el cuerpo inerte de Flavia, dudaba que Giovanna y ella fueran capaces de transportarla, contando con que era más que difícil ir en dirección contraria al resto de la multitud. Pero ya quedaban menos personas en el salón. Desde las escaleras Jianna volvió a mirar atrás, tanto en el salón como en la parte que podía ver de jardín había personas en el suelo heridas. Algunos gritaban, otros no se movían. «¿Por qué has hecho esto?».

Entonces fue consciente de que estaba descalza, y con el vestido hecho jirones que le llegaban a la mitad del muslo. Casi no podía andar, el dolor de la pierna se hacía intenso. Erika le ofreció su hombro para subir las escaleras. Jianna la miró confundida.

—Vamos, Jianna, apóyate en mí —le dijo y Jianna no podía creer lo que estaba escuchando de una de sus compañeras más distantes.

Subieron las escaleras y cruzaron un pasillo, pasando por numerosos salones custodiados por la guardia del dux. Salían unos hombres de uno de ellos, Jianna vio a Francesco acompañado del conde Gozzi. Era evidente que los que conocían el palacio del dux llevaban ventaja. El resto solo intentó huir por la única salida que pensaban que había.

Francesco y Gozzi se acercaron a ella. Lucio recostó a Flavia en un sofá. La mirada de Carlo Gozzi enseguida se dirigió al muslo desnudo de Jianna y al prominente abultamiento que había en él.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Gozzi.

Jianna torció los labios.

—Tuve una mala idea —respondió ella.

—Intentábamos sacar a Flavia de debajo de la viga —añadió Erika.

Marco se acercó a ellos de forma apresurada.

—He mandado a avisar al médico del dux, vendrá a ver a Flavia, no suele tardar —dijo.

Miró a Jianna y reparó en el muslo que se mostraba entre jirones de tela azul con destellos. Se acercó aún más a ella y le cogió el brazo, invitándola a sentarse en uno de los sillones.

—¿Por qué no me seguiste? —le preguntó—. Hay personas heridas, graves, aplastadas bajo el arco.

Jianna lo miró. El joven clavó sus oscuros ojos en ella.

—Y mira cómo has acabado tú —añadió.

Ella dirigió sus ojos hacia Flavia y Erika.

—Ellas necesitaban ayuda —respondió bajando la cabeza—. ¿Habéis visto al resto? ¿A Lucrezia?

Francesco negó con la cabeza. Entonces Jianna vio salir del salón a Cecilia y a Antonella Disabatto, que se fijaron en su vestido roto y empezaron a reír.

—Tendrás que comprarle otro —dijeron a Francesco con ironía.

El enano miró el vestido y después a Jianna.

—¿He pagado yo ese vestido? —le preguntó y ella negó con la cabeza.

Él miró a las muchachas y se encogió de hombros. Se acercó un hombre de baja estatura, con un maletín en la mano y se inclinó sobre Flavia. Lucio no se había separado de la joven aún inconsciente. Jianna oyó que le decía algo al doctor. Prestó atención a sus palabras, no entendía nada de lo que decían ni la jerga que usaban, pero no escuchó la palabra muerta, que era lo que temía. Las Disabatto no parecían dispuestas a marcharse, no dejaban de mirar a Jianna y comentaban. Jianna apartó la vista de ellas, sabía que había hecho trizas su más preciado vestido y que en ese momento se le vería hasta la ropa interior, que con mucho gusto se hubiera quitado para lanzársela a los dos cuervos chismosos que la miraban.

Lucio volvía a hablar con el doctor, no pudo escucharlo con claridad. Erika estaba con ellos.

—¿Está bien? —preguntó Jianna.

—No está muerta —la tranquilizó Marco—. Pero es pronto para saber si vivirá o no.

Sus palabras no la tranquilizaron en absoluto. Volvió a mirar hacia el doctor y Lucio. Marco también los observaba.

—Lucio siempre ha querido ser médico —explicó Marco—. Pero tuvo que dejarlo cuando su padre murió para atender los negocios del conde Cavalli.

Jianna entornó los ojos hacia Flavia. Sus pulsaciones volvían a acelerarse al escuchar que Flavia no se recuperaba. Entonces recordó que eran más de las suyas las que andaban perdidas. Se puso en pie enseguida.

—¿Dónde vas? Permanece sentada —le dijo el conde Gozzi.

—He visto muchos cuerpos heridos abajo, necesito comprobar que no haya ninguna de las mías.

—No puedes andar, Jianna —le dijo Marco.

—No me digas lo que puedo hacer —notó cómo el papel que representaba y las enseñanzas de Lucrezia se perdían mientras le hablaba al hijo del dux de Venecia como lo haría con cualquiera otro. Se encontraba tan mal y tan preocupada que ni siquiera se abochornó de su acción.

—Doctor —llamó Marco—. ¿Puedes decirle a la señorita D'Angelo si debe caminar o no?

El doctor se giró hacia Marco, luego le dijo algo a Lucio y este se levantó. Jianna volvió a sentarse y estiró la pierna y la encogió, comprobando que, aunque con dolor, podía moverla.

—No está rota —dijo la joven con impaciencia, volviéndola a mover sin importarle si con aquel movimiento se le veía la ropa interior ante aquellos caballeros y dos damas chismosas.

—Pues eso que tienes… —decía Carlo Gozzi—. No tiene buen aspecto.

—No tiene buen aspecto porque ha estado soportando decenas de kilos de peso. He tenido heridas peores —replicó ella enseguida. Notaba cómo todos la miraban perplejos por su fresca forma de contestar.

—Seguro que sí —respondió Lucio con ironía acercándose a ella. Se inclinó en el suelo y apartó los jirones del vestido para observar mejor el inflamado moratón de la chica. Luego se incorporó y volvió junto a Flavia sin decir nada. Marco lo siguió con la mirada.

—¿No le vas a decir que no debe caminar? —le preguntó a su amigo.

—Da igual lo que le diga. —Lucio ni siquiera lo miró—. Ella va a hacer lo que quiera.

Los caballeros se rieron, excepto Marco.

—Lleva razón. —Marco se puso en pie—. Siempre haces lo que quieres, ¿no? Pues vamos, bajaré contigo.

Jianna arqueó las cejas y se levantó del sillón.

—Erika, Giovanna —las llamó—. Si queda alguna más allí la traeré.

Giovanna estaba sentada en un sillón junto al sofá de Flavia, tenía mal aspecto. Jianna pensó que no estaría de más que el doctor la revisara también a ella. Erika, sin embargo, tenía mejor aspecto. A pesar de la mala relación de Erika con Flavia era llamativo su empeño por sacarla de debajo del madero y permanecía a su lado incluso ante la presencia de Marco, que nunca era irrelevante para la prostituta. Pero, en aquel momento, ni la presencia del hijo del dux era más fuerte que la preocupación por una *hermana*.

Jianna y Marco caminaron por el pasillo, de vuelta hacia la escalera que bajaba hasta el salón. Jianna andaba con dificultad, pero no quería que Marco lo notara demasiado y permanecía todo lo erguida que podía. Él miraba de reojo la parte baja del vestido.

—No me permitieron ir tras de ti —se excusó algo abochornado.

—Me imagino —respondió ella.

—Mis guardias no te alcanzaron —añadió.

—Estuvieron a punto de hacerlo —respondió ella y lo vio sonreír.

—¿Cómo te has roto el vestido? —preguntó con interés.

—Lucrezia nos dio una daga a cada una —explicó ella y Marco arqueó las cejas.

—Agradezco que me lo digas. —Jianna contuvo la sonrisa ante su expresión, no tenía ni fuerzas para reír.

Se detuvieron en las escaleras. *I signore della notte* se habían llevado el cadáver y estaban aún recogiendo heridos que se mantenían postrados en el suelo. El madero tampoco estaba ya.

Marco bajó la cabeza.

—No quería que vieras esto —dijo—. No los mires.

Le giró el cuerpo para que les diera la espalda.

—No le temo a los muertos ni a los enfermos, he visto demasiados —dijo ella—. De donde vengo, mueren personas cada día.

—Los suburbios —aclaró él y Jianna se sobresaltó al escucharlo. No estaba sorprendido, lo sabía. Ella entornó los ojos hacia él, pensativa, su mente comenzó a divagar enseguida. Marco levantó la cabeza y miró hacia el salón.

—Vamos entonces —dijo.

***

Ella

Me detengo tras Marco. Busco en mi pecho y saco el crucifijo de madera. Lo aprieto con fuerza. Él mira mi mano con extrañeza. Quiere saber qué tengo, abro mi palma para que lo vea y sin detenerse me mira de reojo. Podría ser él, sabe que procedo de los suburbios y no parece estar afectado por lo ocurrido. Pero esto último no importa, más fresco anda Francesco y no es él por razones evidentes.

Bruno está en el salón, nunca había visto esa expresión desesperada en su rostro. Marco se acerca a él y hablan en voz baja. Me aproximo a ellos para oír la conversación. No es educado, pero en este momento la educación es lo de menos.

Bruno me mira de reojo, no estoy en mi mejor día, desde luego. Las damas venecianas se llevarían una gran alegría si me viesen ahora.

Él continúa hablando con Marco.

—Hasta mañana no sabremos si alguien llegó a verlo —explica—. Lo mató tras las cortinas, a la vista de todos. Creemos que la viga se rompió porque utilizó el propio cordón de la cortina y al elevar el cuerpo fue curvando la madera.

—Delante de nuestros ojos. —Marco mira lo que queda del arco en la parte superior.

—Sí, pero había tanto ruido y tantas personas en el salón, que lo tuvo fácil —añade Bruno—. Tampoco sabemos en qué momento exacto de la noche lo hizo.

Bajo la cabeza y hasta me muerdo el labio. Yo sí lo vi, y puedo hacerme una idea de cuándo mató al infeliz.

—¿Quién era? —pregunto casi con vergüenza, quizás si yo no fuera una inconsciente podría haberle salvado la vida, y a las personas que se han herido hoy.

—Leopoldo Bochelli —responde—, director de la orquesta que estaba tocando.

Suspiro, empiezo a ser consciente de las consecuencias de mis actos. Y la culpa me invade.

—Tranquila —me dice Marco y me sobresalto. Algo terrorífico debe estar notando en mi rostro, porque me siento como el propio diablo.

Los dejo tras de mí y me dirijo hacia el jardín mientras observo cómo siguen recogiendo a los heridos. Echo a correr, mirando bulto por bulto buscando una cara conocida y rezando para no encontrarla. Aprieto tan fuerte el crucifijo que me duele la mano. Hay personas llorando, pero yo paso de largo. Hay un pequeño lago, hay zapatos flotando en el agua y un puente que lleva hacia la salida. Allí, cerca de la puerta, veo un cuerpo grueso tendido en el suelo. Reconozco el vestido de Elvira, echo a correr hacia ella. Me inclino y le cojo tan fuerte la cara que le araño una de las carnosas mejillas.

Tiene los ojos abiertos, me mira. Está viva, tiene tantos golpes y rasguños que me recuerda a mí misma el primer día que llegué a La Serenissima. Elvira me abraza y llora.

—¿Puedes andar? —le pregunto y asiente, mira mi traje y luego me mira a los ojos.

—Estoy bien —le aclaro.

La ayudo a incorporarse, pero es tan pesada que con tan solo la pierna que me funciona no es suficiente. Si Lucrezia vive, no sé lo

que dirá cuando vea a varias de las suyas inservibles al comienzo del Carnaval.

—¿El resto está bien? —me pregunta y cae al suelo.

—Flavia es la que está peor —le respondo.

Vuelvo a ayudarla a incorporarse. Marco y Bruno están aquí y me aparto para que la levanten ellos. Ayudan a Elvira a entrar, mientras yo sigo comprobando que no hay nadie más de las mías en el jardín. Puedo ver con mis propios ojos las consecuencias de los actos de El Fantasma de Venecia. Y me está aterrorizando.

Miro hacia el palacio, Bruno y Marco ya tienen a Elvira casi en el salón, tengo que ir tras ellos, pero me detengo a contemplar la escena para no olvidarla jamás.

Me dejo caer de rodillas al suelo y aprieto el crucifijo.

—Padre nuestro que estás en los cielos —Cierro los ojos—, aléjame de él.

***

—Sobran las palabras. Es evidente que lo que ocurrió le abrió por completo los ojos a Jianna sobre mí. Si ya estaba arrepentido por haberme acercado demasiado a ella, después de lo que hice lo estuve aún más. Yo solo quería demostrar a Venecia que el desgraciado asesino insignificante que mataron en público en la laguna no era yo. Y mi ambición por demostrarlo puso en peligro a muchas personas y a Jianna. Y lo peor de todo es que murieron personas inocentes. Aquello me sumió en el abismo de un infierno diferente. Me sentía un ser despreciable, condenado más que nunca. Merecía morir por aquello, que al fin me atraparan y me ahogaran. Siempre me dio igual la muerte, pero Jianna estaba en mi vida y todo comenzaba a importarme más.

Aunque lo sucedido y las muertes ocuparon la mayor parte de las conversaciones en la República, también se habló de ella. Las cortesanas solo accesibles para unos pocos, como Jianna, llamaban la atención entre el pueblo. Se contaron algunas verdades sobre ella

y muchas mentiras. El vestido fue uno de sus misterios, pero no por lo original o lo lujoso que era, sino por cómo acabó la noche. Se decía que escoltada por la guardia del dux se introdujo entre la muchedumbre, que realmente iban a capturarla, y que rompió a jirones su vestido para envolver las heridas de los perjudicados. No fue así.

De todos modos, pienso que Jianna aquella noche nos sorprendió a todos, tanto a los que la tratábamos como a los que no. Y esa parte de Jianna que desconocía y que dejó mostrar, me atraía de manera peligrosa hacia ella.

38

El dux se encontraba acompañado por su hijo, esperaban que el inquisidor Comminetti llegara para informarles.

—El Fantasma nos ha hecho parecer inútiles —decía—. Y tú… —Marco lo miró con el ceño fruncido—. Nos has puesto en evidencia con la familia Disabatto —le dijo con ira.

—¿Yo? —respondió el joven.

—Enviaste a mi guardia a entrar entre la multitud para rescatar a una puta. —El dux fue firme—. Se habla en toda Venecia de ello.

—Jianna salió a correr y les dije que…

—Sé muy bien lo que dijiste —respondió su padre alzando la voz.

Marco se puso en pie y le dio la espalda a su progenitor.

—¿Quieren anular el compromiso? —preguntó Marco.

Su padre lo miró contrariado.

—Si es lo que te gustaría, siento decepcionarte. Se anunciará cuando el rey de Francia esté aquí. Y os casaréis en cuanto acabe el Carnaval.

Marco se giró hacia él.

—¿Puedo negarme? —preguntó.

—No. —El dux respondió con firmeza.

—¿Por qué Antonella? —se quejó.

—¿Prefieres a otra? —preguntó el dux y Marco lo miró.

—Con la que me pueda casar, no. Pero es pronto, me gustaría hacer viajes por Europa antes.

—Pues llévala contigo.

—Quiero hacerlos solo.

—¿Y qué piensas hacer solo por Europa? —preguntó extrañado el dux.

—¿A ti qué más te da? —respondió Marco con ira—. Siempre me has estado controlando, decidiendo por mí, qué hacer o qué no, qué es bueno, qué es malo. Te importan poco mis opiniones, mis gustos. Sí, elígeme la novia, porque si pudiera elegirla yo no te gustaría el resultado.

—Nunca te has quejado de mis decisiones —respondió el dux.

Marco tomó aire antes de responder, pero la puerta se abrió. El inquisidor y Bruno entraron y el dux los invitó a tomar asiento.

—Ha ocurrido lo que más temíamos en el Consejo —comenzó el inquisidor y el dux asintió—. Pensábamos que las muertes del Fantasma pasarían desapercibidas en Carnaval. Sin embargo, solo necesita un segundo para aterrorizar a toda la ciudad.

—Yo ya dije que iba a ocurrir esto —añadió Bruno, y el inquisidor lo mandó callar de inmediato.

—¿Lo sabías? —preguntó Marco con ironía—. Hace unos días no parecías estar muy convencido.

El dux y el inquisidor guardaron silencio un instante, mirando a ambos jóvenes.

—Marco, ¿no habías quedado con Lucio? —lo invitó a salir el dux.

—Más tarde —respondió Marco sin dejar de mirar a Bruno.

—Un prostíbulo no era el mejor lugar para decir todo lo que pienso sobre el Fantasma.

Marco se acercó a él y tomó asiento cerca.

—Ahora no estás en un prostíbulo —dijo Marco—. Cuéntalo.

El dux se dirigió hacia su hijo.

—El Fantasma es cosa del Consejo y mía, hijo.

—Anoche comprobamos que es cosa de todos. Y he hecho la pregunta porque soy de los que piensan que ni el Consejo ni el encargado de *I signore della notte* tienen la más mínima idea de quién es y tienen tanto miedo de él como el resto.

—¡Marco! —lo calló el dux.

—Mi único deseo es que se me permita tener a ese demonio frente a mí —respondió Bruno con ira—. El Consejo se ahorrará la sentencia.

El dux se puso en pie.

—Marco, acompáñame fuera —le ordenó a su hijo.

Marco continuó mirando los oscuros ojos de Bruno unos instantes, antes de seguir a su padre fuera de la sala.

El dux cerró la puerta tras su hijo.

—No te enemistes con ellos —le pidió—. No me enemistes con ellos. Estás de parte del Consejo, no en contra.

—Es un inútil —replicó Marco.

—Está haciendo su trabajo, no es tan fácil atrapar a ese asesino.

—Sí, él ordena y manda vigilar las calles, mientras bebe y juega en un prostíbulo.

—Tal y como haces tú —dijo el dux y Marco apretó los labios—. Estaría bien que dejaras de frecuentar esos lugares. No está bien visto que pases la mayoría de las noches fuera de casa.

Marco, con los ojos llenos de ira, abrió la boca para replicar, pero la cerró de inmediato.

—Si comienzas a controlarme, me iré de Venecia —dijo mientras daba pasos hacia atrás y se alejaba de su padre. Se giró y le dio la espalda.

El dux observó a su hijo caminar por el pasillo. Se estiró el traje con las manos y entró en la sala de nuevo.

39

Ella

Llevo dos días, desde aquella noche, encerrada en mi habitación. Suelo bajar a comer y a los baños, pero no voy al salón ni a la casa de juego. Mi pierna no está rota, pero tengo el muslo deformado por la hinchazón y de un color morado oscuro. Lucrezia no quiere que trabaje así.

La verdad es que en estas condiciones tengo complicado trabajar. Es muy aburrido permanecer todo el día aquí. Desde la fiesta de Carnaval estoy recibiendo numerosas cartas, la mayoría de ellas de extraños que me vieron aquel día y tengo tiempo de agradecerles a todos la molestia de escribirme.

Flavia está mejor, Giovanna y Elvira tampoco pueden trabajar. Erika sí está recuperada de sus leves heridas y baja con el resto. Al menos podemos recibir visitas, han venido todos a verme a ratos, tanto de día como de noche. Sin embargo, no he vuelto a tener noticias de ÉL. Algo que por una parte me alegra, quiero que todo esto desaparezca de mi mente. Con el tiempo parecerá un sueño, como ahora lo es la noche en la que los cinco indeseables me golpearon y ÉL me salvó.

Aún no puedo creer que la persona con la que bailé hace tan solo dos noches sea la misma que hizo todo aquello después. ÉL ha continuado matando estas dos noches, tres hombres y una mujer han vuelto a ser víctimas del demonio de Venecia. Sé que no mata sin una razón, que hasta el miserable director de orquesta tenía un alma oscura que seguramente merecería un castigo, pero no las personas que resultaron heridas, no *mi hermana* Flavia. Sin embargo, yo sí me merezco los dolores y la cojera que estoy padeciendo y poco castigo me parece.

Llaman a la puerta, es Bruno Comminetti. Me alegra mucho verlo, amenizará mi tarde el corto tiempo que pueda pasar aquí conmigo.

Me besa la frente y se sienta sobre la cama.

—Hoy no he venido a verte solo por cordialidad —me dice—. Más bien lo hago por trabajo.

Arqueo las cejas sorprendida mientras lo miro.

—No quiero que te asustes con lo que voy a decirte —me dice—. Pedí permiso a Lucrezia antes de contártelo. Solo ella y tú lo sabréis.

Me incorporo hasta sentarme en la cama, me mata la curiosidad y una parte de mí sabe lo que va a decirme.

—Tengo sospechas de que El Fantasma de Venecia frecuenta La Serenissima —confiesa y de inmediato dejo de respirar.

Se me ha tenido que cambiar el color de la cara, porque enseguida me atiende. Me ha entrado una fatiga que si no se aparta le vomitaré encima. ¿Cómo puede saberlo? El corazón me late muy deprisa y comienzo a temblar. Bruno piensa que es por miedo, y sí lo es, pero uno muy diferente del que él cree.

—¿Pero cómo…? —Casi no me salen las palabras.

—Hace tiempo que expuse al Consejo de los Diez que pensaba que ese ser no era un asesino cualquiera, que este es inteligente, culto y quizás rico, incluso podría ser algún noble.

Mis ojos no se pueden abrir más de lo que ya lo están.

—¿Cómo puedes saber eso? —pregunté con curiosidad.

—Sabe leer y escribir, alguna vez ha dejado notas, su letra es limpia y redondeada, está acostumbrado a escribir.

Sus últimas palabras han hecho que abejas y mariposas me recorran el estómago.

—He visto por desgracia demasiados asesinatos, la mayoría productos de la ira, del enfurecimiento, sin orden, sin control. Pero los asesinatos del Fantasma son diferentes. Son elegantes, tiene su forma de decirnos que lo ha hecho él, aunque no deje ninguna nota.

Sabe mostrar su presencia tal y como me hace a mí con las rosas. Comprendo lo que quiere decir Bruno.

—Todos salvo uno de ellos. —Hace una pausa—. Una vez asesinó a cinco personas en los suburbios, y no conozco la razón, pero se le fue de las manos. Aquella vez muy diferente casi no pude reconocer

que era obra de él. Caos, desorden, es muy difícil explicártelo, pero no era una de las obras que él está acostumbrado a dejarnos.

Me remuevo en la cama con incomodidad. El dolor de la pierna se disipa y el terror invade mi cuerpo, haciéndolo ligero y pesado a la vez. Frío que comienza en mis pies y acaba haciendo arder mi pecho. Como si una repentina enfermedad me hubiese invadido, haciéndome débil, dejándome a punto de perder el conocimiento. Las muñecas me tiemblan.

—¿Y por qué me cuentas esto? —le pregunto para ver hasta dónde sabe exactamente.

—Porque quiero que mantengas los ojos abiertos —dijo—. Tengo un sospechoso.

Abro la boca, pero no se me ocurre qué decirle. Quiero saberlo y a la vez temo que me lo diga. Ahora que he decidido apartar a ÉL de mi vida, vuelve a ella otra vez como Fantasma, pero esta lo hace en mi mundo real y no solo en mi cabeza.

Dime el nombre ya, Bruno, no te calles, necesito saber quién es ÉL. Cierro los ojos porque temo las palabras del sobrino del inquisidor.

—Sospecho del conde Carlo Gozzi —me confiesa.

Expulso todo el aire que me queda. Coincido con Bruno, si me hubiese tenido que arriesgar a decir un nombre, hubiese dicho el suyo quizás, aunque Marco comienza a ganar fuerza poco a poco.

—Anoche mataron a Goldoni —continúa—, y hace poco tú presenciaste una pelea entre el conde y él. Y no es muy lejano el asesinato de los Caccini, que se negaban a casar a su hija con él.

Se me eriza todo el vello de la piel y mi mente comienza a comparar los ojos de mi Fantasma con los del conde.

—¿Lo viste en la fiesta? —me pregunta y asiento.

—Lo vi cuando ya pasó todo, estaba con Francesco arriba, había más personas con él.

—Es cliente tuyo, aunque no suele venir mucho por aquí —añade —. Solo te solicita a ti y por eso te cuento todo esto. Necesito que mantengas los ojos abiertos con él. No tengo pruebas para acusarlo aún, pero las tendré pronto.

Me coge las manos y me mira a los ojos.

—Ayúdame a atrapar a ese demonio —me pide.

Lo miro y veo tras él la marchitada rosa roja que me ÉL me dejó la última vez.

—Ya viste lo que pasó en la fiesta. Venecia entera te lo agradecerá.

Tomo aire lentamente, Bruno tiene que notar cómo me tiemblan las manos. Las suelta y se levanta.

—Tengo mucho trabajo hoy —se despide.

Se marcha y me quedo sola. Aunque haya presenciado el horror que causa, no puedo decirle a Bruno todo lo que sé sobre ÉL. Tampoco creo que un puñado de cartas sirvan para atraparlo, aunque podrían aumentar sus sospechas respecto al conde. El Fantasma escribe bien, tan bien que es capaz de enamorar solo con sus palabras, como suelen hacerlo los novelistas.

¿El conde Gozzi es ÉL? También entraba dentro de mis posibilidades, pero hasta que ÉL no me lo confirmase no lo creería del todo. Hay muchos más hombres de ojos oscuros cerca de mí que podrían ser ÉL, como Marco, Lucio, Paolo, Giacomo, Zanardi, Chiari, el propio Bruno, Giorgio y Vittorio, aunque este último es demasiado grueso como para ser ÉL. Tampoco creo que sea Pietro Chiari si Goldoni ha muerto a manos del Fantasma, ambos eran buenos amigos y casi socios, sería una necedad que lo matase, aunque pensándolo bien quizás ha querido quitarse un rival de en medio.

Gianlucca tiene los ojos del color del cielo y Francesco, aparte de su altura mucho menor que el hombre de la máscara blanca, tiene los ojos de color grisáceo.

Bruno me ha preguntado que si vi a Gozzi en la fiesta y es cierto que estaba allí. Sin embargo, Bruno no tiene el conocimiento que tengo yo. Él busca a alguien que se ausentó para matar, aunque no está seguro ni de a qué hora se cometió el asesinato. Yo busco a alguien que no estuviera en ninguna otra parte mientras ÉL bailaba conmigo.

Puedo cerrar los ojos e imaginarme al conde Gozzi con la *maschera nobile*, y sí, podría parecerse a él tanto como cualquier otro. Ni siquiera he oído aún su voz. Solo conozco sus cartas y no puedo compararlas con ninguna otra, Gozzi no suele escribirme.

Lucrezia está en el umbral de mi puerta. No me ha hecho preguntas sobre el enmascarado que bailó conmigo, después de todo lo que ocurrió pasó a ser algo sin importancia para ella. Se sienta en el mismo lugar de la cama en el que estaba Bruno.

—¿Tienes miedo? —me pregunta con frialdad.

—No —le respondo.

—Deberías tenerlo, deberíamos tenerlo todos si Bruno no se equivoca.

Suspiro y Lucrezia me observa. No puedo contarle que no debemos de temerle. El Fantasma de Venecia solo mata a gente que ha cometido actos deplorables y dudo que Lucrezia tenga algún secreto inconfesable de esa índole. Ella aguarda a que sea yo quien hable.

—Bruno me ha pedido que lo ayude a atraparlo —le digo y me mira compasiva, luego niega con la cabeza.

—No pienso dejar que te expongas —dice ofendida—. Tú limítate a proteger a La Serenissima y a los que la habitamos. No hagas preguntas, no indagues por tu cuenta. Simplemente deduce y sé discreta.

—¿Y si no lo hago? Quiero decir, ¿y si me mantengo al margen descubra lo que descubra? —pregunto.

—Entonces podrían acusarte, expropiarte de tus posesiones y dinero o incluso ahorcarte o ahogarte en la laguna por encubrirlo.

Cierro los ojos, mi sueño se torna en pesadilla por momentos.

—Ahora descansa —me dice tras levantarse—. Lo hablaremos detenidamente. Lo más importante es que Gozzi no se dé cuenta de nada.

Lucrezia se marcha y yo casi no puedo respirar. Necia de mí que por un tiempo pensé que este juego de misterio sería divertido. Bajar al salón sabiendo que él me observaba en algún lugar, que quizás estuviera parte de la noche con él y, sin embargo, ahora Bruno me pide que lo ayude a atraparlo.

Si no es Carlo Gozzi, Bruno me dejará en paz, sus sospechas irán hacia cualquier otro y ya no será cerca de mí. Lo único que me permitiría respirar es descartarlo. Pero no tengo ni idea de cómo

hacerlo. O sí, solo una idea. Tengo que volver a ver al Fantasma de Venecia.

40

Ella

La música del salón llega hasta aquí. Le he suplicado a Lucrezia que me deje bajar, pero me lo ha prohibido. Tan solo le ha pedido a Dita que me vista y me peine por si alguien quiere subir a verme.

Dita no se ha esmerado mucho, apenas me ha cepillado el pelo, me ha recogido algunos mechones y me ha puesto un vestido liso azul oscuro. Quiero salir de aquí, necesito bajar. Conmigo aquí ÉL no podrá dejarme ninguna nota, no entrará en mi habitación si yo estoy dentro. Necesito verlo, esperar abajo hasta que ÉL llegue es una locura, pero puedo intentarlo.

Ni siquiera sé exactamente la hora en la que ÉL me deja la nota porque nunca estoy aquí cuando lo hace. Hace rato ya que sonó la campana, puedo salir con la excusa de ir a ver a Flavia.

Me levanto de la cama y busco en mi armario alguna capa, si decido salir a la calle la necesitaré, aunque aún no estoy segura de si voy a tener valor para hacerlo. Tengo una capa azul oscuro, me alegra que Dita haya elegido un color discreto hoy. En la noche no resaltará.

Salgo al pasillo, no me cuesta caminar tanto como ayer y eso es buena señal. Oigo voces en el dormitorio de Flavia, tiene compañía. La puerta está entreabierta. Marco y Lucio están con ella, uno a cada lado de la cama, al parecer la hacen reír y me alegra volver a verla así. Realmente pensaba que no viviría. Lucrezia aún no sabe en el estado que quedará, si volverá a producir dinero o será un estorbo más de la parte de atrás del palacio que habrá que mantener, yo tampoco sé qué pensar. Desde que despertó, su semblante me recuerda demasiado a mi cuñada y eso no es buena señal.

Les sonrío y me invitan a entrar. Soy consciente de que con ellos delante no puedo entrar con una capa en la mano. Flavia apenas puede ver con claridad, pero estos dos van a darse cuenta rápido. La dejo caer en el pasillo, pero veo a Marco mirar de reojo para intentar

ver qué he soltado. Miro a Lucio, lo ha visto también. Me estoy poniendo nerviosa y no tengo motivos. ¿Y si el Fantasma no es Gozzi y es alguno de estos dos? Al menos Bruno no sospecha de ellos, él solo me ha pedido que le ayude con un sospechoso en concreto.

No me decido a entrar en la habitación y debo parecer estúpida aquí parada en el umbral, ellos me miran en silencio y mi bochorno aumenta. Esto me está afectando más de lo que pensaba. La cabeza me arde y ya no sé qué pensar. Hasta me estaba gustando la idea de que fuera Gozzi si Bruno no se hubiese metido en medio. Sí, le pega la personalidad elegante y sensible como tiene el novelista, sus serenos ojos. Sí, creo que es él y yo me veré obligada a delatarlo.

—¿Estás bien? —pregunta Marco, llevo inmóvil en el umbral unos instantes. Está claro que debo parecer estúpida.

—Sí, es que todavía me duele la pierna. —La excusa suena tan tonta como yo, pero entro y me siento detrás de Marco y frente a Lucio, a los pies de la cama de Flavia.

—Jianna —logra decirme ella—. ¿Hoy tampoco te ha dejado bajar Lucrezia?

—No —le respondo—. Quizás mañana. Voy a enloquecer encerrada en ese dormitorio.

—¿Por eso pensabas salir? —me dice Lucio y me sobresalto. Lo miro y con la cabeza hace un gesto hacia el pasillo donde he dejado la capa.

—No pensaba ir a ninguna parte —le respondo. Me arden las orejas y siento un cosquilleo en las piernas. Busco una explicación aunque sea tan tonta como la de antes. Cualquier cosa es mejor que quedarme callada—. Me quema la pierna, pero tengo frío en el resto del cuerpo. No me encuentro bien.

Lucio gira su cabeza hacia Flavia, estoy segura de que no me cree del todo, pero no añade nada.

—¿Necesitas algo? —me pregunta Marco.

—No, Paolo vendrá luego y me subirá las hierbas de Dita.

Me levanto. Tengo que irme cuanto antes, aquí solo hago que mis nervios aumenten y puedo meter la pata de un momento a otro.

—¿Habéis visto a Carlo hoy? —pregunto. Al ardor de las orejas se le ha unido el de los cachetes.

—No —se extraña Marco por la pregunta. Lucio niega con la cabeza.

—La otra noche, en la fiesta de Carnaval, tan solo lo vi después de… —Cojo aire—. De lo que pasó, pero no pude hablar con él. —Se me nota demasiado que estoy nerviosa y eso hace que los nervios aumenten sobremanera. Lucio me mira las manos, me están temblando, se está dando cuenta de que me pasa algo. Marco está contrariado. Tengo que irme ya, además de imbécil voy a parecer loca, lela, demente. Y eso no es nada bueno para mí ni para La Serenissima. Eso podría mandarme de vuelta a los suburbios y al infierno no quiero volver.

—Cuando hemos subido, él no estaba abajo —responde Marco.

—Voy a bajar a ver a Dita, necesito algo para el dolor —digo y me doy cuenta de que hace unos instantes había dicho que no necesitaba nada. El nerviosismo se torna en vergüenza y mis axilas comienzan a mojar el traje.

—¿Quieres que le digamos a Carlo que venga a verte si lo vemos hoy? Si tienes tanto interés… —se ofrece Lucio.

—No importa —lo corto. Ya estoy de espaldas a ellos a punto de salir por la puerta. Me detengo un instante para meditar la estupidez que he cometido preguntando por él.

No descubriré nada viendo al conde Gozzi, a Gozzi me lo sé de memoria, vestido y desnudo. Necesito encontrarme con el verdadero Fantasma de Venecia e indagar en él.

Salgo y cierro la puerta tras de mí. Me inclino a recoger mi capa. Respiro hondo. Tengo que tomarme esto de otro modo o realmente pensarán que estoy loca, pero es tan difícil. Lucrezia me enseñó a actuar sin demostrar mis sentimientos, pero cuando los sentimientos se reflejan en actos físicos como el temblor de mis manos no puedo disimularlo. Si me he puesto así con Lucio y Marco, con Gozzi soy capaz de caerme al suelo.

Bajo los escalones rezando para que Lucrezia no me vea. Saco el crucifijo de madera y lo aprieto. Cada vez tengo menos fe en él y en lo que representa, no creo que pueda librarme de Lucrezia, ni de la presión de Bruno, aún menos del Fantasma y de todo lo que atrae con él. Ya debo de tener un lugar reservado en el infierno.

Salgo por la puerta que lleva al Canal. La acera es tan estrecha que apenas cabe una sola persona andando. Nadie pasa por aquí a no ser que sea en góndola y a estas horas no suele haber nadie, aunque sea Carnaval. El Fantasma ha conseguido que el Carnaval se procure vivir de día. Si la pierna me fallara ahora, caería al agua. Llego hasta mi balcón, es el último antes de que acabe el palacio. Me asomo a la calle de atrás, pero está tan oscura que no me atrevo a acceder a ella. Debe de ser en esta angosta calle, tan larga como el palacio de Lucrezia, por la que ÉL se oculta, porque dudo que venga en góndola.

El siguiente palacete en el Canal tiene la acera aún más estrecha que La Serenissima. Mis pies, aunque son pequeños, no caben uno junto al otro, pero puedo probar si de espaldas contra la pared puedo esconderme aquí.

Observo la fachada, hay plantas que cuelgan y ornamentación abundante como para que ÉL pueda trepar. Las puertas del balcón están entreabiertas. Me empiezan a doler las pantorrillas en esta postura incómoda y hace mucho viento. Esta noche hay niebla y la humedad cala hasta los huesos.

Fantasma, no tardes, caeré al agua o enfermaré si no vienes pronto. Y juro que no me moveré de aquí hasta que llegues.

41

Había perdido la noción del tiempo, pero estaba convencida de que era demasiado tarde. Había visto a varios clientes salir en sus góndolas camino a casa, hacía ya rato que se había hecho el silencio y ÉL no había aparecido. Jianna tenía dos posibilidades en su mente: que ÉL no hubiese venido esa noche, o bien que entrara por la puerta de su habitación y no por el balcón como había supuesto. Quizás ya tenía en su dormitorio una nueva rosa y un nuevo sobre esperando, pero de todos modos ÉL hubiese venido a por la respuesta y allí no había aparecido nadie.

***

—La estuve observando más tiempo del que debía porque sabía que estaba pasando frío y que en el estado en que se encontraba su pierna no resistiría mucho manteniendo el equilibrio.

Pero me gustaba ver hasta qué límites era capaz de llegar, y llegó mucho más lejos de lo que yo imaginaba. Sí, sé que fui cruel, pero era su curiosidad hacia mí la que le causaba el daño, no yo. Jianna comenzaba a ser consciente de las consecuencias de acercarse a mí, aún más de descubrir mi identidad. Pero, al parecer, no le importaban lo suficiente. Y allí estaba, dolorida, medio congelada, arriesgándose a enfermar o a caer al agua antes de rendirse y desistir al verme de nuevo.

Y no te voy a engañar, yo estaba encantado del arduo interés que Jianna mostraba en mí a pesar de que me apenara lo que todo ello conllevaba. No lo merecía.

***

Ya no aguantaba más, tenía que volver a La Serenissima, se estaba helando. No sentía las manos ni los pies y su aliento exhalaba vapor. Se desplazó despacio para no caerse. Su capa volaba a su lado izquierdo y dejaba sus brazos descubiertos, pero si la agarraba para envolverse perdería el equilibrio.

«No vendrá». Ya se había convencido de que aquella noche no vendría. Se lamentó de la estupidez que había cometido. Si alguien se daba cuenta de que no estaba en su dormitorio lo tendría complicado y más en esos días en que no estaba muy lúcida con las excusas.

Sintió el tintineo del agua, el mismo que hacía Paolo cuando remaba en la góndola. Alguna góndola se acercaba, no podía ni siquiera mirarla, apenas podía girarse sin caer. Temió que fuera una góndola para recoger a alguien de La Serenissima, se aproximaba a la fachada del prostíbulo y podrían verla.

Pegó su espalda a la pared y cerró los ojos como si al hacerlo pudiese desaparecer. Pero escuchó el tranquilo sonido del agua al moverse y volvió a abrirlos. Giró despacio la cabeza, poniendo cuidado en no perder el equilibrio.

El humo de su propio aliento le difuminaba levemente la imagen. Llegaba en una pequeña góndola que él mismo remaba. La *maschera* blanca podía reflejarse en el agua, entre las sombras que producía su oscura vestimenta. No llevaba el elegante traje de la noche del Carnaval, esta vez llevaba uno completamente oscuro, y el sombrero triangular sin broche alguno. El lujo del Fantasma de Venecia en la noche de la fiesta se había transformado en sencillez y eso le fascinó aún más.

Él soltó el remo para que la propia corriente lo acercase despacio hasta donde Jianna se encontraba. Lo vio inclinarse para coger algo junto a sus pies. La nueva rosa que sustituiría a la marchita de la habitación.

La joven quedó inmóvil, siendo consciente de que más hermosa era la rosa cuando la portaba su dueño, dando luz a la oscuridad de su traje. Volvía a tenerlo delante, al verdadero Fantasma de Venecia, no al Fantasma de Bruno, no a cualquier sospechoso que ella pudiera tener en su mente. Tenía al de verdad, al que la hizo sufrir

dos noches atrás, al culpable de que apenas pudiera mover una pierna, el terror de Venecia, el que le escribía cartas que no se podían comparar con las de ningún otro, el que la hizo temblar cuando bailaron. «Solo yo sé quién es el verdadero Fantasma, aunque no conozca su nombre».

La barca chocó contra el borde de la estrecha calzada en el que estaban los pies de Jianna y ÉL alargó su mano hacia ella.

Jianna tomó aire, el pulso se le había acelerado de manera considerable y acababa de quedarse tan enmudecida como la noche del Carnaval. Apartó su mano de la pared y la acercó hacia él. Los oscuros guantes del Fantasma la tocaron. Esta vez Jianna puso toda su atención en el tacto, estaban cálidos, lo notaba aún más en contraste con sus manos heladas. Se aferró con fuerza a él y alzó uno de sus pies para llevarlo hasta la góndola. Era fácil caer, pero él le dio la seguridad suficiente. En cuanto su pie tocó la góndola apartó el otro del suelo de la acera, y la barca se alejó de la fachada. Nadie remaba, los llevaba la corriente, el fuerte viento los movía. Jianna aún no había soltado la mano del Fantasma y no tenía intención de hacerlo. No pensaba marcharse hasta conseguir lo que había ido a buscar.

Por un momento pensó que la góndola se detendría en el puerto de La Serenissima, pero ÉL no hizo ningún intento de dirigirla hacia allí, la barca siguió la corriente por el Canal y Jianna respiró aliviada. No sabía adónde la llevaría y no le importaba. Solo deseaba estar junto a ÉL una vez más.

La Serenissima quedó atrás y las nuevas vistas del Canal, las que no veía desde su balcón, excepto cuando Lucrezia las paseaba en su góndola, volvieron a aparecer ante sus ojos.

Al alejarse de La Serenissima fue consciente de la gravedad de la locura de lo que estaba haciendo, sin embargo, se mantuvo firme mirando al frente, ya que no se atrevía a mirarlo a ÉL. Apretó su mano contra la cálida mano enguantada y notó que el frío comenzaba a disiparse. Con la otra mano agarraba aún el crucifijo de madera.

Él giró su cuerpo hacia ella para ofrecerle la rosa. No tuvo más remedio que mirarlo. En cuanto sus miradas se cruzaron volvió a

sentir esa sensación del carruaje y la rampa justo debajo del pecho y por un momento estuvo segura de que el Fantasma no era nadie que conociera.

Soltó la mano de ÉL para coger la rosa, la primera que le entregaba en persona. Y por primera vez tuvo la oportunidad de decírselo.

—Gracias. —Se atrevió a hablarle al fin.

Observó que aparecieron unos pliegues cerca del rabillo del ojo en el hueco que le permitía la máscara y Jianna entendió que sonreía. Ella entornó los ojos hacia ÉL, pero él le cogió la barbilla para obligarla a mirar al frente.

—No lo hagas —le dijo y el estómago de Jianna pareció darse la vuelta en su interior.

«Su voz», al fin la había escuchado. Sin embargo, de poco le servía, tras la máscara era tan solo una voz grave de hombre más. Se decepcionó por completo al oírlo, verdaderamente pensaba que oírlo le daría alguna pista.

—¿Qué no debo hacer? —preguntó con la vista fija al frente.

—Buscar mi verdadero nombre —le respondió él.

Jianna sonrió. Había dado un paso más al menos, un paso que no la llevaba a ninguna parte, pero por segunda vez pudo verlo.

—Terminaré descubriendo quién eres —dijo ella.

—¿Sabes lo que eso significa? —preguntó el Fantasma.

—Que me ahorcarán junto a ti. —Sonó segura, sin miedo, sin temblar lo más mínimo.

Él se giró hacia ella.

—¿Y por qué te arriesgas entonces? —Se acercó a su oído para que ella pudiera entenderlo con claridad, tanto que la joven reaccionó con una intensa mirada y ÉL se apartó. Por muy cerca que estuviera no podía reconocer su voz mientras llevase la máscara puesta.

—No puede ser que ya te conozca —le dijo mirándolo a los ojos.

—Si sigues haciendo eso no dejaré que vuelvas a verme. —Bajó la cabeza y la joven miró sus hombros.

«Su estatura sí es la misma de Carlo Gozzi, aunque Casanova, Lucio, Paolo y Marco la tienen similar. La de Bruno no estoy segura».

Jianna se sobresaltó al volver a notar la mano de ÉL agarrar la suya y enseguida sujetó la rosa con la mano derecha, donde llevaba el crucifijo, para poder pegar por completo la palma izquierda a la de ÉL.

Jianna bajó la cabeza, no sabía si debía hablar de ello.

—Flavia casi muere. —Se decidió, sin embargo.

—Lo sé —respondió firme y Jianna cerró los ojos. Por mucho que dudara, no cabía duda de que ÉL era alguien cercano a todos.

—Ya está mejor —añadió la joven.

—También lo sé, no fue mi intención. Siento lo que pasó. No esperaba que…

—¿Qué esperabas entonces? —cortó las palabras ella.

—Demostrar que no estaba muerto, que ese miserable al que mataron no era yo —respondió con brusquedad, tanto que la propia Jianna fue consciente de a quién tenía delante.

La joven se giró hacia él.

—Podrías haber dejado que creyeran que eras el otro —le reprochó—. Hubiese salvado tu vida y también hecho más fácil la mía.

—¿Cómo puedo hacer eso? —Su voz sonó débil, lejana. Lo vio bajar la cabeza.

—Dejando de matar —le sugirió con humildad.

ÉL dirigió su mirada hacia la laguna.

—No puedo dejar de hacerlo. —Cerró los ojos tras la máscara—. No lo entiendes. No depende de mí.

Jianna lo observaba de reojo, intentando memorizar cada milímetro que la máscara le dejaba a la vista. Apretó su mano con fuerza.

—Ya no estás solo en la oscuridad —le dijo ella y él abrió los ojos para mirarla.

—No, ahora es aún peor. Ahora te he arrastrado conmigo —notó el reproche en su voz. Un reproche que sabía que él no dejaba de hacerse a sí mismo.

Ella sacudió la cabeza y desvió la mirada hacia el agua. El sonido que hacía al mover la góndola le encantaba. Dejó pasar unos minutos en silencio. El frío estaba desapareciendo, solo el tacto del

guante del Fantasma era suficiente para hacer que su cuerpo tomase temperatura. Se dirigió a él de nuevo.

—Bruno Comminetti cree que eres el conde Gozzi —confesó y volvió a ver los pliegues en sus ojos, sonreía.

—¿Y tú también lo crees? —La joven apartó la mirada.

—A veces. —Se sinceró—. Otras veces creo que puedes ser cualquier otro.

Jianna se inclinó para sentarse en la góndola, sus piernas no podían más. El Fantasma se inclinó junto a ella.

—¿Y ayudarás a Bruno a atraparme? —preguntó y Jianna levantó la cabeza para mirarlo. Sentía el pecho a punto de explotar.

—¿Quién demonios eres que lo sabes todo? ¿Cómo sabes lo que me ha pedido Bruno?

—No veo otra razón para que te cuente sus sospechas —contestó él.

«Cierto. Pero también puedes ser él y yo voy a enloquecer».

—No me has respondido. ¿Lo ayudarás? —insistió con curiosidad.

—No, no puedo traicionar a Gozzi. —Jianna apoyó la frente en sus rodillas.

—¿Por qué no? —Había inclinado su cuerpo hacia ella.

Jianna levantó la cabeza de nuevo. Tenía al Fantasma demasiado cerca, en cuanto entornó los ojos hacia él, él se apartó como había hecho antes.

—¿Por qué no dejas tú de hacer esto? —Se defendió ella—. Seas quien seas, cómo voy a… —Agarró con fuerza su crucifijo y se lo llevó hacia la barbilla.

Jianna comenzó a murmurar una oración con los ojos cerrados. Sentía cómo él le agarraba la capa y la envolvía. Jianna abrió los ojos en cuanto notó la mano de ÉL cerca de la mejilla. Tenía la cara helada y el contacto con calidez de él era más que agradable, dejó caer el peso de su cabeza en la palma de la mano del Fantasma.

—Jianna —le dijo—. Es mejor que no vuelva a verte.

Ella agarró la capa negra del Fantasma.

—No quiero que te alejes de mí. —Fue su respuesta y sonó firme.

—No tengo opciones si quiero mantenerte a salvo. En cuanto descubran algún acercamiento entre nosotros, alguna coincidencia,

irán a por ti. Tus antiguos zapatos no están muy lejos del inquisidor.

Jianna frunció el ceño al oír nombrar sus zapatos. Aquel ser de verdad parecía haber salido del infierno. Era imposible que lo supiese todo.

—Te prometí no dejarte solo, dije que te ayudaría.

—Jianna, después de lo que ocurrió en el Carnaval, ya no hay salvación para mí. Como ves, solo conseguiré arrastrarte conmigo. No puedo permitirlo.

—No digas eso.

—Viste lo que hago con tus propios ojos. Soy lo que soy. No soy diferente a las personas a las que les quito la vida. Soy como ellos.

—No, no lo eres. —Le puso su mano sobre la máscara—. No eres como ellos. Tú te lamentas, te condenas y te torturas por lo que haces. Eso es lo que te hace diferente. Solo yo conozco al verdadero Fantasma de Venecia. Da igual que no me enseñes tu rostro. Conozco tu alma, eso es suficiente para saber que no eres el demonio que todos creen, que tú crees que eres. Me salvaste, iban matarme y me salvaste. Y has matado a personas que, de seguir con vida, continuarían matando y haciendo sufrir a otros. Sí, la otra noche pudieron morir inocentes y fue horrible y… —Apartó la mano de la máscara y desvió su cabeza hacia la laguna—. Y aquello hizo que casi me alejara de ti para siempre. Pero soy consciente de que son muchas más las personas a las que salvas que a las que les quitas la vida. Como hiciste conmigo.

—Elimino el mal con maldad. No tiene justificación.

—Pues deja de hacerlo.

—Te he dicho antes que no puedo. —El Fantasma miró hacia el Canal—. Venecia está llena de demonios.

Jianna le cogió ambas manos.

—Lleves razón tú o la lleve yo estaré contigo hasta el final.

—¿No entiendes que no puedo permitirlo?

La miró de reojo, comprobando cómo Jianna no acababa de temblar de frío. Demasiado tiempo junto al Canal con la humedad de la noche.

—Te llevaré a La Serenissima —le dijo, cubriéndola con su propia capa—. Ha sido una locura por tu parte salir al Canal con esta

humedad.

Jianna sonrió.

—Ha merecido la pena —respondió y dejó caer su cuerpo en ÉL.

—Lucrezia no lo aprobaría —añadió ÉL.

—Imagina lo que diría si supiera que salgo a escondidas a ver a El Fantasma de Venecia.

Los pliegues aparecieron de nuevo en los ojos de ÉL, la curiosidad aumentaba en Jianna a la vez que aumentaban las ráfagas en su interior. Se sentía tan feliz de volver a tenerlo delante. Había tantas cosas que quería decirle que no sabía por dónde comenzar.

—Sueles decirme que estás siempre cerca de mí —comenzó—. Ni siquiera sé realmente el tiempo que paso al día junto a ti, ni cómo sueles tratarme con tu verdadera identidad. Si eres un caballero, un sirviente.

Le agarró la máscara y lo miró a los ojos.

—A veces ni siquiera quiero saber quién eres.

—¿Por temor a decepcionarte? —preguntó ÉL.

—¿Decepcionarme? No, no es eso. Pero… —Le agarró la mano, sentir el calor de él a través de la piel del guante era una sensación que le estaba encantando. Con aquel gesto era capaz de erizarle el vello—, mi miedo es… cómo reaccionaría yo ante ti.

Él le apartó el pelo de la cara. Jianna pegó su cuerpo al de ÉL y el Fantasma la abrazó. La calidez de sus manos no era nada para la temperatura que desprendía su cuerpo. El frío desapareció por completo cuando se hizo hueco, acomodándose en el pecho de él.

—Tarde o temprano acabaré descubriéndote —le dijo—. Algún día te miraré a los ojos cuando no lleves la máscara y sentiré todo esto que estoy sintiendo ahora. Y entonces sabré que eres tú. No importa cuánto quieras confundirme. No hay trucos que eviten este sentimiento.

La góndola se detuvo, Jianna levantó la cabeza, estaban en La Serenissima de nuevo, habían dado la vuelta completa a los edificios a través del agua y ni siquiera había sido consciente. La joven miró al enmascarado. Su imagen cubierta con aquel traje era tan

atrayente que cada vez que lo miraba creía estar en un sueño. Cerró los ojos y lo besó a través de la fría máscara. Él le acarició la cara.

—No puedo volver por aquí. —Su voz sonó firme, sabía que todo se le había ido de las manos.

Jianna se incorporó sin parecer escucharlo y bajó de la góndola. En cuanto tuvo los pies en la calzada, miró hacia el prostíbulo, dándole la espalda al Fantasma.

—Tres días —dijo ella.

—No volveré, Jianna, no puedo arriesgarte —respondió él.

—Si no vuelves, le llevaré tus cartas al inquisidor y le contaré todo.

—Te ahogarán en la laguna. —Le agarró el brazo.

—Exacto. —Se giró hacia él—. Y será por tu culpa.

Jianna le apartó la mano para liberar su brazo.

—Me invitaste a jugar —le dijo al Fantasma—. Y ahora pienso jugar hasta el final.

Se introdujo en el palacio de Lucrezia.

***

—Lucrezia siempre suele explicar a sus cortesanas que, si ponen a los hombres más poderosos a sus pies, tendrían a Venecia en sus manos. Jianna lo siguió al pie de la letra.

Fuera verdad o no lo que me dijo, no podía arriesgarme. No lograrían descubrirme tan solo por las cartas, eso era lo de menos, pero su locura podía llevarla hacia algo terrible.

Si veían un hilo de debilidad en mí respecto a ella, la utilizarían sin ninguna duda para atraparme. No tenía opciones, tenía que seguir viéndola hasta que ella se cansara de mí. Deseé por su bien que eso ocurriera pronto. Aunque mucho me temía que Jianna se había enamorado de mí tanto como yo de ella. Sí, para mí también era difícil pensar que aquello hubiese sucedido. Yo era un hombre sin rostro, sin nombre, casi sin voz. Un enmascarado que la pretendía

desde la oscuridad, desde el infierno. Y a ella no parecía importarle ir al infierno conmigo. La has oído. Piensa jugar hasta el final.

42

No dejaba de mirar la rosa en el florero mientras esperaba la campana que la llamaría hasta la puerta. La flor estaba aún fresca y eso le provocaba tristeza, los días pasaban lentos hasta que la rosa se oscurecía y comenzaba a marchitarse. Cuando esto ocurría, significaba que el Fantasma estaba cerca.

Esa noche había elegido un vestido amarillo con bordes de encaje, el amarillo no era el color que mejor le sentaba, pero era una tela que Gianlucca le había traído como regalo y debía de utilizarla.

Sonó la campana y se colocó nerviosa en la fila. Esa noche estaba decidida a hablar con Gozzi y ver si había algún parecido entre el Fantasma y él. No lo hacía por Bruno, lo hacía por ella misma. Hubiese sido más fácil si cuando le confesó las sospechas de Bruno ÉL lo hubiese negado, pero no quiso hacerlo y consiguió que perdurase el misterio. Así que solo quedaba descubrirlo a través del propio Gozzi.

Bajó junto a sus compañeras de profesión al salón y buscó entre los asistentes al novelista. Había más hombres que de costumbre, el Carnaval atraía a muchos visitantes a los lujosos burdeles y La Serenissima era una leyenda.

Francesco bebía con varios hombres y ella se acercó a él.

—¿Has visto al conde Gozzi? —le susurró.

—Sí —le respondió—, estaba por aquí hace un momento, quizás esté en el jardín.

—¿Con este frío? —se extrañó ella.

Francesco se encogió de hombros.

Salió a prisa al jardín, evitando miradas y llamadas de atención de hombres que se le acercaban. No reparó en ninguno, estaba muy segura de su misión aquella noche. Salió al jardín y oyó risas de hombres. Giró su cabeza hacia ellas, Gozzi conversaba con Lucio Cavalli.

Se acercó a ellos con la mirada fija en el escritor, buscando en su cabeza la manera de apartar al conde Cavalli y quedarse a solas con Carlo, de otra forma perdería el tiempo.

—¿No tienes frío aquí? —preguntó el conde Cavalli y Jianna entendió que a la que quería apartar de la reunión era a ella. Algo se le removió por dentro y a punto estuvo de dar una respuesta grosera, pero mantuvo una falsa sonrisa. Lucrezia la mataría si ofendía a Cavalli y a la fortuna que solía dejar en el salón de juegos.

—No —respondió—. Nada de frío.

Los hombres guardaron silencio, lo que fuera de lo que estuvieran hablando y la razón por la que reían no iba a continuar en su presencia. Se sintió estúpida, estaba tan acostumbrada a que los hombres reclamaran su atención, que no sabía qué hacer. Así que decidió comenzar ella.

—Ahora que Goldoni ha muerto, ¿qué pasará con tus obras? —preguntó a Carlo Gozzi.

En cuanto pronunció la pregunta, se arrepintió. Había sido demasiado directa y encima con Cavalli delante.

—No pasará nada —respondió él colocando su copa sobre una columna baja en la que normalmente reposaba una maceta—. Todos pensáis que me beneficia su muerte, pero los contratos ya están firmados y sus obras no han muerto con él. Al contrario, han aumentado sus ventas.

Lucio la miraba a ella y miraba a Gozzi, abrió la boca para decir algo y por su sonrisa Jianna dedujo que sería uno de sus comentarios irónicos.

—¿Ha vuelto a matar? —preguntó Jianna sin perder de vista los ojos de Gozzi, lo que hizo que Lucio cerrase la boca.

—Hoy, al parecer, no —respondió el escritor—. Pero la noche es larga.

El conde quedó pensativo, solía hacerlo a menudo. Jianna le dejaba siempre esos momentos de silencio, pues pensaba que una mente soñadora, como la que debería de tener un escritor, necesitaba sus escapes de la realidad. Ella, sin ser así, también los necesitaba a veces.

***

Ella

No paro de mirar a Carlo Gozzi y no sé cómo decirle con amabilidad a Cavalli que nos deje solos. Sé que sabe que quiero que se vaya, pero no piensa irse. Lo mismo Lucio es ÉL y le divierte ver cómo inspecciono a Gozzi. Sería una posibilidad más de tantas que tengo dentro de mi cabeza.

Gozzi sigue dialogando con su interior y aprovecho para acercarme a Lucio.

—¿Has subido a ver a Flavia? —le susurro. Quiero que se vaya cuanto antes.

—Aún no —me responde.

—Pues ve —le digo y mi tono suena más a orden que a petición, sonríe. Es evidente que quiero echarlo, tan evidente que parece hacerle reír.

Entonces me detengo en el rabillo de sus ojos buscando los pliegues que vi en mi Fantasma, el único rasgo que pude ver tras su máscara. Lucio los tiene y además me recuerdan terriblemente a los de mi enmascarado, tanto que hasta he sentido esa ligereza en el pecho que me produce ÉL. Pero es imposible poder reconocerlo por eso, la mayoría de personas los tienen cuando sonríen. Tan solo recordar mi paseo nocturno en góndola junto a él hace que vuelvan las ráfagas con fuerza a mi estómago. Tengo que encontrarlo como sea.

Estoy a punto de pedirle con más claridad, y más brusquedad, que se vaya, pero no hace falta. Al fin se ha dado cuenta de que está estorbando.

—Está bien —dice y levanta las manos en señal de rendición—. Iré a ver a Flavia. Si llega Marco le dices que estoy arriba.

Asiento y lo observo hasta que traspasa el umbral de la puerta que lleva al salón. Ahora estoy sola con Gozzi y me estoy empezando a poner nerviosa.

—Jianna —me dice Gozzi—. A pesar de lo que pienses, no me beneficia la muerte de Goldoni.

—Me hago una idea —le respondo y parece saber la razón por la que lo digo. Eso es lo que me gusta de Carlo y por lo que pienso que el Fantasma puede ser él más que ningún otro. Con ambos me hacen falta pocas palabras para que me entiendan. Con el resto de hombres tengo que andar con explicaciones de qué y por qué pienso. Ellos no, ellos parecen tener alguna conexión con el interior de mi cabeza. Quizás sea por su extrema sensibilidad, esa que tanto me gusta en ellos, que hace que sean intuitivos conmigo.

—¿Tú también piensas que soy yo? —La pregunta me sorprende y no lo oculto. Entonces levanto los ojos y miro hacia los suyos con interés. Sí, tiene cejas oscuras y ojos marrones como los de ÉL. Su altura es similar. Pero no sé qué responderle. Ahora no estoy segura de nada. ¿Me preguntaría el verdadero Fantasma si pienso que es ÉL? Siento que no lo conozco lo suficiente para saberlo. Tan solo lo he visto dos veces en persona y con Gozzi siento nerviosismo, pero no son las ráfagas de viento interno que siento con mi Fantasma.

—No lo sé —le respondo. No tendría que haber sido sincera, me mira sorprendido.

—¿Y aun así no te importa estar a solas conmigo? —me pregunta y yo sonrío, sintiendo una punzada en el pecho. La luz se apaga. No es él.

Si ÉL fuera Gozzi la mitad que no conozco del Fantasma de Venecia estaría completa y el resultado sería más que satisfactorio. Pero no es él.

—¿Si fueras él tendría que tenerlo? —le digo. El pulso regresa a su ritmo normal poco a poco.

—No —me responde y vuelvo a sonreír.

Claro que no es ÉL, aunque me encantaría. El Fantasma de Venecia sabe que no me importa estar a solas con ÉL. Yo misma salgo de madrugada a buscarlo.

—La gente murmura a mi alrededor —me dice—. Piensan que soy yo.

Le pongo la mano en el hombro y le aprieto.

—Discutí con los padres de Rosaura porque se oponían al matrimonio y al poco tiempo ese demonio los mató. Ahora Goldoni. Tengo a Bruno Comminetti tras mis pasos.

—Piensa que él seguirá matando y tú demostrarás que eres inocente.

Me mira serio, sus ojos realmente podrían recordarme a los de ÉL. Pero falta algo más, la seguridad arrolladora de mi demonio no la veo en Gozzi. Si el Fantasma se viera perseguido no se lamentaría, no mostraría la ofensa que está mostrando el conde. No es ÉL. No lo es. Bruno se equivoca y tengo que hacérselo ver de alguna manera. Aunque voy a tener difícil el convencerlo sin delatarme.

43

Lucrezia entró en la habitación de Jianna y abrió las puertas del balcón.

—Vamos, dormilona. Tenemos que hablar de algunos asuntos. —La despertó.

Jianna tenía los ojos entornados, la luz del sol la cegaba y apenas podía ver a la *madre* de las cortesanas.

Lucrezia se sentó sobre la cama.

—¿Cuántos cristales te quedan? —le preguntó.

—Dos —respondió Jianna.

—El estúpido de Francesco nos dio pocas opciones, solo cinco, ¿en qué estaría pensando ese enano?

Jianna alzó las cejas ante las palabras de Lucrezia.

—Pensaría que si fueran más perderían valor —lo defendió la joven.

—Sí, claro, también —Lucrezia hizo un ademán con la mano—. Tienes que darle uno a Marco —le dijo—. Si es el grande, mejor.

Jianna guiñó ambos ojos, aún no había acabado de despertarse del todo y las palabras de Lucrezia le estaban sorprendiendo. Nunca se contempló a Marco en su lista de clientes.

—Lleva unos días sin venir por aquí. Al parecer ha discutido con el dux y… bueno, que tenemos que recuperarlo como sea.

—Para eso están las otras, sus asiduas. No yo. —Jianna bostezó y se restregó los ojos. Buscó con la mirada su orinal y corrió hacia él. Tras unos días su pierna se había recuperado por completo.

—No sirven. Tú tienes que atraerlo hasta aquí y el cristal es una buena opción. Si los de La Odissea se nos adelantan lo perderemos a él, al dux, que siempre anda vigilándolo, a Lucio, que es su mejor amigo, y a todos los del Consejo. Me niego a perder a mis mejores clientes. Eso sin contar con que te invitarán a la fiesta que el dux dará en honor al rey de Francia. — Se giró hacia Jianna, que aún estaba en el orinal—. A él deberías de darle el otro cristal —le dijo.

—¿Al dux? —Jianna no parecía ponerle mucha atención, miraba entre sus piernas el fondo del orinal.

—¡Al rey! —le gritó Lucrezia—. ¿Estás dormida, niña? ¿Me estás escuchando?

Jianna metió la mano en el orinal y la levantó llena de sangre. Lucrezia enseguida se dirigió al armario para coger paños.

Jianna se tumbó en la cama algo nerviosa sin dejar de mirar lo que había dejado en el interior del orinal. Otra vez recordaba haber expulsado algo pastoso recubierto de sangre, pero esta vez era abundante, desagradable y tan solo el pensarlo la hacía marearse. Suspiró. Otra parte más, oscura y desagradable, de aquel modo de vida.

Lucrezia le abrió las piernas.

—No es nada, a mí me pasó centenares de veces.

Jianna miraba al techo mientras la propia Lucrezia mojaba el trapo en la palangana y la limpiaba. Era un trabajo que solía hacer Dita cuando a alguna le pasaba algo similar. Había visto a Dita hasta introducir dentro de algunas de *sus hermanas* un artilugio con alambres para comprobar que no quedaba nada más dentro. Un resto de aquel mal podría producir la muerte en pocos días. Sus compañeras decían que era doloroso y desagradable, y que la molestia duraba días en los que tenían que continuar trabajando y disimulando su dolor.

—Ya está —dijo—. Dita te mirará luego. Ponte paños secos.

Lucrezia se dirigió hacia la puerta.

—Anoche le dije a Lucio que trajera hoy a Marco, que tenías que hablar con él. —Jianna se sobresaltó—. Así que esta noche se lo darás.

Salió de la habitación, pero se acordó de algo y volvió a entrar.

—Una cosa más —añadió—. Han prendido a Carlo Gozzi.

Jianna se levantó de la cama con rapidez.

—No puede ser. —Corrió hacia su armario y cogió un vestido—. Es un error, no es él.

—¿Y tú cómo lo sabes? Bruno Comminetti está completamente seguro.

—Bruno se equivoca. —Buscaba sus zapatos bajo la cama.

—¿Y tú dónde piensas ir? —le increpó Lucrezia—. No puedes salir ahora, tiene que verte Dita.

Jianna se puso en pie con los zapatos en la mano.

—No puedo dejar que lo juzguen. No es él.

—A ti eso no debe importarte. Eso es cosa de ellos, tú solo eres una prostituta.

Jianna sonrió.

—Y él es mi cliente —respondió la joven—. Deja que le lleve a Bruno las fechas en las que Carlo estuvo conmigo y si el Fantasma mató una de esas noches, lo soltarán.

—¿Pasear los libros de cuentas de La Serenissima? ¡No pienso hacerlo!

—Entonces le diré a Bruno que venga a verlos.

—Ni hablar, menos aún quiero ver a un Comminetti meter las narices en mis asuntos —respondió Lucrezia. Miró a Jianna a los ojos —. Pero si quieres ayudarlo te daré el tuyo, y allá tú con las consecuencias.

Jianna se sintió satisfecha con la respuesta de Lucrezia.

—Pero no te lo daré hasta que no dejes que Dita te limpie —le dijo—. Puedes enfermar.

Ambas bajaron por las escaleras.

44

Lucrezia le había permitido salir, pero había tenido que peinarse y vestirse bien. El artilugio de Dita le había provocado tanto dolor por dentro que hasta el caminar la lastimaba. Llevaba en su mano el libro de cuentas que Lucrezia le había dado. En él estaban las fechas y los cobros de cada cliente desde que empezara a prostituirse en La Serenissima. Tenía que intentarlo, si las fechas de las muertes y sus noches con Carlo coincidían, podría salvar a un inocente de ser ahogado en la laguna.

Paolo la llevaba en la góndola, no en la grande, en una más pequeña y no tan lujosa. Había cientos de góndolas paseando aquella mañana. Los días de Carnaval toda Venecia salía desde temprano con sus disfraces y máscaras a divertirse en la continua fiesta que eran las calles. Paolo detuvo la góndola y entre algunos hombres apartaron otras vacías para que Jianna pudiera acceder a tierra.

—Espera aquí —le pidió a Paolo.

El joven asintió. Cada vez hablaba menos con Jianna, ya ni siquiera le respondía, solo movía la cabeza.

Jianna miró al frente, tenía que atravesar toda la plaza hasta llegar al palacio en el que se encontraba el despacho de los inquisidores. Los *casotto* estaban repletos de gente haciendo cola. Tenían grandes carteles con dibujos espectaculares y colores llamativos. Pero ella no tenía tiempo de verlos. Anduvo entre la gente hasta llegar al palacio. Esperaba no tener que esperar mucho tiempo hasta que algún Comminetti la recibiera o el pobre Paolo desfallecería en medio de la laguna.

***

Ella

He perdido la cuenta de cuántas veces y a cuántas personas diferentes he tenido que darles mi nombre. Al fin me han traído a un despacho y me han pedido que espere. Según me han dicho es el despacho de Bruno.

He dejado el libro sobre la mesa entre papeles desordenados. Bruno no parece muy organizado en su trabajo, o de verdad el Fantasma lo está volviendo loco. Tras el sillón de Bruno hay una estantería con gruesos libros y distintas espadas a modo de decoración, un gusto por las armas muy extendido entre los hombres. Hay varios dibujos sobre la mesa de personas ahorcadas. Este hombre debe de estar obsesionado con él.

La puerta se abre y Bruno entra sonriente. Me resulta extraño verlo en este ambiente tan serio, ni siquiera parece tan joven como en las fiestas nocturnas, pero supongo que todo es parte del papel que representa en un lugar u otro, y me gusta el que representa aquí. Hoy he comprendido parte de las palabras de Lucrezia cuando me dice que tener el favor de alguien con poder es un privilegio. Porque en cuanto Bruno ha sido avisado de mi presencia, las personas que estaban tratando conmigo se han vuelto más que amables. Ser la cortesana más famosa de Venecia tiene sus ventajas.

—Señorita Jianna D'Angelo, una sorpresa verte por aquí —me dice.

Le sonrío. Me alegra que Lucrezia no me haya permitido venir sin arreglar como en un principio fue mi intención. Es parte de la ventaja que disponemos las profesionales del arte de la seducción, un trabajo en el que Lucrezia no deja de poner empeño. Va mucho más allá que dar placer a los hombres y hace que influir sobre ellos sea tremendamente fácil. Bruno me sonríe también.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que contarme? ¿Es sobre el conde? —me pregunta mientras se sienta en su sillón frente a mí.

—Me gustaría que compruebes si es o no el verdadero Fantasma de Venecia —le digo acercándole el libro y lo giro para que pueda leerlo.

Bruno frunce el ceño.

—Es mi libro de cuentas, con la fecha en la que cobré de cada cliente —le explico—. Puedes compararlo con las fechas de los crímenes del Fantasma. Si Carlo es él, no pueden coincidir. Alguien no puede matar en la calle si está en La Serenissima.

Bruno me mira con una expresión entre alegría y desilusión.

—Es… —dice—, muy buena idea.

Sonríe, se levanta y se dirige hacia un armario. Lo abre.

—Lucrezia tiene una digna sucesora —añade y mis ojos se posan en un par de zapatos rotos y gastados que reconozco. Bruno saca un libro de pastas parecidas al que traigo de mis cuentas y cierra el armario. Bajo la cabeza, ver esos zapatos me ha puesto tan nerviosa que se me ha quedado una punzada en el pecho.

Se sienta de nuevo y comienza a leer. Tiene un dedo índice en cada libro, está descubriendo a cada cliente que ha estado conmigo cada noche, pero me da lo mismo, él los conoce a todos y en alguna de esas hojas está también él mismo. Se ha visto ya, se ha demorado un instante. Dos líneas más abajo se detiene al fin. Hasta del revés puedo leer su nombre: conde Carlo Gozzi.

Apunta algo en otro papel y sigue comprobando. Vuelve a detenerse en otra fecha, vuelve a apuntar y pasa de página. Miro hacia la ventana. No es él. Suspiro. No me equivocaba, algo me decía anoche que no era él y no me equivocaba.

Bruno sigue anotando fechas, vuelve a pasar la página y el papel amarillento sin estrenar aparece ante él, mis clientes se acaban. Cierra el libro y sonríe.

—Muy bien —dice acercándome el libro—. Según esto, vuelvo a equivocarme.

Sonrío satisfecha, mientras él coloca la mano en su sien. Ambos continuamos con la incógnita de su verdadera identidad.

—Tengo que hablar con el Consejo de nuevo —continúa—. No pueden volver a sentenciar por equivocación.

Asiento con la cabeza.

—¿Necesitarás esto? —le pregunto cogiendo la libreta.

Niega con la cabeza.

—Con mi palabra tendrán suficiente, si lo necesito iré a por él.

Me levanto.

—Tengo que marcharme —le digo y se levanta también por cortesía.

Me conduce hasta la salida del palacio y su intención es acompañarme hasta la góndola.

—Puedo ir sola, no te preocupes —le digo.

—Estoy muy agradecido por tu ayuda, el Consejo sabrá de tu colaboración —me responde.

Me importa poco que lo sepa o no el Consejo. Yo ya he conseguido probar que Gozzi no es mi Fantasma y me doy por satisfecha. Me alejo de Bruno y vuelvo a la plaza, donde recibo empujones de gente que baila.

Me detengo ante uno de los *casotto*. La fila de personas para entrar es enorme. Me acerco a la puerta a ver si se puede curiosear algo desde donde estoy, una idea que también ha tenido mucha gente, porque recibo más empujones y pisadas en los pies. Hay una cortina, no se ve nada.

Me vuelvo para irme, pero me fijo que en el centro de la plaza comienza a construirse una torre humana, ya van por la cuarta planta. De niña me llamaba mucho la atención cómo las personas de abajo podían soportar tanto peso sobre sus piernas. Me empujan y vuelven a empujarme y cada vez me acerco más a la torre de personas, que unas sobre otras van subiendo en altura. Un número peligroso, alguna vez se han caído sobre la multitud y han provocado daños.

Me acuerdo de Paolo esperando en el Canal, Lucrezia tiene que estar también preocupada, es tarde. Me giro para marcharme.

Entre los *casotto* y los diferentes disfraces veo una capa negra, un sombrero triangular y una máscara blanca. Mi interior da un sobresalto, pero el disfraz de *maschera nobile* es muy popular y cualquiera puede llevarlo. A plena luz del día no impone tanto como por la noche en medio de la laguna.

Avanzo con rapidez y paso cerca de él, miro de reojo y me detengo. No deja de mirarme. No lleva ninguna rosa, pero eso no importa, enseguida presto atención a sus ojos. ¿Cómo es posible que no pueda reconocerlo entre los que me rodean y, sin embargo,

sea inconfundible para mí tras su máscara? Es ÉL. La profundidad de su mirada es capaz de atravesar mi pecho y hacerlo vibrar. Puedo notar cómo mis latidos se aceleran, ningún veneciano me hace sentir esto salvo ÉL.

ÉL, el verdadero Fantasma, se acerca a mí. Bajo la cabeza, estoy tan nerviosa que temo mirarlo, me rodea y se coloca frente a mí. Lo miro al fin y *eso* en mi estómago se vuelve tan intenso como dos noches atrás en la laguna.

—Estás loco —le digo. Pero me alegra que su locura le haga exponerse una y otra vez porque es de la única forma que me permite verlo.

Veo los pliegues en sus ojos, sonríe. Alzo mi libro de cuentas.

—No eras tú —le confirmo y vuelve a sonreír.

—Gozzi estará muy agradecido contigo —me dice.

—Estoy aprendiendo a reconocerte —le respondo entornando los ojos hacia los suyos.

Quedo inmóvil mientras él inclina su cuerpo hacia mí y se acerca a mi oído para que pueda escuchar lo que dice en medio del alboroto.

—Pues no lo hagas. —Me encanta su voz a pesar de que la máscara hace algo de eco.

Pero esta vez he escuchado su voz un poco más clara que otras veces, la máscara tiene una parte levantada en la barbilla y es tan grave, suave y seductora que mi cuerpo empieza a temblar y, por un momento, pierdo el equilibrio. ¿Qué poder ejerce este ser sobre mí?

Me sujeta, ha notado que mi cuerpo bascula. Me está tocando y eso hace que mi equilibrio se disipe. Resbala las manos sobre mis brazos hasta llegar a mis manos. Tira de mí para que lo siga. Nos acercamos despacio hacia los *casotto*.

—¿Te gustaría entrar? —me pregunta y lo miro sorprendida.

Tengo que estar en algún tipo de sueño, porque pasear con el Fantasma por el Carnaval de Venecia no es algo que ni siquiera alcanzara a imaginar. Pasamos entre el bullicio. Nadie de los tantos que nos empujan sabe que rozan el hombro del Fantasma de Venecia, pero yo sí lo sé. Ir tras ÉL entre la multitud se me hace extremadamente excitante. Una sensación que me avergüenza

admitir. Iré al infierno por todo esto, dónde si no iría a parar mi alma.

***

—Pasear como el Fantasma de Venecia junto a Jianna, a la luz del día, entre *casotto*, música y bailes, es magia que solo puede conseguir el Carnaval veneciano. Fue un toque de normalidad a nuestros encuentros nocturnos, quizás el único.

Los sorprendentes números y atracciones desviaron su curiosidad de mí, y eso me permitió disfrutar más de su compañía. Siempre fue muy complicado para mí estar cerca de ella, tanto como Fantasma como con mi verdadera identidad, ya que cualquier error en mi conducta podía hacer que me reconociera finalmente.

No voy a engañarte, los ojos de Jianna cuando miraban al Fantasma de Venecia no eran los mismos ojos que me miraban a mí cuando no llevaba la máscara. Siempre pensé que mi verdadera identidad no le atraía en absoluto.

Sin duda, aquel fue uno de los días más agradables que pasé junto a ella.

***

Ella

Sé que llega la hora de despedirnos. Hasta los violines que suenen ahora parecen saberlo y tocan algo que suena a un último encuentro. No puedo creer lo que acabo de vivir junto a él. Por unas horas he dejado de ser la prostituta que soy y he sido tan solo una mujer. Ahora tengo que volver a mi mundo y él al suyo, cualquiera que sea. Me invade una gran tristeza cada vez que tengo que

despedirme de él aunque me suela recordar que no anda lejos de mí.

La góndola está vacía, no sé el tiempo que llevo perdida entre los infiernos del diablo. Es tarde, me he entretenido demasiado y Paolo no está.

Es curioso, por momentos me he olvidado de quién me acompañaba entre las atracciones y todo parecía normal. Ahora que me estoy acostumbrando a su presencia, con y sin personas alrededor, me está encantando.

Veo a Paolo al fin.

—¿Dónde estabas? —le reprocho.

—Buscándote —me responde, está enfadado y me sorprendo por su forma de hablarme.

—Te dije que me esperaras aquí —le contesto.

—Pero estabas tardando demasiado. Demasiado —repite.

—Me han hecho esperar a Comminetti. —No se me ocurre otra cosa que decirle.

—Hace ya bastante que fui a preguntar —responde él—, y ya te habías marchado.

Me deja sin excusas, pero no pienso avergonzarme ante él. Me subo a la góndola sin mirarlo.

—Todo lo deprisa que puedas —le ordeno—. Lucrezia debe estar preocupada.

No tengo por qué darle explicaciones a Paolo y no me gusta su manera de hablarme. Dudo si le contará a Lucrezia que no podía encontrarme. Ya me inventaré qué decirle.

Vuelve a evitar mi mirada y no habla, mejor así que estar todo el paseo discutiendo. Nos cruzamos con muchas otras góndolas con personas disfrazadas, ni siquiera me detengo a mirarlas. Mi mente no deja de divagar por mi paseo con ÉL a la luz del día. Casi no logro conseguir diferenciar si ha sido realidad o uno de tantos sueños que tengo. La góndola parece flotar en el aire. Me duele el estómago, en cuanto llegue iré a ver a Dita, no me encuentro bien, no es como las otras veces, ese artilugio me ha dejado un dolor que

no se quita. Noto que vuelvo a sangrar, Lucrezia tendrá que prescindir de mis servicios íntimos con clientes unos días si Dita no consigue parar esto. Sé que es algo frecuente para las que se dedican a lo mismo que yo. Una de tantas partes oscuras y tristes de mi vida como cortesana.

Me está entrando frío, sé que a Úrsula le pasó esto no hace mucho. Enfermó unos días hasta que Dita la limpió por completo. Pero es un mal momento para que me pase a mí. Esta noche me espera Marco y Lucrezia me ha dejado claro lo que quiere que haga. Con fiebre o no, tendré que actuar hoy.

45

Ella

Dita me ha raspado por dentro tan fuerte que me ha dejado todavía más dolor del que tenía. La campana ha sonado ya y ni siquiera he podido levantarme de la silla. No tengo buen aspecto, el color verde de este vestido tiene casi el mismo tono que la piel de mi cara hoy.

Me duele la barriga y tengo fiebre, las hierbas de Dita esta vez no han sido eficaces. Lucrezia insiste en que aún en este estado debo trabajar. Va a ser muy difícil.

He logrado llegar hasta la cocina con gran esfuerzo, voy a entrar por la puerta de abajo, no podría bajar tantas escaleras. Voy a intentar llegar hasta uno de los sillones y no moverme de allí en toda la noche.

Bruno está en el salón, es el primero que veo. Se acerca enseguida a mí.

—El Consejo ha dejado libre al conde Gozzi —me anuncia.

Le sonrío.

—Te está muy agradecido —me aclara y asiento—. Y yo también.

No puedo pararme a hablar de pie. Me agarro a Bruno y lo empujo para que me ayude a sentarme en un sillón. Enseguida varios caballeros lo acaparan para que les cuente las últimas noticias sobre el Fantasma.

Llevo el cristal en una bolsa de terciopelo negra. Bajo la tela en la que estaban los cristales en la caja, había un hueco en el que había cinco bolsas. Ya solo queda una.

Recorro el salón con la mirada buscando a Marco. Puedo ver a Lucio, habla con Giovanna, Marco no debe de andar lejos de él, pero sentada no puedo verlo.

Intento incorporarme, no sé bien lo que me pasa, pero no tengo fuerzas para nada. Sonrío a los caballeros que me miran, mientras

camino lo más recta que me permite el dolor entre las piernas. Me quema, me escuece, me impide andar.

Logro llegar hasta Lucio, pero Úrsula se interpone entre él y yo, como si yo hoy estuviese para disputas por ningún cliente. Estoy convencida de que habrá disputa entre Giovanna y ella, las veo hasta empujarse. Mientras que ellas se lanzan miradas de ira, consigo alcanzar el brazo del conde y tiro de él. Me mira.

—¿Dónde está Marco? —pregunto.

—No tienes buen aspecto, ¿te encuentras bien? —dice. Me observa el cuello y el pecho, quizás atento a mi respiración alterada.

Es evidente que no me encuentro bien, pero si me retiro sin ver a Marco Lucrezia me matará. No puedo decírselo, así que insisto.

—¿Ha venido hoy? —Deseo que diga que no para poder retirarme a mi dormitorio.

—Claro que ha venido. Estaba aquí ahora mismo.

Recorro el salón con la mirada y veo a Lucrezia, que no deja de observarme. Me encuentro cada vez peor, caeré al suelo de un momento a otro. De hecho, caería ahora mismo si no estuviese agarrada a Lucio.

—Espera aquí, voy a buscarlo —asiento. No sabe el favor que me hace.

Se va y me apoyo en la pared, oigo una voz que dice mi nombre, una voz grave y tranquila. Me pareció la voz de Francesco, pero es Giacomo. No es de los clientes de La Serenissima que más me fascinan, a pesar de su siempre impecable aspecto y su fama de conquistador. Lo miro, hoy lleva peluca blanca, no creo que haya nadie en Venecia que lleve la peluca con más elegancia que él.

Me coge la mano.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta y giro la cabeza hacia la pared por temor a vomitarle encima. Debo de ser una puta penosa hoy—. Es evidente que no.

Se aleja de mí, coge un sillón y lo coloca a mi lado, lo que llama la atención de todos.

—Estoy bien —le digo—. No hace falta.

Me pone la mano en la mejilla.

—Estás ardiendo, Jianna —me dice con cortesía—. Apenas puedes tenerte en pie.

Lleva razón. Me siento y se arrodilla ante mí. Giacomo es atento y tiene esa mirada profunda de los hombres seductores, la mirada que tiene el Fantasma. Pero no, mi mareo hoy no me permite ver más allá y lo último que necesito es comenzar a pensar en ÉL. Lucrezia se sitúa a su lado. Me mira apenada. Espero que me diga que suba a mi habitación, pero solo me observa.

—No es nada —dice a Casanova—. No le ha sentado bien la cena, solo es eso.

Ella sabe que no es eso, sabe muy bien lo que me pasa, otras han muerto por esto que me está pasando. Casanova tampoco cree que sea eso.

—Está ardiendo, Lucrezia —le dice—. No debe de estar aquí.

—Te repito que no es nada, se encuentra indispuesta —le responde—. De todos modos, ella no está libre hoy. —Se incorpora —. Elige a otra —sonríe—. Todas estarán encantadas de atenderte.

Casanova mueve la mandíbula, está a punto de decir algo, pero no lo hace. Lucrezia se acerca a mí y me susurra al oído.

—No me falles hoy —me dice—. Ha costado mucho trabajo que Marco venga. Hoy no.

La miro casi desfallecida, pero logro sonreír.

Quedo a solas con Casanova de nuevo.

—Mira, tienes a Erika allí —le digo.

Es raro ver a Erika lejos de Marco, pero Lucrezia hoy le ha prohibido acercarse a él. Me arrimo a Casanova.

—Está hablando con Helio Corzi —añado—. Pero no le gusta nada. Le encantará que la acompañes.

Giacomo me sonríe. Marco acaba de llegar, Giacomo lo mira, ambos se dan la mano.

—Te dejo en compañía —me dice Giacomo y se levanta.

Se acerca a Marco antes de marcharse y le susurra algo al oído, oigo a Marco responderle. Le ha dicho que me encuentro mal, parece ser muy evidente para todos, excepto para Lucrezia. Además, ha dicho que no tengo la noche libre, ¿espera de verdad que la pase con Marco? No puedo.

Marco se sienta en el brazo del sillón.

—Lucrezia dice que hay algo que querías hablar conmigo —me dice.

Tenía pensado hacerlo en un lugar con menos ojos observando, por ejemplo, el jardín. Pero no soy capaz de dar un paso.

—Tenía ganas de verte. —Trato de actuar, pero no sé si lo estoy haciendo bien—. ¿Por qué no vienes por aquí?

Apoyo mi cabeza en el sillón.

—He tenido problemas. —Me acaricia la cara.

—¿Tu padre? —pregunto y asiente.

—Siempre quiere que haga las cosas a su manera —añade.

Pestañeo despacio, comienzo a ver todo con demasiada luz y me marea.

—Es muy difícil a veces seguir sus órdenes —continúa.

—A lo mejor piensa que eres demasiado joven para decidir. —No estoy para que se desahogue conmigo, pero no puedo hacer otra cosa que ser amable.

—¿Demasiado joven? Tengo ya veintidós años y me trata como a un imbécil.

—No lo eres —le digo—. Quizás él tiene una idea distinta. Te ve joven, aficionado a fiestas y burdeles. Muéstrale lo que no ve.

—El problema es que me estoy hartando de ser el hijo perfecto. —Se queda pensativo.

No puedo pronunciar palabra. Lo miro, su cara es la única imagen que puedo ver clara entre siluetas difuminadas que se mueven.

Marco tiene el pelo ondulado, que suele recoger en una cola; a diferencia de Giacomo, lleva la raya a un lado y su flequillo a veces cae sobre la frente. La parte más llamativa de Marco es su barbilla afilada, el color anaranjado de sus labios y, cómo no, una dentadura clara con dientes alineados. He conocido a pocos hombres con los dientes así.

—Jianna, no estás bien. —Entorna los ojos hacia mí—. Voy a decirle a Lucrezia que te acompañaré hasta tu dormitorio.

Niego con la cabeza, me levanto del sillón con tanta rapidez que casi me caigo de boca.

—Estoy bien. —Apoyo mi cabeza en su hombro, de otro modo caería al suelo. El gesto parece gustarle, aunque no sé si entiende el motivo de por qué lo hago. Me agarro a su cintura, voy a caerme de un instante a otro. No recuerdo un momento de mi vida en el que me haya encontrado peor. Le cojo la mano que le queda libre, tengo todo el peso de mi cuerpo apoyado en él, creo que ahora sabe que no es por afecto, sino por necesidad.

—Vamos arriba ahora. —Su voz suena a orden y vuelvo a negar—. Luego hablaré con Lucrezia.

—Espera —le digo. Hago el esfuerzo de separar mi cuerpo del suyo y me mantengo erguida.

Extiendo la mano con la palma abierta hacia arriba.

—Quería darte esto —añado. Si no lo hago Lucrezia me mata.

Marco sonríe y ya casi no puedo ver el resto de su cara, solo su sonrisa no se emborrona ante mis ojos. Todo se oscurece.

***

Marco logró sostener su cuerpo y evitar que cayera al suelo. Se oyeron murmullos y todas las conversaciones se detuvieron. El hijo del dux la cogió en brazos.

—¿Qué ha ocurrido? —Se acercó a ellos rápidamente Lucrezia.

Giacomo se colocó junto a Marco.

—Algo que se auguraba, no sé cómo no se ha desmayado antes. —Casanova alzó las cejas.

Paolo enseguida se colocó frente a Marco para coger el cuerpo de Jianna, pero Lucrezia lo apartó.

—Retírate, Paolo —le ordenó—. Marco la llevará hasta su dormitorio.

Los asistentes le abrieron paso hasta las escaleras y Marco subió por ellas con Jianna desfallecida. Lucio corrió tras ellos y Lucrezia los siguió.

El dormitorio de Jianna era el último del pasillo de la derecha. La puerta estaba abierta. Marco dejó con cuidado a Jianna sobre la

cama.

Lucio se abrió paso tras Marco, desabotonó la parte delantera de su vestido y puso su mano sobre la frente de la joven.

—¿Desde cuándo está así? —preguntó.

—Desde mediodía creo, estuvo toda la mañana fuera y llegó indispuesta —respondió la mujer.

—¿Y por qué ha bajado en este estado? —preguntó Marco.

—Sabía que ibas a venir e insistió en bajar —respondió Lucrezia con rapidez.

Marco se puso en pie. Lucio no hablaba.

—¿Qué es lo que le pasa? —preguntó Marco a su amigo.

—Lucrezia —la llamó Lucio para que fuera ella la que respondiera.

—No es nada que desconozca —dijo la mujer—. Por desgracia, pasa más de lo que queremos.

—¿Y por qué no has llamado a un médico? —le reprochó Lucio—. ¿A cuántas de las tuyas has visto morir por esto?

Lucrezia miró hacia un lado.

—A demasiadas.

Lucio se incorporó y se dirigió hacia la puerta.

—Tiene que verla un médico. —Lucio abrió aún más el vestido de Jianna.

El pecho de la joven subía y bajaba con cada respiración.

—Y pronto —añadió.

—Jianna no va a morir —replicó la mujer—. Ella es fuerte.

—Espero que sea así —añadió Marco y se dirigió hacia la puerta.

—Espera, Marco —lo llamó Lucrezia—. Esto se cayó en el salón.

Le tendió la bolsa de terciopelo negro.

—No —respondió el joven—. Cuando ella despierte.

Lucio siguió a Marco hasta el pasillo, se detuvo ante Lucrezia.

—¿Sabes a quién acudir? —preguntó el conde y la mujer bajó los ojos, asintiendo. Ahora sí reflejaba el temor por su pupila.

Lucio no añadió nada más. Lucrezia los observó salir, luego dirigió sus ojos hacia Jianna, estaba más pálida aún que cuando llegó a La Serenissima. Sabía que había sido demasiado dura con ella. Rezó para que viviera.

46

Ella

El médico acaba de irse. Le ha dejado a Lucrezia una botella con alguna medicación que si no tomo moriré. Tengo frío, aunque esté tapada con mantas tengo muchísimo frío. Entre el incidente de la pierna y esto, de lo que según el médico tardaré quince o veinte días en recuperarme, voy a perder la mayor parte de los clientes del Carnaval. Lucrezia debe estar muy enfadada. Tiene a sus dos mejores prostitutas en cama. Flavia mejora poco a poco.

Oigo un sonido en mi balcón. Me reincorporo en la cama. Es un tintineo. No tengo fuerzas y me arriesgo a desmayarme de nuevo, pero la curiosidad y la esperanza de que sea algo que deseo me impiden quedarme aquí. Me levanto y llego hasta el balcón. Retiro una de las gruesas cortinas.

Su capa negra vuela hacia un lado con el viento. Hay niebla, o es mi vista aún borrosa. No puedo recrearme demasiado en su bella imagen en la oscuridad, si lo hago caeré al suelo, abro enseguida y me apoyo en la puerta de cristal. No hay nadie que me apetezca ver más que a ÉL en estos momentos.

El Fantasma me ayuda y me lleva hasta la cama. Miro hacia la puerta, si alguien entra y lo descubre, se acabará todo.

—Cierra con llave —le digo señalando un cajón.

Lo observo dirigirse hacia la puerta y oigo el tintineo de la cerradura. No puedo dejar de mirarlo, de todos estos días, hoy es el que menos me importa quién pueda ser. Quizás me muera mañana y no quiero perder mi última noche pensando.

Estoy sentada en la cama y se sienta junto a mí.

—¿Cómo estás? —me pregunta y suspiro.

—Algo mejor —le respondo aunque no sea verdad. Me da la impresión de estar soñando, su imagen en la penumbra de mi habitación es como un sueño.

Coloca mi almohada para que me eche en ella, pero me niego a perder un rato junto a ÉL si me duermo. Y lo haré, sin ninguna duda, si me tumbo del todo. Así que apoyo mi cara en su brazo. El médico ha dicho que esta noche es la más complicada, si sobrevivo a esta noche tengo más posibilidades de no morir. Si es mi última noche de vida, me alegro de estar junto a ÉL.

—Gracias por venir —le digo y me brillan los ojos.

—Cómo iba a dejarte sola esta noche —responde, cogiéndome la cara y, a pesar del frío y el malestar, puedo sonreírle. Hasta en momentos como este mi Fantasma es capaz de hacer que ráfagas de viento recorran mi cuerpo por dentro.

—Vamos, recuéstate —me pide.

—No quiero dormir, no ahora —le digo sin despegar la cara de su brazo, me acaricia y cierro los ojos.

—Puedes dormir tranquila. —Se recuesta en la almohada y me dejo caer sobre ÉL—. No voy a irme.

No tiene ni idea de lo que significan sus palabras para mí. Sigo teniendo frío a pesar de que ÉL me arropa. Tengo mi mejilla apoyada en su pecho. Nunca he tenido almohada más cómoda y cálida, e igual que a través de sus guantes, el calor traspasa la tela de su camisa. Abro los ojos y lo miro, me da tranquilidad que esté aquí, y sentir eso es extraño si pienso en quién es y el por qué lo conocen. Cierro los ojos mientras que siento sus caricias en mi cabeza, en mi hombro, en mi espalda. Me duermo y me lamento por ello. Dormida dejaré de sentir todo esto.

Ahora estoy segura. No moriré hoy.

***

—Jianna temblaba de frío, se estremecía, sudaba y murmuraba entre sueños. Durante toda la noche la obligué a beber, poco a poco, el

agua de una jarra que le había llevado Dita.

Fue una noche oscura. Pero de una oscuridad diferente a la que yo conocía. Se ahuyentaron mis demonios y esa fuerza que me empujaba a hacer lo que hacía. Solo necesitaba no separarme de ella. No existía más que Jianna aquella noche.

Entonces entendí que había esperanza para que alguna vez no venciesen los demonios. Mi madre tenía razón, los ángeles eran más fuertes. Y mientras el mío viviera cabría la posibilidad de que yo pudiese liberarme de mis tinieblas.

No pensaba, trataba de no ponerme en lo peor. Jianna era fuerte, podía sobrevivir. Y lo hizo.

No me cuesta reconocerlo, si Jianna hubiese muerto aquella noche, me habría vuelto completamente loco.

***

Ella

—Vamos, Jianna. —Oigo la voz de Lucrezia.

Es de día, casi no puedo abrir los ojos. Miro hacia el balcón, está cerrado, y también la puerta de mi habitación vuelve a estar abierta. No estoy segura de si ha sido un sueño. Quizás fuera mi delirio, no hay rastro de ÉL.

Lucrezia me da la medicina y agua. Me ayuda a llegar hasta el orinal y vuelve a acostarme. Me deja a solas de nuevo para que siga durmiendo. Busco el crucifijo y lo aprieto, tengo vagos recuerdos de la noche anterior. He sobrevivido, pero esta vez no me salvó Dios, me salvó un diablo.

47

Ella

Han pasado más de veinte días desde que enfermé y ya puedo decir que estoy totalmente recuperada. Las fiebres duraron poco, ÉL me acompañó cada noche hasta que desaparecieron por completo. Ya comienzo a bajar al salón a ratos, aunque aún no puedo intimar con clientes. Lucrezia no está tan enfadada como pensaba. Acaba de venir la guardia del dux para traer la invitación a la fiesta que se dará en honor a Luis de Francia. Jianna D'Angelo ha sido la única elegida por el dux para el rey, nadie más de La Serenissima estará allí, ni siquiera Lucrezia, tampoco irá nadie de La Odissea, y eso a la señora del palacio parece que le ha gustado.

Sea como sea, estaré completamente sola. No sabemos qué traje ponerme, es una fiesta del más alto nivel y no tenemos vestidos tan lujosos en La Serenissima, así que Angelina está intentando rescatar antiguos trajes de Lucrezia y adaptarlos a la nueva moda. Está cosiendo un traje al estilo francés para agradar al rey, pero yo soy veneciana y no pienso ponerme nada encima que indique lo contrario.

Llaman a mi puerta y abro, es Francesco.

—No sabes lo que me alegra que vuelvas a estar como siempre —me dice y lo abrazo.

Paolo lo acompaña, porta una caja enorme. Comprendo que el tamaño de la caja es mayor que el propio Francesco.

—Déjala sobre la cama, Paolo —le ordena.

Paolo obedece y se marcha sin ni siquiera mirarme.

—Sé que no hay nada en La Serenissima para que lleves puesto mañana —dice acercándose a la cama—. Si lo hubo, ya te encargaste de hacerlo trizas.

Río, es fácil reír junto a Francesco.

—¿Traes un vestido? —le pregunto y se gira hacia mí haciendo una mueca.

—Te traigo una obra de arte. —Coloca sus manos sobre la tapa de la caja—. Fue una idea que tuve y compré la tela. Iba a ser un regalo para mi esposa, a ella le hace mucha ilusión la fiesta de mañana. Pero…

Destapa la caja.

—Prefiero que lo lleves tú. —Casi no puedo hablar—. Lo estaban acabando y se me ocurrió, le pedí a Dita tus medidas y creo que te estará bien.

Saca el vestido de la caja y lo extiende sobre ella. Doy un grito. Completamente negro, de tul y encaje, tiene bordados con brillante hilo dorado y, lo que lo que hace aún más especial, está cubierto por diminutos cristales de la isla de Murano.

—No entiendo mucho de moda —añade con humildad—. Pero soy un especialista en cristales.

Casi no puedo creer lo que estoy viendo. Acerco el cuerpo de esponja forrado en tela, en el que Dita suele poner los vestidos que llevaré por la noche. Francesco me ayuda a colocarlo. Puedo entonces apreciar los detalles con claridad. Verlo expuesto de pie es maravilloso. Recuerda la imagen del cielo en una noche estrellada, los cristales son pequeños destellos plateados y violetas. No tengo palabras para Francesco y pierdo la cuenta de cuantas veces le he dado las gracias mientras hemos colocado el vestido.

—También traigo esto. —Se dirige hacia la caja de nuevo y saca un tocado con largas plumas negras y una máscara dorada—. No he tenido tiempo de comprar unos zapatos, pero seguro que Lucrezia te buscará unos acordes.

—¿Por qué has hecho esto? —pregunto—. Lo encargaste para ella.

Francesco suspira.

—Es un vestido único —explica—. No hay en el mundo un vestido con cientos de cristales de Murano. No es algo que deba llevar cualquiera y ella no lo merece.

¿Y yo sí? Tan solo soy una prostituta.

—Tú eres una gran mujer, da igual de donde procedas o la vida que lleves. —Parece que Francesco conoce mis pensamientos. Me suelta las manos y se dirige a la puerta.

—Te veré mañana en el palacio del dux, por desgracia tengo que ir acompañando a mi esposa. —Me mira y sonríe—. Mañana tendrás a Francia a tus pies.

Cierra la puerta. Vuelvo a mirar el traje. No he visto nada parecido en toda mi vida.

48

Ella

Angelina lleva demasiado tiempo peinándome, ya no sé cómo colocar la espalda. Ha hecho numerosas trenzas en mi pelo, algunas las ha recogido arriba en espirales y otras las ha soltado bajo mi nuca para que formen un arco en mi espalda. No puedo verme por detrás, pero Lucrezia ha dado su aprobación y por su expresión intuyo que debe de ser un peinado maravilloso.

Lucrezia ha traído unos pendientes que sé que jamás ha prestado a nadie. Fue un regalo de uno de sus más venerados protectores. Un portuario que ella atendió con amabilidad y atención a pesar de su apariencia humilde, un zar de Rusia que vivió como un obrero durante meses en Venecia, y que era conocido en Europa como Pedro el Grande. Gracias a él existe La Serenissima.

Lucrezia dice que con Luis de Francia no lo tendré difícil, es un hombre con gran afición por las amantes. Angelina está colocando el tocado de plumas, plumas que alcanzan más de un palmo de altura sobre mi recogido. Entre el tocado y los largos pendientes llevo un gran peso en la cabeza.

Me pongo en pie y los cristales reflejan la luz, es como mirar al cielo, no me canso de decirlo. Parezco una gran dama, una reina, nada parecido a la harapienta que un día fui. Cojo por la vara la máscara dorada. Sí, no logro reconocerme en el espejo. Ni siquiera sé si alguna vez llegué a imaginar que existían mujeres que fueran a fiestas con esta indumentaria, pero hoy parezco más veneciana que nunca y eso me enorgullece.

Lucrezia me mira, le brillan los ojos, no sé bien qué significa esto para ella, pero es como si estuviera reviviendo sus mejores años de cortesana. Me mira y se ve reflejada en mí, y eso la emociona.

Bajamos las escaleras hasta la puerta del Canal. La puerta está abierta y puedo ver a Paolo junto a la gran góndola blanca. Dita me espera en el umbral con una capa negra. Me detengo y espero

mientras me la coloca. Hace frío y la parte superior del vestido es descubierta y escotada. Estoy bien, pero debo cuidar de mi salud según el médico.

Lucrezia me coge por los hombros.

—Sé atenta con el rey, pero no olvides a Marco —me aconseja—. Al fin y al cabo, el rey partirá en unos días y Marco se quedará. Lo del rey es tan solo para aumentar tu fama.

Asiento.

—Tú misión hoy es clara. Tráelo hasta La Serenissima —me pide —. Trae a Luis de Francia.

Tomo aire, Lucrezia no deja de presionarme. Nunca fui tan ambiciosa, pero ella me prometió que siguiendo sus consejos nunca regresaré a la miseria de donde provengo. Paolo me mira de reojo, está impresionado, aunque intenta disimularlo. Me ayuda a subir a la barca.

—Vamos —nos dice Lucrezia.

La góndola se aleja de La Serenissima. Aún estoy de pie, en medio de los numerosos sillones de la barca, digo adiós a Dita y a Lucrezia con la mano. Tras de mí, oigo remar a Paolo. Hay numerosas góndolas a nuestro alrededor, la gente me mira. La capa se abre por delante y deja ver parte de mi vestido. En los ojos que me miran compruebo que tiene que ser impresionante lo que ven en mí. Me pregunto si ÉL también me estará contemplando.

***

—Aquella noche Jianna era el Carnaval veneciano resumido en una sola imagen y, para los que amamos a la República, no hay belleza comparable a eso.

No he vuelto a ver nada igual en mi vida. Y sí: el traje de cristales también era impresionante.

49

Ella

Estamos llegando al puente junto al que está el palacio del dux. Me pongo en pie. Invitados y curiosos llenan la calle, no sé dónde va a poder dejarme Paolo, la góndola de La Serenissima es enorme.

Paolo dirige la barca hacia la izquierda, tendré que cruzar el puente a pie. La góndola se detiene y mi remero aparta otras góndolas a nuestro alrededor para acercarse al puerto. Salta a la acera y me ayuda a subir. Me mira al fin, está a punto de decirme algo, pero calla. Aprieto su mano y me alejo de él. Hubiese preferido que Lucrezia me acompañara, pero la invitación era clara: Jianna D'Angelo.

Hay mucha gente transitando por el puente y se apartan a mi paso, no saben quién soy, pero mi indumentaria es suficiente para dejarme pasar.

Si bajo la cabeza el peso de mi tocado cae hacia delante y temo que vaya a parar al suelo, así que tengo que permanecer erguida. Llevo mi mano derecha sobre la barandilla, está fría y ahora mi mano también lo está.

Casi llego a la mitad del puente, su zona más alta. Puedo ver el palacio del dux al completo desde aquí: el lago, los jardines, la cúpula que cubre el gran salón. Aprieto en mi mano izquierda la vara que sostiene mi *maschera*.

Reconozco la verdad sobre mí. No soy tan buena prostituta como me consideran, no hago nada que no haga el resto, no soy más hermosa ni más risueña, no sé por qué entonces he sido invitada a una fiesta así ni por qué Francesco me ha regalado el único traje de cristales que seguramente existe en el mundo.

Me detengo, me han dejado paso, pero no soy capaz de avanzar. Entre las personas que van y vienen de un lado a otro del puente, hay alguien que permanece inmóvil apoyado sobre la barandilla.

Lleva el velo y el sombrero, apenas puedo verle la *maschera* porque mira hacia la laguna pensativo. Se gira despacio, ahora sí puedo verlo del todo. Hoy lleva camisa blanca y chaquetilla roja, bordada bajo su capa doble, las manos enguantadas y una red negra que ajusta sus brazos hasta casi el codo. Le brilla el broche del sombrero, brilla tanto como mis cristales. Tiene una rosa roja entre sus manos, mi rosa, la de hoy, la que me llevó cada día cuando estuve enferma, ya no hay que contar noches. Siempre puede ser nuestra noche. Me mira sin moverse de su lugar. Me estaba esperando.

Tomo aire, cada vez me acostumbro más a su presencia, sobre todo, después de las noches enferma. Pero cada día este Fantasma parece diferente.

No separo mi mano de la barandilla, camino hacia ÉL y ÉL se gira aún más hacia mí hasta ponerse de frente. Mis ganas de verlo sin máscara se hacen intensas, cada día más. ¿Quién es este hombre que con tan solo unos ojos es capaz de hacerme sentir que mis pies se levantan del suelo?

Cada día estoy más convencida de que lo que siento por ÉL no es solo curiosidad y atracción por todo ese misterio que lo rodea. Es algo más, algo que me invade cada vez que aparece sin esperarlo, cada vez que lo siento cerca. No es curiosidad, esto es distinto. Ya no tiemblo como el primer día, y mi pecho y mi estómago se han acostumbrado a su presencia. Ahora que todos esos nervios han desaparecido, cuando lo miro puedo verlo claro. No tengo dudas, me he enamorado del Fantasma de Venecia. Un hombre sin rostro, sin piel, casi sin voz, que no ha necesitado ninguno de los sentidos para encadenarme a él para siempre.

Me detengo junto a ÉL, no deja de contemplarme y algo me sorprende. Estoy acostumbrada a su mirada profunda, no conozco otro rasgo de ÉL que sus ojos, ÉL siempre me mira buscando algo más, como si con sus ojos pudiera ver dentro de mí. Sin embargo, hoy me mira como lo hacen el resto de los hombres que conozco. Y eso comienza a gustarme y vuelvo a sentir esas ráfagas en el estómago de los primeros días.

Deja caer la rosa a la laguna y me agarra la mano.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta y sonrío.

Claro que deseo que me acompañe. He tenido que venir sola sin más opciones, pero me aterra esta fiesta y me siento extraña e insegura sin Lucrezia vigilándome de cerca.

ÉL parece saber siempre lo que siento y me encanta que sea así. Él sabe disipar mis miedos, salvarme cada día. Eso es para mí su presencia, salvación. La misma que dice ser para él la mía.

Caminamos y no me suelta la mano. Se la aprieto y lo noto reaccionar a mi gesto apretándola también. Vuelven las ráfagas a mi estómago.

—No me dejes sola —le pido.

Baja la cabeza.

—No puedo entrar contigo, pero no estaré lejos. No estarás sola, no tengas miedo.

Cierro los ojos, claro que temo, temo a las Disabatto y su forma de dejarme en ridículo, temo al dux, al rey de Francia, a las nobles que suelen descargar su frustración con las amantes putas de sus esposos. A todo lo que pueda encontrar dentro. Temo a todos, a todos menos a ÉL.

Se detiene ante las rejas del palacio.

—Ahora escúchame bien. —Me acerco a ÉL para oír su voz con claridad. Me encanta su voz aunque sea a través de una máscara—. Tienes amigos dentro, no te alejes de ellos. Apártate de rincones solitarios del palacio, los nobles no suelen ser cordiales si encuentran a una mujer sola. —Lo miro con desesperación.

Noto cómo su mano suelta la mía. Regresa el miedo y la inseguridad en cuanto se despega de mí.

—Tengo que irme —dice.

Abro la boca para coger aire y los ojos me brillan. Lo miro mientras se aleja y se pierde entre la multitud. No tengo más remedio que encaminarme hacia la guardia de la puerta de palacio. Puedo diferenciar los de la guardia francesa, sus uniformes llevan un fajín rojo. Me dirijo a un guardia veneciano, pero él parece conocerme.

—Señorita D’Angelo —me invita a entrar.

El jardín del palacio está lleno de personas, damas con trajes bellos y hombres con uniformes de gala. Hoy todo el mundo hace uso de la mayor ostentación que se puede permitir.

Me miran, cruzo el pequeño puente sobre el lago y continúo atravesando el jardín hasta llegar a las puertas que me llevan al gran salón. Se organiza una recepción. Lucrezia me ha explicado que tengo que limitarme a acercarme al rey y al dux cuando oiga mi nombre, inclinarme ante ellos, apartar la máscara de mi cara a la vez que lo hago, y que comience a levantarla por el lado en el que esté sentado el rey.

Demasiadas cosas. Espero hacerlo bien.

***

—Conocía de los peligros de una fiesta como aquella y eran muchos más que el convertirse en el capricho de un rey veterano. Jianna, con aquella vestimenta, era como un regalo veneciano para los invitados. Damas ofendidas por su presencia, eclipsadas por su belleza, ignoradas por los caballeros, nobles que, conociendo su profesión, se creerían con derecho a obtener algo más de tan divina hermosura, un sinfín de peligros para una joven que, cortesana o no, era mucho más inocente de lo que aparentaba.

Cómo iba a dejarla sola.

***

El rey Luis había llegado con retraso y la recepción había comenzado algo más tarde de lo previsto. La larga lista de invitados que fueron presentados al rey, sumado a la música que interpretaban en su honor y que detenía la recepción, estaba alargando demasiado el comienzo la fiesta.

Marco estaba impaciente. De pie, entre el sillón de su padre y el rey Luis, se cruzaba de piernas en señal de aburrimiento. De cuando en cuando miraba a Lucio, que había sido presentado de los primeros y ya conversaba con algunos nobles y damas en el salón.

Quedaba poco para acabar, llegaban al final de la lista y era lo único que lo mantenía en pie tras los ostentosos sillones. Esperar la llegada de ella.

—Jianna D'Angelo. —Se oyó.

Los tres miraron hacia ella. Con un espectacular traje negro cubierto de cientos de destellos, con altas plumas negras sobre su cabeza y máscara dorada, llegaba la cortesana.

Luis de Francia se removió en el asiento y el dux al verlo sonrió. Se inclinó hacia el rey.

—Es la cortesana más hermosa de Venecia —le explicó—. También la más cara.

Marco no los escuchó. No dejaba de mirar a Jianna, que con paso firme se situaba ante ellos.

El rey retiró su espalda del sillón y se inclinó hacia delante para admirar el vestido de la joven, ansioso por ver su cara sin máscara.

Jianna hizo una reverencia lentamente y se retiró la máscara. Miró al rey y sonrió, luego miró a Marco y por último al dux.

El rey era más o menos lo que Jianna había imaginado. Un hombre que pasaba de los cuarenta años, bien conservado e incluso atractivo. Tenía el pelo cano y una barba de punta que parecía más dibujada que hecha con navaja. Al menos no era un hombre repulsivo, lo cual le facilitaba las órdenes de Lucrezia.

El rey no ocultaba su asombro y el dux tampoco disimulaba el orgullo de ver la satisfacción en la cara del monarca.

—Es…

Jianna se incorporó y se dirigió hacia la derecha, como se había fijado que hacían el resto de invitados.

—La mujer más hermosa de Venecia —añadió Marco.

El dux rio con falsedad y Marco lo notó.

—Yo me retiro ya —dijo Marco.

—La recepción no ha acabado —le discutió su padre.

—Para mí sí —respondió él y Luis lo miró con interés.

—Creo que el joven tiene razón —intervino el rey—. Creo que ya es suficiente.

Marco rio y el dux llamó a uno de los guardias para que cancelaran lo que quedaba de recepción.

Luis se incorporó.

—¿Cómo ha dicho que se llama esa joven? —preguntó con un peculiar acento francés.

—Jianna —respondió Marco—. Jianna D'Angelo.

***

Ella

Estar al lado de amigos es lo que trato de hacer. Pero hoy se acercan tantos caballeros que los pierdo de vista a menudo. He conocido a Bianca, la mujer de Francesco, es una joven hermosa, no la esperaba así. Pero es una vergüenza cómo persigue a Casanova hasta delante de su marido. El rey Luis se ha interesado por él y sus numerosas conquistas y ha visto una buena representación de ellas durante el baile. Parece mentira cómo cada vez las conquistas de Casanova son más reales que creativas. Él creó su propia fama y le ha salido bien. En cambio, mi fama la creó el dinero de Francesco.

Sé que ÉL no está lejos, no dejo de mirar a mi alrededor, me vigila desde algún lugar que desconozco y eso me tranquiliza. Me pica la muñeca izquierda, un repulsivo hombre me la ha besado con un vasto bigote que arañaba al roce. Me he visto obligada a sonreírle, Luis estaba delante.

El rey de Francia es todo un caballero y me gusta su forma de hablar, aunque a veces no lo entienda. Lo he tenido fácil, como decía Lucrezia no he tenido que hacer absolutamente nada para atraerlo. El propio dux me ha dado a entender que soy una especie de regalo que Venecia le ha hecho al monarca. Ya sé la razón de mi presencia aquí. Regalo o no, tendrá que pagar lo que Lucrezia le pida por mí y

espero que apunte bien alto porque es uno de los hombres más ricos del mundo.

Bruno está hoy extraño conmigo, más pendiente que de costumbre, parece que el Fantasma no es el único que ve el peligro en esta fiesta, que por otro lado parece de lo más tranquila.

Antonella Disabatto no puede disimular su odio hacia mí. Marco me ha sacado a bailar y eso la ha dejado en evidencia delante de todos. Hoy se anunciará su compromiso con Marco, y el de su hermana Cecilia con Lucio. Cecilia también me mira con cierto odio, pero el carácter de la hermana pequeña no parece el mismo que el de su hermana mayor. Marco tampoco pone de su parte en mi relación con las Disabatto. Es bastante descarado y lo he oído decir que soy la mujer más hermosa de Venecia. El dux debe de estar furioso. Me parece que la única razón por la que no me han invitado a abandonar la fiesta es por el monarca.

Creo que he representado bien mi papel hoy, lo que se exigía de mí, atraer clientes a La Serenissima y uno de ellos es un rey. Lucrezia no tendrá quejas.

Aún me queda un asunto pendiente. El cristal de Marco, no he tenido ocasión de volver a ofrecérselo definitivamente, sin fiebres y sin desmayos. Aunque me desmayé en el momento oportuno, pues el cristal de aquel día no es el mismo que traigo hoy. El cristal grande ya tiene dueño, solo que él aún no lo sabe.

Lo busco, está al pie de la escalera. Lucio está con él y también Antonella. No puedo acercarme a él ahora o seré insultada de nuevo, no quiero armar escándalo o me confundirán con una puta de La Odissea.

Paseo alrededor mientras los caballeros me abren el paso, no dejo de mirar a Marco, pero él no me ve, tiene alguna discusión con Lucio.

***

—Bruno piensa lo mismo —dijo Lucio—. Fue un error traerla.

—Ese imbécil de Bruno lo piensa por otras razones —añadió Marco—. Yo tampoco quería traerla de la forma que lo ha hecho mi padre, como regalo para el rey.

—Es una puta. ¿Cómo querías traerla? —Antonella aprovechaba la mínima posibilidad de dejar claro la condición de Jianna—. No es una dama, no debería estar aquí.

Marco se enfurecía por momentos. Lucio miró a Antonella de reojo y siguió la mirada de la joven hasta Jianna.

—Voy a acabar con esto —dijo la joven—. Ahora mismo.

Se dirigió hacia Jianna. Lucio tocó el hombro de Marco.

—Impídelo —le pidió.

Marco siguió a Antonella y la agarró por el brazo.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó.

—Echarla de una vez de aquí —le respondió ella.

—Esta no es tu casa —le reprendió él—, es la mía.

—Pero soy yo la que va a casarse contigo —gritó.

—Si fuera por mi voluntad, no serías tú. —Antonella levantó la mano para abofetearlo.

Lucio los observaba a una distancia prudente. Antonella bajó la mano.

—Aún no se ha anunciado, estamos a tiempo de decir que no —le dijo la joven con ira.

—Pues ve a decirlo tú, a mí no me lo permiten —añadió él.

—Nunca dejarían que te casases con una puta —le soltó ella.

—Pero no me pueden prohibir pagar por ella cuando quiera. —Marco se alejó unos pasos de Antonella—. Y tú tampoco.

Lucio pasó por su lado sin mirarla. La joven jadeaba, la ira rebosaba por sus ojos. Miró hacia atrás. Marco se dirigía hacia Jianna.

***

Ella

Marco se acerca al fin. Tengo curiosidad por saber la razón de su discusión. En unos días me enteraré de todo lo que no puedo oír y lo haré en un lugar en donde todo se sabe, en La Serenissima.

—Marco —lo llamo, doy unos pasos hacia él.

—Vamos fuera —me dice y lo acompaño hasta el jardín.

A pesar del frío e ir escotada, no se está mal en el jardín. Quizás, al haber tanta gente, el frío se reparte entre todos. Me alejo de Marco para que me siga y nos apartamos de la multitud.

La sonrisa de Marco es realmente preciosa, pero la única forma de que yo cayera a sus pies sería que en este mismo instante me confesara que es ÉL. Pero no lo hace, está callado a la espera de que yo hable.

No me demoro, le entrego la bolsa de terciopelo negro. Marco la coge enseguida y al apretarla noto en su cara un hilo de decepción, esperaba el mayor de todos.

—Es como el de Gianlucca —me dice.

—Sí —le confirmo.

—¿Quién tiene el otro? —pregunta sin mirarme.

—Nadie —le respondo.

Me mira a los ojos.

—¿Y quién será su dueño? —vuelve a preguntar.

—No lo sé. —Soy sincera, no sé si su dueño es él mismo o no.

Me agarra de la cintura y me acerca a él.

—Si ella fuera como tú —dice—, sería fácil.

—¿Antonella? —Lucrezia siempre me dice que no hablemos mal de otras mujeres a nuestros clientes. Ellas no pertenecen a nuestro mundo, con lo cual no son un peligro para nuestros ingresos.

—Ella es… —Cierra los ojos.

—Intenta que cambie —se sorprende—. Si te quiere podrá hacerlo.

—Las buenas personas pueden volverse malas —responde—. Las malas no tienen solución.

Acaricio la cara de Marco. Puede ser vanidoso y engreído, pero es educado y tiene sentido de la justicia, aunque a veces le pierdan las formas. Merece una mujer mejor que Antonella.

—Ella es todo lo contrario que deseo en una mujer, controladora, brusca. Saber que tengo que soportar su voz irónica toda la vida…

—Lo siento. —Y lo digo con sinceridad. No es un mal hombre. Su padre podría haber elegido mejor esposa para él.

—No dejaré de ir por La Serenissima —contesta y me acerca aún más a él—. Entre mi padre y Antonella, La Serenissima será el único lugar donde pueda ser libre.

Es exactamente lo que dice Lucrezia, que los clientes vienen cuando no encuentran ningún otro lugar donde refugiarse para ser ellos mismos. Cansados de aparentar un papel, presionados por sus cargos, sus obligaciones, sus esposas, sus familias. Todo eso queda fuera, en La Serenissima encuentran mujeres que los escuchan, amigos con los que dialogar, jugarse el dinero o sus propias posesiones, sin nadie que los vigile, sin nadie que los juzgue. Lucrezia creó el sueño de los hombres venecianos.

—Y yo estaré allí siempre que lo necesites.

No debí de decir eso. Marco se inclina hacia mí, no tengo más remedio que apartarme, no importa si se siente ofendido. Soy prostituta, no una dama, no puedo hacer excepciones. Y acceder a esto sería una ofensa seria para el dux, para la familia Disabatto, para Antonella. Hay mucha gente en el jardín y mi vestido y su uniforme son más que reconocibles.

Me retiro de él, algunas personas nos miran, demasiadas. Veo a Antonella entre ellas y bajo la cabeza. Veo una sombra en el suelo y levanto los ojos, es un guardia del dux. Me retiro de Marco enseguida.

—El dux lo llama —le dice y conozco la razón. Será la hora de anunciar su compromiso. Marco me mira.

—Yo me quedaré aquí —respondo. Lo último que deseo es cruzarme con Antonella. A juzgar por su mirada es capaz de clavarme el primer cuchillo que encuentre en una mesa—. No debo estar presente.

Marco asiente y me coge de la barbilla. No me dice nada, solo me mira y se va tras el guardia.

Tomo aire, me estoy ahogando. Hay una mujer detrás de mí, pero no la reconozco, ella sin embargo me mira con interés.

—¿Eres Jianna? —me pregunta y asiento.

—Soy Rosaura Caccini —se presenta y arqueo las cejas. Es la prometida de Carlo Gozzi, no conozco sus intenciones y comienzo a mirar a mi alrededor. Los invitados abandonan el jardín para entrar en el salón. No sé bien en qué consiste el anuncio de un compromiso, pero parece ser otro motivo de celebración, aquí se suele celebrar todo.

Rosaura tiene una belleza fría, sin gracia alguna pero elegante. No veo en sus ojos la rabia de Antonella ni de su hermana Cecilia. Rosaura se acerca a mí y me coge las manos.

—Eres aún más hermosa de lo que imaginaba. —No sé si sonreír —. Tu fama es cierta.

Le agradezco el cumplido.

—Quiero darte las gracias por lo que has hecho con Carlo. El Consejo estaba decidido a…

Me mira como si estuviera viendo a un ser divino. Esta dama es tan humilde que casi siento vergüenza y bajo los ojos.

—El conde es un buen hombre —le digo.

—Gracias. —Me besa las manos y casi las aparto para que no lo haga—. Que Dios la proteja siempre.

Rosaura se va hacia el salón y yo quedo inmóvil. La noche no me da tregua, sorpresa tras sorpresa. No pienso acudir a ninguna fiesta más sin Lucrezia.

Siento que hay alguien a mi espalda y casi temo volverme, porque ya no sé qué más me puede suceder esta noche. He pasado desde la emoción con mi Fantasma, al insulto y desprecio de la familia Disabatto, a la veneración de Rosaura Caccini, a no sé cómo llamarlo con Marco, y al capricho del rey Luis. Quiero volver a La Serenissima.

Llega hasta mí un repugnante aliento y una respiración acelerada que me llama a salir corriendo de aquí. Me dispongo a hacerlo, pero me inmovilizan. Me giran, son dos hombres, están borrachos. Grito, pero uno de ellos me tapa la boca. Esto es de lo que me avisaba el Fantasma, por lo que Lucrezia me decía que no me quedara en la fiesta hasta muy tarde. «Los hombres beben demasiado y ser puta no nos beneficia ante sus ojos».

Me quedo inmóvil, mirando al hombre que tengo delante, porque del que me sujeta tan solo puedo notar su aliento. El jardín está vacío, todo el mundo ha entrado, salvo estos dos salvajes.

Conozco al que tengo delante de mí, es el mismo que me dejó la rojez en la muñeca antes, su asqueroso bigote deja ver un prominente labio que se encoge y muestra sus dientes amarillos.

—Veamos cuál es el secreto de la puta más cara de Venecia. —No es veneciano, su acento no es de aquí. Habla como los Leonelli, naturales de La Toscana.

Bajo mi mano buscando entre mis piernas, pero es imposible levantarme el vestido para coger mi daga en esta postura. El hombre repugnante se pega a mí.

—Pórtate bien y no te haremos daño —me dice al oído el que me sujeta y me arrastra hacia las plantas, hasta colocarse bajo un árbol. Con los setos apenas puedo ver la puerta del salón. Nadie nos verá aquí. Fantasma de Venecia, ¿dónde estás?

El hombre del bigote me levanta el vestido, me toca, muevo las piernas, las aprieto para que no lo haga, me hace daño. El que me sujeta tira tan fuerte de mis trenzas que no puedo mover la cabeza. El tocado de plumas ha caído al suelo.

Tanteo y encuentro la daga de Lucrezia, la clavo como puedo en la cadera del salvaje que me está sujetando. He sido rápida. El hombre chilla. La música se ha detenido, van a anunciarlo ya. Se ha hecho el silencio.

Grito y el hombre del bigote me golpea.

—Mata a esa puta. —Oigo decir al otro, que se saca la daga de la cadera—. O la mataré yo.

Me vuelven a golpear y caigo al suelo. Estoy boca abajo y me abren las piernas, me doy la vuelta, he agarrado una vasija de cerámica y lo golpeo con ella.

Grito con todas mis fuerzas. Vuelvo a gritar pidiendo ayuda. Se oyen murmullos. Ellos también saben que me han oído. Sin dejar de gritar tiro otra vasija hacia ellos, que se rompe en el árbol. Se miran el uno al otro, no saben si huir o no. Oigo a gente en el jardín que ha salido a ver qué ocurre. Vuelvo a chillar mientras me levanto y corro hacia las voces.

Hay algunos invitados en el jardín. Pero yo no me detengo hasta llegar al salón.

***

Se habían escuchado unos gritos y el temor por el Fantasma hizo que algunos guardias e invitados salieran al jardín. El dux hizo una pausa en su discurso y se oyeron murmullos. Las Disabatto, el dux, el rey Luis, Marco y Lucio, permanecían impacientes en un balcón en la primera planta, desde el que podían ver todo el salón y parte del jardín.

—¿Teméis que sea ese asesino al que llamáis El Fantasma de Venecia? —preguntó el monarca con curiosidad.

Volvieron a oír gritos de mujer. Marco bajó varios escalones para poder ver mejor el jardín. Varios invitados y alguno de los guardias salieron al jardín. Los gritos volvieron a escucharse lejanos, como con un eco. Todos en el salón estaban expectantes por saber qué ocurría y a la vez temerosos. En el arco que daba acceso al jardín, los invitados abrieron paso. Jianna entró corriendo en el salón. No llevaba el tocado de plumas ni su máscara dorada. Y desde el cuello hasta el pecho tenía una herida que podían apreciar desde donde se encontraban. Marco y Lucio bajaron enseguida las escaleras. Pero fue Bruno el primero en llegar hasta Jianna.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó—. Jianna, ¿ha sido el Fantasma?

Estaba tan nerviosa que apenas podía pronunciar las palabras. Negó con la cabeza. Marco y Lucio llegaron hasta ella también. Marco miró el cuello de la joven.

—Eran dos —pudo decir—, dos hombres.

—¿Quiénes son? —preguntó Bruno.

Jianna tomó aire, podían ver el terror en sus ojos.

—A uno de ellos lo conocí esta noche. —Cerró los ojos—. Do… Do… —No recodaba bien el apellido—. Son de La Toscana.

Los tres salieron al jardín dejando sola a la joven.

***

—Lo único que lamento es no haber tenido el tiempo suficiente para descargar toda la ira acumulada sobre ellos.

***

Ella

Veo salir al jardín a muchos, hasta Francesco ha salido. El rey Luis baja las escaleras junto al dux también.

—Así aprenderás a no salir del burdel. —Oigo la voz de Antonella —. Esto es lo que le pasa a las putas cuando salen de su agujero.

No quiero mirarla, hago como si no la hubiese escuchado. Antonella se aparta de mí para dejar paso al rey de Francia.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta mirando mi herida.

Se oyen gritos en el jardín y salgo fuera junto al rey. Su guardia nos rodea enseguida, tienen sus armas en la mano. Nos dirigimos hacia la marquesina y seguimos andando hasta llegar al árbol en el que trataron de esconderme. Aún puedo ver en el suelo las marcas del arrastre. Levanto la vista hacia el árbol. Dos cuerpos cuelgan de una de sus ramas. Uno de ellos aún se sacude en su agonía. Los miro, los observo morir. Bruno descuelga al que todavía se mueve y yo me acerco a él.

—¿Eran ellos? —me pregunta.

—Sí. —No dejo de mirar cómo de su boca abierta comienza a salir sangre que le impide respirar. Tiene la mirada perdida.

Se gira en su angustia y aparto mi vestido de él. Bruno me retira de su cuerpo.

—Ve dentro, Jianna —me pide Bruno—. No debes de ver esto.

Pero yo quiero verlo. He visto morir a muchas personas, entre ellas a mis padres y varios hermanos, fue triste, agónico. Pero ver morir a alguien al que le has deseado la muerte instantes antes, y que tú mismo hubieses matado si hubieses tenido la posibilidad, es distinto. Ellos eran dos hombres y yo una mujer, no podía hacer nada contra ellos. El Fantasma de Venecia sí que pudo vencerlos.

Ha muerto, deja de luchar para no ahogarse. Sus ojos se han tornado y mira al cielo. Pero él no irá allí, irá al infierno de donde proviene la persona que lo ha sentenciado.

Miro a Bruno, él no deja de observarme.

—¿Lo has visto? —me pregunta, siento a Lucio y Marco tras de mí. Ni siquiera me había dado cuenta, no podía dejar de mirar la angustia del salvaje que me ha atacado.

Niego con la cabeza.

—Aquí no había nadie —le respondo.

—¿Te han llegado a hacer algo aparte de…? —La pregunta viene de Marco.

—Escapé antes —respondo y recordar las manos de aquellos miserables bajo mi vestido me hace dar una arcada.

Observo la herida que le he producido a uno con la daga. La sangre en el suelo llega por un pequeño canal hasta mi vestido y Lucio lo aparta para que no se manche. Lo recojo con una mano y doy un paso atrás. Francesco se acerca a mí, me levanta la barbilla y me examina el cuello.

—No es nada —me dice y sonríe.

Francesco me mira con atención, no sé a qué viene tanta sorpresa por su parte, pero algo en sus ojos me dice que intuye más de lo que parece.

El rey Luis se acerca a los cuerpos, ya han descolgado al otro.

—Vuestro Fantasma os ha ahorrado el trabajo —dice con acento francés y se dirige al dux—. ¿Aquí ahorcáis a los violadores?

Inician un debate jurídico y se alejan de allí hacia el salón.

Marco encuentra en el suelo mi tocado y mi máscara. Luego se acerca a mí. Intenta colocarme el tocado, pero el recogido en trenzas que lo sostenía ya no tiene la fuerza suficiente para agarrarlo.

—No te preocupes —le digo cogiendo el tocado con la mano—. Vuelvo a La Serenissima.

—Te acompañaré hasta la barca —se ofrece Francesco. Luego mira hacia Bruno—. Ese Fantasma no parece darte tregua. Ni siquiera en las fiestas.

Francesco ríe y da unos pasos para dirigirse hacia el puente del lago del jardín.

Miro a Marco.

—¿De verdad estás bien? —me pregunta.

—Ya he dicho que escapé. —Aún están los trozos de las vasijas en el suelo y recuerdo mi daga. La busco con la mirada en el suelo. Oigo a Francesco llamarme a voces desde el puente, pero tengo que encontrar la daga de Lucrezia.

Al fin la veo brillar a un lado, bajo los setos. Me inclino para cogerla. Aún está manchada de sangre. Marco enseguida me ofrece su pañuelo para limpiarla, un pañuelo de fina seda que tiro al suelo tras usarlo, no creo que Marco lo vaya a querer manchado de sangre de un infeliz.

El dux llama a Marco a voces desde el arco del salón, mientras yo le digo a Francesco que voy enseguida.

—Lo siento —se disculpa, pero él no tiene la culpa de mi mala suerte esta noche—. De verdad que lo siento.

Se inclina hacia mí con cortesía y se marcha.

Me dirijo hacia Francesco, paso junto a Lucio que está parado a mitad de camino, observando cómo se llevan a los dos miserables.

—Francesco tiene poca paciencia —me dice con ironía mientras se escuchan de nuevo los gritos de Francesco desde el puente. Mira mis manos, en las que llevo la daga, la máscara y el tocado—. El vestido es precioso.

Vuelve a coger la tela, tal y como había hecho antes para apartarla de la sangre.

—Cristales —dice pasando el dedo pulgar sobre ella—. Es la primera vez que veo algo así.

Lo miro de reojo, sus rizos negros caen alborotados alrededor de su cara. Lucio no es capaz de peinarse o recogerse el pelo ni tan siquiera para recibir a un rey, sin embargo, es capaz de apreciar la

belleza de un vestido. Siento que hay mucho más en él de lo que hasta ahora he visto. Camina junto a mí y se detiene a los pies del puente, donde espera Francesco.

—Yo vuelvo ahora —le dice el enano y Lucio asiente—. Vamos, te llevaré con Paolo.

Miro a Lucio y él inclina la cabeza levemente para despedirse de mí. Me detengo y entorno los ojos hacia él. Por un momento, he sentido algo en el estómago. Las piernas aún no han recuperado su peso normal debido al miedo. Pero eso en el estómago ha sido otra cosa, algo que reconozco muy bien, tanto como me cuesta reconocer al único hombre que me lo produce sin la máscara. Sacudo la cabeza y vuelvo mirar a Lucio, pero ahora solo consigo ver al conde Cavalli. Voy a volverme loca entre unas cosas y otras.

Me dispongo a seguir a Francesco. Parece que va a reprenderme por algo, pero no habla, solo mira las rejas para salir del palacio.

Un guardia nos abre y salimos. Francesco mira atrás y a nuestro alrededor. Llegamos al puente y subimos por él. Desde allí puedo ver la góndola de La Serenissima. Paolo está sentado en la calle junto a otros gondoleros. Tengo frío, he olvidado la capa en palacio. Francesco me presta la suya.

—Siento que no te sea de gran ayuda —se disculpa.

La capa de Francesco tan solo me cubre hasta la cadera, pero me tapa el pecho y los brazos, que es suficiente.

El enano se detiene a mitad del puente, en el lugar en el que me esperaba el Fantasma cuando llegué. Ojalá estuviese aquí de nuevo. Lo necesito desesperadamente.

Francesco me mira y me pide que me incline hacia él. Mira mi herida.

—Es solo un rasguño. —La toca y vuelve a mirarme a los ojos. —Parece que todo el que te hace daño termina con su cuerpo colgado de una cuerda.

Arqueo las cejas, Francesco tiene la intuición aún más sagaz que Lucrezia.

—No sé qué relación puede haber entre ese ser y tú, pero en el momento en que Comminetti se dé cuenta, podría ser peligroso para ti —me advierte.

No sé qué responderle, espera que le diga algo, pero yo sigo sin dar crédito a sus palabras.

Tomo aire, todo el que puedo. «Estoy enamorada del Fantasma de Venecia», no puedo decírselo. «Hace meses que el Fantasma me escribe cartas». ¿Cómo voy a confesarle eso? Cierro la boca y miro hacia un lado. Sabe a la perfección que callo algo.

—Sea lo que sea no lo entenderé, así que prefiero no oírlo —me dice.

Miro hacia la laguna. Paolo me ha visto y está colocado en la góndola.

—Anda, ve a casa —se despide Francesco.

Lo beso en la mejilla y me apresuro hacia la barca.

50

Ella

Lucrezia duda de si debe dejarme salir o no a más fiestas. Con mis experiencias en las dos a las que he asistido, prefiero permanecer en La Serenissima el resto del Carnaval.

He estado unos días fuera. Al principio, el rey Luis solía venir, pero los tres últimos días que ha permanecido en Venecia ha preferido tenerme en la habitación del hotel. Los peores tres días en mucho tiempo. La mayor parte los pasaba sola, sin mi Fantasma y haciendo las funciones de una sirvienta cortesana. Yo no quería hacerlo, pero Luis pagó tanto dinero por esos días que Lucrezia no pudo negarse y ahora poseo un edificio en una estrecha calle cerca de La Serenissima. He pensado en arreglarlo y mudar a mi familia al fin para alejarlos de los suburbios y de la enfermedad que por allí está tan extendida.

El rey se ha marchado y en cuanto he regresado aquí le he pedido a Dita que me prepare el baño. No sé cuánto tiempo llevo en el agua, pero no tengo prisa por salir. Me gusta el olor del jabón que prepara Dita, la suavidad del agua con sus aceites, los he echado de menos.

***

La puerta que daba al Canal estaba abierta, Paolo se asomó para comprobar si Dita o Lucrezia habían salido, pero no había nadie. La luz del sol alumbraba el pasillo y pudo ver una sombra girar hacia el otro pasillo, donde se encontraban los salones.

La siguió, no había nadie, pero alguien había entrado en La Serenissima y desconocía sus intenciones.

—Dita —gritó—. Lucrezia.

Una respondió desde la planta superior. Lucrezia no se habría enterado. Las prostitutas estaban repartidas por la casa, algunas en el jardín, otras en los dormitorios durmiendo.

La Serenissima estaba repleta de corredores que podían llevar a cualquier parte. Se detuvo silencioso en una esquina. Pudo ver en el pasillo el vuelo de una capa negra. Corrió hacia él. Era el pasillo de los baños. Llegó hasta el corredor y lo vio, encapuchado con una máscara color plata, entrar en una de las habitaciones.

El chillido de Jianna se oyó en toda La Serenissima, el estruendo de algo metálico caerse, los gritos de Paolo.

Lucrezia llegó a los baños aterrorizada.

Jianna estaba sentada en uno de los baños y Paolo la abrazaba. La cara de Jianna se encontraba pegada al hombro del joven. La camisa de Paolo estaba completamente deshecha en ese lado, y su piel estaba roja, como si el fuego la hubiese quemado por completo.

Lucrezia gritó al comprender la escena. Jianna lloraba y Paolo no la soltaba, a pesar del dolor que pudiera tener en aquella parte de su hombro y espalda.

Lucrezia se llevó las manos a la sien. El ser había huido.

La mujer no apartaba la vista del hombro con el que Paolo cubría el rostro de Jianna, temiendo lo peor. La cara de su más preciada pupila tendría que estar en el mismo estado que la piel del muchacho. El joven se retiró lentamente de ella y Lucrezia expulsó todo el aire que había contenido en su cuerpo. Jianna contempló el hombro de Paolo aterrorizada.

—¿Habéis podido verlo? —preguntó Lucrezia furiosa, mientras Dita atendía a Paolo.

El remero bajó la cabeza y cerró los ojos. El dolor que estaría sintiendo en la quemadura lo haría perder el conocimiento.

—Han tenido que enviarlo los de La Odissea —protestaba Lucrezia y dio un grito con ira—. Y voy a matar a quien lo haya hecho.

—Cayó al suelo —dijo Jianna—. Paolo lo empujó y cayó al suelo.

—Lucrezia —añadió Paolo. Se le podía notar cómo la piel de su cara tomaba un color amarillento. Caería al suelo de un momento a otro—. Ha sido Úrsula.

Los ojos azules de Lucrezia se abrieron como Jianna no los había visto nunca.

—¿Úrsula? —La ira de Lucrezia parecía crecer por momentos.

Jianna estaba de acuerdo con Paolo, los ojos azules de la joven eran muy peculiares. Había sido ella y eso la aterrorizaba aún más.

—¡Úrsula! —gritó Lucrezia saliendo al pasillo y chocó con Giovanna.

—Giovanna, ve tras ella —gritó Dita—. No dejes que ocurran más desgracias.

Giovanna, que todavía no era consciente de lo ocurrido, obedeció.

Jianna miró a Paolo, los dolores que estaría padeciendo el joven debían de ser insoportables. Dita le quitaba la camisa quemada, él no dejaba de inspeccionar la cara de Jianna, comprobando si alguna gota de aquel líquido que abrasaba había caído sobre su piel.

Jianna, aún desnuda, salió del agua y se envolvió. Luego se arrodilló junto a Dita.

—Hay que retirarle la tela que se le ha quedado en la piel —dijo la mujer y miró a Jianna aterrada—. Voy a preparar las cosas. Acompáñalo a su habitación.

—Puedo ir solo —añadió el joven.

—Yo iré con él —respondió Jianna.

Dita no dejaba de mirar la espalda de Paolo mientras daba pasos hacia atrás para salir del baño. Jianna lo ayudó a incorporarse.

—Gracias —le dijo y apoyó su mejilla en el pecho de Paolo en señal de afecto, pero no recibió ningún gesto de respuesta del joven —. Gracias.

Se retiró de él ante su reacción indiferente a su agradecimiento. Supuso que sería por el propio dolor. Ni siquiera sabía cómo podía mantenerse en pie.

—Vamos —le dijo y lo llevó hacia la puerta.

***

Ya habían retirado los trozos de tela de la piel de Paolo y Dita le había puesto uno de sus ungüentos con la ayuda de Jianna. El joven yacía en su cama boca abajo. Jianna estaba con él.

—Puedes irte, no hace falta que te quedes —dijo él.

Jianna le acarició el hombro que no estaba quemado. Lamentaba el dolor que estaba padeciendo el muchacho. Ese dolor estaba destinado a ella y no a él.

—¿Por qué lo habrá hecho? —se preguntó en voz alta.

—¿Se han llevado ya a Úrsula?

—Sí —dijo ella—. Lucrezia cree que en prisión sí hablará.

Jianna se levantó para marcharse.

—Todo lo que necesites…

—Lo sé —la cortó él.

Estuvo a punto de volver a darle las gracias a Paolo, pero se dirigió hacia la puerta de la habitación. Miró de nuevo el hombro y parte de la espalda del joven. En aquel mismo estado podría encontrarse su cara, quemada, desfigurada. Cerró los ojos, la garganta le escocía. No merecía tantos ángeles de la guarda. Hacía apenas una semana atrás había gozado con la agonía de un hombre. Eso estaba mal, era pecado. No merecía tal trato de Dios.

***

—Podrían ser tantos los enemigos de Jianna que no sabía por dónde empezar. Así que tuve que exponerme con el riesgo de que me atraparan. No había otra forma de hacerlo.

51

La celda de Úrsula era tan estrecha que apenas podía abrir los brazos. No había confesado aún, ni siquiera había admitido que lo había hecho. No tenían pruebas suficientes, no podrían obligarla a hablar. Pero estaban dispuestos a dejarla morir de sed y hambre hasta que dijera algo.

Se había hecho un ovillo y cerró los ojos. Jianna y Paolo la habían reconocido y se lamentaba por ello. Había sido torpe, el suelo estaba húmedo y Paolo la empujó con fuerza. No había podido hacerlo y el líquido cayó en el hombro de él y no en el rostro de Jianna, tal y cómo le habían ordenado. Ahora temía que la condenaran y si hablaba, la matarían los que le propusieron el trabajo. Parecía todo muy fácil cuando se lo explicaron: dejar la puerta abierta, cubrirse la cara, desfigurar a Jianna y huir. Nadie sospecharía de ella y, sin embargo, el rostro de Jianna no había sufrido las consecuencias y ella estaba en una celda.

Se durmió en la oscuridad de la cárcel y entre sueños pudo oír cómo la llamaban. Abrió los ojos, pero le taparon la boca enseguida para que no gritara.

—Tengo que saber quién te pidió que lo hicieras —le dijo él.

Llevaba la ropa oscura, velo y sombrero, y una máscara blanca cubriéndole la cara. Sentía el guante de piel sobre sus labios. Úrsula cerró los ojos y despacio, El Fantasma de Venecia, le liberó la boca.

—¿Vas a matarme? —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Iré al infierno. ¡El Demonio te ha enviado a matarme!

El Fantasma tuvo que volver a taparle la boca para que dejase de gritar.

—Solo quiero saber quién te envió —susurró en su oído.

Ella lo miró de reojo, estaba aterrada. Temió que perdiese el conocimiento de un momento a otro.

—Me matarán. —La oyó murmurar.

—Nadie puede matar desde el infierno. —Alejó su mano de la boca de Úrsula.

La joven lo miró y entornó los ojos hacia su máscara.

—¿Quién eres? —Se apoyó en la pared, temblaba.

—Ya sabes quién soy. Dime quién quería desfigurar a Jianna. —Movió la capa que se le había caído por detrás del hombro.

Úrsula bajó los ojos.

—Dicen que mataste a los dos hombres que la agredieron en la fiesta del rey. Me matarás a mí por lo que intenté hacer. —Dejó resbalar su cuerpo por la pared hasta el suelo.

El enmascarado no dejaba de observarla.

—Por alguna razón divina puedo reconocer el alma putrefacta en las personas. La tuya aún no se ha apagado del todo. Solo dime quiénes querían quemar a Jianna.

Úrsula levantó los ojos hacia él. Tenía el maquillaje emborronado por la cara de restregarse las lágrimas durante horas. La joven se tomó un instante mientras se limpiaba la nariz con la mano.

—Giovanni Corbatto, el dueño de La Odissea —respondió al fin—. Está decidido a acabar con Lucrezia.

Bajó los ojos.

—Me prometió un hueco en su burdel cuando todo acabase —añadió. Sus lágrimas regresaron—. Lamento… Dios mío, Jianna.

Metió la cara entre sus brazos. El Fantasma de Venecia se giró hacia la puerta de la celda.

—¿Lo matarás? —preguntó Úrsula.

—Cuando vengan diles que El Fantasma de Venecia ya pasó por aquí. —Fue su respuesta al salir de la celda.

***

—La Odissea fue mi siguiente parada. Úrsula no sabía nada más. Cierto que estuvo a punto de hacer algo horrible, pero no fue del

todo su culpa. Aquella joven nunca sería un peligro para nadie. No se me pasó por la cabeza quitar la vida a una pobre desdichada a pesar de que estuvo a punto de destrozar a Jianna, yo mismo me sorprendí de mi reacción cuando algún peligro cerca de Jianna era capaz de sacar todos mis demonios con la misma fuerza que lograba detenerlos cuando me transmitía la paz.

Quizás Jianna siempre tuvo razón y mi alma no estaba completamente perdida.

***

El salón de baile de La Odissea era aún más grande que el de La Serenissima. Numerosos viajeros solían frecuentarla en Carnaval, su precio era algo más asequible que el de La Serenissima y las prostitutas eran muy numerosas.

La música sonaba demasiado alta y algunos borrachos salían al jardín a tomar el aire. El salón tenía altas escaleras como La Serenissima, por las que las prostitutas subían y bajaban con los clientes.

Giovanni Corbatto, dueño de La Odissea y enemigo de Lucrezia, estaba apoyado en el pasamanos de la escalera. Nadie reparaba en él. Sin embargo, su cuerpo cada vez se encorvaba más sobre la baranda, hasta que el peso hizo que cayera de cabeza. Pero no llegó al suelo, la cuerda no era lo suficientemente larga. Su cuerpo se balanceó entre gritos y la música dejó de sonar.

***

—Que Giovanni estuviera en medio no me sorprendió en absoluto. Sin embargo, había más.

52

Ella

ÉL no ha venido esta noche, casi amanece y no ha venido.

***

Bruno había estado toda la noche en La Odissea, eran decenas de testigos y no quería dejar ni uno atrás. Sin embargo, Úrsula y Giovanni no habían sido los únicos visitados por El Fantasma aquella noche.

La casa de los Disabatto estaba junto a un estrecho canal del barrio San Marco. Cecilia estaba en un sillón llorando frente a su madre, que apenas podía levantar la cabeza del hombro de su marido.

Bruno subió hasta las habitaciones acompañado de sus hombres. La puerta de la habitación de la joven estaba abierta. Antonella estaba vestida con ropa de dormir, El Fantasma la habría despertado.

Las sábanas estaban quemadas, un bote de cristal reposaba sobre ellas. El fluido había abrasado hasta buena parte del colchón. La joven estaba encogida y se abrazaba las piernas con los brazos sin dejar de llorar.

Levantó la cabeza hacia Bruno, todo su cuerpo temblaba, mirando las sábanas abrasadas.

—Dice que, si vuelvo a atentar contra ella, me matará —farfulló, el llanto no le permitía decir más de dos palabras seguidas.

Bruno bajó la cabeza mientras pensaba. Ya no cabía duda, Jianna era una de las piezas para atrapar al Fantasma.

53

La familia de Úrsula acababa de llevarse todas sus pertenencias, una vez que la liberasen, regresaría con ellos, Lucrezia no la aceptaría nunca más en su casa. La Serenissima había quedado en silencio. Algunas prostitutas lloraban en sus habitaciones.

Jianna se dirigía al dormitorio de Paolo. Ya sabía las hazañas del Fantasma de aquella noche. Al miserable de Giovanni solo lo había visto en la inauguración del Carnaval y Antonella era una de sus enemigas, comenzaba a ser consciente de los verdaderos peligros de la República. Sin embargo, los rumores de que el Fantasma había matado por Jianna D'Angelo comenzaban a rondar por Venecia y Lucrezia estaba preocupada por las consecuencias.

Jianna ya conocía la razón de por qué ÉL no había llevado la carta, de por qué la rosa que encontró cuando regreso de los días que pasó con el rey francés continuaba marchitándose en el florero. Había sido una noche en la que un demonio acechaba a los miserables.

La puerta de Paolo estaba entreabierta. El joven estaba recostado boca abajo sobre su cama, Jianna no quiso molestarlo. Lo contemplaba mientras sus pensamientos se perdían.

***

Ella

Apenas tengo trato con él y, sin embargo, no dudó en exponerse por salvarme de las quemaduras. Mientras que toda Venecia habla sobre mí y sobre el Fantasma, yo solo pienso en quién puede ser y desde el incidente con Úrsula mis dudas aumentan. ¿Y si fuera Paolo? ¿Y si no dejo de mirar fuera de La Serenissima para buscarlo y ÉL siempre estuvo dentro? Al fin y al cabo, Paolo está más cerca

de mí que ninguno de los clientes. Pero Paolo no pudo pagar el traje azul, no puede ser él. Aunque él suele ser el que recoge los pedidos de las telas que encarga Lucrezia y tiene acceso a todo. No, no, no puedo desviarme ahora que mi círculo se estrecha alrededor de tan solo unos pocos.

Mi Fantasma no es ninguno de los hermanos Leonelli, ellos no estaban en Venecia anoche. Tampoco pienso que pueda ser Bruno, no, él no, su desesperación por encontrarlo no puede ser una actuación, no quisiera ni pensarlo.

Mis sospechas se reducen a tres que sí pudieron pagar el vestido, tres que estuvieron en la inauguración del Carnaval, tres que estuvieron en la recepción del rey: Giacomo, Lucio y Marco. Sin embargo, la idea de Paolo cobra forma después del incidente y él estuvo cerca de mí también en las fiestas. Entre uno de ellos está el verdadero Fantasma de Venecia.

***

—Jianna. —La voz de Lucrezia la sacó de sus pensamientos. La mujer llegó hasta ella—. Bruno Comminetti quiere verte —anunció—. Han prendido a Giacomo Casanova.

Jianna no respondió, no apartaba sus ojos de Paolo.

Casanova. La noticia le había helado la sangre. Tenía sentido que lo fuera. La decepción y angustia no tardó en llegar a su cuerpo. Decepción por descubrirlo al fin y de esa manera, decepción por no haberlo visto antes, sumada a la decepción porque lo hubiesen atrapado. Angustia, angustia porque todo había llegado a su fin de la forma que más temía, ya que lo ahogarían en la laguna, y angustia por sentirse culpable de alguna forma. Era evidente que después de los últimos acontecimientos, llegarían hasta él. Apoyó la espalda en la pared ante la mirada de Lucrezia.

—Jianna —le dijo—, ¿hay algo que deba saber?

Jianna bajó la cabeza, no tenía sentido ocultárselo por más tiempo. Sin embargo, notó en su rostro que la mujer intuía más de

lo que aparentaba.

Lucrezia la sacó al pasillo, cerrando la puerta de la habitación del remero, y se puso frente a Jianna, sujetándole los hombros.

—¿Has salido alguna vez de La Serenissima por la noche? —preguntó al fin.

Jianna levantó la cabeza, Lucrezia nunca preguntaba por la procedencia de las rosas, nunca le habló de sus salidas al anochecer, pensaba que ni siquiera se había dado cuenta de ello. Pero a la dueña de La Serenissima no se le pasaba nada por alto.

Lucrezia esperaba paciente una respuesta, no estaba enfadada, su mirada era más de decepción, de angustia por las consecuencias de lo que le dijera su más valorada pupila.

Jianna cogió aire y sintió una punzada en el pecho. Ya no tenía sentido ocultárselo a Lucrezia.

—Me he enamorado del Fantasma de Venecia —confesó y sintió cómo el peso de meses de silencio se disipaba con las palabras.

Lucrezia abrió la boca y se llevó las manos a la cabeza. Miró hacia un lado.

—¿Sabes quién es? —susurró.

Jianna cerró los ojos.

—Nunca he visto su rostro —respondió la joven y Lucrezia se sobresaltó sorprendida—. Lleva una *maschera*.

Lucrezia suspiró. Comprendió que aquel hombre misterioso que vio bailar una vez con Jianna era él. Ahora tenía sentido. Las rosas, el vestido, el baile, Jianna fuera del burdel de madrugada. Estaba segura de que la joven veía a alguien a escondidas, pero nunca pudo ni imaginar que se tratara de aquel demonio. Se sintió imbécil, los años habían hecho que perdiera perspicacia. Los zapatos en la oficina del inquisidor, cómo él la dejó vivir matando a las personas que la golpearon, la muerte de los dos agresores de la fiesta del rey, Úrsula, Giovanni y Antonella. La razón por la que Bruno Comminetti esperaba en uno de los salones del prostíbulo. Suspiró de nuevo.

—Tienes que decírselo a Bruno, debes denunciarlo al inquisidor. —Conocía la respuesta que iba a dar la joven a sus palabras—. Sea quien sea, pueden atraparlo con tu ayuda.

—Jamás.

—Te ahorcarán, te ahogarán en la laguna o te hundirán en la miseria.

Jianna cerró los ojos.

—Que lo hagan.

Lucrezia negó con la cabeza y le apretó los hombros.

—¿Tienes sospechas de quién pueda ser? —Lucrezia hablaba en susurros.

—Sé que está cerca de mí, pienso en algunos, no estoy segura.

—¿Casanova es uno de ellos?

—Sí —confirmó la joven volviendo a coger aire.

Lucrezia cerró los ojos y apoyó su espalda en la pared.

—Dios bendito. —Se llevó las manos a la cara—. Tengo al Fantasma de Venecia en La Serenissima. —Apretó los labios. Su piel rosada tomó cierto tono encendido—. Voy a matar a Murano en cuanto lo vea.

—Lo siento —se disculpó Jianna. Sabía que la culpable de todo era ella.

—No debes sentirlo. —Lucrezia giró su cabeza hacia ella—. Él ya estaría aquí, con seguridad, antes que tú. Tú solo has creado un vínculo con él.

Volvió a coger a Jianna por los hombros.

—Si es Casanova y lo condenan a muerte, nadie sabrá nada, todo quedará en rumores y se acabó —le dijo—. Pero si no lo es, debes alejarte de él.

Jianna apartó la vista. Lucrezia entornó los ojos hacia ella con desconfianza.

—Ahora ve a ver a Bruno —añadió—. Te está esperando.

—No pienso decirle nada —le advirtió Jianna.

Lucrezia la sacudió empujándola levemente hacia la puerta.

—Haz lo que creas conveniente —le dijo—. Yo te apoyaré en lo que decidas aunque no lo comparta. Pero aleja a ese Fantasma de nosotras o yo misma lo mataré a él. —Volvió a ponerse la mano en la frente—. Lo último que nos faltaba, El Fantasma de Venecia en mi burdel. Sería nuestra ruina.

Jianna la miró de reojo mientras abría la puerta. Era sorprendente que Lucrezia no estuviese molesta con ella a pesar de las

consecuencias que pudiesen tener sus arriesgados actos. Si la voz de que el Fantasma de Venecia tenía un vínculo con ella recorría la República, los clientes mermarían de manera considerable y ni la fortuna de Francesco podría salvarlas de la ruina. Se sintió abochornada y culpable. Toda una vida de sacrificio de demasiadas mujeres para que ahora una joven ligera hiciese tambalear los cimientos del imperio.

Bajó la cabeza. Salió silenciosa para ir a atender a Bruno.

***

Bruno estaba sentado en uno de los salones de la parte principal del palacio. Tenía la pierna izquierda cruzada sobre la derecha y no dejaba de moverla. En cuanto Jianna lo vio, el temor invadió su cuerpo. Rezó porque Bruno no lo notara.

El joven la miró con sus ojos oscuros y Jianna dudó de si hacía bien en no incluirlo en sus cábalas. Podría ser él y todo aquello ser una farsa.

—Siéntate, por favor —le pidió el joven Comminetti.

Jianna obedeció y suspiró.

—¿Sabes lo de Casanova? —le preguntó y ella asintió.

—No es cliente mío —explicó enseguida.

—Sé quiénes son tus clientes, no vengo por Casanova —le respondió él y Jianna notó cómo el tono amable que siempre solía tener Bruno con ella desaparecía, lo que aumentó su temor—. Vengo por El Fantasma de Venecia y aún no estoy seguro de si es él o no.

«Yo tampoco estoy segura. Ahora mismo no estoy segura ni de estar sentada aquí frente a ti».

—¿No te sorprende que Giacomo pudiera ser ese demonio? —preguntó.

—Podría ser cualquiera —dijo ella—. Que lo conozca no es sorprendente. Conozco a demasiados hombres.

Permanecer en su papel de puta le dio confianza unos instantes. Bruno se inclinó hacia ella.

—No tengo dudas de que el Fantasma está cerca de ti —le confesó—. Puede ser cualquiera de tus clientes o puede ser Giacomo. Pero parece que ese ser tiene un interés especial en ti. En toda la República se rumorea que la cortesana más hermosa ha enamorado al demonio veneciano y que por eso mató al hombre que ordenó desfigurarla. Bonita historia, Giacomo es especialista en hacer historias, podría ser él. Pero no lo prendí por eso. Anoche estaba en La Odissea y hace unos días en la fiesta del rey Luis. Quizás fuera casualidad, pero a veces la casualidad es una señal que te lleva a algo. Y él y el Fantasma, si no son la misma persona, suelen frecuentar los mismos lugares. Y luego estás tú.

Jianna no respondió.

—Dos mercaderes de La Toscana te agredieron y murieron, Antonella proporcionó a Giovanni ese líquido que quema lo que toca para acabar contigo y obligaron a Úrsula a hacer el trabajo. No pude ser más rápido que él. Pasó por todos ellos antes de que llegase yo.

Jianna bajó la vista hacia sus manos.

—¿Alguna vez has perdido unos zapatos? —preguntó Bruno mirando los pequeños pies de Jianna—. Los encontré junto a cinco víctimas del Fantasma en el barrio Caravaggio, el barrio donde tú hacías la calle antes de venir aquí.

«¿Cómo puede saber eso? Jamás he dicho que vivía allí». Todo su cuerpo temblaba.

—Francesco —añadió—. Lo vi aquel día. ¿Él te encontró en la calle y se prendó de ti? ¿Cómo una puta de los suburbios acaba en La Serenissima? De mendigos y borrachos al mismísimo rey de Francia. ¿Cómo se consigue eso, Jianna?

No sabía el motivo por el que Bruno se comportaba así. No le gustaba su tono de voz con ella, su forma de decirle las cosas. Era un extraño reproche que no entendía. Su cambio de vida fue casualidad, suerte, y nada de eso tenía que ver con los asesinatos del Fantasma.

—Sí —respondió sabiendo que no tenía que abochornarse por su origen ni por la forma en la que escaló en la sociedad—. Allí empecé. Pero ¿qué tiene que ver eso con él?

—Mucho —respondió el joven—. Todo. El Fantasma de Venecia cometió su primer asesinato allí en Caravaggio. ¿Tuviste allí algún cliente especial? No sé muy bien cómo funciona en las calles. ¿Conociste a alguien que pudiera ser él y te siguiera hasta aquí?

—Aquello no tiene nada que ver con La Serenissima, ni siquiera conocía el nombre de los clientes.

Al recordar su época en las calles hasta le parecía extraño llamar clientes a aquella gentuza. Tan solo visualizar sus horas de trabajo hacía que su estómago se diese la vuelta. La oscuridad de la calle, el olor a orín, el miedo a que le robasen la recaudación…

Bruno rio con ironía y ella se sobresaltó.

—De mendigos al rey de Francia —repitió y el tono de su voz era despreciable—. A seducir al hijo del dux, a los hombres más ricos y poderosos de Venecia.

Sus palabras despertaron algo en el interior de Jianna, un hilo de ira que incendiaba su pecho.

—Ser mendigo no es delito —le respondió con firmeza. Ya estaba bien de tratar de humillarla—, ser puta no va contra la ley. ¿A qué has venido, Bruno Comminetti?

Bruno se sorprendió de la reacción altiva de la joven a sus ofensas.

—Quiero comprobar si la cortesana más cara de Venecia guarda los secretos de sus clientes. ¿Qué sabes del Fantasma?

—Lo mismo que sabe todo el mundo —le respondió.

—Liberaste a Gozzi de morir, estabas segura de que no era él. ¿Por qué?

—Te enseñé por qué, lo comprobaste tú mismo.

—¿Qué interés podrías tener en demostrar que no era él?

—El de salvar a un buen hombre.

Bruno se puso en pie y Jianna lo imitó.

—Solo quiero que me digas que vas a ayudarme a atraparlo.

La cogió por los hombros. Su tono de voz de repente se tornó al de siempre. Jianna entornó los ojos hacia él, contrariada.

—Jianna, mírame —le pidió—. Prométeme que, aunque descubras que el Fantasma es el mismísimo dux, me lo dirás.

Jianna lo miró a los ojos, Bruno estaba diferente y aquello la ponía tremendamente nerviosa. Sabía que no tendría margen de error frente a él.

—Te lo prometo. —Sonó convincente al menos.

—Si ocultas algo al Consejo o a mí no podré hacer nada para protegerte de la ley. —Su voz ahora sonaba amistosa pero solemne —. Y nada me dolería más que ordenar que te ahoguen en la laguna.

Bruno la desconcertaba más cada instante que pasaba. No tenían sentido sus palabras ni sus cambios repentinos, desde el odio de sus ofensas a la devoción de su última frase. Asintió con la cabeza y sonrió, aunque por dentro estaba aterrorizada. Estaba protegiendo a un supuesto demonio y, sin embargo, más inseguridad le daba Bruno. Por un momento lo creyó capaz de poder representar cualquier papel y de que él también pudiese ser ÉL. Pero cruel juego sería el del demonio si todo aquello lo hacía por no dar a conocer su identidad, incluso el someterla a tanta presión a sabiendas de lo que pudiera causarle por dentro. No, Bruno no podía ser el Fantasma. ÉL nunca le haría algo como eso.

El joven Comminetti la besó en la frente, deteniéndose en el beso más de lo habitual, y se marchó.

Jianna no comprendía si la actitud de Bruno era por el Fantasma o por otra cosa. Lucrezia le dijo que la rivalidad entre Marco y Bruno era más que considerable y ella había presenciado muchas competiciones de hombría entre ellos dos. Quizás fuera por Marco la actitud de Bruno hacia ella. Pensar eso la tranquilizaba, eso sí podría controlarlo y utilizarlo, pero si actuaba así por sus sospechas con el Fantasma y su vínculo con ella, no sabía cómo llevarlo.

«Terminaré muerta o mucho peor».

54

Ella

—¿Casanova? —Oigo decir a Francesco—. Qué grata sorpresa.

La ironía de Francesco llega a mis oídos como una flecha que punza mi cabeza. Conozco las razones por las que lo hace y no lo culpo. Sin embargo, no puedo evitar que me hagan daño.

Estoy en la sala de juego, apenas tengo paciencia para mantener una conversación. Hay muchos extraños que no conozco y debería de atenderlos. Lucrezia no me presiona hoy con los clientes, supongo que Francesco ya le ha pagado la noche. Prefiero que sea él, si el Fantasma no vino anoche puede hacerlo hoy y quiero esperarlo en el Canal. Tengo que advertirle de lo de Bruno. Necesito que venga y poder comprobar que no es Casanova, que no lo han cogido.

Siento una mano sobre mi hombro y me sobresalto. Lucio Cavalli está detrás de mí y ver una cara conocida entre tanto extraño me alegra. Me coge del brazo para apartarme del sillón de Francesco y me acerca a él.

—A Marco le han prohibido venir hasta que pase un tiempo —me explica.

—Lo comprendo —respondo. No me sorprende. Nadie se fía de frecuentar La Serenissima si el Fantasma anda por aquí. Aún menos el hijo del dux.

—Ha dicho que volverá en cuanto pueda —añade.

—Dile que no voy a abandonar La Serenissima. —Trato de ser afectuosa en mi respuesta, pero no encuentro las palabras que a Marco le gustaría escuchar, o al menos no las siento, y decirlas en vano un día como hoy me supera.

Lucio asiente y las ondas negras de su pelo caen a los lados de su cara. Mis sospechosos son todos tan diferentes… Giacomo es sofisticado y elegante, seductor, algo que en mi cabeza lo representa a ÉL, y hasta en este momento pienso realmente que podría ser.

Pero algo dentro de mí se tranquiliza cuando miro los ojos de Lucio: es un hombre desaliñado, a veces cortés y otras un auténtico sinvergüenza, ¿por qué no podría ser el Fantasma y esta su farsa en el mundo de títeres que es la sociedad veneciana? Luego está Marco, él es el que más razones tendría de todos para convertirse en el demonio veneciano. Obligado a ser el hijo que su padre quiere, a estar sometido a las decisiones de otros, sin saber cómo poder ser él mismo. Es consciente de que su sonrisa es deslumbrante y está acostumbrado a sonreír a menudo, quizás sea esa la razón por la que los ojos del Fantasma se pliegan con tanta frecuencia mientras sonríe tras su máscara. Y luego está Paolo, que las pocas veces que me toca lo hace con el mismo sentimiento con el que lo hace ÉL y eso no puede disimularlo.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Lucio, pero apenas puedo escuchar su voz lejana, sigo perdida en mis pensamientos. Creo que voy a enloquecer—. Hace frío, pero si quieres podemos salir al jardín.

Asiento, me apetece salir de aquí, el ruido que hay en el interior de mi cabeza, sumado al del ambiente, hacen que sienta que voy a explotar de un momento a otro. Solo deseo que pase el tiempo veloz y cuando llegue a mi cama una nueva rosa la ocupe. No puedo creer que el Fantasma sea Casanova y que lo hayan atrapado.

—Lucio —le digo y él gira su cabeza un poco para hacerme saber que me escucha—. ¿Qué hay que hacer para que me dejen ver a Giacomo?

—¿Quieres ver a Giacomo? —Su tono irónico no me gusta nada. Le encanta usarlo con todo el mundo, pero a mí me enfurece sobremanera—. No esperaba que tú fueras una de sus muchas conquistas.

No estoy hoy para ironías. No sé para qué le pregunto, lo mismo es ÉL y se está riendo de mí y de mi angustia por descubrirlo. Tenía que haberle hecho la pregunta a Francesco, él lo comprendería.

—Solo Bruno puede darte permiso para verlo —añade.

Si solo es Bruno lo tengo difícil, aunque puedo apañármelas. Puedo darle el corazón de cristal, mentirle, decirle que me he enamorado de él, y luego pedirle que me deje ver a Casanova y

echarlo todo a perder. Bruno no es ningún imbécil. Lucio no me pregunta por qué quiero ver a Casanova y yo no tengo por qué darle explicaciones, hoy está imbécil.

Llegamos al jardín. Hace frío, pronto entrará el invierno y el aire de la noche es helado.

—¿Cómo se encuentra Marco? —pregunto, lamento haberle dicho que quiero ver a Casanova. Lo último que necesito es que Cavalli cuente a todos que quiero ver a Casanova en la cárcel. Con la fama que tiene Giacomo y la que tengo yo con el demonio de Venecia, acabamos de montar la nueva obra de títeres del Carnaval. Lucrezia dice que ya ha llegado a sus oídos que hay una sobre mí y el rey de Francia y que el público ríe a carcajadas. No reirían tanto si supieran la verdad, aunque ya comienzan los comentarios de todo tipo sobre mí. Puede ser sorprendente cómo la mente humana puede inventar historias que, sin saberlo, son muy cercanas a la realidad. Lucio me está respondiendo y ni siquiera lo estoy escuchando. Asiento como si lo hubiese comprendido todo.

Hoy no soy capaz de hablar con nadie, no soy capaz de escuchar dos palabras seguidas, mi pensamiento se va. Me aburren las personas, no quiero personas, necesito ver de una vez la *maschera nobile*, su silueta en la sombra, lo necesito a ÉL. Tengo que pensar cómo Bruno puede dejarme ver a Giacomo. Iré, iré mañana a primera hora y le suplicaré, me regalaré, me someteré a todo lo que quiera, pero necesito mirar a Casanova a los ojos y preguntarle si es ÉL. Si hoy no hay muerte en las calles, o al menos la muerte que ÉL suele dar, si hoy no hay rosas ni silueta en el agua del Canal, mañana mismo iré a prisión y no me moveré de allí hasta que me dejen verlo.

—¿Piensas que el Fantasma es Casanova? —Oigo la voz de Lucio y su pregunta me recuerda a la del propio Fantasma cuando me inquirió si pensaba que ÉL era el conde Gozzi.

Me sobresalto con sus palabras y noto el estómago encogido, me cosquillean hasta las muñecas. Giro mi cabeza hacia Lucio y le miro sus ojos.

«Lucio, ¿eres tú? Termina ya este juego que cada vez se torna peor o perderé la cabeza por completo». Necesito a Marco aquí, y a

Casanova. Tener a los tres delante, seguro que así podría descubrirlo. Yo, solo yo sé quién es el verdadero Fantasma y debo de ser imbécil porque ni teniéndolo delante puedo encontrarlo.

—No lo sé —respondo casi sin medir las palabras—. Es extraño que el Fantasma sea alguien que conozca.

Observo el rostro de Lucio para ver si puedo descubrir alguna reacción en él. Pero nada me dice que haya entendido más allá de mis palabras, solo recibo una mirada profunda como respuesta. Esa mirada misteriosa que vuelve a recordarme a ÉL y el cosquilleo se me extiende por el resto del cuerpo, hasta las costillas.

—Parece que Comminetti no tiene dudas de que el Fantasma sí que te conoce a ti —me dice.

Ya que he metido la pata diciendo lo de Casanova, no importa que la meta aún más. La noche no puede ser peor.

—¿Esa es la razón por la que prohíben a Marco venir aquí? —Mi pregunta coge a Lucio desprevenido. No hace falta que me responda, ahora lo sé. Soy necia por no haberlo imaginado antes. ¿Cómo iba a dejar el dux que su único hijo vivo venga a ver a la prostituta que tiene cerca al demonio de Venecia? Pensaba que era para protegerlo del peligro de un asesino, pero no es eso. Quiere alejar a su hijo de una sospecha por parte de los Comminetti. Bruno y el Consejo tienen que estar más que seguros de que el Fantasma tiene relación conmigo para que el dux haya alejado a su hijo de mí. Eso quiere decir que tampoco tienen nada claro contra Casanova, quizás, aunque sea él, no puedan condenarlo a muerte.

—¿Cómo se encuentra el remero? —Desvía la conversación enseguida y eso confirma que estoy en lo cierto—. Todo el mundo conoce su hazaña.

—Las quemaduras son profundas —suspiro—. Pero él no suele quejarse.

Inconscientemente sonrío y Lucio me observa.

—Es muy noble lo que hizo —añade.

Asiento. Paolo es quizás la persona más noble que conozco. Silencioso me acompaña y espera durante horas, observando, nunca se queja. He sido imbécil si alguna vez lo he tratado mal. Si alguna vez no le hablé con respeto simplemente porque sabía que tenía

cierta devoción por mí, devoción que solo suelo corresponder por dinero, cantidad no accesible para un humilde muchacho. De no ser por él, hubiese vuelto a la miseria o sería una carga más de tantas que tiene Lucrezia. Me siento despreciable. Paolo no puede ser el Fantasma. No lo veo capaz de matar ni siquiera por justicia. Es humilde, los actos del Fantasma no lo son.

—Quizás la persona más noble que conozco —confieso y no sé por qué le digo esto a Lucio, como si a él le importara algo lo que yo piense de un remero, pero de alguna forma alabarlo delante de alguien me hace sentir mejor. Me estoy volviendo tan hipócrita como lo son las personas que me rodean. Me he convertido en un títere más de la República.

Miro a Lucio de nuevo y me inundan las dudas. Ese martilleo en mi cabeza vuelve, con el mismo ritmo del martillo del herrero del barrio en el que crecí, ese mismo sonido día y noche dentro de mí. No puedo más.

—¿Echas en falta a Úrsula? —pregunto. El conde era cliente de ella, bastante asiduo. Sé por mis *hermanas* que no es un hombre que tenga sentimiento alguno por ninguna puta, aunque ellas están deseando cazarlo y que las saque de esta miserable aunque lujosa vida.

—No sé por qué trató de hacerte eso. —No responde, no la echa de menos en absoluto. Ya somos dos. No puedo evitar sentir ira al pensar lo que pudo hacer conmigo.

—Es obvio —respondo. Está claro que hoy no pienso ser correcta en absoluto—. Y tú, Lucio, ¿crees que Casanova puede ser el Fantasma? —Ahora la pregunta se la hago yo. Necesito conocer qué piensa, aunque lo mismo tampoco me lo diría. Lucio me mira.

—No conozco al Fantasma —responde—, así que no puedo saber si lo es o no.

Mejor respuesta que la que le hado yo antes, que simplemente le he dicho que no lo sé, con la diferencia que él me ha dejado claro que no conoce al Fantasma de Venecia y yo no. Lo dicho, estoy metiendo la pata por momentos. Hoy no debo ni acercarme a Bruno.

—Lo mejor que le puede pasar a Giacomo es que el Fantasma mate antes de que lo sentencien —añade.

Es lo mejor que me puede pasar a mí también. No puedo seguir con esta conversación.

—Es tarde —le digo. Tengo que irme ya. Me ahogo y no quiero que nadie me vea así—. Voy a buscar a Francesco.

Dejo a Lucio en el banco del jardín y me voy decidida a pedirle a Francesco la noche libre. Renuncio a mi parte del dinero, el dinero en la situación en la que estoy es lo de menos.

***

Ella

Hoy tampoco ha venido. Voy a volverme completamente loca.

55

El dux encontró a su hijo en el jardín de palacio.

—Marco, te estaba buscando —le dijo.

Marco sonrió con ironía.

—No es difícil encontrarme, llevo siete guardias que me vigilan y me impiden salir del palacio.

—Lo hago por tu seguridad —respondió el dux.

—¿Mi seguridad? El Fantasma está en prisión, ¿no? Pues déjame salir de aquí.

El dux miró a su hijo con dureza.

—El Consejo no está convencido aún. —Echó un vistazo a su alrededor—. Tres asesinatos en este mismo palacio, y la visita que le hizo a tu prometida. Podría estar en cualquier parte. Lo de esa prostituta…

—Tú pagaste por ella para mí. —Apoyó la mano en uno de los jarrones del jardín—. Y ahora me prohíbes ir a verla.

—Hijo, está claro que el Fantasma tiene alguna conexión con ella, puede ser un cliente o alguien que la conoció en los suburbios y la sigue. No es seguro.

—La guardia me acompaña, no puede matarme —se defendió él.

—No sé hasta dónde es capaz de llegar ese ser, mató aquí, delante de todos nosotros, dos veces.

Su hijo sacudió la cabeza.

—¡No puedes tenerme encerrado más tiempo! —gritó Marco.

—¿No lo entiendes? —El dux alzó también la voz—. Casanova está en prisión, pero ¿y si sospecharan de ti?

Marco levantó la cabeza hacia su padre.

—Eso es lo que temes, que sospechen de mí. —Marco se retiró de su padre—. ¿Te sorprendería? —preguntó—. ¿Que yo no fuera el hijo que crees tener?

—Hijo…

—Ni siquiera me conoces, nunca te ha interesado conocerme, por eso temes.

El dux se acercó a su hijo.
—No —respondió—. Yo nunca pensaría…
Marco se alejó de él de nuevo.
—Pues déjame libre de una vez.
El joven abandonó el jardín con paso rápido.

56

Jianna se acercaba veloz al edificio donde no hacía mucho había ido a llevar el libro de cuentas para demostrar que Carlo Gozzi era inocente. Aún no sabía muy bien cómo pedirle a Bruno que le permitiera ver a Casanova. El Fantasma no había matado aquella noche y el tiempo jugaba en contra de Giacomo.

Se detuvo en las rejas y estaba dispuesta a dar su nombre al guardia cuando vio salir a un pequeño hombre.

—¡Francesco! —lo llamó enseguida. Francesco se extrañó de verla allí.

—Jianna, ¿qué haces aquí?

—Tenía que hablar con Bruno —respondió ella.

—¿Sobre Giacomo Casanova? —inquirió el enano.

Jianna asintió y Francesco la miró con desconfianza.

—No hace falta que lo hagas ya. —Jianna arqueó las cejas—. Mi esposa se ha encargado de ello.

—¿Va a testificar?

—Según ella —continuó Murano—, Giacomo no es el asesino de Venecia porque muchas noches él estuvo con ella.

Jianna expulsó todo el aire que la presión de su pecho le había impedido dejar salir en los momentos previos.

—Parece que te alegras. —Francesco entornó los ojos hacia ella.

Jianna sabía todo lo que conllevaba que la esposa de Francesco Murano, el cristalero más rico de la República, fuera amante de Casanova. La reputación del pequeño hombre quedaría más que en evidencia.

—Lo siento. —Le acarició el hombro.

—Jianna, llevo mucho tiempo pensándolo, pero ahora… —Le cogió la mano—. Voy a marcharme un tiempo de Venecia. No soporto estar aquí.

Sus palabras cayeron sobre Jianna y le provocaron un gran pesar. Sin su protector, en la situación en la que se encontraba podría suceder que las cosas se le complicasen sobremanera.

—No debes de preocuparte —continuó—. Volveré, no te abandono, dejaré todo arreglado con Lucrezia.

—¿Cuándo te marchas? —preguntó Jianna.

—Hoy mismo parte un barco hacia La Toscana, no me quedaré allí mucho tiempo, pero necesito irme lo más rápido que pueda y es mi única opción en este momento.

—Voy a echarte de menos. —Y era cierto. Francesco era una compañía necesaria en su vida. Era la voz constante de la cordura, la inteligencia que podía guiarla. Iba a ser difícil sin él.

—Sé que lo harás —sonrió—. Tú y Lucrezia sois lo único que me apena dejar atrás. ¿Cómo has venido? ¿Paolo ya está mejor?

Jianna negó.

—He venido andando —confesó ella.

—Entonces ven conmigo, es un largo paseo.

***

Ella

Hace frío, tanto que creo que me voy a congelar mientras espero en la oscuridad tras La Serenissima. Tan solo Lucrezia y yo sabemos que Francesco se ha marchado de Venecia. Esa es la razón por la que yo estoy aquí sola. Para el resto, incluidas mis *hermanas*, estoy con Francesco en las habitaciones de arriba.

Es la hora a la que acostumbra a venir a dejarme la carta y la rosa. El cielo es violeta hoy, está a punto de llover. Llevo una capa gruesa sobre mi vestido, pero no es suficiente, el frío y la humedad traspasan la tela.

Me asomo al Canal, pero tan solo pasan barcas de gente que va y viene, no ÉL. No sé por qué desaparece de esta manera. Si sabe que Bruno me acecha lo comprendo, pero seguro que tiene alguna forma de comunicarse conmigo.

Oigo pasos en la estrechísima calle a mi espalda y me acerco a la esquina del Canal. Si es algún indeseable podré correr a tiempo y

entrar en casa. Sigo mirando a un lado y al otro del interminable Canal, pero no consigo verlo.

—Jianna. —Me sobresalto y giro mi cuerpo. Mis pies están tan helados que apenas me responden. ¡Lo he imaginado tantas veces en estos últimos días! Es la primera vez que he pasado tanto tiempo sin saber de ÉL desde la primera carta, y vuelvo a sentir las ráfagas de viento en mi estómago. De todos modos. nunca lograré acostumbrarme a la imagen del Fantasma de Venecia.

Alarga su mano hacia mí y yo le acerco la mía. Tira pidiéndome que lo siga. Nunca he accedido a esta calle de atrás. Es larga y oscura y tan estrecha que tengo que ir detrás de él. Si no fuera por quién me acompaña, jamás hubiese consentido andar por aquí. Porque ÉL es el terror de Venecia, quien encontremos no será una amenaza. Vamos deprisa, su capa revolotea tras él y se enreda en mí.

Se detiene, la calle acaba en un estrecho canal y cruzamos al otro lado por un puente de hierro, la barandilla me deja helada la mano que tengo libre. No sé adónde me lleva, pero no quiero interrumpirlo con mi impaciencia. Solo deseo seguirlo.

Se detiene al fin junto al agua y me suelta para quitar el nudo de la cuerda que ata una góndola al poste. Me pierdo en el reflejo de su imagen en el agua, la oscuridad de su ropa contrasta con la máscara blanca, que con el leve movimiento parecer brillar en la laguna.

Me invita a subir. La góndola es pequeña, inestable, pero me siento en ella y abrazo mis rodillas, el frío es insoportable. Él sube y se inclina hacia mí. Me gusta que me deje mirarlo de cerca donde puedo ahondar en los huecos de su máscara que me permiten verle los ojos. Me fijo en sus pestañas oscuras, abundantes para ser las de un hombre. Sabe que quiero ver más allá y aparta la cara, pero yo sujeto su máscara con mis manos. Está fría como todo lo que nos rodea.

—Necesito saber quién eres —le digo. La incertidumbre me está matando.

—No me pidas eso, Jianna —dice y aparta su mirada—. Es mejor para ti no saberlo.

Sabía que no iba a decírmelo. Nunca me lo dirá, solo me queda mi instinto para descubrirlo. Es extraño, Lucrezia me enseñó a no enamorarme de ningún hombre que conociera, pero he acabado enamorándome de un hombre que ni siquiera sé quién es. Algo impensable y necio si lo hubiese oído de cualquier otra. Pero sé lo que siento por él, sé cómo es su alma y me es suficiente. No me importa el rostro que puede haber tras esta máscara. Solo lo quiero a él. Me encanta su voz, la tranquilidad que me transmite cuando está conmigo, y la seguridad de que en mi nueva vida no estoy sola. Como siempre me dice, no suele andar lejos de mí.

Retiro una mano de la máscara y la meto bajo mi capa. Cojo la bolsa de terciopelo negro y se la coloco en la palma de la mano. ÉL cierra su mano, oigo el crujir de su guante rozar con el terciopelo. Sabe lo que es y reconoce su tamaño.

—¿Por qué haces esto? —me pregunta.

—Sabes lo que es y la razón por la que lo hago.

—No deberías hacerlo —dice—. ¿Sabes lo que soy?

Le cierro la mano que sujeta el cristal.

—Soy un demonio, Jianna. —Sé lo que es, nada de lo que diga me hará cambiar de opinión.

—Eres un hombre. —Le acaricio la máscara—. Ellos son los demonios, no tú.

Cierra los ojos como si pudiese notar la caricia en su piel. A veces me pregunto si él no necesita el contacto conmigo. Nunca puedo tocarlo, capa, guantes, máscara y ropa me lo impiden. No conozco el tacto de su piel ni él el mío. O tal vez sí, si es alguien demasiado cercano.

Lo veo guardar el cristal bajo su capa.

—Claro que soy un demonio —repite.

Cojo su mano y me la llevo a la mejilla, la resbalo por mi cara hasta el cuello. Noto sus dedos en mi nuca y se me eriza el vello, estoy convencida de que no es de frío.

—Entonces llévame contigo al infierno.

Lo miro, entorna los ojos hacia mí. No le sorprenden mis palabras, pero no sé si le gustan o no. Puede pensar que estoy enloqueciendo.

Llegados a este punto me da todo igual. Quiero que me arrastre hacia su oscuridad.

—Si es lo que quieres, cierra los ojos. —No esperaba que accediese.

Cierro los ojos y lo siento moverse en la barca. Estoy a punto de abrirlos de nuevo, pero siento una tela sobre los párpados. Sus manos vuelven a mi nuca, hace un nudo y el roce con mi piel hace que el vello se me erice otra vez.

Estoy sumida en la oscuridad, noto el balanceo de la barca, me marea levemente. Él me sube la capucha de la capa. Dejo caer mi torso en él, me encanta el calor que desprende aunque todo esté helado a nuestro alrededor. Que me lleve a donde quiera.

***

—Tenía que llevarla hasta mi infierno y que pudiera ver con sus propios ojos lo que soy en realidad. Quizás así su mente se aclararía y me pidiese que no volviera por allí.

***

Ella

La barca se detiene, la siento chocar con algo y oigo el ruido de la madera crujir. Hay un absoluto silencio.

Él baja y me ayuda a incorporarme y salir de la góndola. Un tintineo de llaves y el chirrido de una cerradura al girar me hacen

saber que vamos a entrar en algún lugar. Por eso me ha vendado los ojos, no quiere que reconozca el sitio en el que nos encontramos.

Cierra la puerta tras de mí y lentamente desata el pañuelo de mi nuca, que cae sobre mi pecho. Miro a mi alrededor, no reconozco el lugar, pero las casas de madera en ruinas me son familiares. Es pequeña, apenas una sola habitación, como donde yo vivía con mi familia. A través de una única ventana, una farola alumbra la vivienda. No hay muebles, no hay absolutamente nada, tan solo cuerdas que cuelgan de las vigas, sacos de paja, telas oscuras y una cadena de gruesos eslabones. En la pared hay un perchero de metal que sostiene varias capas negras y algunos sombreros, y puedo ver brillar el broche del que llevaba la noche del Carnaval. Me ha traído a su guarida.

Doy un paso y oigo un sonido metálico, he pisado algo con mi pie derecho. Retiro la capa y mi vestido. Es un gancho de metal grueso, lo he visto muchas veces. Me inclino para cogerlo. Sí, lo usan en los mataderos para colgar a las bestias, hasta en La Serenissima tenemos alguno. Abro mi mano y lo contemplo, con esto es con lo que el Fantasma cuelga a sus víctimas. Voy a dejarlo caer aterrorizada, pero lo siento pegado a mi espalda. Me rodea con un brazo hasta alcanzar el gancho y lo sostiene con su mano enguantada.

—Esto es lo que soy, Jianna. —Su otra mano me agarra la cintura y pega mi espalda a su cuerpo. No puedo moverme, siento mi espalda apretada contra su torso, su calidez me contagia enseguida y choca con el calor que comienza a producir mi cuerpo. Acerca el garfio hacia mí, tengo mi mano sobre la suya, pero no hago ningún esfuerzo por alejarla. Cierro los ojos mientras siento la punta del gancho en el hueco que hay al final de mi cuello—. Esto es lo que hago.

Arrastra el garfio por mi piel hasta llegar a mi pecho, mientras dejo caer mi nuca sobre su hombro. El escote de mi vestido le impide seguir.

***

—La sentía respirar acelerada pegada a mi cuerpo y no era porque tuviese miedo de mí. Comprendí entonces que llevarla hasta allí, en un intento de abrirle los ojos, fue una de tantas estupideces que cometí con ella.

Me retiré de su cuerpo enseguida, lancé lejos el garfio y me dirigí hacia la ventana. El cielo había roto en relámpagos, los truenos hacían temblar el cristal y llovía tan fuerte que el techo parecía que iba caerse a trozos sobre nosotros.

No podía sacar a Jianna de allí con semejante tormenta. Y, si te soy sincero, yo tampoco quería hacerlo.

***

Ella

Está junto a la ventana, me encanta su silueta en la penumbra. Podría mirarlo durante horas, pero no es mirarlo lo único que deseo ahora, El Fantasma de Venecia despierta en mí lo mismo que reconozco en los ojos de los hombres que suelen estar conmigo.

***

—Me giré para decirle «tienes que alejarte de mí» y entonces la vi. No hay palabras para describir el cuerpo de Jianna desnudo. Los hombres pagaban auténticas fortunas por contemplarlo, así que os podéis imaginar lo que su imagen fue capaz de provocar en el mío.

Quise apartar la mirada de ella, pero no pude. Me di cuenta de que ella había recogido el pañuelo negro del suelo y avanzaba hacia mí.

***

Se detuvo cuando su pecho rozó la capa de él. Entonces levantó el pañuelo y se lo colocó sobre los ojos, atándoselo con fuerza en la parte posterior de su cabeza.

—¿Qué estás haciendo? —La sujetó por la cintura para impedir que se acercase más a él.

—Hoy no me importa quién seas.

***

Ella

Noto su mano enguantada acariciar mi hombro y mi cuerpo entero parece arder. Deja caer su mano hasta mi codo y tira de él. Sigo sus pasos guiada por sus manos y choco con algo que tintinea, son los gruesos eslabones de una cadena que cuelga de algún lugar. El Fantasma me suelta y al hacerlo parece que pierdo el equilibrio, estoy sumida en la más completa oscuridad y el no ver nada me marea. Me agarro a las cadenas y espero inmóvil a volver a sentir la suavidad de sus guantes sobre mi piel.

***

—Aquello se me había ido de las manos completamente. Junto a la ropa de Jianna, que yacía en el suelo, pude ver el crucifijo de madera al que tantas veces se aferraba. Pero ninguna fuerza divina podría hacer que un demonio como yo recobrara la cordura en un momento como aquel.

Tenía a Jianna delante, inmóvil, en la guarida de un demonio, totalmente desnuda y con los ojos vendados.

Acerqué mi mano a un lateral de su espalda y la acaricié. Su piel se erizó y se tornó rugosa, y su cuerpo entero se estremeció.

Y claro que pude notar su piel erizada bajo mi mano. No pienses que, llegados ya a este punto, me dejé colocados los guantes.

***

Ella

Siento el cuerpo de él rozar mi espalda, está detrás de mí. Aprieto con fuerza las cadenas y estas suenan, entonces curvo la cadera hacia atrás en un movimiento que Lucrezia me hizo repetir una y otra vez, hasta la saciedad, cuando me preparaba para los hombres en la intimidad. Pero ÉL pega su pecho a mi espalda y nuestros cuerpos encajan sin necesidad de forzarlos. La temperatura de la piel del Fantasma sin ropa es tan cálida que no puedo dejar de empujar mi espalda contra él, su cuerpo es firme, duro, sin embargo, no hace el intento de ejercer ninguna fuerza sobre mí.

Levanto mi mano hacia su cabeza y la detengo en cuanto rozo la *maschera*. La agarro, tiro de ella y la dejo caer al suelo. Sensación extraña cuando la oigo chocar contra la madera y soy consciente de que tengo al Fantasma de Venecia sin máscara tras de mí. Noto sus labios en mi hombro y vuelvo a agarrarme a las cadenas para no perder el equilibrio con sus movimientos.

***

—Jianna dejaba caer el peso de su cuerpo sobre el mío e hizo varios intentos de agarrarme, pero yo alejaba sus manos de mí.

No podía arriesgarme a que me tocara, porque al más mínimo desliz terminaría descubriéndome.

***

Ella

Intento agarrar su cuello, pero él me detiene, una única mano agarrando la cadena no es suficiente para mantenerme, me dejo caer de rodillas y él cae de rodillas tras de mí. Aún me sujeta la mano y me la vuelve a colocar en la cadena, ÉL también se sostiene en las cadenas y estas no dejan de tintinear. Puedo sentir sus muslos pegados a los míos y todo mi cuerpo se afloja para que entre en mí. Gimo, pero mi garganta lo hace por necesidad, porque no hay otra forma de hacer salir todo lo que llevo dentro, y aunque Lucrezia nos ha enseñado a que seamos nosotras las que hagamos el trabajo, no deseo que su movimiento se detenga. Vuelvo a apretar mi cadera contra la suya para hacérselo saber, pero intuyo que él ya lo sabe, porque aprieta mis manos sobre la cadena. Aquí no sirve de nada todo lo que me enseñó Lucrezia.

***

—Jianna había estado con decenas de hombres, pero supongo que alguna diferencia tendría que haber cuando ese hombre era el Fantasma de Venecia.

***

Ella

Suelta mis manos y por instinto trato de agarrar su cuello de nuevo, soltándome por completo de las cadenas. Consigo alcanzarlo y lo llevo hasta mi pecho. Al sentir sus labios otra vez, las ráfagas de vértigo vuelven a mi estómago, pero el Fantasma vuelve a apartar mis manos de él y tengo que apoyarlas en el suelo para sostenerme.

***

—Mucho me temía que acabaría desenmascarándome si seguía así. Yo ya estaba perdido en ella por completo y no era capaz de vigilar constantemente sus manos.

***

Ella

Deja caer parte de su peso sobre mí y me obliga a apoyarme completamente en el suelo. Tiene sus labios en mi cuello y me sujeta los brazos con fuerza. No puedo moverme y aunque pudiese hacerlo no escaparía de aquí. No ahora que se me vuelve a erizar el vello y mi garganta comienza a querer liberar todo lo que me hace vivir quien quiera que sea él.

***

—Yo también había estado con decenas de mujeres, pero, como ella, ninguna.

Hasta yo me sorprendí de lo que Jianna fue capaz de despertar aquella noche en mí.

***

Ella

Se detiene y se retira de mí. Estoy a punto de decirle que no lo haga, pero él me gira hasta que mi espalda toca el suelo, lo siento sobre mí y por instinto trato de agarrar la suya. Ni siquiera he podido rozarlo, me aprieta las muñecas sobre mi cabeza, contra el suelo. Siento algo alrededor de ellas, algo duro, áspero, que me aprieta y tira de mí, obligándome a estirar los brazos. El Fantasma me ata con cuerdas. Pero ahora mismo siento que puede hacer lo que quiera conmigo.

***

—No me siento orgulloso de haberlo hecho, pero si no llego a atar las manos de Jianna aquella noche, hubiese acabado descubriendo quién soy. Solo con tocarme lo hubiese averiguado.

A ella no pareció importarle en absoluto. Además, mantenerla sujeta me permitía libertad para detenerme en otras cosas, sin tener que estar pendiente de sus movimientos.

***

Ella

Al fin ha llegado a mis labios, no ha dejado ni una sola parte de mi cuerpo sin besar. Casi no soy capaz de respirar y las muñecas me duelen, pero de nuevo empujo mi cadera contra la suya y esa parte de él vuelve a entrar en mí, sin detenerse, hasta encajar por completo, como si alguien la guiara en el camino haciendo que mi cuerpo se adaptara a sus movimientos otra vez. Y ahora sí que voy a mostrarle todo lo que me enseñó Lucrezia.

***

—Lucrezia hacía ensayar a las suyas, durante horas a veces, para dar placeres extremos a los hombres y de ahí sus altos precios. Misteriosos ejercicios que desconocíamos todos. No era un secreto en Venecia que tras esos ejercicios las muchachas no se podían mover del dolor durante días.

Desconozco en qué consistía el método. Muchos burdeles trataron de descubrirlo, pero jamás lo consiguieron. Aun así, lo de Jianna superaba con creces las enseñanzas de Lucrezia.

***

Ella

Las cuerdas me aprietan cada vez más, he perdido la cuenta de cuantas veces las he girado, aumentando su presión. Él, sin embargo, se está dejando caer por completo sobre mí, puedo oír su respiración profunda cerca de mi oído. Acabo de recordar que aunque lo tenga en mí no he sido capaz de reconocer su identidad. Siento su cuerpo, sus jadeos, le he dado todo lo que sé dar y aún no puedo ponerle rostro. Sin embargo, el pensar todo esto ahora, lejos de restar placer a lo que estoy haciendo comienza a aumentarlo de nuevo.

Noto que está a punto de gritar, sus labios se encuentran muy cerca de mi oído, sin embargo, me muerde fuerte en el hombro para no hacerlo. Sabe que no puede, no lleva la máscara y yo podría reconocer su voz. Siento su boca expulsar aire caliente sobre mi piel mientras aumenta la fuerza de su mordisco y eso hace que mi garganta vuelva a romperse otra vez, con más fuerza si cabe que la anterior.

Mi corazón late tan rápido y con tanta fuerza que puedo escucharlo a través de mi pecho. Me cuesta respirar y siento que a él también le ocurre lo mismo. Si antes tenía dudas sobre ÉL, a partir de hoy voy a perder la razón. Porque ahora sí que no tengo ni idea de quién puede ser el Fantasma de Venecia.

***

—Sobran las palabras.

57

—Aquella noche, después de dejar a Jianna en La Serenissima, los peores demonios me invadieron y me sumí en la completa oscuridad. Vi la realidad lejos de juegos absurdos. Jianna era una cortesana y yo un ser sin alma que había probado algo que nunca podría ser. Estaba completamente enloquecido.

***

Bruno tenía los zapatos de Jianna sobre la mesa. El inquisidor Luigi Comminetti entró en el despacho.

—¿Sigues pensando que son de ella? —preguntó el inquisidor. Bruno alzó la mirada.

—Lo son —respondió el joven—, y estamos cerca de atraparlo.

—¿Cómo? —se extrañó el inquisidor.

—A través de ella.

—¿Jianna sabe algo?

—Dice que no, pero… algo me dice que…

Bruno alzó un cuchillo y lo clavó en uno de los zapatos ante la mirada atónita del inquisidor.

—¡Bruno! —El inquisidor no daba crédito a lo que acababa de hacer su sobrino.

—Esto está acabando con mi paciencia. —El joven se sentó—. Ahora Jianna y el Fantasma.

—Si esa prostituta tuviera algo que ver con él, el Consejo no tendrá piedad con ella.

—Lo sé. —Apoyó la espalda en el sillón.

—¿Y eso te apena? —preguntó Comminetti. Bruno lo miró.

—Lo que me apena, lo que me llena de ira, es la razón por la que ella está metida en esto.

El inquisidor tomó asiento para escuchar las palabras de su sobrino.

—Sea quien sea ese demonio, está enamorado de ella, y no alcanzo a entender los sentimientos que puede tener Jianna hacia un asesino.

—¿Qué estás diciendo?

—Que ahora sí que voy a atraparlo. Y si ella lo está encubriendo, también.

El inquisidor miró a su sobrino con dudas, pero estas se disiparon pronto.

—¿Piensas ya en algún nombre? —preguntó.

—Hay algunos, pero solo uno encaja con todo esto y con ella.

El inquisidor se inclinó hacia él.

—Marco Grimani —anunció el joven.

—¿El hijo del dux? ¡Te has vuelto completamente loco!

—Él está cerca de Jianna y ya viste lo que pasó con su prometida. Aun así, esta no está muerta —añadió Bruno.

—Es el hijo del dux.

—Es un hombre como cualquier otro. —Bruno alzó la voz.

—Marco está recluido por orden del dux hasta que se aclare lo del Fantasma —repuso Comminetti.

—Por orden del dux, claro. —Bruno se levantó y rodeó la mesa—. Casualmente lleva recluido el mismo tiempo que el Fantasma lleva sin matar, cuando teníamos a Casanova preso, cuando recaían en otro las sospechas. Esto es un juego para él. Intenta reírse de nosotros.

—No puedes acusar al hijo del dux con suposiciones.

—No me harán falta —respondió—. No habrá dudas.

58

Ella

Me ha prometido volver a venir hoy. Debo tener los ojos bien abiertos en La Serenissima, después de lo que pasó anoche uno de ellos no me mirará de la misma forma. Hoy tengo la oportunidad de conocer quién es.

Mis sospechas se reducen tan solo a dos, aunque no pueda dejar de pensar que Paolo también puede ser ÉL. Sin embargo, mi intuición me dice que una vez que Gozzi y Giacomo están fuera de sospecha, tan solo me quedarían Lucio y Marco como posible identidad del Fantasma. Cada vez estoy más segura de que es uno de ellos dos. Esta noche tengo que comprobarlo de alguna forma. No puedo estar tan ciega como para no verlo.

***

Ella

El salón está lleno de hombres nuevos que tratan de negociar con Lucrezia. Extranjeros que buscan las diversiones paralelas al Carnaval. Me miran, vienen buscando a la prostituta del rey Luis, lo que hace que Lucrezia aumente mi precio. Estoy detestando mi trabajo hasta el límite, después de la noche con él no puede haber otro. Lucrezia llevaba razón cuando me lo advirtió, dejaré de ser la prostituta más cara de Venecia.

Azul es el color de mi vestido hoy, si me ve, sabrá por qué lo llevo. Marco no está por ninguna parte, su padre le prohíbe salir de

palacio y eso me lleva a pensar que o bien tiene algún modo de escabullirse o es el conde Cavalli el ser por el que se funde en fuego mi alma. Claro que puede ser el Fantasma, tiene esa mirada intensa y oscura que tanto me fascina tras la blanca máscara de mi demonio. Lucio es fuerte y está acostumbrado a seducir a mujeres, sin embargo, nunca trató de hacerlo conmigo. Tengo una gran necesidad de encontrarlo hoy y mirarlo de frente.

Tiene que andar por aquí, suele venir casi cada noche. Lo busco entre los grupos que se sientan a beber en el sofá, en la sala de juego, en el jardín. Al fin lo encuentro, está en la entrada, habla con Erika. Úrsula ya no está y esta puta lista quiere llevarse a uno de los más ricos de Venecia. No me han visto y aguardo cerca de la cortina mientras los observo.

Erika hoy lleva una brillante peluca, a pesar de que su pelo natural es azabache, el blanco grisáceo de la peluca resalta sus enormes ojos y pestañea despacio mirando al conde. Lucio tiene sus ondas negras sueltas, como siempre, y trato de recordar la noche de ayer, si es ÉL en algún momento tuve que sentirlos sobre mí, pero fue un cúmulo de sensaciones tan intensas que si Lucio rozó su pelo sobre mí, no fui capaz de apreciarlo.

Mira riendo a Erika, si fuera él, nunca mirará a Erika de la misma forma en la que me mira a mí.

Se apartan a un lado, hay un pequeño pasillo que lleva al jardín y está oscuro. Avanzo hasta otra de las pesadas cortinas de terciopelo verde de La Serenissima y me escondo tras ellas para seguir mirándolos. Si alguien alcanzara a verme, sería una situación bochornosa para mí. Pero no puedo dejar de observarlos. Erika está apoyada en la pared, lo hace cuando quiere que algún hombre se le acerque más de la cuenta. Lucio tiene apoyada una de sus manos en la misma pared, cerca del hombro de ella. Veo el perfil de su cara. Los labios de Lucio son carnosos y no puedo quitarme de la cabeza la boca del Fantasma recorriendo mi cuerpo. Acabo de sentir un latigazo en mi estómago que despierta esa tormenta que me hace sentir ÉL, y mirando a Lucio comienzo a pensar que es muy probable que sea mi demonio nocturno: el que me escribe cartas, el que me deja sobre la cama solitarias rosas, el que dibuja una sombra

inconfundible en la laguna cuando se acerca montado sobre su góndola, el que inesperadamente me sacó a bailar en la inauguración del Carnaval, el que me mira sereno tras su máscara envuelto en un misterio que me atrae tanto como me obsesiona, el que me hace temblar, sentir cosas que nunca antes había sentido. ¿Y si es ÉL?

Cierro los ojos y suspiro. Empiezo a ponerme nerviosa, porque solo pensar que pueda ser Lucio despierta en mí un torrente de sentimientos que hace que tenga ganas de arrastrar a Erika por el pelo a través de toda La Serenissima. Lucrezia me dice siempre que el error más grande de una puta es enamorarse de un cliente, y que ese error se convertiría en un infierno si encima él era cliente de otra puta. ¿Lucio Cavalli el Fantasma de Venecia? Lucio es uno de esos hombres de los que con tan solo mirarlos sabes que esconden mucho más de lo que muestran. Nunca le presté la atención suficiente, aunque sí que lo he tratado en público varias veces y, si lo pienso bien, es el único por el que alguna vez mi estómago se ha dado la vuelta al recordarme a él. Una sensación que me sobrevenía de repente y de la que no soy capaz de hallar la razón. Voy a enloquecer con esto, no puedo más.

Tomo aire, necesito liberar esta presión en el pecho. No sé si será por culpa de mis pensamientos, pero contemplarlo junto a Erika, a pesar de todas las veces que lo he visto con otras mujeres, ahora me provoca sentimientos que me llenan de ira.

Miro hacia otro lado, qué más me da que sea él el Fantasma de Venecia, si es ÉL puede estar con un burdel entero, porque a mitad de la noche será solo para mí.

Los miro de nuevo, están tan cerca... Qué demonios estoy diciendo, el Fantasma no es solo el Fantasma cuando está conmigo, lo es durante todo el día y durante la noche. Y mientras no descubra si es Lucio o no, esta puta engreída no se va a acercar a él. Ni ella ni ninguna otra, aunque tenga que quedármelo como cliente hasta que lo descubra.

Me acerco a ellos decidida y ver la sonrisa de Lucio y escuchar la risa de Erika me hace un agujero entre las costillas. Erika me mira como si fuera a clavarme un cuchillo de Dita en los ojos, pero no

pierdo el tiempo con ella y observo a Lucio. No sé la expresión que tengo, pero él quita la mano de la pared para no darme la espalda y me mira, aunque yo no soy capaz de hablar ahora. Debo estar roja de la vergüenza por mi forma de actuar.

—¿Qué quieres? —me pregunta Erika.

No reparo en ella, no dejo de mirar al conde, sus cabellos despeinados, el pelo crecido de su barbilla y que cae sobre sus labios, su imagen salvaje pero elegante con un toque de tristeza que siempre lo ha envuelto y que tiene su origen en las pocas veces que me habló del recuerdo de sus padres. Tomo aire. Lo he encontrado y se me hace un nudo en la garganta que no me permite ni siquiera responderle a Erika. Lucio está notando algo, no es difícil hacerlo, mis ojos tienen que estar brillando, noto la humedad. Dios bendito, es ÉL. Tiene que ser él, estoy sintiendo todo eso que me produce el Fantasma de Venecia, estoy completamente segura. Lo he descubierto al fin. La humedad de mis ojos aumenta y no puedo contenerla. Abro la boca para respirar, me cuesta respirar y el corazón parece que va a salir disparado fuera de este apretado vestido. Hasta Erika tiene que intuir lo que me ocurre.

—Pareces imbécil, ¿qué te pasa? —me dice Erika.

La miro con ira. Esta puta no sabe dónde se está metiendo.

—Tengo que hablar con Lucio, vete de aquí. —Mi voz suena estricta, casi como una orden.

—¿Qué dices? —me responde con suficiencia.

Quiero cogerla por la peluca y arrastrarla hasta el salón.

—Fuera —le digo y algo en mis ojos la hace apartarse de mí.

—Erika —interviene Lucio y mete su cuerpo entre las dos. Verdaderamente tengo que reflejar todo lo que llevo dentro ahora mismo—. Será solo un momento.

Erika me fulmina y se aleja de nosotros. Mis nervios al quedarme a solas con él aumentan y noto un cosquilleo en las muñecas que hace que mis manos comiencen a temblar levemente. Miro a Lucio a los ojos e intento imaginarlo con la máscara.

—¿Y bien? —me dice—. ¿Qué es eso que tienes que decirme?

Su pregunta me coge desprevenida. Está esperando la respuesta. ¿Se lo digo? ¿Me atrevo a decirle que pienso que es el demonio de

Venecia? Si no lo es quedaré como una loca. Aprieto los dientes y la mandíbula me cruje. Debo tener valor para hacerlo. No soy capaz.

—¿Por qué no viene Marco? —pregunto. Menuda estupidez acabo de soltar y qué poco pega con mi forma de invadirlos para echar a *mi hermana* de aquí.

Lucio sonríe, parece divertido. Es ÉL y encima le hace gracia todo esto, lo cual me hace sentir imbécil. En el juego lleva ventaja. Y ahora entiendo todas las ironías de Lucio conmigo cuando Gozzi, cuando Giacomo. Entre mis nervios comienza a despertarse un repentino enfado que hace que quiera coger un palo y darle con él en la cabeza.

—El dux no lo ha dejado en libertad de momento —me responde —. Pero no te preocupes, el día que menos lo esperes se escapará y lo tendrás aquí.

Asiento, me importa poco cuándo volverá Marco. Pongo la mano en el brazo de Lucio y la dejo caer hasta la suya, la aprieto. Lo cojo por la barbilla y lo obligo a mirarme. Me da igual lo que piense, contemplo su cara, la inspecciono. ¿Es este el rostro que está tras la máscara?, ¿pueden ser estos los labios que me besaron anoche? Su mano es cálida, tanto como la del Fantasma. Vuelvo a sentir intenso el vértigo en mi estómago al recordar lo de la noche pasada, mientras miro los ojos de Lucio. ¿Cómo he podido estar tan ciega? Siempre lo he tenido delante de mis ojos. Estoy completamente segura de que es él si no me estoy volviendo loca con este juego. Pero no es locura lo que estoy sintiendo ahora mismo. Sé que dudé con Carlo Gozzi y con Giacomo, sin embargo, eran solo suposiciones, casualidades. Ahora lo estoy sintiendo. Lucio Cavalli, eres tú.

—Jianna, ¿qué te ocurre? —dice quitándome la mano de su cara.

No pienso apartarme de él.

—¿Me acompañas al jardín? —le pido.

—Hace frío fuera, pronto comenzarán las nevadas —me responde —. Además, Erika me espera.

No vas a volver a acercarte a Erika aunque Lucrezia me mate por pelearme con una compañera por un cliente.

Noto cómo él deja caer la mano, quiere que lo suelte. Lucio nunca me ha solicitado a Lucrezia, aunque puede pagarme. Quiere irse, es

ÉL y sabe que lo estoy descubriendo. Lo agarro con fuerza.

—Ven —le pido y doy un paso más hacia la oscuridad, lejos del farol de la entrada.

—¿Qué es lo que quieres de mí? —me pregunta desconfiado—. ¿Qué te pasa hoy?

Tiro de él hacia la sombra que lleva al jardín. La puerta está cerrada, debe de hacer mucho frío fuera. Miro a través del cristal.

—¿Por qué siempre con las otras? —pregunto mientras me hago hueco en su pecho—. ¿Por qué nunca yo?

Cierro los ojos. Oscuridad es todo lo que vi ayer, respiro para comprobar si noto su olor. No dudo de que lo es. Lo he descubierto. Dios bendito, lo he descubierto. La garganta me escuece y mis ojos se humedecen con intensidad. Siento hormigueo en las costillas y esa necesidad de aferrarme a él y no soltarlo.

—¿No lo entiendes? —Su pregunta me provoca esas ráfagas por dentro, como si miles de abejas volaran con su zumbido entre mis costillas. Estoy a punto de pensar que va a confirmar mis sospechas —. Marco es tu cliente.

Otra vez Marco, Marco se puede ir al infierno. Él está acostumbrado a lo que soy, es frecuente que me vea con otros hombres. Aunque quizás verme con su amigo sea distinto, no entiendo bien hasta qué punto la posesión entre un hombre y su puta conlleva la lealtad a un amigo. ¿Qué me importa eso ahora?

Levanto la cabeza hacia él. Mirar a Lucio hace que se fusione mi mundo real con ese otro mundo que me produce el Fantasma. No sé qué voy a hacer a partir de ahora. Muchas veces pensé que el día en que descubriera su identidad toda la magia y el misterio desaparecerían y nunca sería lo mismo. Sin embargo, no es eso lo que ocurre. No, no lo es. Es aún peor, todo el sentimiento que siento por el Fantasma se está trasladando a Lucio, y eso sí que me va a ser difícil soportarlo.

—Para mí también eres la más hermosa de todas —me dice levantándome la cara por la barbilla—. Pero no puedo ser cliente tuyo.

Me acaricia la cara y apoyo la frente en su pecho, dejando caer mi peso en él de nuevo. Siento ese calor que solo desprende mi

Fantasma. Pero Lucio me coge los hombros para que me aparte. Gira su cabeza evitando mi mirada y se va. Se escapa. Estoy convencida de que sabe que lo he descubierto. Y no se alegra de que lo haya hecho.

Cojo aire mientras miro a través de la ventana. ¿Qué voy a hacer a partir de ahora? Busco mi crucifijo de madera. No lo llevo conmigo. De todas formas, Dios ya no debe de escucharme. Estoy condenada al infierno desde hace tiempo.

—Jianna —me llaman y reconozco la voz de Bruno. Lo último que deseo ahora mismo es hablar con él. Quiero salir corriendo de aquí.

Bruno no me mira, me inspecciona y observa el lugar por el que se ha marchado Lucio, algo parece divertirle y por otro lado enfadarle. Cada vez me cae peor este hombre.

—No me encuentro bien —me disculpo—. Voy a retirarme por hoy.

Tengo que evitar que sepa que hoy tengo la noche libre, a Lucrezia le está costando colocarme al nuevo precio que me ha puesto, pero está empecinada en no bajar lo más mínimo, con lo cual solo unos pocos pueden permitírselo. Pronto vendrá Gianlucca y él pagará lo que haga falta, Lucrezia lo sabe y por eso no tiene ningún interés en buscar clientes a cualquier precio. Pero Bruno sí puede pagarlo, los Comminetti tienen tanto dinero como Cavalli, los Grimani o Francesco. Y lo último que deseo es pasar la noche con este ser que me provoca escalofríos.

—Desde que Marco no viene estás muy unida a Lucio por lo que veo —me dice y solo tengo ganas de abofetearlo. Este es el verdadero Bruno y no la máscara que me ha mostrado, amable y atento todos estos meses. Quizás este sea un verdadero demonio disfrazado y no el otro que me visita por las noches.

Suspiro.

—Lucio es un buen amigo —le digo.

—Ya veo —me responde con ironía.

—¿Por qué los odias? —Sé de su enemistad, nunca he sabido la razón.

—Digamos que los jóvenes ociosos herederos de fortunas no me caen bien.

Arqueo las cejas. Cada vez lo soporto menos. Vuelvo a disculparme y me dispongo a irme.

—¿Tienes algo que decirme? —me pregunta cuando ya me he alejado de él lo suficiente.

—No —respondo con seguridad.

—Buenas noches, Jianna.

Le sonrío con falsedad y me apresuro hasta el salón. Lucrezia me ve de lejos, le hago una señal pidiendo permiso para marcharme y ella asiente. Busco a Lucio en el salón, pero ya no está. Sin embargo, sí veo a Erika y eso me tranquiliza. Lo dicho, ni esta puta ni ninguna otra va a acercarse a Lucio Cavalli mientras yo respire en La Serenissima.

Atravieso la puerta que lleva hasta la cocina. Encuentro a Paolo. Me alegro de que esté mejor y pueda moverse. No le digo nada, tan solo le aprieto el brazo y sonrío, pero él no me devuelve la sonrisa, tan solo me mira a los ojos. Ahora que se ha convertido en un nuevo ángel de la guarda ante mis ojos, siento gran afecto por él. Algo parecido a lo que siento por mis hermanos.

Salgo veloz de la cocina dejando allí a Paolo y subo a mi habitación. Ver la rosa sobre mi cama me hace olvidar a Bruno y hasta a Erika. La alegría y satisfacción me invaden, a la vez que el olor a rosa nueva penetra en mi nariz. Cojo la carta y reconozco su letra redondeada en ella.

Te espero en la calle de atrás,

ÉL

***

Ella

Hace tanto frío que he tenido que cambiarme y ponerme un vestido de tela más fuerte y cerrado en el escote. Llevo la capa más gruesa que he encontrado y me he colocado la capucha, porque del cielo caen diminutas gotas de hielo. Una lluvia lenta y extraña que suele preceder a la nieve.

Me miro la capa negra, las gotas de hielo parecen cristales sobre ella. Todo está en silencio, la estrecha calle está oscura, no me atrevo a adentrarme en la oscuridad sin que ÉL esté. Así que espero cerca de la esquina que da a la laguna. La calle se curva y solo puedo ver hasta la mitad. Entre la negrura espero ver su silueta y la claridad de su máscara.

Al fin aprecio movimiento, es ÉL. Suspiro. Su capa es diferente hoy, más larga, más vuelo, más gruesa sin ninguna duda. Hasta el demonio teme pasar frío en el duro invierno de Venecia.

Avanza rápido y yo ando hacia él. Oigo pasos tras de mí y me giro. Veo una silueta en la esquina, son sombras. Por intuición me giro hacia él, a la vez que reconozco en la sombra la forma del uniforme de *I signore della notte.*

El pánico me invade cuando me doy cuenta de lo que está ocurriendo.

—¡Corre! —grito—. Vienen a por ti.

El fantasma no duda de mis palabras mientras siento pasos acelerados tras de mí. La calle es estrecha, tanto que no pueden pasar si no me aparto. Estiro mi capa para que vuele y me dejo caer al suelo. Tropiezan, alguno me salta, otros me pisan, pero he logrado frenar su carrera. Necesito que él escape. Si ha llegado al canal pequeño y cogido su góndola, no lo atraparán.

Vuelvo apresurada hacia La Serenissima, mientras maldigo a Bruno. Ese imbécil me ha puesto vigilancia. Tonta de mí que no lo imaginé, por eso esta noche estaba pendiente de mí en el salón, por eso me vio con Lucio.

Entro en casa y comienzo a ser consciente de lo que está ocurriendo. Si lo prenden o no, yo he ayudado a escapar al que creen un criminal. Tomo aire. No temo por mí, temo por Lucrezia, porque mi locura afecte al negocio por el que ella ha dado la vida.

Ni siquiera he llegado a las escaleras que acceden a mi dormitorio. Lucrezia aparece con cara de desesperación, seguida de más *signore della notte*. Vienen a detenerme.

***

—Aquella noche cometí un gran error: dejar atrás dos de mis más valiosas posesiones.

59

Ella

La mazmorra es tan estrecha y tan pequeña, fría y húmeda, que siento dolor en todo mi cuerpo. Sigo a Bruno hasta la sala de los *signorias*. Ni siquiera me ha mirado, veo su rostro lleno de ira y me produce temor.

Entro a la sala. A los lados hay bancos de madera donde están sentados todos los miembros del Consejo de los Diez. Paso por el medio de todos ellos hasta llegar a un gran atril tras el que está el *signoria.* Lo conozco, es difícil de olvidar su delgado, pálido y repulsivo cuerpo desnudo. Se llama Tiziano y hubo un tiempo en el que me visitaba una vez a la semana, pero dejó de hacerlo, por suerte para mí.

Mantengo la cabeza baja. Oigo una voz fuera de la sala. La reconozco, es Lucrezia, y mi sentimiento de culpabilidad aumenta. No la dejan pasar a la sala. La puerta se cierra y quedo sola con todos aquellos hombres que me inspeccionan.

—Jianna D'Angelo —comienza Tiziano—. ¿Conoce la razón por la que está aquí?

No respondo, tan solo levanto la cabeza hacia él. Lo que vayan a hacerme lo van a hacer confiese o no. Así que no diré una palabra.

—Anoche al parecer ayudó a escapar a alguien —continuó—. Bruno, por favor.

Bruno se acerca con algo entre las manos. Abro la boca para tomar aire. Reconozco el disfraz de la *maschera nobile*, el sombrero, su máscara, la capa, su ropa. No puedo creer que lo hayan atrapado.

Miro a Bruno. Está completamente furioso, su mandíbula se mueve, sigue sin mirarme.

—Jianna —sigue Tiziano—. ¿Quién era él?

Tomo aire, su pregunta me desconcierta y ya conozco la razón de la ira de Bruno. Escapó, logró escapar y la alegría me invade. No

respondo.

Tiziano levanta una mano, tiene algo en ella. Es mi corazón de cristal, el más grande de los hermanos. El Fantasma lo llevaba con él.

—Hemos encontrado esto entre las ropas de su misterioso amigo —añade—. Dinos su nombre.

Nunca lo diré, que me ahorquen si quieren. Oigo murmullos del Consejo.

—¿Quién es, Jianna? ¿Es un amante? Una mujer como tú tiene muchos amantes, ¿por qué este es diferente? ¿Por qué no dices su nombre?

No pueden obligarme a hablar. Sé por Lucrezia que cuando prenden a algún *barnabotti* recurren a la tortura para hacerlo confesar. Pueden hacer conmigo lo que quieran. No cogerán al Fantasma a través de mí.

Bruno recoge las ropas y al fin me mira. Parece que va a decir algo.

—Eres la amante de un asesino, confiesa —grita y su grito retumba en toda la sala.

—Señor Comminetti —le llama la atención el *signoria*.

Bruno calla y se aparta de mí. No me duele su mirada de desprecio.

—Señorita D'Angelo, es su última oportunidad, ¿quién es ese hombre que huyó anoche?

Se hizo el silencio, esperaron un tiempo considerable.

—Lleváosla de aquí —ordena y enseguida me sacan de la sala.

Lucrezia está esperando.

—Jianna —me dice—. No me han dejado visitarte.

Uno de los guardias me empuja y casi me deja caer. Me giro hacia él y lo miro con ira. Veo el terror de sus ojos como consecuencia de su acto. Piensa que el Fantasma lo matará por empujarme con desprecio. ÉL produce terror. Un hombre, un demonio, un monstruo. No tienen ni idea.

Me dejan en un banco aguardando lo que decidan hacer conmigo.

***

—¿Cómo que no tenemos nada contra ella? —gritaba Bruno—. Encubre a ese criminal, ¿no lo veis?

Tiziano desde su atril levantó la mano.

—Das por hecho que el dueño de este disfraz es él.

—Lo es —respondió—. Lo es y ella sabe quién es.

—No podemos condenarla sin pruebas, no lo atrapamos, no sabemos quién es.

—El Consejo está de acuerdo con Bruno respecto al dueño de esta ropa —dijo el inquisidor Comminetti—. El Fantasma está cerca de Jianna D'Angelo y anoche lo vimos claro. Ambos se ríen de nosotros.

—Impidió que mis hombres lo apresaran —añadió Bruno—. Eso sí es un delito.

—¿Qué queréis que haga con ella entonces? —preguntó Tiziano.

—Exprópiala de sus posesiones. —Alzó la voz el inquisidor con furia—. Hunde a esa puta en la miseria, que toda Venecia se entere de que es la amante de un criminal. Que el peso de cada muerte de ese demonio recaiga sobre ella. No hace falta que la condenemos, el pueblo lo hará por nosotros. Acabará delatándolo.

Bruno miró a su tío pensativo.

—Cuando termine odiando al ser que convirtió su vida en un infierno —añadió a las palabras de su tío, — nos lo entregará.

***

—Claro que temí por ella. Si la hubiesen condenado a muerte, me hubiese entregado para salvarla.

***

Ella

La puerta se abre y me llevan a la sala de nuevo. Lucrezia esta vez puede entrar y se queda en la puerta.

—Jianna D'Angelo —comienza Tiziano—. Usted puso impedimento en el trabajo de *I signore della notte*. Por lo tanto, se la condena a entregar todo lo que posea a la República: dinero, joyas, edificios y todo lo que tenga en propiedad.

Lucrezia me mira desesperada, vuelvo a la miseria que tanto temo o seré una carga más para La Serenissima.

Bruno se acerca a mí.

—Esto sí puedes quedártelo —dice entregándome el corazón de cristal—. Ya no vale nada. Toda Venecia sabe que ayudaste a escapar a un asesino, ahora nadie pagará por ti.

60

El dux entró con Marco en la sala. El Consejo los había hecho llamar. En el rostro del padre se apreciaba el terror de la razón por la que los habrían citado. Luigi Comminetti se encontraba delante del resto del Consejo, en pie. Junto a él estaba Bruno.

—¿Por qué nos habéis traído hasta aquí? —preguntó el dux.

Bruno miró a Marco y este le devolvió la mirada de desprecio.

—Anoche la señorita Jianna D'Angelo ayudó a escapar a un ser de *I signore della notte* —explicó el inquisidor—. ¿Dónde estaba su hijo anoche?

El dux estaba desconcertado.

—Marco no sale de palacio —lo defendió.

—No es eso lo que dice su guardia —añadió Bruno—. Marco, al parecer, logra escabullirse, por llamarlo de alguna forma, ciertas noches.

El dux miró a Marco pidiendo una explicación. Marco abrió la boca, pero su padre no le permitió hablar.

—¿Y a qué viene esto ahora? —preguntó el dux ofendido.

—A que pensamos que el ser al que ayudó a escapar la cortesana D'Angelo es un asesino bastante conocido en Venecia.

—Inquisidor Comminetti, por favor, sea claro con nosotros, ¿qué intenta decirnos? —El tono de piel del dux se tornó rosado.

Todos miraron a Marco.

—La prometida de su hijo fue visitada por ese Fantasma, pero él le perdonó la vida de algún modo —añadió Bruno.

Marco expulsó aire por la nariz.

—¿Me estás diciendo que soy sospechoso? —preguntó con furia.

—No. —Bruno negó con la cabeza—. No creo que seas un sospechoso. Pienso que eres un asesino.

El dux tuvo que sujetar a su hijo y el inquisidor a Bruno cuando se lanzaron uno contra el otro.

—¿Qué pruebas tenéis para acusarlo? —preguntó el dux una vez que Marco se calmó.

—No las tienen —añadió Marco sin dejar de fulminar con la mirada a Bruno.

—Ese Fantasma ha asesinado tres veces dentro de palacio, ¿cómo entró? —inquirió Bruno.

—Media Venecia estaba en el palacio esas noches —respondió el dux.

Marco no respondió.

—Vamos a detener a su hijo —dijo Comminetti y el dux palideció.

—No tienen pruebas, mi hijo lleva días en palacio sin salir —se defendió—. Yo testificaré sobre ello.

—Da la casualidad de que el tiempo que su hijo ha pasado recluido en palacio no hubo ningún asesinato, lo que nos llevó a pensar que podía ser Casanova.

—No pueden hacerlo —gritó el dux—. Sus sospechas no son suficientes. Mi hijo no es él. ¡No es El Fantasma de Venecia!

Bruno se acercó a Marco.

—¡Llevadlo a las mazmorras! —ordenó a sus hombres.

El dux se acercó al inquisidor.

—No lo hagas —le dijo—. No lo hagas.

—El Consejo ya ha decidido —respondió—. No puedes hacer nada.

—Soy el dux —gritó.

—El dux no tiene poder sobre el Consejo.

Se llevaban a Marco preso.

—Deténganse —gritó el dux—. Testificaré contra el verdadero Fantasma.

La guardia se detuvo y el Consejo miró al dux. Estaba completamente enloquecido.

—No pensaba hacerlo por la unión que tuve con su padre, pero antes de que cometáis un error os daré su nombre.

—¿Qué estás diciendo? —El inquisidor Comminetti no daba crédito.

—El Fantasma de Venecia es Lucio Cavalli —anunció el dux y todos enmudecieron.

—Padre. —Marco no podía creer las palabras que acababa de pronunciar su padre.

Bruno se acercó al dux.

—Lo haces para salvarlo a él —le dijo—. ¿Qué pruebas tienes contra Lucio?

—En la fiesta de inauguración del Carnaval lo vi hablar con el director de orquesta, justo junto a la cortina en la que luego lo colgó —explicó—. Más tarde Lucio estaba arriba y se había cambiado de ropa, encontré la *maschera nobile* en uno de los despachos y la hice desaparecer. Lo vi y lo confesaré ante todas las *signorias* de Venecia. Nadie dudará de la palabra del dux.

—Esa ropa pudo haberla colocado allí su propio hijo y quizás esa sea la razón por la que la hizo desaparecer. —Bruno lo miró con desprecio—. ¿Va a acusar a un inocente por salvar a su hijo?

—Mi hijo no es un asesino, Lucio sí —confirmó el dux.

—No lo admito —dijo Bruno a su tío.

—El Consejo va a debatirlo —respondió Comminetti.

61

La ausencia de Francesco hacía que la condena impuesta fuera peor de lo que esperaba. Ya no poseía la fábrica ni la casa, no disponía de dinero ni para ella, ni para La Serenissima ni para alimentar a su familia.

Bruno llevaba razón, nadie la solicitaría ahora. Los rumores de que era la amante del Fantasma se habían extendido. Sus compañeras apenas le hablaban, por temor más que por otra cosa. Pensaban que cualquier gesto podía desatar la ira del asesino.

Jianna se encontraba en la cocina. Ni siquiera podía mirar a la cara a Lucrezia. Ahora era una carga más para aquel lugar. Jianna había pensado en volver a casa para no perjudicar más al palacio y a su dueña. Era la opción más razonable y justa. Volver al lugar de donde procedía y salir adelante como lo hacía antes.

Suspiró. En cuanto Lucrezia llegara lo hablaría con ella. Estaba segura de que iba a quitarle un gran peso de encima.

Oyó la voz de Dita, llamándola desde la puerta que daba al Canal. Se asomó al pasillo, la puerta estaba entreabierta. Podía apreciar a un pequeño chico. Apresuró el paso al reconocerlo, era su sobrino, Lucca.

Se cruzó con Dita, que ya regresaba hacia la cocina de nuevo y llegó hasta la puerta. Era extraño que Lucca acudiese a ella. Todos sabían que Lucrezia no quería a familiares cerca de La Serenissima.

La joven abrió la boca y se la tapó con la mano cuando vio el rostro de su sobrino. Tenía el ojo morado y una herida en la mejilla izquierda. Le habrían golpeado con fuerza, seguramente con un palo.

—¡Lucca! —Lo abrazó.

—Sé que no podemos venir por aquí —le dijo el niño con prisa. Se retiró de ella para mirarla—. Tía Jianna. Mi madre te miente, te oculta lo que sigue pasando en casa.

Ella entornó los ojos. Lo que más compensaba a su sacrificio era sentir que su familia estaba bien.

—Mi padre nos sigue golpeando, nos roba todo lo que le das. Volvemos a tener deudas y hambre, y sabes lo que viene después —continuó—. Pero no he venido por eso.

Miró a los ojos a su tía.

—Dicen que conoces al Fantasma de Venecia —le dijo Lucca y Jianna frunció el ceño—. Pídele que nos salve de él.

Se retiró aún más de Jianna.

—Dile que lo envíe a los infiernos. —Se giró y echó a correr, perdiéndose entre los carruajes que a aquellas horas solían deambular por la calle.

Jianna se quedó inmóvil. Sabía que Savino seguía bebiéndose y jugándose parte de su dinero, pero jamás pensó que a pesar de su esfuerzo todo seguía igual. Se llevó las manos a la sien, no era su mejor momento para ayudarlos. Ni siquiera sabía cómo sería ahora su propia supervivencia.

—Jianna. —Oyó la voz de Lucrezia y se sobresaltó.

Volvió a entrar en el palacio. Lucrezia la buscaba en la cocina. La joven se apresuró a entrar, cuando Lucrezia ponía aquella voz aguda no se intuía nada bueno. En cuanto la mujer la vio entrar se dirigió a ella.

—Han prendido a Lucio Cavalli —dijo y Jianna abrió la boca para coger aire. Demasiadas malas noticias en tan pocos minutos—. El dux ha testificado contra él y el Consejo ha decidido. Mañana mismo lo ahogarán en la laguna.

El cuerpo de Jianna se desequilibró y Lucrezia tuvo que sujetarla para que no cayera.

—¿Es él, Jianna? —preguntó la mujer mirando los ojos llorosos de la joven.

Lucrezia la abrazó.

—Muchacha mía —la consoló.

Jianna dejó caer su mejilla en el hombro de Lucrezia.

Paolo llegó hasta ellas preguntando qué había ocurrido.

—Han prendido a Cavalli —explicó Lucrezia.

Paolo miró a Jianna e incluso alzó una mano y se la puso en su espalda.

—¿Dónde lo tienen? —Ella levantó la cabeza para mirar a Lucrezia.

La mujer se encogió de hombros.

—Si van a matarlo mañana, lo deben de tener en el Puente de los Condenados.

Jianna, sin embargo, se irguió, cogió aire y giró su cabeza hacia a Paolo.

—¿Puedes remar? —le preguntó y el joven asintió.

Tal y como interpretó su respuesta corrió hacia el pasillo que la llevaba hasta el Canal.

—Jianna —la llamó Lucrezia—. Bruno nunca te dejará verlo.

—Lo sé —respondió ella—. Pero tengo que intentarlo.

Lucrezia la cogió por los hombros.

—Eres prostituta de La Serenissima —le dijo—, recuérdalo.

***

Ella

El Puente de los Condenados es una cárcel sobre el agua, un puente cerrado con unas pequeñas ventanas. Todo ha sido tan rápido que apenas he tenido tiempo de pensar. Tengo que ver a Lucio como sea, tengo que mirarlo a los ojos y hacerle por fin la pregunta. Mañana al anochecer estará muerto.

Paolo detiene la góndola y bajo de ella con rapidez. Me dirijo hacia el puente. La guardia me impide el paso.

—Busco a Bruno Comminetti —les digo.

Uno de ellos entra en el interior del puente. A los pocos segundos veo asomar la cabeza de Bruno.

—¿Qué haces aquí? —pregunta con desprecio.

—Quiero ver a Lucio. —De nada sirve andarme con necedades.

—Eso no es posible —me responde—. Y debes marcharte de aquí.

La puerta se abre y veo salir llorando a una muchacha. Miro su rostro, es Cecilia Disabatto, la prometida de Lucio. Vuelvo a revivir la

sensación que tuve con mi *hermana* puta. Ella me mira, me reconoce enseguida y se dirige a mí.

—Tú —me dice—, culpable de las desgracias de Venecia. Deberían ahogarte a ti en vez de a él. Él es inocente.

La miro y no soy capaz de responderle. Lo único que deseo es arrastrarla por los pelos hasta la laguna. Me cae tan mal como su hermana, esta no desprende tanta maldad, pero es igual de repugnante.

—Mi hermana padece pesadillas por tu culpa y ahora van a matar a Lucio —me grita y me empuja—. Márchate de aquí, puta. Márchate.

Unas mujeres la acompañan y se la llevan a tirones.

—Vamos, hija, ella terminará condenada también.

Las veo alejarse. Bruno parece estar satisfecho con las ofensas de Cecilia contra mí. Tomo aire, no lo voy a tener fácil, pero como dice Lucrezia soy puta, aunque para estas señoras sea un insulto, y sé sacar lo que quiero de los hombres.

Miro a Bruno, está altivo, orgulloso y mira de la misma manera que me miraba la gente de postín cuando yo era una mendiga.

—¿Estás seguro de que es él? —pregunto a Bruno.

—El Consejo lo está.

—El Consejo ya se ha equivocado, no me interesa su opinión, quiero conocer la tuya.

—Qué te importa lo que yo piense —me dice—. Tú seguro que sabes mejor que yo quién es. Y aunque tuviese mis dudas, tu presencia aquí me las está aclarando una por una.

—¿Por qué? —Entorno los ojos hacia él.

—Porque en tu situación no vendrías si no estuvieses segura de que es él. —Me mira.

—He venido porque Lucio es un amigo.

—No lo hiciste con Gozzi ni con Casanova.

Con Casanova sí lo hice, pero no llegué a entrar. No puedo perder el tiempo explicándoselo, está anocheciendo.

—Estabas muy segura de que no era Gozzi, ahora lo entiendo. No podías cargar con la muerte de un inocente, ¿verdad?

Tampoco podría soportar que mataran a Lucio aunque no fuese el Fantasma, pero es algo que tampoco merece la pena explicarle a este imbécil.

Miro a Bruno, y recuerdo las palabras de Lucrezia, soy una puta de La Serenissima y de algo tiene que servirme. Empezar a seducir a Bruno no es buena idea, me rechazaría enseguida, no es la forma. Pero hay algo que nunca falla con los hombres, una de las más útiles enseñanzas de Lucrezia: utilizar la rivalidad entre ellos.

—Déjame ver a Lucio, por favor —le pido.

—Te he dicho que no, márchate de una vez.

Respiro, no voy a darle muchas vueltas a la conversación.

—Te daré el cristal, el más grande.

Bruno me mira y casi ríe.

—¿Ahora vas a dármelo? Te dije ya que no vale nada.

—Para ti quizás no —respondo—. Pero para Marco sí. Él lo desea.

Miro a Bruno, no ha dicho que no de inmediato, con lo cual hay una esperanza para mí. Tarda en responder, no sé si es buena señal. No tengo otra cosa que ofrecer ahora mismo.

—Déjame ver a Lucio a cambio del cristal —repito.

Bruno echa un vistazo a nuestro alrededor. Toma aire, me mira. Sé que la idea le está gustando. Le importo poco, pero cualquier cosa que pueda joder a Marco es una buena tentación para él.

—Está bien.

Intento no sonreír. Bruno ordena abrir la puerta a la guardia. Entro tras él. El interior del puente es asfixiante, oscuro, frío.

—Lucio está al final —me dice y lo sigo.

—Tienes que dejarme a solas con él.

No responde. Hay un guardia junto a la celda de Lucio y entre los barrotes puedo verlo. Está sentado en el suelo, tiene la cabeza entre las rodillas y sus manos están atadas por cadenas que cuelgan del techo.

Bruno se detiene y llama al guardia que custodia la puerta para que se retire.

—Quiero entrar —pido, me niego a verlo por última vez a través de unas rejas. Bruno me mira para rebatirme, pero decide no hacerlo. El guardia abre la celda y Lucio levanta la cabeza.

—Jianna —dice mi nombre y parece sorprendido.

Entro en la pequeña celda mientras el guardia y Bruno nos dejan solos. Me pongo ante él, pero tengo que desviar la mirada. En la pared hay un hueco en forma de ojo por el que se puede ver el exterior, tan solo un trozo de Canal y algunas casas.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta Lucio con la cabeza baja de nuevo.

Me acerco a él y me arrodillo. No puede apoyar los brazos en el suelo, las cadenas se lo impiden. Le cojo la cara con ambas manos y le obligo a levantarla. Dios mío, estoy segura de que es ÉL. Pero no puedo dejar que muera sin preguntárselo. Quiero escucharlo de su voz.

—Lucio —le digo—. Mírame.

No lo hace, mira hacia un lado.

—Mírame —le repito.

Meto las manos entre sus enredados rizos y pego mi frente a la suya.

—Dime la verdad. ¿Eres tú?

Sacude la cabeza para que lo suelte.

—¿Tú también lo piensas? —me pregunta—. ¿Crees que soy yo?

Sus ojos reflejan esa tristeza que otras veces he visto en él, sin embargo, hoy me recuerdan al Fantasma más que nunca. Tomo aire.

—Lo crees —confirma y mira hacia otro lado.

—Quiero que lo digas tú —le pido—. Quiero que me lo digas.

Lucio gira su cabeza hacia mí.

—No soy yo —me dice mirándome a los ojos y noto tanta sinceridad en sus palabras que hasta el nudo que tengo en mi garganta desaparece. No puede ser, estoy segura de que es ÉL. Me está mintiendo.

—Lucio, van a matarte —le digo—. Dime la verdad, por favor, necesito saberla.

—Te estoy diciendo la verdad —me repite—. No soy el Fantasma de Venecia.

Me pongo la mano en la sien y cierro los ojos con fuerza. No puede ser, no dice la verdad.

—No es verdad —le digo.

—¿Tan segura estás de que soy un asesino? —me pregunta y abro los ojos. Voy a enloquecer con esto.

—Lucio, por favor, dime la verdad. Necesito saber la verdad. —Vuelvo agarrarlo por el pelo.

—Te estoy diciendo la verdad —me dice—. Estoy condenado, no tengo nada que perder si lo fuera, pero no lo soy.

Oigo un ruido, mi tiempo con él ha acabado. Si lo que me dice es verdad, voy a perder la razón por completo.

Veo ya a Bruno y al guardia acercarse a la celda. Rodeo el cuello de Lucio con las manos. Lo abrazo. No estoy segura de creerlo, pero lleva razón, no tiene nada que perder, está condenado a muerte. Me lo hubiese dicho. Quizás sea cierto y es inocente y eso me martiriza de la misma forma. Dios debe de querer que pague mis pecados en vida haciéndome sufrir todo esto.

Acerco mi boca a él.

—Prometí no dejarte solo en la oscuridad —le susurro, pero él sigue inmóvil, sin reacción a mis palabras.

—Jianna —me llama Bruno y me sobresalto—. Tienes que salir.

Me levanto enseguida, Lucio vuelve a bajar la cabeza. Cierran la celda en cuanto salgo de ella.

Paso junto a Bruno.

—Ve a La Serenissima cuando quieras y te pagaré mi parte —le digo sin detenerme en él. Es imbécil, más que ningún otro hombre que conozca.

Me giro por última vez hacia la celda y miro a través de la ventana en forma de ojo. Está anocheciendo, mañana a esta hora el conde Cavalli estará muerto. Todo el vello de la piel se me eriza al pensarlo.

***

—De todos, ese fue el día más duro para Jianna. Los ángeles son más fuertes que los demonios. Ella era el ejemplo de que esas palabras eran ciertas.

62

Ella

La música del salón se escucha desde mi dormitorio. Ya he hablado con Lucrezia de que voy a volver a casa, aún más después de lo que Lucca me ha contado hoy, y no quiere de ninguna manera. Pero no puedo dejar que esto que está pasando le afecte a ella. Me ha dicho que ha superado cosas peores y que en cuanto Francesco vuelva todo va a solucionarse.

No puedo quitarme a Lucio de la cabeza y si no es él necesito ver al Fantasma hoy. Llevo horas en el balcón, pero ahora es más difícil que ÉL vuelva por aquí. Ya es tarde, si no ha venido ya no lo va a hacer.

Sigo aferrada a mi crucifijo, pero nada va a sacarme de este agujero en el que estoy sumida. Tantas cosas se me están pasando por la cabeza que parece que me va a explotar de un momento a otro. Dita me ha ofrecido sus plantas, pero no las quiero hoy.

Es la primera vez que me pasa, tengo miedo de mis propios pensamientos, aunque estos ya no puedan hacerme más daño. Me levanto, llevo un vestido grueso, negro, de manga larga, y cojo mi capa.

Bajo hasta la cocina. Busco entre los cajones, la música de La Serenissima suena alegre cerca de mí, pero mi atención está puesta en oír los pasos de alguien. Ya lo he encontrado. Lo guardo en el saco junto con el resto de cosas.

Salgo por la puerta del Canal y desato una de las góndolas pequeñas. Ahora comprendo por qué los brazos de Paolo son tan fuertes, el agua es dura y cuesta avanzar. Ni me imagino lo difícil que será llevar la góndola grande y él puede hacerlo solo.

Conozco el camino, no podría olvidarlo. No está tan lejos el lugar en el que debo parar, el resto del camino lo haré caminando. Lucrezia se ha extrañado de mi petición, aunque la comprende. No he sido del todo sincera con ella. Solo le dije que lo necesitaba para mi familia y es cierto, a mi familia llegará este dinero.

Al fin llego, amarro la góndola, espero que nadie la robe y esté aquí cuando vuelva. Comienzo a andar, queda un largo camino, pero no temo a los peligros que pueda encontrarme, temo a no ser capaz de hacerlo cuando llegue el momento.

«Fantasma de Venecia, tenía la esperanza de que aparecieras hoy y me liberaras de mi decisión, pero no lo has hecho. No me dejas opciones, si eres Lucio Cavalli no puedo dejar que te maten y si no lo eres no puedo permitir que muera un inocente».

***

Ella

Las calles del barrio Caravaggio me son tan familiares como tristes. No me recuerdan nada bueno. A esta hora todas las putas de la calle en la cual comencé a prostituirme suelen estar con clientes, y no me equivoco, está completamente vacía. Miro de reojo el agujero en el que escapé del Fantasma. Aún no lo han tapado. Entro a través de él.

***

Debe de estar por aquí. Sabe lo que me ha pasado y habrá salido corriendo con todo el dinero que ha sido capaz de robarle a mi hermana, porque en un tiempo no habrá más.

Sé que todo el mundo lo conoce, pero no quiero preguntar, cuantas menos personas me vean mejor. Al fin lo encuentro, intenta entrar en una casa de juego, pero lo empujan hacia fuera. Otra vez deberá dinero, ni con parte del sueldo de la puta más cara tiene bastante.

—Savino —lo llamo en voz baja y se vuelve hacia mí.

—¿Qué haces aquí, puta? —me grita y le pido que baje la voz—. Nos has llevado a la ruina otra vez.

No deja de insultarme y de gritarme.

—Tus sobrinos volverán a pasar hambre por tu culpa —continúa —. Vete de aquí, no pienso darte nada más que una paliza.

Me lanza una botella, pero cae lejos de mí.

—Fuera —sigue chillando y me lanza insultos.

—Escucha —intento calmarlo—. Traigo dinero, nadie va a pasar hambre.

Deja de gritar en cuanto me escucha y se acerca a mí.

—Acaban de dármelo y por eso lo traigo a esta hora. ¿Se lo darás a mi hermana?

—No seas imbécil, claro que se lo daré. —Abre la mano.

—No lo tengo aquí, no me atreví a traerlo por temor a que me lo robaran.

—¿No lo tienes aquí? ¿Y dónde lo tienes, imbécil? Mira que venir sin el dinero.

Lo calmo de nuevo.

—Está escondido, sígueme —le susurró.

Me sigue, está tan borracho que apenas puede andar, me alegra verlo en ese estado. Llegamos a la calle donde me prostituía.

—Ven —le digo.

—¿Y tú de qué conoces este sitio? —Mira hacia los lados—. Ah, sí, eras una puta barata, lo recuerdo.

Ignoro sus comentarios y me inclino en el agujero.

—Aquí guardaba siempre el dinero —le explico, pero no parece interesarle—. Vamos, entra.

Savino cabe por el agujero de la pared, es delgado y débil, tuve que arrastrarlo para que pudiese salir al otro lado. Ya estamos dentro del edificio en ruinas. El olor es el mismo que recuerdo de aquella noche.

—Esto está oscuro —dice.

Las paredes están tan rotas que la luz del edificio de al lado puede dejarnos ver por dónde andamos. El paso del tiempo ha roto más la construcción.

—¿Dónde tienes el dinero? —se impacienta.

—Está ahí —le señalo y él mira hacia arriba—. ¿Lo ves?

En la penumbra se aprecia la bolsa, sobre un hueco en el techo.

—Bah, es pequeña.

—Es lo que tengo —digo.

—Es poco, muy mala puta debes de ser para traer solo eso. —Ríe y su conducta no hace más que liberarme de este sentimiento de culpa que he traído todo el camino.

—Si no lo quieres, me lo llevo —le digo y me subo sobre la caja para alcanzar la bolsa en el hueco del techo.

—¡No! —grita empujándome—. Sea lo que sea, es para nosotros.

Lo miro desde abajo, Savino sube sobre la caja y casi se cae de boca. No estoy segura de si he hecho el nudo bien, ni tampoco si he colocado el gancho en un lugar fuerte que mantenga su peso. Pero en su estado no podrá escapar de ninguna manera. Le paso la soga por la cabeza a la vez que él alcanza la bolsa y murmura maldiciones.

—¿Qué es esto? Maldita seas. —Tiro de la caja de madera y Savino queda colgando. Intenta quitarse la soga del cuello, pero su propio peso aprieta el nudo sobre su garganta. Ni siquiera puede insultarme ya, se ahoga, se contonea y bascula.

Puedo apreciar cómo saca la lengua y deja de moverse lentamente. Está muerto, sin duda, aunque su cuerpo sigue balanceándose.

Dejo la nota bajo él. Sé cuál es su letra y la he imitado a la perfección, la misma firma con la que comenzó en mis primeras cartas, las que siempre les deja a ellos. Ni Bruno ni nadie del consejo tendrá dudas de que ha sido El Fantasma de Venecia.

***

La puerta del edificio quemado estaba abierta. Con el viento se movía y chirriaba. La gente caminaba de un lado a otro sin reparar en ella. Una ráfaga hizo que chocara contra la fachada y se descolgara. Algunas personas se detuvieron a mirar. El interior del

edificio se iluminaba con la luz del día. Dentro, colgado del techo, basculaba un cuerpo.

Hubo gritos y enseguida se escuchó un nombre que todos conocían.

63

Había pasado frío de vuelta, el amanecer era sumamente helado y apenas podía remar. El baño de agua caliente había logrado hacerla entrar en calor. Estuvo tanto tiempo en el baño que el vapor la había mareado y a gritos pidió a Dita que la sacara de allí. Supuso que el cúmulo de los nervios y la tensión soportados le estaban pasando factura.

No tenía ganas de comer, no podía quitarse de la cabeza la imagen del cuerpo de Savino, estaba condenada al infierno.

Ahora solo tenía que esperar las noticias.

***

Ella

—Jianna. —Oigo la voz de Dita llamarme—. Bruno Comminetti está abajo. Quiere verte.

Bajo con rapidez, Bruno me espera en uno de los salones.

—Jianna —dice—, he querido venir yo mismo a comunicártelo.

Arqueo las cejas y espero parecer sorprendida.

—Al parecer, el Fantasma ha vuelto a matar esta noche —continúa —, y vuelve a ser alguien que conoces.

Me llevo las manos a la cara, no sé si lo hago bien o exagero demasiado.

—Es el marido tu hermana —anuncia.

Me tapo los ojos y doy un grito.

—No puede ser. —Intento sollozar, pero no me sale ni una lágrima —. Mi hermana decía que lo terminarían matando, estaba segura.

Bruno no dice nada.

—Lo siento mucho —prosigue—. Tu hermana también parece estar muy afectada.

Mentira, deseaba su muerte tanto como yo.

—¿Estás seguro de que lo ha matado el Fantasma? —Me avergüenzo de lo mal que interpreto la sorpresa. Bruno me mira.

—Parece ser que sí, aunque… —Espero a que continúe.

Me acerco a él.

—¿Qué le han hecho a Savino? —Lo que en realidad quiero es que me diga ya si piensan soltar a Lucio, pero no quiero que él vea mi interés verdadero.

—Lo han ahorcado y han dejado una nota con su firma.

Levanto mi mano.

—No me des más detalles. —Pongo cara de comenzar a llorar, me giro y le doy la espalda, no quiero que vea que no hay ni una lágrima en mis ojos—. Savino.

Imploro su nombre, espero que esté ardiendo en el infierno donde acabaré algún día.

—Tengo que ir junto a mi hermana.

Necesito que Bruno se vaya para que no vea que todo esto es un puro teatro de los que se representan en Carnaval.

—El Consejo ha decidido dejar libre a Lucio Cavalli —dice al fin y ya me da igual que me mire el rostro. Ahora sí se me inunda en lágrimas. El cuerpo deja de pesarme y siento mi alma menos miserable.

—Me alegro por él —digo—. Era inocente.

—Yo ya no estoy seguro de nada —añade—. Pero el Consejo piensa que, si los asesinatos continúan, el pueblo creerá que hemos matado a otro más que tampoco es él y las consecuencias serían mucho peores.

Sigo dándole la espalda.

—¿Quieres que te lo de ahora? —pregunto.

—No —me responde—. Estoy trabajando y tengo mucho que hacer hoy. Esta noche quizás.

Pues vete de una vez.

—Jianna. —Levanto la cabeza, pero no me giro a mirarlo—. ¿Cómo puedes querer a un asesino? —La pregunta me sorprende—.

Sé que no vas a decirme quién es aunque lo sepas y ya el Consejo te ha castigado por ello, pero… no entiendo qué puedes ver en un demonio como él.

Sigo sin responder.

—Yo no pensaba que el Fantasma fuera Lucio en un principio. —Estas palabras sí me hacen girarme hacia él—. En realidad pensaba que todo era una invención del dux para inculparlo y salvar a su hijo. Íbamos a detenerlo.

¿Tenían pruebas contra Marco?

—Pero ayer te vi con Lucio en el puente y entendí que sí era posible que fuese él. Ahora ya no sé qué pensar aunque las pruebas demuestren lo contrario.

Yo tampoco sé qué pensar. No sé mucho más que tú. Vete ya de aquí.

—Sea quien sea, tienes que alejarte de él, Jianna —me dice y no entiendo por qué ayer me trataba mal y hoy lo hace bien, me desconcierta, me atemoriza su actitud—. Ya ha muerto alguien de tu familia por su culpa.

No fue su culpa, fue la mía. Sigo sin responder.

Bruno baja la cabeza con cordialidad y se marcha.

Tengo que ir junto a mi familia a enterrar a Savino, también debo de entregarles la bolsa de dinero de Lucrezia. No sé si en mi situación podré seguir manteniéndolos, lo voy a tener complicado si Francesco no regresa pronto. Mi hermano Marcelo sigue sin aparecer y dudo que vaya a volver a Venecia nunca más.

Me dirijo hacia la puerta del Canal para ir a Caravaggio, Dita me detiene.

—Tus cartas, Jianna. —Las miro. Ahora tan solo recibo insultos. Las cojo y comienzo a pasarlas, leyendo los nombres de quienes me escriben. Tengo aún la esperanza de volver a recibir algo suyo. Me detengo en una de ellas, sin nombre alguno, y la abro.

No puedo creer lo que estoy leyendo.

Querida Jianna:

Lamento mucho el asesinato que cometí anoche y quisiera reparar el dolor causado de alguna forma. Quisiera volver a verte.

El Fantasma de Venecia.

Esto debe de ser una broma, cualquier loco que desea tomar el protagonismo del Fantasma de alguna forma. No es su letra, esta letra es alargada, no es uniforme, no es de ÉL. Este imbécil se atribuye un asesinato delante de la única persona que jamás lo creería.

—Llévalas a mi dormitorio —le pido a Dita—. Necesito ir junto a mi familia.

***

De día este lugar no parece cambiar mucho. No he tenido tiempo de hablar con Delia, todo el mundo estaba a su alrededor ofreciéndole sus condolencias, aunque supieran que la muerte de Savino era una liberación para los D'Angelo.

—¿Vas a entrar en casa? —me pregunta justo en el umbral.

—No —respondo—. Pronto va a anochecer, tengo que irme.

Las tardes de invierno eran demasiado cortas ya.

—Quiero preguntarte algo —me dice, y es extraño, Delia no acostumbra a decir nada. Se acerca a mí—. ¿Es cierto lo que cuentan de ti?

Tomo aire, soy mucho más de lo que dicen. Por primera vez me avergüenzo de mis actos ante la humilde mirada de mi hermana. Isabella entra en casa pasando por nuestro lado. La miro, apenas acaba de abandonar la niñez, dulce, inocente. Yo no era muy diferente hace poco y ya no reconozco en lo que he me convertido.

—¿Le pediste tú que lo hiciera? —me pregunta Delia.

Estoy a punto de responderle, pero Delia me pone un dedo en los labios.

—Sea como sea, gracias —me dice.

Los ojos de Delia se llenan de lágrimas. Saco la bolsa de dinero.

—Es lo único que tengo y no sé cuándo podré enviaros más —le explico.

Delia abre la bolsa.

—Tenemos demasiadas deudas de nuevo —dice, pero eso ya lo sé. —No quería decírtelo —continúa—. Savino siempre ha sido un miserable, pero desde que comenzamos a recibir las bolsas de dinero se convirtió en un verdadero demonio. Nos golpeaba, me amenaza con matar a alguno de los niños si no le daba todo lo que quería.

Tomo aire mientras el pulso se me acelera. Y yo todo este tiempo en La Serenissima con la tranquilidad de que mi familia estaba bien y esa era una de mis principales motivaciones. Pero todo lo que he hecho no ha servido para sacarlos de la miseria.

—Al principio conseguía esconder algo, pero luego no —añade—. Ponía el cuchillo en el cuello de los pequeños y yo me aterrorizaba. Se lo daba todo y comencé con las deudas.

—¿Por qué no me lo dijiste en su momento? —le reprocho—. Yo podría haberte ayudado.

—Tú ya has hecho demasiado por esta familia —me dice y siento un nudo en la garganta—. La culpa de todo la tengo yo.

Se derrumba en llanto y la cojo por los hombros.

—Ahora todo será diferente —le digo—. Y yo seguiré estando junto a vosotros.

Delia me abraza.

—Siento mucho todo lo que has tenido que hacer —me contesta —. Todo lo que has tenido que soportar.

—Delia, ya, todo eso quedó atrás. —La calmo—. Ahora lo importante es salir de nuevo de todo esto. ¿A quién le debéis?

Delia se retira de mí y, mientras se limpia con un pañuelo, me explica:

—Comenzamos con las deudas en el mercado —dice—. Pero ya nos negaron la ayuda y… Fabrizio nos tendió una mano.

Abro la boca para maldecir, pero no emito ningún sonido. Me agarro a la puerta de la casa y la aprieto. La ira me inunda todo el cuerpo y hasta las rodillas me tiemblan.

—¿Qué favores os hace Fabrizio? ¿Le debéis dinero? —pregunto nerviosa por escuchar la respuesta.

—Ya no —niega con la cabeza—. Es un buen hombre, al principio sí teníamos una deuda con él y yo conseguía esconder algo e ir pagándole cuando nos enviabas el dinero, pero… luego ya ni eso y le debíamos demasiado. Así que nos perdonó la deuda y vuelve a enviarnos comida todas las semanas. Es un hombre generoso.

Estoy a punto de estallar de ira, miro al interior de la casa y veo a Isabella con uno de los pequeños hijos de mi hermano en brazos.

—Delia. —Estoy a punto de insultar a mi ingenua hermana, no es capaz de ver la evidencia ni teniéndola delante de sus ojos ni aunque ya la hubiese vivido otra vez, y temo escuchar la respuesta de la pregunta que voy a hacerle. Aprieto tan fuerte el marco de la puerta que me duelen las uñas—. ¿Quién va a casa de Fabrizio?

—Isabella —me responde—. Desde que te fuiste toda la carga que soportabas pasó a ella.

—Tiene once años. —Me brillan los ojos. Cuando coja a ese miserable acabará igual que Savino. Pero Delia no tiene ni idea de la razón por la que Fabrizio es tan amable con los D'Angelo y prefiero que mejor no lo sepa y siga pensando que es un buen hombre.

No me paro a discutir con mi hermana y entro en la casa. Isabella acaba de soltar al pequeño en el suelo. Me acerco a ella y la niña me sonríe con timidez.

—Estás tan guapa —me dice. Ella también está hermosa, será mucho más hermosa que yo, no lo dudo. Pero no por ello quiero que siga mis pasos. Dios bendito, tiene solo once años.

—Isabella. —La cojo por la barbilla para que me mire—. No volverá a tocarte. —No esperaba que le dijera eso, pero veo en sus ojos la vergüenza y el temor que mi hermana no ha sabido ver en todo este tiempo. Y sus ojos me hacen querer ahorcar a Fabrizio y tirarlo a la laguna—. Se acabó.

Salgo de la casa dejando atrás a mi familia. Recorro las calles hasta llegar al mercado. Cerca, en una de las esquinas, está la casa de ese miserable. Aún tiene el negocio abierto y puedo verlo a través de la puerta de madera.

Entro decidida y se asombra al verme.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—No debe sorprenderte la razón.

—Sí, creo que sé la razón, de no ser por mí tu familia hubiese muerto de hambre otra vez. Mientras tú andas de puta de un asesino, eso dicen de ti.

Todo mi cuerpo está ardiendo y siento una punzada en la sien.

—No vuelvas a tocar a Isabella, viejo ruin —le digo con ira y Fabrizio coge un cuchillo de los que suele tener sobre la mesa.

—¿O qué? —me reta—. Si es cierto que te lo han quitado todo, tú ocuparás su lugar de nuevo. Te arrastrarás por lo que sea, como lo hacías antes. ¡Vete de aquí!

Me amenaza con el cuchillo, aunque no tiene distancia suficiente para clavármelo. Solo intenta asustarme, dudo que tenga valor suficiente para hacer algo más que aprovecharse de niñas con hambre. Tengo ganas de insultarlo, de golpearlo, pero me contengo.

—Puedo hacer que te detengan —le digo—. Puedo hacer que te quiten esta basura de negocio.

—Tú ya no eres nadie —se defiende—. Hasta Isabella es mejor puta que tú.

Bajo la barbilla y levanto mis ojos hacia él. Dice que no soy nadie, pero eso no es verdad. No tiene ni idea.

—Se acabó, Fabrizio. —Me siento al límite de la ira—. Le pediré al Fantasma de Venecia que te envíe al infierno.

Su rostro palidece y veo el terror en sus ojos. Me cree, sabe que digo la verdad. Estoy confirmando en voz alta que tengo algún tipo de vínculo con el demonio veneciano. Y siento algo que no había sentido antes: poder, el poder del que me hablaba Lucrezia, tener a Venecia en mis manos. Es cierto, he vuelto a la ruina, pero aún me queda el favor de alguien con un poder desmesurado en la República. No soy débil, no estoy desvalida, él jamás me abandonará en la oscuridad.

Sonrío mientras le doy la espalda y siento cómo parte de mi alma se libera de algún modo. Me marcho, dejando allí al ruin tendero temblando de miedo.

Ha anochecido, vuelvo a La Serenissima.

***

Mi góndola está al otro lado del puente. Hace frío, a pesar de ser Carnaval de noche no suele haber mucha gente en la calle. El Carnaval se vive durante el día cuando la nevada amenaza. Hoy hay niebla, la luz de las farolas apenas alumbra la laguna y las calles. Aún tengo que remar hasta el prostíbulo. Tengo los brazos muy doloridos de ayer, no sé cómo voy a ser capaz de llegar sola de nuevo.

Cruzo el puente y entre la niebla veo una silueta. Una gruesa capa doble lo envuelve, reconozco el sombrero, pero no puedo ver si lleva máscara. La satisfacción me inunda y el frío desaparece. Ignoro quién es el farsante que me ha enviado la carta, pero reconozco en cualquier lugar la imagen del verdadero Fantasma.

Me acerco a él despacio. Él mira hacia la laguna, sabe que estoy aquí, me estaba esperando. No sé cómo lo hace, pero siempre suele saber dónde estoy. Tomo aire y me coloco a su lado.

—Cuando el *signoria* me enseñó tu ropa pensé que te habían atrapado —le digo, pero él está distante, diferente, ni siquiera me mira.

—Ya ves que no —me responde.

Respiro mientras pienso en lo que tengo que decirle. Con él no hace falta actuar, puedo hacerlo sin temor a lo que pueda pensar de mí.

—Necesito que hagas algo por mí esta noche —le pido y mis palabras hacen que me mire. Intento mantenerme distante como hace él, que sigue apoyado en la baranda del puente, pero después de todo lo que ha pasado es difícil comportarme así, cuando en realidad tengo ganas de abrazarlo. No es el momento, su actitud me lo indica.

—Dime. —Sé que intuye lo que voy a pedirle.

—Necesito que sentencies a alguien —confieso y ante su mirada me avergüenzo de mi petición. Él vuelve a mirar hacia la laguna.

—Puedes hacerlo tú misma —responde—. Ya lo has hecho una vez. La segunda vez no es tan difícil.

Abro la boca para defenderme. Sabe que yo maté a Savino y no sé cómo eso es posible. Quizás esa es la razón de su distancia conmigo. Está enfadado, decepcionado, sea lo que sea, no le gusta.

—Lo hice por una razón. —Doy un paso hacia él.

—Todos lo hacemos por una razón.

Abro la boca para replicar, pero no se me ocurre respuesta. Miro hacia la laguna también.

—No aparecías. —El cuerpo completo comienza a pesarme y los ojos me brillan—. No sabía qué hacer.

—Nunca lo he hecho las otras veces que han prendido a alguien y, sin embargo, no hiciste ninguna locura como la de anoche. No mataste por Gozzi ni por Casanova, ¿por qué por Lucio sí?

—Porque pensaba que eras tú.

—¿Crees que soy Lucio Cavalli? —Se inclina hacia mí y clava sus ojos en los míos. Ahora soy yo la que aparto mi mirada de él.

—De cualquier modo, no podía dejar que lo mataran si era inocente —me defiendo.

—¿Qué sientes por ese conde? —me pregunta, quizás es exactamente eso lo que le ha molestado y me desconcierta. Estaba segura de que era ÉL, pero ya no sé ni quién soy yo.

Vuelvo a mirarlo. La oscuridad de sus ojos hoy es más intensa.

—Dime de una vez quién eres, porque voy a perder la razón. —No puedo más.

—No puedo hacerlo y lo sabes —me responde. Suelta la barandilla y se coloca frente a mí—. ¿A quién quieres que mate?

Bajo los ojos y me sujeta por la barbilla para que lo mire.

—Pídemelo.

Sabe que ahora, después de esta conversación, me siento más débil y es más difícil que yo le eche valor para pedírselo. Pero ya no puedo tener más condena que la que tengo.

—Mata a Fabrizio.

Pasa por mi lado para marcharse hacia Caravaggio y cierro los ojos. Voy a enloquecer con todo esto.

***

—Como has podido comprobar, la Jianna que descubrí en aquel puente nada tenía que ver con la harapienta muchacha del barrio Caravaggio que encontré asustada una noche.

Hizo lo que hizo y no tembló al hacerlo. Quizás, bajo toda aquella apariencia angelical, ella nunca fuera muy distinta a mí, ella también conocía la oscuridad. De una forma o de otra, empecé a sentir que todo llegaba a su fin.

***

Fabrizio lo esperaba, aguardaba con un cuchillo en cada mano tras la puerta. De nada le sirvieron, pronto estuvo colgado de la soga.

El Fantasma notó una presencia en la puerta, no contaba con ello y se giró dispuesto a escapar, pero quedó inmóvil.

Jianna entró en la casa, no dejaba de mirar a Fabrizio, se acercaba a su cuerpo con tranquilidad bajo la mirada del Fantasma.

—¿Por qué has venido? —preguntó él—. ¿Dudabas de que lo hiciera?

Jianna negó sin apartar los ojos del miserable hombre.

—Bruno intuye que lo de anoche no lo hiciste tú —le dijo.

—No era muy difícil de intuir —respondió él.

Fabrizio tenía la piel del rostro completamente morada.

—He recibido una carta de alguien que firma con tu nombre y que dice haber matado a Savino.

—¿Cómo dices? —El Fantasma tiró de ella hasta fuera de la casa del tendero.

—Hay alguien que quiere ocupar tu lugar —le explicó ella.

—Jianna, esta vez no cometas locuras, él sí puede ser peligroso para ti.

—¿Más peligroso que tú? —Jianna estaba muy cerca de él—. ¿Qué puede hacerme él? ¿Matarme?

—Sí —le respondió él—. No debes acercarte a él. Quizás lo haga porque quiere matarte. No eres apreciada en Venecia ahora, cualquiera podría hacerlo.

El Fantasma recorrió con su mirada la solitaria calle.

—Tenemos que irnos de aquí, alguien nos puede ver.

64

Ella

Han pasado tres días desde que murió Fabrizio y las cartas del falso Fantasma no dejan de aumentar. Sin embargo, el verdadero ÉL no envía ninguna. Su distancia me duele más que ninguna otra cosa. Hoy Lucrezia me ha permitido al fin bajar al salón e intentar retomar mi vida de cortesana. Marco vendrá hoy por primera vez desde hace muchos días. Eso, según la dueña de la casa, es una buena señal, ella piensa que todo esto se acabará olvidando y todo será como antes, aunque ya no valgo ni la mitad de lo que valía antes. Hasta por Elvira pagarán más que por mí, pero a mí eso no me importa en absoluto.

He repasado una por una las cartas de este extraño Fantasma salido de la nada y ha logrado llamarme la atención. Es cierto que insiste en verme en cada una de ellas, lo que me lleva a pensar que lo único que desea es matarme. Prometí no acercarme a él, pero quiero ver a este ser, ver su apariencia, la que él piensa que tiene el verdadero Fantasma de Venecia. Y voy a arriesgarme esta noche a acudir a su llamada en la calle de atrás de La Serenissima. Sé que hay algo detrás de esto y tengo que descubrir qué es.

En cuanto al verdadero, mis incertidumbres continúan. Estaba tan segura de que es Lucio, que la duda que tengo ahora de que no lo sea me duele. Pero anoche el verdadero parecía ofendido porque yo hubiese matado por salvar al conde, o quizás todo eso fue para desviar mi sospecha.

Me queda Marco, esta noche será decisiva para descubrir si es ÉL, aunque algo dentro de mí me dice que no lo es. Esta pesadilla me está pesando demasiado, estoy haciendo cosas de las que me avergüenzo y mi vida se ha convertido en el infierno de mi

Fantasma. No temo ya al farsante, quizás me acerco a la muerte al acudir a su cita y no me importa. La muerte acabaría con todo esto de una vez por todas. Es más, una parte de mí desea que lo haga. He matado, he mandado a matar, y merezco la muerte.

***

El inquisidor abrió la puerta del despacho de Bruno.

—¿Aún estás aquí? —preguntó el inquisidor a su sobrino.

—Ahora lo tendremos más difícil si queremos prender a Marco —dijo Bruno.

—Eso es lo que el dux buscaba. ¿Crees que él sospecha de su hijo también?

—Claro que lo hace. —Bruno tenía sobre la mesa los viejos zapatos de Jianna.

—Ella no dirá nada —le dijo el inquisidor—. Olvida a esa puta.

—Te equivocas, tío —respondió él—. Ella me llevará hasta el verdadero Fantasma.

***

Ella

Es la hora, tengo unos minutos antes de que suene la campana de La Serenissima. No voy a perder mucho tiempo con un impostor.

Bajo las escaleras y salgo a la calle del Canal. Rodeo el palacio y me adentro en la estrecha calle. Debe de estar por aquí, no pienso avanzar mucho más. Que sea él quien se exponga. No me hace esperar mucho, aparece.

Por un momento entorno mis ojos, porque me parece el real. Lleva el disfraz oscuro de la *maschera nobile* y eso me eriza el vello de la piel. Tengo frío, la capa no me cubre todo lo que deja libre mi traje de ramera. El impostor se acerca.

Al verlo de cerca no tengo dudas de que no es el verdadero Fantasma, sin embargo, sus ojos no me son desconocidos.

—Has venido —me dice y su voz también me recuerda al verdadero Fantasma, quizás toda voz de hombre tras la máscara se torna igual.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunto sin acercarme demasiado.

—Siento haber matado a Savino —me dice y lo miro—. Quisiera…

—¿Tú mataste a Savino? —le pregunto y comienzo a dar pasos atrás hacia la laguna. Comienzo a ser consciente de que mi locura me está llevando demasiado lejos. Otro demonio al que descubrir, lo que me hacía falta. Además, este sí es verdaderamente peligroso.

—¿No lo crees? —Se acerca.

—¿Quién demonios eres tú? —Le vuelvo a preguntar sin dejar de alejarme de él—. ¿Y por qué quieres verme?

—Solo quiero hablar contigo —me dice.

—No eres el verdadero Fantasma de Venecia —le respondo y me giro en la esquina del palacio, estoy cerca de la puerta.

—¿Cómo estás tan segura de que no soy yo? —me pregunta.

—Porque es imposible que seas ÉL. —Mi tono parece enfurecerle, intento escapar, pero es más rápido que yo y me agarra por el brazo.

—Necesito hablar contigo. —Me aprieta y me hace daño—. Te estoy diciendo que yo soy el verdadero asesino de Venecia.

—No sé quién eres. Pero si eso que dices es verdad, mátame y acaba de una vez. —Casi no me creo lo que acabo de decirle. Comienzan a temblarme las piernas. Esto no es un juego, este sí puede matarme. Y aunque merezca morir tengo miedo.

Me suelta despacio y me apoyo en la pared. Me agarraba con tanta fuerza que de verdad pensé que me mataría. Pero él busca otra cosa de mí.

—No quiero volver a verte por aquí —le digo—. Si vuelves, le entregaré tus cartas al inquisidor.

—¿Por qué haces esto? —Acerca su cara enmascarada a mí y lo miro a los ojos, los aparta enseguida. Lo conozco y teme que lo descubra.

—Porque tú no eres el verdadero Fantasma —le digo—. No mataste a Savino y todo esto es un circo que has montado, así que

vete.

Se enfurece tanto que me atemoriza. Pero arrastro mi espalda por la pared hasta llegar al Canal.

—No te irás aún. —Me impide que continúe—. ¿Por qué estás tan segura de que no soy yo?

Me coge por el cuello y lo aprieta. No me ha dado tiempo de gritar, me ahogo, logro oír la puerta de La Serenissima abrirse.

—Paolo —murmuro, aunque mi voz es débil, no puedo respirar.

Paolo corre hacia nosotros dispuesto a atacar al ser que me ahoga, pero este me suelta y escapa por la calle trasera del palacio. Sujeto a Paolo para que no lo siga y él enseguida me atiende.

—¿Quién era? —me pregunta, pero yo no puedo dejar de toser. El remero me sostiene la cabeza para que la mantenga erguida—. ¿Quién era?

Puedo tomar aire lentamente.

—Quiere que crea —jadeo, no puedo acabar la frase—, que es…

Paolo me entiende. Me retira el pelo de la cara.

—Vamos dentro —me dice.

Me agarro a él hasta que entramos en casa. Tengo mi mejilla en su hombro. No dejo de cometer locuras, no dejo de ponerme en peligro, las desgracias continúan sucediendo y Paolo parece ser más que un ángel de la guarda que no merezco. Es una suerte que él estuviese por aquí, el remero silencioso siempre aguarda cerca de mí hasta que lo necesito.

Me apoyo en la pared y Paolo abre la puerta de su habitación.

—Lucrezia debe saberlo —me dice y entra en su habitación.

Lo miro y la locura vuelve a envolverme mientras contemplo su rostro. Paolo siempre está ahí, como lo está mi Fantasma.

Va a cerrar la puerta de su habitación, pero yo se lo impido. Me dejo caer sobre él y lo empujo. ¿Y si fuera Paolo? ¿Y si solo busco hacia una parte del salón cada noche? ¿Y si solo miro hacia delante buscando al Fantasma de Venecia cuando sus ojos están detrás de mí?

Paolo se aparta de mí. Yo, sin embargo, no dejo que se aleje y entro en la habitación cerrando la puerta detrás de mí. La habitación de Paolo es estrecha, lo empujo hasta una pared mientras que

desabrocho los botones de su camisa. Apenas hay luz, me concentro en su piel a ver si me recuerda a ÉL de alguna manera, Lucrezia nunca me dejó intimar con Paolo en mi época de aprendizaje.

Cierro los ojos y me llevo las manos hasta la sien. ¿Qué demonios estoy haciendo? Me estoy volviendo completamente loca. Me separo de Paolo enseguida mientras él me mira perplejo por mi conducta. El bochorno me invade y corro hacia la puerta para salir. Salgo al pasillo, Dita me ve salir de la habitación del remero y arquea las cejas.

Me arreglo el vestido con las manos, la campana suena.

***

—Aquella noche Jianna estaba tensa, como no podía ser de otra manera con todo lo que le estaba ocurriendo. Yo había entrado en su vida, descubriéndole un juego que ya no era posible parar.

Sabes que tanto ella como tú y como yo, llegados a este punto, tenemos que llegar hasta el final. Al fin y al cabo, tú tampoco has dejado de pensar en quién soy desde que comenzaste a leer esta historia y sigues buscándome entre estas letras.

***

Ella

Marco no deja de mirarme, aunque solo se acerca a mí de vez en cuando. No esperaba esta actitud de él después de tantos días sin venir. Habla con Lucio y yo los observo. Comparo sus movimientos con los de él, con los de Paolo. Me aproximo lentamente hacia ellos. Su conversación se detiene, no es por mi presencia, sino por la de Bruno. Recuerdo que tengo un asunto pendiente con él y debo pagar mi deuda.

Los tres se miran y puedo notar la tensión entre ellos. Por un momento me ha parecido que Lucio ha sujetado a Marco.

Agarro a Bruno de un brazo y lo aparto de ellos dos, se sorprenden de lo que hago. Pero no lo hago por ellos, no trato de evitar una pelea en La Serenissima.

Miro a Bruno a los ojos, le cojo la mano y deposito en ella la bolsa con el cristal.

—Mi parte —le digo y sonríe con satisfacción.

—No está mal tu parte. —Mira a Marco y no me gusta la expresión de su cara. Ahora podrá presumir de algo que no existe ante el hijo del dux o ante quien Bruno sospecha que puede ser su Fantasma. Quizás lleve razón y lo sea. Pero por más que miro a Marco, no puedo reconocer al Fantasma en él.

Me retiro de Bruno y me acerco al conde y al hijo del dux.

—¿Qué tienes con ese imbécil? —me pregunta Marco.

—Un asunto pendiente —respondo y Lucio mira hacia otro lado. Marco se da cuenta de su gesto y nos observa a uno y a otro.

—Prefiero no saberlo —dice e intuyo que sus pensamientos van por otro lado. Me mira de reojo y su mirada se detiene en mi cuello —. ¿Qué te ha pasado?

—No tiene importancia —digo. Lucio me observa también—. No es nada.

—Sí tiene importancia —dice el conde—. ¿Quién te lo ha hecho?

No respondo. Marco me levanta la cara y la luz deja ver las marcas en mi cuello. No había que ser muy audaz para entender de qué podían ser.

—Jianna —dice Lucio—. Te han intentado ahogar.

—No —susurro—. Dejadlo ya.

Marco ya no está junto a nosotros, no sé a dónde ha ido. Acaba de desaparecer delante de mis ojos y no consigo verlo. Estoy a punto de preguntar a Lucio, pero él se adelanta.

—¿Por dónde se fue Bruno? —pregunta y entiendo su temor. Enseguida se gira hacia la sala de juego y yo lo sigo. No están.

—El jardín —le digo y ambos nos apresuramos.

La puerta de cristal del jardín está cerrada, es demasiado pesada, el conde me ayuda a abrirla. Oímos los gritos de Bruno.

—Seas tú o sea otro —dice.

Ambos nos miran. Bruno me señala.

—Ella —dice—. Ella lo sabe y es la que me desconcierta.

Marco me mira.

—¿Ha sido él? —pregunta Marco señalando a Bruno.

Miro al joven Comminetti, quizás sí. Su conducta es similar al miserable que he visto disfrazado de Fantasma. Sin embargo, no tengo pruebas para acusarlo.

—No —respondo y observo cómo Bruno esperaba impaciente mi respuesta—. No ha sido él.

Bruno se dirige a Marco antes de marcharse.

—Abre los ojos —le dice.

Marco se acerca a mí.

—¿Es cierto lo que dicen? —me pregunta—. Todo lo que he escuchado estos días…

Lucio se aleja de nosotros.

—Jianna, mírame —me pide—. Quiero que me respondas. ¿Qué tienes con ese demonio?

¿Qué puedo responderle? Ni siquiera estoy segura de que ese demonio no sea él. Y esa duda me hace hablarle con sinceridad.

—Marco. —Lo conduzco hasta un banco, pero está tan frío que soy incapaz de sentarme. Nos quedamos en pie—. No es mentira todo lo que dicen, aunque… no escuches a Bruno, él tampoco lleva razón.

Marco se inclina hacia mí.

—No quiero escuchar a ese imbécil, quiero escucharte a ti. Confía en mí. ¿Qué sabes del Fantasma?

Marco es la última persona en la que hubiera pensado para confiarle todo esto. Pero si el propio Comminetti sospechaba de él, puede ser que mi intuición falle y sea el verdadero Fantasma. Me siento tan perdida que ya no sé lo que hago.

—Hace meses que él me escribe cartas —confieso y observo si se sorprende. No lo hace, está impaciente por preguntar.

—¿Y estas segura de que es el verdadero Fantasma?

—Sabe cosas… —Tomo aire, Marco parece tener curiosidad—. Hace meses yo… me prostituía en el barrio Caravaggio. Una noche

me pegaron y él… —Abro la boca para coger aire. Siento que estoy metiendo el pie en un cepo—. Luego llegué a La Serenissima.

—¿Y fue cuando empezó a escribirte? —pregunta y niego con la cabeza, esto no me lleva a ninguna parte.

—Las cartas comenzaron después.

—¿Lo has visto alguna vez?

Asiento y se sorprende demasiado. No es mi Fantasma.

—Entonces, ¿sabes quién es?

—Nunca deja que le vea la cara —le digo y aparto la mirada—. No sé quién es y… hasta he llegado a pensar que eras tú.

No parece ofenderse y no entiendo por qué.

—Mi padre también ha llegado a pensar que lo soy, y los Comminetti —me responde—. Pero no soy yo.

Miro a Marco y el joven engreído que suelo ver en él desaparece.

—Si Lucio tampoco es —continúo—, me quedo sin muchas opciones. Todo esto es una pesadilla: primero Gozzi, luego Giacomo, Lucio, tú.

—¿De quién sospechas? —pregunta y algo en mí se transforma en desconfianza. Creo que ha sido un error todo esto, el contarle más de lo que debía. Es el hijo del dux y es uno de los sospechosos de Comminetti, si no es el Fantasma puede usar todo esto contra mí. Tengo que andar más despierta.

—Necesito volver al salón —le digo.

Me levanto con rapidez y vuelvo al salón de baile. Hace frío fuera y me acerco a una de las chimeneas para calentarme. Mi mirada se pierde observando el fuego.

***

Marco esperaba en el jardín. Bruno no tardó en llegar.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Comminetti y Marco asintió —. ¿Y bien?

—No sabe quién es —dijo el joven.

—¡Miente! —Bruno se apartó del hijo del dux.

—No creo que lo haga, realmente no lo sabe.

—No esperaba que fueras tan imbécil —lo insultó Bruno—. Es una puta, sabe engañar, sabe actuar.

—Me ha dicho la verdad —volvió a repetir Marco.

—¿Por qué estás tan seguro? —Bruno se metió la mano en los bolsillos—. ¿Sabes que en tu ausencia han pasado muchas cosas?

Comminetti le mostró el cristal al hijo del dux.

—Estoy seguro de que esa puta sabe quién es él —dijo—. Acabará llevándome hasta él y solo espero que no seas tú.

—Yo no soy el Fantasma, ¿cómo quieres que te lo demuestre?

—Como te dije, solo hay una forma de hacerlo y es ayudándome a atraparlo. —Bruno sonrió—. No, ni siquiera creo ya que lo seas. —Marco apretó la mandíbula—. Quiero que veas lo que he visto yo. Vamos dentro.

***

—Jianna estaba en una situación delicada, y yo solo esperaba que fuera lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Lucrezia la habría ayudado si se hubiese sincerado con ella. Pero Jianna parecía querer afrontar sola la situación.

Yo ya no sabía qué hacer para ayudarla sin delatarme.

***

Ella

La piel me arde junto al fuego y tengo que retirarme. Choco con alguien. Es el conde Cavalli, que está detrás de mí. Erika se acerca a nosotros y le dice algo al oído. No logro oírlo con la música.

—Acabo de preguntarle a Jianna precisamente si quiere bailar conmigo —responde a Erika.

Abro la boca sorprendida, pero reacciono al instante.

—Sí, claro. —Acepto y Erika me empuja con el hombro al marcharse.

Lucio jamás me ha invitado a bailar. Lo sigo hasta que se detiene frente a mí. Bailar no es algo que me apetezca en este momento, pero ahora mismo no puedo negarme. No paro de darle vueltas a por qué Marco me ha preguntado todo eso y por qué he sido tan imbécil de sincerarme con él. Pensarlo hace que sienta ganas de abandonar esta casa y volver al lugar de donde vine. Ahora, sin Savino, todo será más sencillo. No quiero seguir con este juego. Tengo que alejarme de todos ellos.

Me gusta la música que suena, pero apenas puedo llevar el ritmo. Lucio pronto entenderá que no quiero bailar y me soltará.

—Gracias por venir aquel día —dice.

Verte me costó el corazón de cristal y ahora no podré devolvérselo al Fantasma.

—No es nada, lo hubiese hecho por cualquier amigo —contesto y no entiendo por qué trato de excusarme con él. Me mira curioso.

—No viniste por eso —me responde—. Realmente pensabas que era yo.

No soporto más esta situación. Estoy cansada de este juego, de tantas preguntas. Mi Fantasma por un lado, por otro Bruno, y ahora entran en el juego Marco y Lucio. El conde espera que yo añada algo, pero no lo hago. Era evidente que pensaba que era él.

—No tienes ni idea de quién es, por eso viniste al puente.

Ríe, parece divertirle y yo estoy a punto de abandonar el baile y esta conversación porque su risa me está tocando las narices. Pero los pliegues a ambos lados de sus ojos cuando ríe me recuerdan terriblemente al verdadero Fantasma y eso hace que permanezca erguida frente a él, mientras me dejo llevar por la música. Bailé una vez con él, recuerdo que su mirada estaba fija en mí y al recordarlo vuelvo a sentirlo de nuevo como si estuviera pasando ahora mismo.

—¿Qué harías si el Fantasma de Venecia fuera yo? —pregunta y mis pensamientos se desvanecen de inmediato con su voz. Esa voz,

siempre me encantó, con máscara y sin ella. Levanto la mirada hacia el conde. Mi cuerpo se inclina hacia él.

—Huir contigo. —Dejo de bailar, quedo inmóvil en medio del salón sin dejar de observar a Lucio. Aunque oiga de su boca que no era él, que me maten ahora mismo si me equivoco.

Recibo un golpe y un empujón que hacen que caiga al suelo, luego otro golpe y otro más. Casi no puedo ver a quién lo hace, solo veo a Lucio apartando a un ser de mí.

—Puta —me grita y reconozco su voz—. Has deshonrado a nuestra familia. ¡Eres la vergüenza de los D'Angelo! ¡Tratas con asesinos!

Me llevo las manos a la cabeza. Es mi hermano Marcelo.

65

—Lucrezia —grito.

Han echado a mi hermano de La Serenissima y tengo que ir a buscarlo. Lucrezia acude a toda prisa. Me coloco la capa.

—Tengo que llegar hasta Marcelo y explicarle todo lo que está pasando.

—¡Jianna! Tienes que acabar con esto de una vez —me grita Lucrezia en la puerta del Canal. Yo ya estoy sobre una de las góndolas. Vuelvo a Caravaggio.

***

Ella

La casa de mi hermano no estaba muy lejos de donde yo vivía, pero en dirección al puerto. Su esposa ya no solía habitarla, con su estado de salud siempre andaba con nosotros.

La nariz y el labio no dejan de sangrarme. Pero el frío de la noche me adormece la cara, congelándomela y haciendo que no me duela.

Este barrio nada tiene que ver con San Marco, aquí apenas hay farolas. La niebla, el frío y la oscuridad convierten estas calles en el infierno.

Llego a casa de Marcelo, pero está vacía, no hay nadie en su interior, Gina debe estar con mi hermana y Marcelo Dios sabe dónde. Oigo un ruido y comienzo a buscar de donde procede. La parte de atrás. Marcelo tiene un granero en el que acumulaba el género que le correspondía de sus viajes.

Rodeo la casa a toda prisa, el granero está cerrado. Empujo la gran puerta de madera y cede.

Marcelo está en el suelo mirando a su agresor, junto a mi hermano está ÉL, el verdadero Fantasma de Venecia y no el saltimbanqui que vino a La Serenissima esta noche. No lo esperaba aquí.

—No —grito y me coloco frente a los dos. Lo último que necesito esta noche es que ellos dos se peleen.

***

—Vete de aquí —gritó Marcelo enfurecido, pero Jianna no dejaba de mirar al Fantasma.

—Esto es cosa mía, vete —dijo ella con firmeza—. Es mi hermano.

—Tú ya no eres hermana mía —continuó Marcelo—. Has deshonrado a nuestros padres, nuestro apellido, a Dios. Eres una prostituta y andas con asesinos.

El Fantasma lo cogió por el cuello.

—Suéltalo. —Jianna le sujetó la mano.

Él miró a la cortesana y fue aflojando la mano hasta soltarlo por completo. Se retiró de él con rapidez y se alejó de los dos hermanos, aguardando en una esquina del granero, en silencio. Jianna respiró aliviada.

—¿Qué ha pasado contigo, Jianna? —Marcelo no reparaba en el Fantasma. No parecía tener miedo a morir ni siquiera a manos de él. Estaba tan enfurecido con su hermana que nada parecía importarle.

Jianna miraba a su hermano con angustia, era la persona de su familia que más había llegado a querer, mucho más que a Delia y que a ninguno de sus sobrinos. Su desprecio le dolía más que el de ningún otro.

—De no ser por mí, tu esposa y tus hijos estarían muertos —se defendió ella—. Te prometí cuidar de ellos. No tuve elección.

—Siempre hay elección —le gritó él—. ¡Siempre la hay! Nuestros padres nunca hubiesen permitido que lo hicieras.

Marcelo estaba furioso, dolido. Se incorporó.

—Cuando me contaron que mi hermana era una puta de La Serenissima no lo podía creer —dijo—. Casi golpeo a la persona que me lo dijo y entonces me hablaron de él. —Se colocó las manos en la cintura y miró hacia un lado—. Por Dios bendito, él mató a Savino —señaló al Fantasma y este comenzó a andar con rapidez de un lado a otro del granero tras Jianna, sin perder de vista a Marcelo.

—Savino era un miserable —se defendió Jianna.

—Pero era tu familia —la acusó Marcelo golpeando el pecho de la joven con su dedo índice y el Fantasma acudió enseguida, Jianna lo empujó para que no alcanzara a Marcelo.

—No fue él —gritó ella—. ¡A Savino lo maté yo!

Los ojos de Marcelo se abrieron sorprendidos y los orificios de su nariz se hicieron prominentes.

—Ahora sí que no reconozco a mi hermana —dijo con desprecio —. Mañana mismo te denunciaré ante los inquisidores.

El Fantasma no dejaba de moverse con rapidez por el granero. Sus nervios comenzaban a contagiar a los de Jianna.

—Tienes que pagar por lo que has hecho —continuaba Marcelo.

El Fantasma se detuvo con sus palabras. Jianna lo miró de reojo, él tenía la mirada fija en su hermano.

—Si él te delata, te ahogarán —dijo él.

—¡Cállate! —le gritó Jianna y hasta Marcelo temió alguna represalia por parte del Fantasma. Pero él tan solo la miró silencioso un instante y salió del granero. Marcelo lo observó, la silueta de un asesino acechando como un animal sin apartar los ojos de él a través de la puerta, y seguidamente miró a su hermana.

—¿Qué clase de mujer eres ahora, que te atreves a gritar y a empujar al demonio al que todos temen y él no es capaz de reprenderte?

—Ese demonio no es lo que piensas. Él me salvó la vida —respondió ella y Marcelo frunció el ceño—. ¿Qué sabes tú del infierno que hemos vivido, del hambre, de las enfermedades, de los golpes de Savino? ¿Crees que fue fácil para mí? No te puedes imaginar el precio que tuve que pagar por la comida de nuestra familia.

Marcelo miró hacia un lado.

—Sin embargo, tienes que pagar por lo que le hiciste a Savino.

—Ese tirano merecía morir —se excusó Jianna.

—Tú no puedes decidir quién debe vivir y quién no. —Miró al Fantasma—. Ni él tampoco. Puedes dejarle que me mate porque aunque seas mi hermana debes de pagar por lo que hiciste ante los hombres y, cuando llegue el momento, ante Dios.

El Fantasma entró con rapidez y Jianna lo sujetó por el hombro.

—Es su decisión y la acepto —le respondió ella—. No puedo permitir que le hagas daño a mi hermano, y si lo haces yo misma acabaré con todo esto.

El Fantasma cerró los ojos tras su máscara, los abrió para mirar de nuevo a la joven y salió a toda prisa del granero.

—Tenías que haber dejado que me hubiese matado —contestó Marcelo—. Sabes que lo haré.

—Él no mata a personas como tú. —Su hermano levantó la cabeza hacia ella, sorprendido—. Quizás lleves razón y lo merezca, quizás sea hora de que pague por todos los pecados que he cometido. Haz lo que tengas que hacer, Marcelo, no voy a detenerte.

—Vete de aquí. —La echó—. Fuera de mi casa.

***

—Aquello era una locura. Jianna no sabía lo que el Consejo sería capaz de hacer con ella si Marcelo la delataba y, sin embargo, no me permitía hacer nada por impedirlo.

Jianna me lo había dejado claro: si yo mataba a su hermano, ella misma acabaría con todo esto.

Pero, de cualquier forma, todo llegaba a su fin y era algo a lo que yo temía. Fuera el que fuese el final, no presagiaba nada bueno.

66

Jianna aguardaba en su dormitorio. Era media mañana, esperaba que fuesen a por ella. No tardaría en llegar. La puerta se abrió y pudo leer la desgracia en la expresión de Lucrezia.

—Jianna —la llamó—. Hay *I signore della notte* abajo.

«Han venido a prenderme». Jianna se levantó de la cama.

—No hace falta que me acompañes esta vez —le dijo la joven.

—No, siéntate, prefiero contártelo yo. —Jianna se alertó con las palabras de Lucrezia. Sus ojos brillaron temiendo lo que venía a continuación, aunque ya lo sabía—. El Fantasma de Venecia ha matado a tu hermano.

Jianna se llevó las manos a la boca y Lucrezia la abrazó, mientras la joven gemía y gritaba.

***

La campana de la puerta de La Serenissima sonó y la dueña de la casa se dispuso a abrirla. Lucrezia abrió la boca al ver aquella imagen. Había comenzado a nevar y el suelo estaba cubierto de nieve. En los escalones que accedían al palacio estaba Jianna. Con su capa traía envuelto a un bebé que tornaba el año y cogía de la mano a dos niños muy pequeños, de dos o tres años calculó la mujer. Los acompañaba una joven completamente escuálida, con un tono de piel cetrino.

—Son los hijos y la mujer de mi hermano —dijo Jianna. Su rostro estaba pálido, enrojecido, lejos de parecer la cortesana que había sido hasta hacía bien poco—. Mi hermana no puede hacerse cargo de ellos.

Lucrezia notó cómo la voz de Jianna se rompía.

—Una vez le hice una promesa —añadió.

—Pasad, hace frío fuera —invitó la mujer y ella misma le cogió el bebé de los brazos.

Jianna entró con los hijos mellizos de Marcelo. Gina la siguió, pero sus andares eran pesados, extraños. Lucrezia la miró con las cejas alzadas.

—¡Dita! —Oyó llamar a Lucrezia. La mujer acudió al momento y miró a los niños sorprendida.

Lucrezia le tendió el bebé a Dita.

—Llévalos con el resto a la parte de atrás. Y a ella también —le pidió—. Tienen frío, deben de cambiarles la ropa enseguida.

Jianna observó cómo Dita se llevaba a los pequeños y Gina los seguía con andares torpes. No sabía ya de qué forma mirar a Lucrezia, tan solo era capaz de llevar ruina y miseria a aquel lugar. Lucrezia volvió a atender a su pupila.

—Tengo que acabar con esto de una vez —dijo la joven—. Hablaré con el Consejo, voy a entregarles al Fantasma.

***

—Ya te decía que todo llegaba a su fin y este es el fin que Jianna había decidido para nosotros.

No me sorprendió. Me había advertido que, si su hermano moría, ella misma acabaría con todo y lo cumplió.

Pero algo escapaba a sus ojos: yo no lo había matado.

67

Solo el Consejo y Lucrezia junto con ella conocían el plan. Jianna aguardaba el sonido de la campana. Lo habían preparado todo de forma apresurada y, sin embargo, presagiaba que todo saldría bien.

Habían organizado una fiesta de disfraces. Las mismas prostitutas de La Serenissima habían confeccionado las invitaciones, la fiesta de la *maschera nobile* había tenido gran aceptación y eso que tan solo habían tenido día y medio para prepararlo. En la República ya no era un secreto que el Fantasma de Venecia acostumbraba a llevar ese disfraz. Lejos de convertirse en un disfraz maldito, se había puesto muy de moda en todo el Carnaval. Jianna no era la única que se sentía seducida por el atuendo de aquel ser y multitud de jóvenes solían llevarlo para atraer a más mujeres que, guiadas por una muy decorada historia de amor entre una cortesana y un demonio, caían rendidas ante las máscaras blancas.

Era de obligatorio acceso aquella noche en La Serenissima llevar el disfraz de *maschera nobile* en los hombres y que las mujeres llevaran vestido rojo. Porque por una vez en La Serenissima, la entrada estaba permitida a mujeres ajenas al palacio. Lucrezia vio en la curiosidad y la excitación de muchas nobles damas un nuevo camino a su negocio.

Jianna llevaba un vestido rojo que Angelina acababa de terminar de coser. Todas las cortesanas, once de nuevo, llevaban el mismo traje de vaporosa seda roja, con un gran escote que dejaba ver sus hombros. Se oía la música y el ruido, el salón tendría que estar lleno de personas como nunca lo había visto.

Suspiró mirando el jarrón con las seis rosas rojas. Rosas exactamente iguales que las enormes que le dejaba él.

Había pedido a Dita que le hiciera un bolsillo en el lateral derecho del traje, abrió el cajón del escritorio y sacó las cartas. Las guardó. Se miró al espejo, a pesar de todo el sufrimiento, el maquillaje, el peinado y el vestido volvían a hacerla la cortesana que era.

***

Ella

Se oye la campana al fin. Cojo las seis rosas y salgo de mi dormitorio sabiendo que cuando regrese a él toda esta pesadilla habrá acabado y yo seré libre.

***

Jianna se colocó al final de la fila, la puerta del salón se abrió y desde lo más alto de la escalera se detuvo para contemplar la imagen. Cuando le contó a Lucrezia su idea no esperaba que llevada a la realidad fuera a ser tan hermosa. Decenas de *ÉL* paseaban a un lado y al otro del salón, bailaban o conversaban. Algunos de ellos traían rosas para regalar a las damas. La Serenissima se había inundado de Fantasmas que, desde aquella altura, contrastaban con el rojo de los vestidos de las damas. Negro, blanco y rojo, los colores de ÉL.

***

Ella

Quiero detenerme a contemplarlo porque no quiero olvidar lo que estoy viendo en lo que me reste de vida. Aunque pase el tiempo cerraré los ojos y lo reviviré una y otra vez.

***

—Entrar en el salón de La Serenissima y encontrar nuestra historia, la de Jianna y la mía, en una sola imagen fue sentir que, pasara lo que pasase, todo aquello habría merecido la pena.

Y eso que en aquel momento aún no sabía lo que el Consejo, Jianna y Lucrezia tenían preparado.

***

Ella

Estoy tan nerviosa que lo único que deseo en este momento es salir corriendo. ÉL está aquí, puedo sentirlo. Hoy no es un hombre más en el salón, es el Fantasma de Venecia, y al fin podré verlo dentro de La Serenissima como lo que realmente es. Hoy podré ponerle al fin la máscara a todos de los que alguna vez sospeché.

***

—Siempre me llamó la atención la forma de hacer las cosas de Jianna. Ella no quería descubrirme quitándome la máscara, sino poniéndosela a todos los hombres que conocía.

Alcé la vista y la vi en la escalera, inmóvil, mirando todo aquello, y desconozco si sentía lo mismo que yo. Tú solo lo vislumbras y ya te parece hermoso, así que imagínate lo que fue vivirlo.

Jianna tuvo una forma sublime de ponerle fin a la leyenda del Fantasma de Venecia.

***

Ella

Bajo al fin las escaleras. Lucrezia está abajo y habla con un hombre. Me detengo junto a ellos, se dirigen a mí. El atractivo del disfraz se desvanece cuando lo lleva Luigi Comminetti.

—Le comentaba a Lucrezia —dice—, que no creo que aparezca por aquí.

—Vendrá —le respondo—. Es más, ya debe de estar aquí.

El inquisidor se inclina hacia mí.

—¿Y cómo vas a encontrarlo entre tantos hombres vestidos como él? —me pregunta desconfiado.

Alzo los ojos hacia él.

—Porque yo soy la única que puedo reconocer al verdadero Fantasma de Venecia —le respondo tan segura de lo que digo que parece estar satisfecho con mis palabras.

—Cuando quieras —me dice.

—Que tus hombres estén pendientes de mi señal —sonrío.

Le doy la espalda a Comminetti y miro el salón. Hay demasiada gente, apenas se puede andar. Pero voy a encontrarlo.

Fantasma, tu juego hoy es mi juego. Se acabaron las dudas.

***

—La vi adentrarse en la multitud. Dije una vez que el color que mejor le sentaba a Jianna era el azul, pero quizás me equivocaba.

***

Ella

Hay un hombre apoyado en una de las cortinas y está rodeado de mujeres. Tiendo una rosa hacia él. Se acerca a cogerla y espero

paciente a que se aproxime lo suficiente. No es él, está demasiado lejos de serlo. Me agradece el detalle y sigo mi camino.

Reparo en un joven acompañado por Rosaura Caccini. Es una ofensa que una prostituta se acerque a uno de sus clientes en presencia de su prometida. Pero hoy lo tengo todo permitido. Llego hasta ellos. Rosaura me mira y sonríe. Es una joven con una humildad y dulzura tan apreciables que siento realmente lo que voy a hacer. Sonrío y le ofrezco al hombre otra de mis rosas. Rosaura no está ofendida e incluso le empuja el brazo para que la coja. Les hago una leve reverencia y me alejo de ellos.

Lucrezia y el inquisidor no me quitan la vista de encima, mientras los guardias disfrazados me siguen.

Tomo aire, no va a ser tan fácil si los voy buscando a ellos por sus nombres, pero sí será fácil si lo busco a ÉL.

Recorro el salón con la mirada y me parece verlo, pero hay mucha gente bailando y es imposible comprobar si es ÉL. Me cruzo con su mirada y siento las ráfagas que solo puede producirme el verdadero. Lo veo pasar junto a una de las chimeneas y vuelve a perderse entre la multitud.

Me dirijo hacia la chimenea y para ello tengo que rodear todo el salón, cuando llego ya no está. No me sorprende, sabe escabullirse.

Miro a Lucrezia de lejos y asiento con la cabeza. Ella le susurra algo a Comminetti y este se remueve bajo su traje. Lucrezia acaba de decirle que el Fantasma de Venecia está aquí.

***

—No importa las vueltas que pudiera dar al salón porque acabaría encontrándome.

Así que era inútil rehuir de ella.

Un tiempo atrás la invité a jugar y perdí.

***

Ella

Me acerco a un joven disfrazado que me mira serio tras su máscara. Lleva una bandeja que sostiene con manos enguantadas. Le tiendo una de las rosas. Ya solo me quedan la mitad. Duda, no se atreve a cogerla, pero no desisto. Baja la cabeza y suelta la bandeja en la barra. Coge la rosa y me mira. Luego se aleja de mí.

No me muevo de mi lugar, tan solo giro mi cabeza y reparo en otro disfraz. No está solo, una mujer lo acompaña, es Cecilia Disabatto. Tomo aire y me acerco a ellos. Ni siquiera miro a Cecilia, tan solo lo miro a él y le ofrezco una de las tres rosas que me quedan.

Él me mira, mira la rosa y vuelve a mirarme a mí. No hago ningún gesto, ni siquiera sonrío. Coge la rosa al fin. Me giro dándole la espalda y veo cómo Cecilia acaba de darse cuenta de lo que ha sucedido, pero no le doy tiempo a que me insulte y me dirijo hacia otro lugar.

No tardo en encontrarlo. El dueño de la penúltima rosa va acompañado de un grueso hombre disfrazado y está rodeado de otros tantos. Me mira, no deja de observarme, inmóvil, paciente, esperando a que yo me acerque a él, así que cojo otra de las flores y se la ofrezco. Es precioso el contraste que hacen las rosas sobre la capa negra del disfraz.

Esto ha acabado ya, tan solo me queda una. Vuelvo al pie de la escalera, desde el que se puede ver todo el salón. Lucrezia y el inquisidor están a mi derecha. No me detengo con ellos, subo varios escalones y me giro para ver la imagen de nuevo al completo. Tan solo me queda una rosa para el sexto hombre del que sospeché.

Te he encontrado, Fantasma, ahora ya no tengo dudas de quién eres. Ya no me importa lo que puedas decirme, el juego ha acabado.

***

—Y con una rosa que era exactamente igual a las que yo solía llevarle, fue como recibí el beso de Judas de Jianna. Era consciente de ello cuando la cogí, pero aun así lo hice. Creerás que fui imbécil por permanecer allí en vez de escapar. No pensaba irme, quería quedarme para ver el final que Jianna tenía preparado para mí. Fue su voluntad, y yo la asumí con todas las consecuencias.

***

Ella

Le hago la señal al inquisidor y casi al instante la música se detiene. Ya no hay guardias cerca de mí, se han ido quedando junto a cada Fantasma que les marqué con una rosa.

Más guardias se quitan la capa y dejan ver su uniforme. La zona de baile se queda vacía, mientras los invitados observan llenos de curiosidad lo que ocurre. El inquisidor se sitúa cerca de mí y yo bajo los escalones hasta quedar a su altura. Enseguida otro hombre vestido de ÉL se sitúa a mi izquierda. Se oyen murmullos cuando la guardia coloca ante nosotros a cinco hombres enmascarados.

—Descubridlos —ordena el inquisidor.

—No —digo alto—. Aún no.

Los miro uno por uno, qué claro puedo verlo ahora.

—Aún falta uno —digo dirigiéndome al inquisidor, mientras mi última rosa se alza a mi izquierda.

El joven enmascarado mira al inquisidor confundido, no quiere recoger el símbolo que lo pone bajo sospecha, pero no veo en el inquisidor ningún gesto de querer excluirlo.

—Cógela —le ordena.

En cuanto su mano toca la rosa, dos guardias lo colocan junto a los otros cinco.

***

—La culpa fue mía. La hice dudar tanto, sospechar de otros, sospechar de mí, que verme allí inmovilizado por los guardias, junto a todos los que alguna vez pensó que podían ser yo, era tan solo la consecuencia de mis actos, el castigo que Jianna dispuso para mí. El juego con todas sus piezas delante de sus ojos. Lo merecía, claro que lo merecía.

***

Ella

Me tomo unos instantes para mirarlos. Comminetti aguarda paciente, aunque está ansioso por ver lo que va a ocurrir. Lucrezia se sitúa a mi otro lado. Puedo notar en el silencio de todos los presentes que entienden lo que está pasando. Todos quieren saber quién es ÉL.

Ya es suficiente.

—Ahora —le digo a Comminetti.

—Descubridlos —ordena.

La guardia no se demora y los velos, los sombreros y las máscaras suenan al caer al suelo.

Están todos: Bruno Comminetti, Marco Grimani, Paolo, Lucio Cavalli, Carlo Gozzi y Giacomo Casanova.

—¿Es uno de ellos? —me susurra Comminetti y asiento.

Saco las cartas del bolsillo de mi vestido y se las entrego al inquisidor. Les doy la espalda a los sospechosos para dirigirme a él.

—Son las cartas que me escribió el Fantasma de Venecia, tienes una prueba porque en ellas suele describirme cada uno de sus

asesinatos, aparte de una letra muy peculiar.

El inquisidor va a abrir una de ellas, pero lo detengo.

—No es la única prueba que te ofrezco —le digo y pone interés en mis palabras—. Encontrasteis el cristal entre las ropas del Fantasma cuando escapó.

El inquisidor arquea las cejas.

—Yo se lo devolví. —Los ojos del inquisidor brillan.

Miró a la guardia.

—Registradlos —ordena.

***

Los guardias registraban los bolsillos del traje bajo la capa de cada sospechoso y dejaban caer al suelo todo lo que encontraban. Uno de ellos dudaba en dejar caer algo que había encontrado por temor a que se rompiera. Un segundo guardia reaccionó de la misma manera y poco después un tercero.

Jianna continuaba dándoles la espalda, pero giró su cabeza un instante y pudo ver cómo los guardias extendían las palmas de sus manos, mientras que con la luz los corazones de cristal emitían destellos de colores.

Jianna se volvió hacia el inquisidor de nuevo.

—El que encontrasteis entre las ropas del Fantasma es único, diferente al resto —añadió la joven—. No os va a ser difícil reconocerlo.

El inquisidor palideció y Jianna conocía la razón por la que lo hacía. Entonces ella puso sus manos sobre las de Comminetti, indicándole que abriera una de las cartas.

El inquisidor abrió la boca en cuanto reconoció la alargada, estrecha y desordenada letra de su sobrino.

—Ya tienes a tu Fantasma de Venecia —concluyó Jianna. Subió varios escalones y colocó su mano sobre el pasamanos para girarse levemente hacia el salón. Lucrezia estaba junto a ella.

El inquisidor se situó ante los seis detenidos, recorrió con su mirada a cada uno de ellos y la detuvo en el último a su izquierda.

—Lleváoslo —ordenó y los guardias no se demoraron en obedecerlo. El salón estalló en murmullos, entre los que se oían los gritos de Bruno. El resto de detenidos fueron soltados por sus respectivos guardias.

—No soy yo —gritaba el joven—. Esa puta miente, lo hace para salvarlo. ¡No soy yo!

El inquisidor se giró hacia Jianna y la señaló con el dedo.

—Si has mentido, si el Fantasma de Venecia vuelve a matar —dijo —, el Consejo ordenará ahorcarte y tu cuerpo sin vida se exhibirá por toda Venecia.

Jianna no sintió amenaza alguna por parte del inquisidor. Les dio la espalda a todos y continuó subiendo las escaleras seguida de Lucrezia.

***

—Ni siquiera me miró cuando se llevaron a Bruno, ni siquiera reparó en mí más que en ningún otro.

En aquel momento no sabía si el motivo era que no había sido capaz de reconocerme o si solo lo había hecho para liberarme y para alejarme de ella.

***

Lucrezia entró tras ella en el dormitorio. Jianna respiraba profundamente. La mujer la miraba desconfiada.

—Dime que lo has reconocido —le pidió—. Dime que has entregado al verdadero Fantasma.

Jianna se sentó sobre la cama.

—Lo he reconocido, no tengo dudas de quién es y he entregado al Fantasma que mató a mi hermano, pero no es el Fantasma que creen tener.

Lucrezia se llevó las manos a la cabeza.

—Ya has escuchado las palabras del inquisidor. —La mujer estaba aterrorizada—. En cuanto sepan… en cuanto vuelva a matar…

—Lucrezia, el verdadero Fantasma también ha escuchado las palabras del inquisidor —le respondió la joven con tranquilad—. No volverá a matar nunca más. Ahora es libre. Y yo también.

***

—Los ángeles son más fuertes que los demonios. Los ángeles vencieron y la oscuridad se acabó para todos.

68

—¿Dónde está Jianna? —preguntaba Lucrezia a todo el que se encontraba en la planta baja del palacio. Y la llamaba a gritos con cada negativa.

Se dirigió hacia la puerta del Canal.

—¡Jianna! —gritó de nuevo.

—Estoy aquí. —Escuchó al fin la voz de la joven.

Jianna apareció en el pasillo. Lucrezia corrió hacia ella con una gruesa capa en la mano.

—Acabo de recibir la noticia —decía empujándola hacia la puerta —. Paolo ya está preparado en la góndola.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jianna mientras Lucrezia le ponía la capa.

Lucrezia la cogió por lo hombros.

—El conde Cavalli va a contraer matrimonio con Cecilia. —Lucrezia sacudió la cabeza.

Jianna abrió la boca para añadir algo, pero Lucrezia volvió a empujarla hacia fuera de palacio.

—No sé si llegarás a tiempo —dijo la mujer y puso sobre la mano de Jianna una bolsa de terciopelo negro.

En cuanto la joven notó el peso de su interior, miró a Lucrezia con los ojos brillantes.

—No hay tiempo ahora —le dijo la mujer—. ¡Corre!

—¿Qué quieres que haga? —Era justo lo contrario que Lucrezia les ordenaba siempre que hiciesen.

—Esto es diferente. —Volvió a empujarla hacia la góndola.

***

El puerto era grande, pero si no le habían indicado mal el barco de los Cavalli no estaba lejos. Irían a tomar matrimonio a un lugar

cercano que se llegaba a través del mar, por tradición familiar por parte de la familia Cavalli.

Conocía bien el puerto de todas las veces que había buscado a Marcelo allí y su conocimiento le hizo ganar tiempo. Corría a través de numerosos portuarios, que la miraban perplejos. Jianna no se detenía ni a tomar aire. Tenía que llegar a tiempo.

Los carros obstaculizaban su camino, los esquivaba como podía, no dejaba de correr, el aire era helado en el puerto, parecía cortar su cara, pero su pecho ardía.

Se detuvo jadeando. Era allí. Había niebla, demasiada niebla como para comprobar si el barco seguía allí o había partido, apenas podía ver. Miraba hacia un lado y hacia otro. Hasta que consiguió ver un grupo de mujeres. Jianna nunca pensó que se iba a alegrar de ver a alguien como Cecilia. «He llegado a tiempo». Miró a su alrededor buscándolo, pero solo pudo ver trabajadores cargando cajas en sus carros.

No quería acercarse al grupo de mujeres, pero necesitaba cruzar al otro lado. Reconoció a la señora Disabatto en el grupo también. Parecía estar emocionada al despedir a su hija para tomar matrimonio. Jianna caminó rápido, alejándose de ellas todo lo que pudo, pero no pasó desapercibida.

—¿Qué hace aquí esa ramera? —gritó la mujer en cuanto la vio.

—Yo sé qué hace aquí. —La voz era la de Cecilia y se dirigía hacia ella.

Jianna notó un empujón.

—No te acercarás a él —le gritó—. Fuera de aquí.

La mirada de Cecilia hacia otro lado le delató el lugar en el que se encontraba Lucio y enseguida pudo verlo a lo lejos, junto a un carro guiado por un grupo de trabajadores del puerto, ya cerca del barco.

—Fuera de aquí. —Ahora era la madre de Cecilia la que la echaba. Volvieron a empujarla.

—Sé lo que intentan hacer las furcias —le dijo Cecilia—. No te dejaré que te acerques a él.

Jianna apartó las manos de Cecilia de su hombro.

«No puedes impedírmelo».

Echó a correr.

—¡Lucio! —gritaba y la niebla no le permitía ver si la había escuchado—. ¡Lucio!

Oía insultos tras ella, no sabía si Cecilia la estaba siguiendo en su carrera. No le importaba.

—¡Lucio! —gritaba y los portuarios se detenían a ver el porqué de su apresurada carrera—. ¡Lucio!

Al fin pareció escucharla y se giró hacia ella. En cuanto reconoció a la joven que corría hacia él, se adelantó a su encuentro. Jianna ni siquiera frenó, chocó contra él y lo agarró con fuerza.

—Jianna, ¿qué haces aquí?

Jianna no sabía cómo comenzar. Un remolino de sentimientos recorrió la poca cordura que él le había dejado. Miró a Lucio a los ojos y el hombre y el demonio se fusionaron ante ella. No había sido su locura la que le producía sus sospechas respecto a él, sus sentimientos no la habían traicionado. Cuando lo vio con Erika, cuando estuvo cerca de él en la puerta de cristal del jardín, cuando mientras bailaban él le hizo cierta pregunta a la que ella respondió de la misma manera que le hubiera respondido al verdadero Fantasma de Venecia. Lucio siempre estuvo ahí, cuando le liberó la pierna de la viga, cuando aquellos indeseables intentaron abusar de ella, cuando enfermó, hasta cuando buscaba al Fantasma en algún sospechoso él siempre estaba en medio, observando cada una de sus reacciones a las que a veces él reía. Por eso echó valor a hacer todo lo que hizo, nunca permitiría que lo condenasen a él. Prometió no abandonarlo en la oscuridad, prometió liberarlo. Darle una oportunidad, ser como cualquier otro hombre. Él no era un demonio.

Oyó la voz de Cecilia cerca de ellos y en su interior sintió algo parecido a la noche en que lo vio con la prostituta.

—Lucio —lo llamó—. Tenemos que irnos.

Lucio la miró frunciendo el ceño, estaba tan cerca de Jianna que hasta ella sintió incómoda la situación.

—Un momento —le respondió él sin retirarse de Jianna lo más mínimo.

—Pero…

—Cecilia —le repitió él.

Lucio observó a Cecilia y al grupo de mujeres alejarse, hasta que la niebla las cubrió. Luego se dirigió hacia Jianna. Colocó su mano en la cara de la joven, su piel estaba helada por el aire. Jianna pudo reconocer la calidez del infierno.

—¿Por qué has venido? —le preguntó él.

—Olvidaste algo cerca de La Serenissima. —Jianna sabía que no tenía mucho tiempo, el barco partiría en tan solo unos instantes. Agarró una de las manos de Lucio y la acarició. Luego depositó la bolsa de terciopelo en ella y se la cerró—. He venido a traértelo.

Jianna notó cómo su voz se quebraba y tragó saliva con la esperanza de que el escozor desapareciera. No quería estar los últimos minutos que pasara junto a ÉL pareciendo una niña llorona, ÉL no podía recordarla así. El viento tampoco le ayudaba mucho a contener las lágrimas, sin embargo, fue capaz de controlarlas.

—Sí lo sabías. —Lucio bajó la mirada hacia la bolsa de terciopelo.

—Nunca te dejaré solo en la oscuridad —le recordó ella—. Ahora eres libre.

El conde sonrió al mirar a Jianna. Una ráfaga de viento hizo que el pelo de la joven volara hasta su cara y él lo apartó.

—Te hice una pregunta no hace mucho —continuó—. Y tú me la respondiste.

Cogió las manos de la joven. Jianna entendió el por qué Lucrezia quería que fuese a buscarlo.

—¿Qué harías si fuera yo? —volvió a preguntarle ÉL.

Jianna sonrió al escucharlo.

—Dímelo de nuevo —añadió.

—Huir contigo —respondió ella.

Lucio giró la cabeza hacia el barco.

—Ya no hay oscuridad, no hay razón para huir. —Volvió a mirarla a ella, que aumentó su sonrisa—. Los demonios no volverán.

***

—Jamás, en ninguno de mis pensamientos, pensé que el destino que ella había dispuesto para mí fuese tan maravilloso.

***

Ella

Desde que el sentimiento que me producía su mitad demonio se trasladó al hombre, estuve segura de que era él. A pesar de que me dijera que no cuando lo condenaron, a pesar de que intentara desviarme en mis sospechas y lograra crearme la duda, a pesar de las locuras de Bruno. Nunca tuve dudas de que no hubiese matado a Marcelo, siempre supe que no había sido él. Bruno tenía que pagar por haber asesinado a mi hermano. Entregué al falso Fantasma porque nunca hubiese sido capaz de entregar al verdadero.

Permanezco inmóvil ante el escrutinio de todos, helada de frío. A simple vista, somos un conde y una cortesana, algo usual, corriente, no más de lo que ya han visto innumerables veces. Nada que ver con la realidad. Pero claro, para ellos es tan solo el conde Lucio Cavalli, para mí siempre será ÉL, el Fantasma de Venecia.

***

—Ahora tenía a Jianna como hombre. Pero un barco me esperaba para desposarme con otra mujer. ¿Qué podría hacer?

Pues hice lo correcto.

***

Lucio se giró para mirar al barco de nuevo, luego miró al lugar por donde se había marchado Cecilia. Había rodeado a Jianna por

completo con los brazos.

—Repítelo, Jianna. —Ella alzó las cejas al escucharlo—. ¿Qué harías si él fuera yo?

La joven dirigió su mirada hacia el barco. Rozó su nariz con la de ella.

—Repítelo —insistió.

—Huir contigo. —Los ojos le brillaron.

—¿Sabes lo que significa?

Ella se apartó levemente de él. Su cabeza no era capaz de considerar lo que él quería decirle.

—No. —Fue sincera. Se escapaba a sus pensamientos. Solo pensó en él como Fantasma, nunca como hombre ni lo que eso conllevaba.

Él entornó los ojos.

—¿Te da más miedo que el infierno?

Jianna abrió la boca para añadir algo pero volvió a cerrarla.

—Pues vamos. —La agarró de la mano y tiró de ella hacia la hilera de barcos.

La joven echó una mirada hacia donde se habían dirigido las mujeres. Con la bruma apenas podrían verlos. No alcanzaba a imaginar cuando fuesen conscientes de que ellos habían desaparecido y el barco también.

Lucio se detuvo a los pies del barco y se puso frente a ella.

—Señorita D´Angelo —le dijo—. ¿Aceptas ser la condesa Cavalli?

Sentía las piernas ligeras como cuando lo veía las primeras veces. Abrió la boca para responder pero no le salía la voz. En su vida había sido tantas cosas que sentía que no merecía más atributos y menos uno tan honrado.

Bajó la cabeza para asentir y él se inclinó para besarla. Jianna sintió los labios de Lucio, los mismos labios que la besaron en la casa en ruinas.

—Pues huyamos —añadió.

Ella sonrió y lo siguió hasta el interior del barco.

EPÍLOGO

Querida Lucrezia:

Quiero disculparme, en primer lugar, por no haberte escrito durante todo este tiempo, pero entre mudanzas y todo el trabajo que tengo aquí no he podido… excusas que no vas a creer ni tienes por qué hacerlo. Realmente no tengo excusas, podría haberte escrito y no lo he hecho.

Después de tres meses estoy bien adaptado a París. No extraño el clima veneciano, puesto que el de aquí también suele ser húmedo. El idioma tampoco me resulta difícil, sabes que por los negocios de los cristales tuve que aprender a decir lo mismo en varias lenguas y este no es un idioma muy diferente al nuestro.

Me encanta Francia. Ya he fijado mi residencia en un palacio de París, lo prefiero a la costa, puesto que la diversión parisina me recuerda mucho a nuestra querida Venecia. Como puedes comprobar, entre trabajo y trabajo, no me aburro en absoluto.

He hecho nuevas amistades. El rey Luis se ocupó de presentarme a los miembros de la sociedad que merecen la pena. No te puedes hacer una idea del buen uso que hacen aquí de mis cristales. Siempre fueron mis mejores clientes, ahora entiendo el porqué. Nunca he visto nada igual a Versalles.

Es curioso, una vez te adaptas, da la sensación de volver a estar en Venecia, supongo que el resto del mundo será parecido, ricos que se divierten, comerciantes, pobres mendigando y prostitutas, eso sí, ningún prostíbulo similar a La Serenissima, y no te lo digo por disipar tu enfado conmigo.

Poco más te puedo contar, salvo que he comenzado a practicar esgrima, algo que seguramente te hará gracia si me imaginas con una espada. No te sientas mal por ello, yo también me sentía ridículo al principio, pero aquí si no conoces el arte de la espada puedes morir en cualquier momento. No he escatimado en esfuerzos y me enseña el mejor espadachín de Francia, el marqués De Main, y mis avances son más que satisfactorios. He hecho gran amistad con

el marqués y eso me protege de ciertas adversidades, ya que goza de la protección real y tiene una espada certera. Lo he invitado a pasar unos días en Venecia en agradecimiento a todo lo que hace por mí, así que pronto tendrás noticias nuestras.

Le he hablado de ti, por supuesto, y de La Serenissima, todo el entorno del rey sabe de su existencia. Te encantará el marqués, es joven y muy apuesto, bastante solicitado por las hijas de nobles franceses, sin embargo, algo que no puedo explicarte en esta carta hace que sea difícil comprometerlo con ninguna.

El marqués no es mi único amigo de confianza en París en estos momentos. No muy lejos de mi casa se han establecido los condes Cavalli en su paso por París. Y sí, tu intuición es certera, realmente ha sido Jianna la que me ha animado a escribirte. Por su parte me ha pedido que te diga que aún tardarán unos meses en regresar, ya que quieren seguir viajando durante un tiempo. Y acuérdate si te digo que no lo harán solos. No es educado decirle a una dama que su talle está ensanchando de manera considerable.

Sé que ella te ha apoyado a volver a levantar La Serenissima, y que tienes una especie de socia en la lejanía. Y también me ha contado que su familia se ha traslado a la misma vivienda que le expropiaron cerca de tu palacete. Me alegro de que todo se torne a mejor. Yo también pondré de mi parte.

Como sé, Lucrezia, que eres dura, aún más que mis cristales, te he enviado con esta carta un regalo. Se llama Marie Sophie, es la mejor puta que he encontrado en París y creo que va a ser de tu gusto. Ocupará el lugar que dejó libre la condesa Cavalli que sé que aún estará libre. Ella os enseñará francés a la vez que vosotras le enseñáis nuestro idioma.

Ahora viene la gran pregunta. Lucrezia, quiero que vengas conmigo a París unos días. Nobles espadachines, damas con vestimentas impresionantes, un rey que está fascinado con tu prostíbulo y un pequeño mercader. ¿Qué me dices? ¿Quieres venir a Francia?

Francesco.

Nota de la autora:

Gracias por leer El Fantasma de Venecia y espero que hayas disfrutado con su lectura. Esta es una nueva versión de una novela que escribí hace unos años, en un principio iba a ser dedicada a una niña que hace mucho soñaba con ser escritora. Sin embargo, ahora quisiera dedicársela a todas las personas que lo están haciendo posible. Es maravilloso el apoyo que recibe cada uno de mis trabajos. Gracias por leerme, por recomendar mis obras, y por todo el ánimo que me dais cada día.

Si es la primera novela mía que lees, tienes disponible muchas más. Para encontrarlas, solo tienes que escribir en el buscador de Kindle: Noah Evans.

También puedes seguirme en Facebook e Instagram si quieres comentarme algo sobre la historia, o si te interesa estar al día de próximas publicaciones. Suelo publicar una novedad cada mes.

Si te ha gustado, te agradecería que dejaras un comentario al respecto en Amazon. Me encanta leer vuestras opiniones sobre mis trabajos.

Y a mi querida familia Noah, como digo siempre: Vendrán muchas más, quedan mil sueños por escribir. Gracias por seguir conmigo.

Un abrazo, Noah Evans.